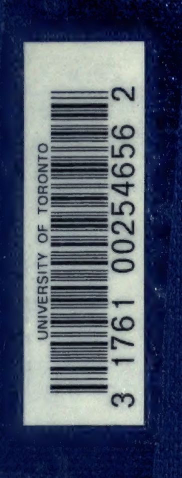

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00254656 2

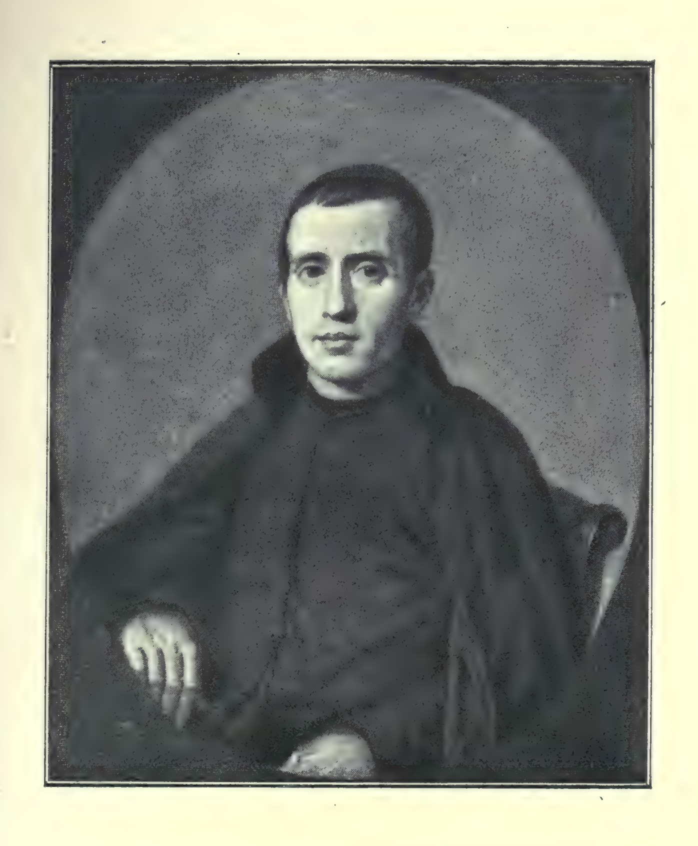




HOMENAJE A BALMES

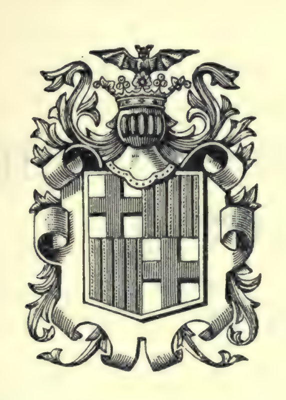
HOMENAJE Á BALMES

De esta obra se han tirado
3o ejemplares numerados
en papel de tina Guarro.



Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.

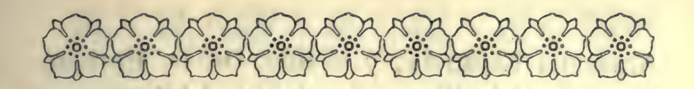
HOMENAJE Á BALMES
QUE CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO LE DEDICA LA CASA BRUSI



Homenaje á Balmes. — Cartas de los Ilmos. señores Obispos de Vich, Dr. D. José Torras y Bages, y de Barcelona Dr. D. Juan J. Laguarda y Fenollera. — Análisis de «El Criterio», por D. Alejandro Pidal y Mon. — Boceto biográfico de Balmes, por el Dr. D. Enrique Pla y Deniel, Pbro. — Cartas de Balmes á don Antonio Brusi — «El Criterio».

Barcelona. — Imprenta Barcelonesa.

1910



HOMENAJE Á BALMES

España entera honra la memoria de Balmes, con ocasión de celebrarse el Centenario del nacimiento de su ilustre filósofo; y la Casa Brusi está particularmente obligada á rendir tributo de admiración al autor de tantas obras inmortales, por haber sido D. Antonio Brusi y Ferrer el editor de ellas y quien adquirió su propiedad después de la muerte de Balmes.

La Casa Brusi ha escogido El Criterio para tributar á Balmes un homenaje, cuyo valor aumenta con la cooperación que se han servido prestarle, y que en el alma agradece, el señor Obispo de Vich, D. José Torras y Bages; nuestro Prelado diocesano, Dr. D. Juan J. Laguarda y Fenollera; D. Alejandro Pidal y Mon, Director de la Real

Academia Española, y el Rdo. Dr. D. Enrique Pla y Deniel, Pbro., Catedrático del Seminario Conciliar de Barcelona.

De entre las obras de Balmes hemos elegido El Criterio por ser una de las más populares, merced á la sencillez con que está redactada, al alcance de todas las inteligencias. Por tratarse de un documento tan curioso como inestimable, reproducimos por medio del fotograbado la carta de Balmes al señor Brusi ofreciéndole la publicación de dicho libro.

Poseemos el grabado hecho en París del retrato auténtico de Balmes pintado por D. José de Madrazo, y ponemos una reproducción al frente de esta obra. También publicamos las numerosas cartas de Balmes á D. Antonio Brusi, que como tesoro guarda la familia de éste y que empiezan el 25 de agosto de 1843 y terminan el 27 de abril de 1848, dos meses y días antes de su fallecimiento; un análisis de El Criterio, y un boceto biográfico del ilustre pensador catalán, gloria de España, cuyo nombre es pronunciado con respeto en todas las naciones cultas.



OBISPADO DE VICH

Excmo. Sr. Marqués de Casa Brusi.

Mi querido y distinguido amigo: es un proyecto muy digno de aplauso el que, según V. me comunica, tiene la respetable Casa Brusi de dedicar un homenaje al insigne escritor D. Jaime Balmes, con motivo de celebrarse este año de 1910 el primer aniversario secular de su nacimiento.

Balmes y Brusi son dos nombres que quedan enlazados por las mutuas relaciones personales y por la publicación de las obras del admirable apologista. Una edición de EL CRITERIO, como ustedes piensan publicar, es el homenaje más oportuno. Esta obra es como una fotografía de la fisonomía espiritual de Balmes, y corresponde á una tendencia moderna, muchas veces torpemente exagerada, pues nuestro filósofo no es un ideólogo sistemático que busque la verdad sin tener en cuenta más que el raciocinio, sino que, recono-

ciendo en éste el rey de las humanas facultades, no obstante oye cuanto éstas quieren decirle; ó sea, usando el lenguaje hoy de moda entre la juventud literaria, oye todas las pulsaciones de la vida, y no hace consistir la sabiduría en quedarse el hombre recluído dentro de sí mismo, encastillado en su yo, dictando desde allí leyes al universo de las criaturas, sino que describe admirablemente, poniéndolo al alcance de toda persona medianamente instruída, el flujo y reflujo del entendimiento del hombre, puesto en el mar del mundo, no para vivir en él aisladamente, sino formando parte del universo; pero conservando su individualidad personal y su dignidad soberana, acreditada por sus relaciones y sus destinos eternos.

Considero el libro que ustedes van á ofrecer en homenaje á la gloria secular de nuestro gran conterráneo como la clave de toda la obra balmesiana, porque es como la quinta esencia de su procedimiento intelectual, el lente mediante el cual vió él al mundo humano en sus actividades y complicaciones temporales, y en sus destinos eternos. Es El Criterio como el documento en que Balmes, enseñando á los otros de pensar, exhibe sus credenciales de pensador, y allí constan con nítida claridad los títulos justísimos que tiene para ejercer de director de hombres; títulos que han sido reconocidos no sólo por sus connaciona-

les de España, sino por toda Europa y América; y no sólo por los que fueron sus contemporáneos, sino que también por los sucesores, como lo prueba la celebración de su aniversario secular, recibido con íntima simpatía por todos los pensadores que han sabido mantenerse libres de la opresión espiritual de las sectas.

Por esto, señor Marqués, le felicita por el proyecto que se ha servido V. comunicarle, y le augura en la realización del mismo la más simpática aceptación de todo el mundo intelectual

s. a. s. q. l. b. l. m.,

† José, *Obispo de Vich.*

Vich, 8 de marzo de 1910.



EL OBISPO DE BARCELONA

PARTICULAR

25 de julio de 1910.

Excmo. Sr. Marqués de Casa Brusi.

Mi muy distinguido amigo: atendiendo el cariñoso ruego que me ha dirigido, allá le envío con mucho gusto unas líneas que me pide, humildes como mías, para que vayan al frente de esa obra que V. intenta publicar en este año del Centenario de Balmes, como homenaje á este insigne filósofo, honra preclarísima de nuestra catalana tierra.

Era muy justo, sí, que la Casa Brusi, por usted tan dignamente representada, diera una nota de relieve en este concierto de admiración y de entusiasmo que en el mundo intelectual despierta el recuerdo de la grandiosa figura de Balmes, al conmemorarse en este año el Centenario de su natalicio.

Le felicito por el homenaje y más todavía por la forma que para ello ha escogido.

Yo no he de decir lo que es El Criterio. Lo dice de modo insuperable mi ilustre Hermano el dignísimo Obispo de Vich, pensador de alto vuelo y entusiasta admirador de Balmes, y el Prelado que mejor y con más legítimos títulos podía organizar y dirigir las fiestas centenarias que en aquella ciudad se preparan para honrar la memoria de su esclarecido hijo. Yo subscribo cuanto sobre esa obra incomparable, oro purísimo toda ella, dice el Sr. Obispo de Vich, y felicito á usted muy de veras por haberla elegido para la realización del pensamiento del homenaje, y porque con esta obra, verdadero é intangible código de la razón y el buen sentido, publica V. inéditas cartas que conserva su ilustre Casa, y serán leídas con interés, porque siempre lo tienen las intimidades de los grandes hombres.

En suma. La Casa Brusi, con el homenaje que prepara, hace una obra buena y la hace muy bien.

Reciba por todo ello mi más expresivo aplauso con el testimonio de consideración y alta estima con que se reitera de V. affmo. S. S. Q. B. S. M.,

† Juan J., *Obispo de Barcelona.*



ANÁLISIS DE «EL CRITERIO»

Lo hemos dicho más de una vez: para nosotros Balmes fué un genio en el sentido filosófico de la palabra, y la especialidad de este genio fué la intuición luminosa de los fenómenos sociales. Fué grande como metafísico, como matemático, como historiador, como político y como literato; pero allí donde rayó soberana su sabiduría genial, no fué tanto en la penetración de los profundos misterios lógicos y ontológicos, ni en la solución de los difíciles problemas matemáticos, ni en la indagación de los hechos recónditos individuales, ni en la apreciación de los accidentes circunstanciales políticos, ni en la perfección literaria de las formas castizas del buen decir, con

haber subido en todo ello tan alto; donde verdaderamente tocó la meta de la elevación y de la profundidad fué en la penetración como intuitiva de su mirada intelectual en los movimientos humanos, tanto individuales como colectivos, con que evoluciona la humanidad en el círculo social de su voluntad y de su entendimiento.

Si bien se mira, el reflejo parcial de esta calidad dominante es el que avalora todos sus demás diversos estudios, y si alguno de los mayores se eleva todavía como el sol sobre las nubes del espacio en todos los confines del horizonte, se debe esencialmente al inextinguible esplendor que la luz fulgente de su visión transcendental derramó, como quien dice á torrentes, sobre aspectos y fases del problema de la historia de la humanidad, que habían negado obstinadamente sus secretos á los microscopios y telescopios de los observadores más minuciosos del mundo, y que transparentó con su perforadora mirada de águila, apenas se hubo fijado en ellos, el genio audaz y conquistador del más grande de los críticos filosófico-históricos nacionales.

Por eso su obra propiamente genial, donde esmeró la ostentación de las dotes especialísimas de su ingenio; donde llegó al colmo de perfección en el fondo, en la forma y en el estilo, fué esa obra de tan aquilatado valor y de tan primorosa factura, que se conoce en todos los ámbitos de la

civilización con el nombre expresivo y sencillísimo de El Criterio.

Ya lo dijimos en una solemne ocasión desde lo alto de una tribuna, y lo volvemos á repetir: « Donde Balmes brilló sobre todo como filósofo, pues al cabo á la filosofía moral pertenece, es en ese joyel de observaciones y de reglas, cuyo título solo es una revelación de la inmensa necesidad que venía á satisfacer, dada la impresionable condición de los ánimos españoles, dándonos en el diminuto volumen de El Criterio, no sólo *El Arte de la Verdad,* como se le titula en las diversas traducciones del extranjero, sino como Menéndez Pelayo le califica, con afortunada calificación, una sabia y concienzuda *Higiene del Espíritu;* porque allí, entre los rápidos esbozos de caracteres que no hubiera desdeñado la pluma anatómica de Labruyère; entre las atinadas, profundas y elevadas observaciones, sobre todo cuanto nos penetra y circunda en el ambiente social que respiramos; allí, en aquella sublime improvisación escrita sobre las más prosaicas realidades de la vida, desde el seno de la abstracción más absoluta, al estampido del cañón que vomitaba hierro y fuego á su alrededor en el bombardeo de Barcelona; allí, al lado de maravillosos relámpagos de elocuencia que subyugan el ánimo forzándole á la admiración y compeliéndole al aplauso; allí palpita de tal modo la genial y compleja

naturaleza humana, que parece, vista á través de las páginas de este libro, como que sorprendemos las elaboraciones de su pensamiento y los latidos de su corazón, cual si fuesen de transparente cristal las paredes del cuerpo humano.»

En efecto, hemos leído y releído, ó mejor, nunca hemos dejado de leer ese inapreciable librito de páginas verdaderamente de oro, que esmaltan y adornan por doquier pensamientos profundos, observaciones ingeniosas, análisis primorosos, dichos agudos, frases elevadas, comparaciones deslumbradoras y descripciones elocuentísimas, y lo volvemos á asegurar: flota sobre todas ellas, envolviendo su fondo y su forma á manera de ambiente de sabiduría social, una atmósfera tan transparente y tan luminosa, que parece como que se ve la verdad, que se la siente y se la respira por una comunicación especial, directa, inmediata, sensible, verificándose en este trato fraternal con la realidad viviente y tangible algo á su manera de aquello que en otra región superior afirma Santa Teresa al darnos cuenta de las sobrenaturales visiones de su alma atenta á la presencia inefable de la divinidad, no por aparición visible, imaginaria é indirecta, sino por noción interior infalible de presencia del Ser divino, que ni permite ni deja el menor lugar á la duda ni á la más leve sospecha de posible equivocación sobre la realidad realísima del suceso.

¡Tal y tan estrecha es la familiaridad del espíritu con la verdad que se contrae en esas páginas, en que parece que el buen sentido, el sentido común y el sentido moral del linaje humano se han dado cita para entablar con las realidades externas el sabroso coloquio de la razón con la verdad, como lo requieren las necesidades sociales para andar tranquilas y serenas por el camino real sin peligro de tropezar y de caer, ni mucho menos de rodar por los barrancos y precipicios que bordean las vías de la civilización con las simas de la barbarie!

No creemos que nadie nos podrá en justicia tachar de poco afectos, entusiastas y adoradores de la pura razón cuando, elevándose por la escala de luz de las rectas disciplinas intelectuales á las más altas esferas de la especulación, contempla en la etérea región de las abstracciones más hondas la nuda imagen de la verdad, ofreciéndose íntegra, generosa y serena á la visión luminosa del entendimiento elevado sobre todos los ruidos del mundo exterior, sobre todos los errores y efluvios del corazón apasionado, sobre todos los ecos vagos de la memoria y sobre todos los fantasmas coloreados de la imaginación, como es posible realizarlo en esta vida en la cima inaccesible del espíritu en celeste comunicación del entendimiento que entiende con la entidad inteligible, tal como pudieron realizarlo Aristóteles ó

Santo Tomás al sondear con la luz divina de su privilegiada inteligencia los más íntimos y transcendentales misterios del ser; pero no porque sean más sublimes y excelsas las santas cumbres del Tabor veladas por las nubes que resguardan los misterios divinos, hemos de negar nuestra admiración, nuestro amor y nuestro entusiasmo á las feraces campiñas de Jerusalén, fecundizadas por las sagradas ondas del Jordán y alegradas por la luz deslumbradora del sol que obedeció la voz inspirada de Josué. La filosofía, la metafísica, la teología, en fin, alcanzan alturas tan elevadas, que constituyen el apogeo de la razón y la apoteosis de la inteligencia. Son pocos, muy pocos, los que pueden subir hasta allí, y menos aun los que se pueden dar total cuenta de lo que allí miran y ven; ¡más que humanos, son angélicos entendimientos! Pero donde, después de todo, se palpan los maravillosos efectos y las prácticas aplicaciones de esta celeste intuición, es en los juicios prácticos y morales del hombre en la realidad de la vida, allí donde tiene que realizar sus destinos iluminando los difíciles pasos y los tortuosos senderos de su triste peregrinación por entre las tinieblas de la tierra con la luz impresa sobre su frente por la luz del rostro de Dios.

Y en vano el *técnico* tratadista de las reglas derivadas de los principios señalará caracteres universales; en vano el *casuísta* se esforzará por

agotar toda la serie que opulenta le ofrece la realidad inagotable; el error reviste apariencias seductoras, el espíritu desorientado vacila y la voz amiga y serena del observador que le da el *alerta* prudente, tranquilizador y seguro sobre las peripecias del camino, cae en el oído del viador como la voz maternal de la experiencia y del juicio, á modo de rocío consolador sobre la flor agostada por la sequía; y ahuyentado el reptil, la niebla y el polvo del sendero, el camino se abre y se ofrece libre, alegre, feliz á las plantas seguras del viandante, que corre sin detenerse á su fin, atraído por el imán secreto de su bien, la belleza de la verdad que colmará con su luz las aspiraciones inenarrables del alma.

No por eso vaya nadie á creer que El Criterio es una obra de lógica elemental, ni un tratado fundamental de técnica psicología. En esas *sumas* acabadas, donde se condensa y ordena en forma de apodíctica demostración el oro acendrado de la ciencia, se consignan sólo las premisas transcendentales de la verdad, dejando á cargo de la razón sacar lógicamente las consecuencias; y el conjunto de reglas y observaciones que constituye el fondo doctrinal de El Criterio y su práctica aplicación, brilla precisamente por lo opuesto, por la importancia transcendental que se concede al elemento subjetivo para ponerlo en guardia contra él y preservarle de las seduccio-

nes constantes del camino en la empresa de conquistar la verdad; y debió ser, sin duda, por eso por lo que llegó á decir un sabio y célebre profesor muy versado en el movimiento científico contemporáneo, «que El Criterio de Balmes, con ser un folleto sin pretensiones, había dejado muy atrás, como obra de profundidad y de fuerza, á la obra misma de Kant».

En las obras capitales á que nos referimos, sus autores, atentos á su propia finalidad, sientan las bases del saber como el cielo asienta el tesoro de sus nieves eternas en las cimas inaccesibles de las montañas. En El Criterio, claro está, el agua procede de estas nieves; pero se toma el hilo de su cristalina corriente de sus filtraciones más puras, y se le acompaña con fidelidad y con amor por entre las yerbas y las flores que circundan el manantial, y por entre las arenas y las piedras en que corre desatado el arroyo, hasta dar al cabo con su caudal en el río que riega y fecunda los valles.

Además de esta diversidad, tiene otra, hija á su vez de la primera, que le hace de una utilidad más común: el estilo se hace más familiar y más accesible, por lo tanto, al vulgo, ajeno á las sublimidades abstractas de las fórmulas técnicas de la ciencia.

Suponed un filósofo de profesión acusando á un sofista de *meeting* de vecindad, de negar el

principio de contradicción, el principio de causalidad, la inmutabilidad de las esencias metafísicas ó la existencia del acto puro. Sus palabras sonarán en los oídos del auditorio á algo exótico, para él, semejante á los acentos del contrario ó más confuso todavía; incapaz de apreciar el valor de las consecuencias en las deducciones de las premisas, apenas podrá emitir juicio recto sobre el problema que se ventila; pero ved aquí al filósofo que, volviéndose al *patio,* por decirlo así, del lugar en que se tramita la disputa, se encara directamente con él para explicarle la transcendencia del asunto, exclamando: ¿Sabéis lo que es negar el principio de contradicción que tan resueltamente está negando mi contrario? Pues es decir que lo mismo es el *sí* que el *no,* idéntico *vivir* que *morir,* y *tener* dinero ó no *tenerlo;* en suma, lo mismo las *tinieblas* que la *luz*, lo mismo el *gozo* que el *dolor,* el *bien* que el *mal,* el *error* que la *verdad,* y, finalmente, el *ser* que la *nada.*

¿Sabéis qué es negar el principio de causalidad? Pues es negar que cuando claváis un clavo en una pared, el clavo penetra en la pared por los golpazos del martillo, sino que os lo parece así por la *casualidad* de que el clavo entra en la pared, coincidiendo con la caída del martillo sobre su cabeza, aun cuando coincida también en que, cuando no cae sobre ella, no entra.

¿Sabéis lo que es negar la inmutabilidad de las esencias? Pues es sencillamente afirmar que el *todo* no es mayor que la *parte,* porque tiene por fuerza que ser así, so pena de no haber *todo* y no haber *parte,* sino por un mero *capricho* de Dios, que si lo hubiese tenido al contrario habría hecho que *dos celemines de trigo tuvieran más trigo* que *diez.*

¿Sabéis lo que es negar el acto puro? Pues es negar el ser increado y creador que adoramos bajo el nombre de Dios, como autor, conservador y gobernador del universo, lo que equivale á sostener que un reloj, lejos de haber sido hecho por un relojero, es él, el reloj, el que se ha hecho á sí mismo, y ha hecho al relojero después, soñando mucho tiempo el reloj, que había sido hecho por un relojero, cuando el relojero, lejos de ser el *autor,* es el *producto* del reloj.

Ante estas aclaraciones vulgares de las tesis abstractas de la metafísica transcendental, puestas al alcance del sentido común, es de creer que el *patio* no se dejará seducir por las hueras declamaciones del sofista, sólo tolerables para él, en cuanto eran superiores, y, por lo tanto, extrañas á su conocimiento.

Añadid á esto lo llano, lo comunicativo, lo contundente del estilo del escritor; intercalad personificaciones gráficas, descriptivas y amenas á la manera de ejemplos en cada asunto, y po-

dréis deducir la fuerza irresistible de persuasión de este artístico procedimiento, en que la mayor claridad esplende en la más irresistible elocuencia, llena, no de retórica majestad, sino de palpitante frescura, de sinceridad y convicción, de calor y de vida, como si fuese la propia voz de la verdad la que os hablase y persuadiese, sin otro procedimiento oratorio que abrir su pecho á vuestros ojos.

En resumen: El Criterio, puede decirse que es la filosofía en acción. Sus reglas se traducen y se personifican en cuadros, y cada cuadro es un primor, un asombro de poesía, de belleza y de verdad, en el que se palpa más que se ve; de relieve, y palpitando de calor, de movimiento y de vida la realidad del principio que se sustenta. La enseñanza en ellos entra por el corazón, al propio tiempo que por la cabeza, y el hombre entero no puede menos, al acabar la lectura de cada capítulo, de exclamar: «Tiene razón, es verdad, no tiene vuelta lo que aquí dice.»

¿Queréis comprobar ahora mismo la exactitud de mis asertos? Abrid al azar el volumen, seguro de que no me dejará mentir. Veamos. Se ha abierto por la página 215 al acaso. No ha habido en ello ficción, superchería ni artificio; es la mera *casualidad* que depone en favor de mi testimonio. Leamos: Párrafo 33. Título: «La harmonía del universo defendida con el castigo.»

«No hay falta sin castigo; el universo está sujeto á una ley de harmonía; quien la perturba, sufre. Al abuso de nuestras facultades físicas sucede el dolor; á los extravíos del espíritu siguen el pesar y el remordimiento. Quien busca con excesivo afán la gloria, se atrae la burla; quien intenta exaltarse sobre los demás con orgullo destemplado, provoca contra sí la indignación, la resistencia, el insulto, las humillaciones. El perezoso goza en su inacción, pero bien pronto su desdicha disminuye sus recursos, y la precisión de atender á sus necesidades le obliga á un exceso de actividad y de trabajo. El pródigo disipa sus riquezas en los placeres y en la ostentación; pero no tarda en encontrar un vengador de sus desvaríos en la pobreza andrajosa y hambrienta, que le impone, en vez de goce, privaciones; en vez de lujosa ostentación, escasez vergonzosa. El avaro acumula tesoros temiendo la pobreza; y en medio de sus riquezas sufre los rigores de esa misma pobreza que tanto le espanta: él se condena á sí mismo á todos ellos, con su alimento limitado y grosero, su traje sucio y raído, su habitación pequeña, incómoda y desaseada. No aventura nada por no perder nada; desconfía hasta de las personas que más le aman; en el silencio y tinieblas de la noche visita sus arcas enterradas en lugares misteriosos, para asegurarse que el tesoro está allí, y aumentarle todavía más; y, en-

tre tanto, le acecha uno de sus sirvientes ó vecinos, y el tesoro con tanto afán acumulado, con tanta precaución escondido, desaparece.

»En el trato, en la literatura, en las artes, el excesivo deseo de agradar produce desagrado; el afán por ofrecer cosas demasiado exquisitas, fastidio; lo ridículo está junto á lo sublime; lo delicado no dista de lo empalagoso; el prurito de ofrecer cuadros simétricos, suele conducir á contrastes disparatados.

»En el gobierno de la sociedad el abuso del poder acarrea su ruina; el abuso de la libertad da origen á la esclavitud. El pueblo que quiere extender demasiado sus fronteras, suele verse más estrechado de lo que exigen las naturales; el conquistador que se empeña en acumular coronas sobre su cabeza, acaba por perderlas todas; quien no se satisface con el dominio de vastos imperios, va á consumirse en una roca solitaria, en la inmensidad del Océano. De los que ambicionan el poder supremo, la mayor parte encuentran la proscripción ó el cadalso. Codician el alcázar de un monarca, y pierden el hogar doméstico; sueñan en un trono, y encuentran un patíbulo.»

¿Habéis oído? ¿No es ésta la voz clara, apacible, serena, la voz propia de la verdad que explana amiga la ley moral del universo, no en fórmulas sibilíticas, dogmáticas, metafísicas, es-

colásticas, por decirlo así, sino en el lenguaje sencillo, corriente y vulgar de la sabiduría del pueblo, pero lleno de claridad, de harmonía y de sublime elocuencia? Y todo, ya lo veis, en poco más de cuarenta renglones; y allí está todo: la ley de la soberana harmonía que presupone la sabiduría y la omnipotencia del legislador; las miserias contrapuestas de los vicios contrarios de la humanidad; la aplicación variada de la realidad ambiente y de la vida; la personificación tangible y plástica del ejemplo, desde el tipo clásico del avaro sorprendido en las misteriosas citas con el objeto oculto de su amor, hasta la augusta figura del Coloso consumiéndose en la rabia de la inacción, atormentado por la ambiciosa dominación de tantos imperios, en la roca triste y solitaria, perdida en las inmensidades del Océano.

Sería difícil escoger, y por eso me he entregado al acaso, porque en este libro no hay en ninguna parte paja vil; todo ello es grano, y grano nutritivo y fecundo. Recorred si no uno tras otro todos los capítulos que lo forman, y veréis en la concertada trama de sus asuntos cómo va aprisionando con tupida red todos los sedimentos del error para dejar limpia, fresca, cristalina y corriente el agua pura de la verdad.

Como el texto sigue al estudio, no caigo en la tentación de copiar todas las pruebas vivas de

mis asertos, pero séame lícito aducir algún ejemplo siquiera de lo más digno de llamar la atención sobre los merecimientos de este opúsculo.

¿Recordáis al examinar los escollos del análisis el precioso caso del *filósofo* y el *tintorero?* El cuadro no puede ser más encantador: el tintorero manipula los más extraños ingredientes, que hierven con pestífero hedor en las más negruzcas calderas, donde se apresta á sepultar tejidos de la más inestimable valía. El filósofo trata de disuadirle del empeño, analizando una tras otra las cualidades corrosivas tiznantes y destructoras de los productos empleados, prediciéndole un tristísimo resultado final; pero el tintorero, que se sonríe al escucharle, sumerge impasible sus más preciosas manufacturas y sus telas más delicadas y más ricas en las pestilentes calderas, y para poder apreciar los estragos definitivos de la catástrofe, emplaza al filósofo analítico para dentro de algunos días. Cuando transcurrido el plazo el filósofo acude á la cita, su asombro es indescriptible. En vez de las manchas y quemaduras, de la suciedad y el mal olor de los materiales estropeados, se encuentra entre las manos del tintorero con telas arreboladas por los más vistosos colores, unas de finísima grana, otras de verde delicado, aquéllas de hermosísimo azul, las de más allá de un anaranjado exquisito..... El filósofo hubo de alejarse cabizbajo, comprendiendo que

no es bastante *analizar,* sino que es, además, indispensable meditar sobre los efectos del *conjunto.*

Vaya otro caso de profundísima observación encarnado en otro ejemplo memorable. Todos recordamos el conocido episodio de la vida de Santo Tomás, en sus relaciones con San Luis. El Santo Rey obligaba al Santo Doctor á que asistiera de cuando en cuando á su mesa para espiritualizar su frugalidad con coloquios de honesta delectación. Cuentan las crónicas que en uno de estos convites el Doctor Angélico, más preocupado de la gloria de Dios que de los honores del Rey, se dejó llevar de sus meditaciones sobre el origen del mal y sus consecuentes errores, renovados á la sazón por los albigenses maniqueos, y habiendo hallado de repente la solución de una grave dificultad, olvidado del palacio, del Rey y de los cortesanos, dió un furibundo puñetazo sobre la mesa exclamando á voces y como fuera de sí: «*Conclusum est contra maniqueos.*» Todos se mostraron extrañados del caso, menos el Rey, que dispuso que un Secretario tomase copia del argumento.

Y he aquí un rasgo verdaderamente genial que caracteriza la penetración de la inteligencia de Balmes. Lo que para todos los historiadores ha sido *meditación distraída* y *abstracción enajenadora,* para Balmes es una *inspiración.* «No es posible—observa Balmes—que Santo Tomás, que no debía ser mal criado ni descortés, escogiese la

mesa del Rey como sitio adecuado para entregarse á meditaciones profundas.» La meditación había terminado en la celda. En el banquete sólo reinaba la culta y modesta urbanidad..... pero la inspiración, «luz instantánea que brilla de repente en el entendimiento del hombre, sin que él mismo sepa de dónde viene, se le presenta de improviso» ofreciéndole la verdad como una aparición misteriosa. El pensador, cansado de forcejear con la dificultad como para abrir una puerta cerrada, parece que ha desistido de su empeño y que se ha sentado en el umbral esperando á ver si alguien se la abrirá por la parte de adentro. Cuando de pronto..... cual otro Arquímedes, salta del baño y recorre á todo correr la ciudad exclamando: «Ya lo encontré.» No fué, pues, *distracción* negligente, sino *inspiración* luminosa la que obligó á exclamar involuntariamente el nuevo «Eureka» al Arquímedes de la filosofía cristiana, al sabio Santo Tomás.

No acabaríamos nunca, no pondríamos término jamás á estos recuerdos de la obra; sería necesario copiar todo el libro en el prólogo, si hubiéramos de agotar las páginas de este opúsculo dignas de ser esculpidas en bronce. Las breves líneas dedicadas á extraer la esencia de la obra inicua de Napoleón y de la gloria de nuestra guerra de la Independencia; las destinadas á considerar la grandeza de los arcanos del universo; las

consagradas á analizar la igualdad, la preocupación en favor de una doctrina; la descripción gráfica de los métodos de invención y de los métodos de enseñanza; los ejemplos de Aníbal y de Sobieski; la alta y luminosa doctrina sobre las ideas y las inteligencias, de Santo Tomás de Aquino; la carrera del genio, la rapidez de la aurora, del cenit y del ocaso de Alejandro; el amigo convertido en monstruo; la descripción del soberbio; las diferencias entre el orgullo y la vanidad y otros muchos que nos sería fácil enumerar, son evidente prueba y abrumador testimonio del poder asombroso de condensación y de encarnación en las cortas frases de un período en que se describe una situación ó en que se evoca un personaje, de nuestro insigne pensador, en cuya mágica paleta parecía haberse concentrado la luz en todos sus más brillantes colores para hacer sensibles y vivas las más abstrusas verdades; prácticas, tangibles y de aplicación, las más elevadas doctrinas, como si no se hubiese propuesto otro fin que esculpir gráficamente la verdad en el fondo del entendimiento.

¿Pero, á qué intentar con el recurso de estas citas demostrar lo que está en la conciencia y en la memoria de todos? ¿Quién ha olvidado las veleidades optimistas de *Eugenio?* ¿Los cambios políticos de *D. Marcelino?* ¿Las variaciones sobre la pena de muerte del estudioso *Anselmo?*

¿Las alteraciones humorales de *D. Nicasio?* ¿Los fundamentos poético-ocasionales de los juicios humanos personificados en el *Poeta* y el *Monasterio?* ¿Las dos formas de la *venganza?* ¿La hipocresía de las *pasiones?* ¿El *valiente* encargado de un puesto peligroso? ¿La admirable escena de los *sabios resucitados,* y tantas y tantas otras que constituyen el delicioso encanto de esta obra, en que no se sabe qué admirar más, si la sanidad del espíritu, si la claridad de las ideas, si la lucidez del razonamiento, si la sencillez de la expresión, si la elocuencia del lenguaje?

Sí, del lenguaje, ¿por qué no lo hemos de repetir? Bien sabemos que ha sido moda tildar el lenguaje de Balmes, y aun calificar como desaliñado su estilo; pero tampoco es ésta la primera vez que hemos protestado contra estos asertos, no sólo con relación al *Pío IX,* obra exceptuada del anatema común hasta por el propio Donoso Cortés, que no acertaba á escribir más que á relámpagos acompañados de truenos, sino de casi todas las obras de nuestro autor, principalmente de *El Protestantismo* y de El Criterio. En este librito, tan bien escrito todo él, con levísimas excepciones de frases ó de palabras más bien, hallamos nosotros páginas que sobresalen entre la belleza literaria de las demás, hasta el punto de colocarse al lado de lo más hermoso escrito en castellano. En verdad, en verdad que es timbre y título

de gloria para Cataluña el haber producido un escritor que expresase tan soberbiamente en castellano ideas tan grandes, tan elevadas y profundas, cosa que sólo es posible hacer sintiendo y hablando el lenguaje propio del corazón, que es el lenguaje de la patria. Siempre que se trate de negar que los catalanes son españoles, sacaremos á relucir estas páginas tan elocuentes como sublimes brotadas en español del alma catalana de Balmes. Si alguien, extraviado por el furor de las pasiones regionalistas, intentara sacrificar el castellano en Cataluña, ese alguien dejaría de ser catalán si no detuviera su mano sacrílega para descubrirse con religioso respeto ante las obras de Balmes, ante las páginas de EL CRITERIO, que vamos brevemente á citar como insuperable modelo de magna elocuencia castellana.

Está hablando de la voluntad, de su fuerza y de su firmeza. La distingue de la *veleidad* con luminosa distinción, no sólo psicológica, sino hasta teológica, en cuanto se relaciona con dogmas altísimos de la religión. La firmeza no es la terquedad, ni la terquedad es la contradictoria de la inconstancia. La firmeza de la voluntad es el secreto del éxito y la clave personal del poder en el seno de la humanidad, durante todo lo largo de la historia.

Tal es la teoría de Balmes sobre la firmeza de la voluntad; pero escuchemos atentos sus propias palabras:

«Voluntad firme no es lo mismo que voluntad enérgica, y mucho menos que voluntad impetuosa. Estas tres cualidades son muy diversas: no siempre se hallan reunidas, y no es raro que se excluyan recíprocamente. El ímpetu es producido por un exceso de pasión, es el movimiento de la voluntad arrastrada por la pasión, es casi la pasión misma. Para la energía no basta un acceso momentáneo: es necesaria una pasión fuerte, pero sostenida por algún tiempo. En el ímpetu hay explosión, el tiro sale, mas el proyectil cae á poca distancia; en la energía hay una explosión, también, quizás no tan ruidosa; pero, en cambio, el proyectil silba gran trecho por los aires, y alcanza un blanco muy distante. La firmeza no requiere ni uno ni otro; admite también pasión, frecuentemente la necesita; pero es una pasión constante, con dirección fija, sometida á regularidad. El ímpetu, ó destruye en un momento todos los obstáculos, ó se quebranta; la energía sostiene algo más la lucha, pero se quebranta también; la firmeza los remueve, si puede: cuando no, los salva, da un rodeo, y, si ni uno ni otro le es posible, se para y espera.

»Mas no debe creerse que esta firmeza no debe tener en ciertos casos energía, ímpetu irresistible; después de esperar mucho, también se impacienta, y una resolución extrema es tanto más temible cuanto es más premeditada, más calculada.

Esos hombres en apariencia fríos, pero que en realidad abrigan un fuego concentrado y comprimido, son formidables cuando llega el momento fatal, y dicen «Ahora...» Entonces clavan en el objeto su mirada encendida y se lanzan á él rápidos como un rayo, certeros como una flecha.

» Las fuerzas morales son como las físicas: necesitan ser economizadas; los que á cada paso las prodigan, las pierden; los que las reservan con prudente economía, las tienen mayores en el momento oportuno. No son las voluntades más firmes las que chocan continuamente con todo; por el contrario, los muy impetuosos ceden cuando se les resiste, atacan cuando se cede. Los hombres de voluntad más firme no suelen serlo para las cosas pequeñas, las miran con lástima, no las consideran dignas de un combate. Así en el trato común son condescendientes, flexibles, desisten con facilidad, se prestan á lo que se quiere. Pero, llegada la ocasión, sea por presentarse un negocio grande en que convenga desplegar las fuerzas, sea porque alguno de los pequeños haya sido llevado á un extremo tal, en que no se pueda condescender más y sea necesario decir *basta*, entonces, no es más impetuoso el león, si se trata de atacar; no es más firme la roca, si se trata de resistir.

» Esa fuerza de voluntad, que da valor en el combate y fortaleza en el movimiento; que triun-

fa de todas las resistencias, que no retrocede por ningún obstáculo, que no se desalienta con el mal éxito, ni se quebranta con los choques más rudos; esa voluntad que, según la oportunidad del momento, es fuego abrasador, ó frialdad aterradora; que, según conviene, pinta en el rostro formidable tempestad, ó una serenidad todavía más formidable; esa gran fuerza de voluntad, que es hoy lo que ayer, que será mañana lo que hoy; esa gran fuerza de voluntad, sin la que no es posible llevar á cabo arduas empresas que exijan dilatado tiempo; que es uno de los caracteres distintivos de los hombres que más se han señalado en los fastos de la humanidad, de los hombres que viven en los monumentos que han levantado, en las instituciones que han establecido, en las revoluciones que han hecho, ó en los diques con que las han contenido; esa gran fuerza de voluntad que poseían grandes conquistadores, los jefes de sectas, los descubridores de nuevos mundos, los inventores que consumieron su vida en busca de su invento, los políticos que, con mano de hierro, amoldaron á una sociedad á una nueva forma, imprimiéndole un sello que, después de largos siglos, no se ha borrado aún; esa fuerza de voluntad que hace de un humilde fraile un gran Papa en Sixto V, un gran regente en Cisneros; esa fuerza de voluntad que, cual muro de bronce, detiene el protestantismo en la

cumbre del Pirineo, que arroja sobre la Inglaterra una armada gigantesca, y escucha impasible la nueva de su pérdida, que somete el Portugal, vence en San Quintín, levanta el Escorial, y que en el sombrío ángulo del monasterio contempla con ojos serenos la muerte cercana, mientras

Extraña agitación, tristes clamores
En el palacio de Felipe cunden
Que por el claustro y población á un tiempo
Con angustiados ayes se difunden;

esa fuerza de voluntad, repito, necesita dos condiciones, ó más bien resulta de la acción combinada de dos causas: una idea y un sentimiento. Una idea clara, viva, fija, poderosa, que absorbe el entendimiento, ocupándole todo, llenándole todo. Un sentimiento fuerte, enérgico, dueño exclusivo del corazón y completamente subordinado á la idea. Si alguna de estas circunstancias falta, la voluntad flaquea, vacila.

»Cuando la idea no tiene en su apoyo el sentimiento, la voluntad es floja; cuando el sentimiento no tiene en su apoyo la idea, la voluntad vacila, es inconstante. La idea es la luz que señala el camino; es más, es el punto luminoso que fascina, que atrae, que arrastra; el sentimiento es el impulso, es la fuerza que mueve, que lanza.

»Cuando la idea no es viva, la atracción disminuye, la incertidumbre comienza, la voluntad es irresoluta; cuando la idea no es fija, cuando el

punto luminoso muda de lugar, la voluntad anda mal segura; cuando la idea se deja ofuscar ó reemplazar por otras, la voluntad muda de objetos, es voluble; y cuando el sentimiento no es bastante poderoso, cuando no está en proporción con la idea, el entendimiento la contempla con placer, con amor, quizás con entusiasmo; pero el alma no se halla con fuerzas para tanto; el vuelo no puede llegar allá; la voluntad no intenta nada, y, si intenta, se desanima y desfallece.

»Es increíble lo que pueden esas fuerzas reunidas; y lo extraño es que su poder no es sólo con respecto al que las tiene, sino que obra eficazmente sobre los que le rodean. El ascendiente que llega á ejercer sobre los demás un hombre de esta clase, es superior á todo encarecimiento. Esa fuerza de voluntad, sostenida y dirigida por la fuerza de una idea, tiene algo de misterioso que parece revestir al hombre de un carácter superior y le da derecho al mando de sus semejantes: inspira una confianza sin límites, una obediencia ciega á todos los mandatos del héroe. Aun cuando sean desacertados, no se los cree tales, se considera que hay un plan secreto que no se concibe: «él sabe bien lo que hace», decían los soldados de Napoleón, y se arrojaban á la muerte.

» Para los usos comunes de la vida no se necesitan estas cualidades en grado tan eminente;

pero el poseerlas del modo que se adapte al talento, índole y posición del individuo, es siempre muy útil, y en algunos casos necesario. De esto dependen, en gran parte, las ventajas que unos llevan á otros en la buena dirección y acertado manejo de los asuntos; pudiendo asegurarse que quien esté enteramente falto de dichas cualidades, será hombre de poco valer, incapaz de llevar á cabo ningún negocio importante. Para las grandes cosas es necesaria gran fuerza, para las pequeñas basta pequeña; pero todas han menester alguna. La diferencia está en la intensidad y en los objetos; mas no en la naturaleza de sus facultades ni de su desarrollo. El hombre grande, como el vulgar, se dirigen por el pensamiento, y se mueven por la voluntad y las pasiones. En ambos, la fijeza de la idea y la fuerza del sentimiento son los dos principios que dan á la voluntad energía y firmeza. Las piedrezuelas que arrebata el viento, están sometidas á las mismas leyes que la masa de un planeta.»

No es posible llegar á más ni en el fondo ni en la forma de una doctrina.

Con este ejemplo queremos terminar el análisis de El Criterio bajo el punto de vista general de sus condiciones literarias.

El resumen y conclusión con que cierra sus páginas esta obra, es un índice colosal del itinerario del hombre en prosecución de su fin. No se pue-

de formular con más precisión y certeza las etapas todas del camino, desde el criterio para conocer la verdad, la verdad como realidad de las cosas; el conocimiento de la verdad como ecuación de la realidad con su idea; la verdad de la voluntad como fundamento del deber; la verdad en la conducta como consecuencia y efecto de la verdad en la voluntad; la variedad múltiple del hombre harmonizada por su unidad; la utilidad y el peligro de las pasiones según obren sometidas ó no á la voluntad y al entendimiento, hasta la harmonía total de las pasiones sometidas á la voluntad y la voluntad á la razón. En resumen: el entendimiento sometido á la verdad; la voluntad sometida al entendimiento, el entendimiento sometido á la moral; las pasiones sometidas á la razón y todo ilustrado, dirigido y elevado por la fe. «He aquí al hombre completo, al hombre por excelencia. En él la razón da luz, la imaginación pinta, el corazón vivifica, la religión diviniza.» En verdad, en verdad, que, colocados en la eminencia de este punto final, el mismo CRITERIO se avalora á los ojos de su lector; la obra fácil, de entretenimiento y amena, se transfigura en un tratado transcendental de la más alta filosofía; parece como un extracto antropológico de la *Suma* de Santo Tomás hecho por el genio amable de la conversación para cautivar á los oyentes y persuadir su voluntad para llevarlos en excursión pintoresca

desde los valles risueños de las riberas apacibles, hasta los montes excelsos de las cordilleras más altas; desde los primeros y balbucientes pasos de la infancia en los senderos de la sensibilidad, hasta la deificación de las almas en el pleno conocimiento de la verdad absoluta, que es su propia finalidad.

Parece increíble que la misma ciencia que gravitó sobre las sienes de Balmes oprimiéndolas con el peso de sus hondas meditaciones en el Seminario de Vich, llevase implícitas y como en germen en su seno las verdades prácticas y de aplicación, las reglas sanas y prudentes del arte de practicarlas y de conducirse en la vida. El Criterio puede decirse que es Santo Tomás en acción; y el propio Santo Tomás, al trazar los caracteres distintivos de la prudencia, parece como que dibujó los elementos generativos de El Criterio. Los que abismados por vocación en la contemplación altísima de las verdades de la *Suma,* no tengan contacto alguno con las impurezas reales del mundo exterior, pueden alcanzar acabado conocimiento de ellas por la lectura de este opúsculo, y si la tiranía de la libertad les obliga á descender de su soledad para mezclarse en los azares de la plaza pública, ya que se vean obligados á abandonar al polvo los infolios de Santo Tomás, deben meterse en el bolsillo un ejemplar de El Criterio, como el marino que, abandonan-

do la cubierta del buque donde contemplaba las claridades del cielo para penetrar en las espesuras de un bosque, debe llevar consigo encerrada en breve caja de metal la *brújula* que ha de suplir los esplendores celestes de la estrella del Norte con la orientación que la propia naturaleza ha concedido al imán de señalar siempre y con fidelidad absoluta los derroteros eternos que preserven á la humanidad de los extravíos del error con dirección á la meta de sus destinos.

Hoy más que nunca la humanidad parece condenada y expuesta á los más tremendos peligros en su tránsito por la tierra, en pos de la consumación de sus destinos más gloriosos. La inteligencia humana, creada para conocer la verdad, se halla solicitada por las seducciones más peligrosas del error y tiranizada por las opresiones más despóticas de la mentira. Arrancada por la arbitrariedad de la fuerza á la enseñanza obligatoria y gratuita de sus maestros naturales; circundada de embustes y de sofismas desde la cuna; sometida al régimen impuesto de la superchería y del engaño en los bancos de la escuela oficial, que corre ya el terrible riesgo de identificarse con la escuela neutra ó SIN DIOS, ó, lo que es lo mismo, con la escuela sectaria CONTRA DIOS; en una palabra, con la escuela anarquista ostentada con el cinismo mayor, con el nombre equívoco de « Escuela moderna»; oyendo á todas horas por todos

lados como axiomas y apotegmas evidentes y universales, religiosos, científicos, jurídicos, históricos, políticos, económicos, sociológicos, literarios y artísticos, las enormidades, los absurdos, las falsedades y calumnias más cínicas; presenciando como la lógica y legítima aplicación de tales doctrinas el incendio, la violación, el pillaje y el asesinato de la santidad, de la inocencia y del pudor; viendo cómo aguantan y sufren todas las clases la glorificación insultante, tan sarcástica como impune, de los crímenes más odiosos; no es extraño ¡qué lo ha de ser! que, si no fuera por la fuerza incontrastable y divina con que la Providencia cuida del orden universal que esplende en toda la creación, la humanidad, sumida de nuevo en las tinieblas de las negaciones sociales, atrajese sobre sí para siempre, como Sodoma en la Pentápolis, y como el mundo en la época de Noé, la cólera exterminadora de DIOS en las nubes de agua ó de fuego de otro diluvio.

En Sodoma, Lot pudo huir buscando la salvación desterrándose de la comarca; en el diluvio Noé tuvo que encerrarse en el arca para que sobrenadasen en ella los gérmenes de la nueva reproducción; pero ¿dónde está el arca y dónde la tierra libre en que refugiarse en estos diluvios del error y del mal que nos amenazan airados de todos los puntos del horizonte? En el orden religioso, el Vicario de Cristo yace recluído y despo-

jado; la Iglesia su esposa, oprimida y vejada por doquier; las órdenes religiosas, cumplidoras de los consejos del Evangelio, proscriptas ó amenazadas en casi todas las naciones católicas; las cátedras de la ciencia y de la razón monopolizadas por los sofistas; la prensa sindicada por la impiedad; los espectáculos públicos entregados á la *sicalipsis* y á la pornografía; los gobiernos populares más democráticos, esclavos sumisos de las logias, y la secta, apoderada por secuestro de la opinión, pidiendo á gritos en su nombre, como necesidad apremiante, ineludible, fatal, la glorificación de Barrabás y la crucifixión de Jesucristo como el medio más práctico y más seguro de ¡se resiste la pluma á escribirlo! *ANIQUILAR á DIOS.*

Conocemos todas las razones de fe, de confianza y de consuelo que nos pueden y deben fortificar contra los excesos de un pesimismo exagerado y funesto; pero tampoco debemos desconocer la obligación de poner los medios que estén á nuestro alcance para evitar, en lo que de nosotros dependa, que el cataclismo asolador que tan de cerca amenaza los fundamentos más hondos, más necesarios y más firmes de la civilización europea, á cuya sombra nos cobijamos, se realice tranquilamente, y además de la oración necesitamos del trabajo y del estudio para vencer, cuando menos para luchar contra los nuevos bárba-

ros que se aprestan á nuestro total exterminio.

Para que el daño y el peligro y la muerte sean más irremediables todavía, entre los perniciosos errores que no han desaparecido aún en el horrible descrédito de sus respectivos sistemas, sobrenada uno colosal, tan colosal como transcendente, que, herido de muerte en las regiones científicas de la Metafísica y de la Lógica, ejerce sus más desastrosos estragos en la región inferior donde se engendran las ciencias subordinadas, informándolas todas con la pestilencia de su error capital, hasta el punto de corromperlas en todo su desarrollo vital con el virus de su contagio. Nos referimos al principio, ó mejor á la negación Kantiana, en virtud de la cual todas las leyes del pensamiento son inmanentemente subjetivas, sin que puedan darnos jamás el conocimiento de la realidad, absolutamente inaccesible á la jurisdicción de nuestros juicios.

Este error capital y transcendente á todos los órdenes del conocimiento y á todas las esferas de la realidad y de la vida, es el pecado original de la ciencia moderna contemporánea, y el que envenena todas las fuentes del saber de las disciplinas novísimas. Hasta el monstruo del *modernismo* que se levanta en medio de la misma Iglesia de Dios como el resumen y el compendio de todas las herejías religiosas y de todas las negaciones sociales, armado con todo el aparato científico

de las ciencias críticas históricas, arqueológicas, filológicas y naturales, para destruir con el golpe de su formidable ariete todos los fundamentos racionales del árbol frondoso de la Cristiandad, tiene por base y por arma el principio de la negación del sofista de Koenisberg, ó sea la subjetividad irredimible de la vana y triste y pobre razón, eternamente condenada, en medio de los desvanecimientos de su soberanía imperante, al vergonzoso suplicio de no dar nunca con la verdad.

Con lo que dicho se queda que, á juzgar humanamente la crisis por que atraviesa la civilización que apellidamos cristiana, parece llegado el momento de esculpir sobre la frente de los destinos humanos la terrible sentencia del Dante sobre las puertas del infierno:

Lasciate ogni speranza!

porque la *apostasía* que supone el volver la espalda á la Cruz después de veinte siglos de cristianismo, renegando en nuestro paganismo desenterrado no sólo del Evangelio, sino hasta de la razón; despreciando á Sócrates y á Platón y á Aristóteles, á Cenón y á Epitecto, á Séneca y Cicerón, para correr tras los *sofistas* que puso la sabia antigüedad fuera de la ley de la civilización, de la humanidad y aun de la vida; es un mal que por sus caracteres antisociales aterra la considera-

ción del espíritu más sereno, dejándole sumido en el estupor de lo inconcebible y de lo absurdo.

En cuanto al estudio, hemos acabado con el latín, que era el lenguaje universal de la ciencia; esto es, hemos roto con la humanidad y con la tradición, estableciendo un abismo entre nosotros y el pasado, entre la cultura y la incivilidad, entre nación y nación, entre raza y raza y gente y gente. La Teología, la Filosofía, el Derecho en lo que tiene de fundamental, se sienten faltos de aquellos generosos centros de acción en que se cultivaba amplia y elevadamente su estudio. De la Lógica no hay que hablar. ¿Quién pierde tiempo en saludarla, ni aun en sus más rudimentarios cimientos, aunque se oiga discurrir con los pies? Todo se alcanza con decir una enormidad envuelta en una brutalidad y sazonada con un chiste, cuando no con una blasfemia. Por el camino que se va, la única sabiduría, la única razón, la única elocuencia consistirá en la mayor explosión del artefacto más mortífero, desde el aeroplano fulminador á la bomba cobarde del anarquista.

Y, sin embargo, con eso y todo es indispensable luchar para completar la acción divina del Eterno, esclareciendo la verdad con la luz perenne de la razón; y puesto que las obras magnas del ingenio humano no son ya accesibles al vulgo común de los mortales, es necesario recurrir á

las obras cuya grandeza intelectual puede encerrarse en poco volumen y al alcance de todos los gustos y fortunas.

Las más necesarias son las que enseñan á pensar como camino del creer; de poco sirve la luz si se tienen cerrados los ojos ¡y fuera de los caminos de la gracia y de la misericordia de Dios, para conocer y para amar la verdad, lo primero es tener los ojos abiertos para mirarla! y éste es el gran mérito de El Criterio. Su nombre solo, lo volvemos á repetir, es una fuerza; en realidad una panoplia. En sus páginas claras, sencillas, conmovedoras, persuasivas, y *ainda mais* elocuentes, se enseña gráficamente á pensar, á distinguir el error de la verdad que lo desmiente; á buscar el medio probable de acertar y seguro de no equivocarse, y á orientarse y buscar con todo género de prudencias la vía cierta que conduce al puerto de salvación sin extraviarse ni perderse por las falsas sendas del precipicio; en una palabra, á juzgar usando bien de la razón ¡que es la luz, y la regla, y la ley de las acciones humanas!

Mucho se ha declamado en favor y en honor de la razón por los enemigos de la fe y por los adversarios de la verdad, obsequiando con el renombre de obscurantistas y de enemigos de la razón á los que tenemos por dogma lo razonable de nuestra fe. Mucho hemos oído ensalzar, contra la fe, á la razón, y, sin embargo, hoy los lla-

mados racionalistas abominan de la razón y hasta niegan su particular existencia. «La razón es una enfermedad del cerebro», se ha dignado revelar el sabio Renán, mientras los obscurantistas cristianos y los apagaluces católicos seguimos proclamando el origen divino de la razón, definiéndola con Santo Tomás «una participación de la luz increada», y concretamos toda nuestra ley á ser sencillamente *razonables.*

Porque ésta es la verdad, la pura y esplendente verdad, á despecho de toda clase de injurias y de calumnias; si quisiéramos fijar en una fórmula breve, concisa, lapidaria, toda la economía del cristianismo católico, podríamos hacerla con estas sobrias palabras que marcan todas las etapas luminosas del camino de nuestra finalidad: «Seamos *razonables* para ser *inteligentes* — seamos *inteligentes* para ser *dioses.*»

Por eso pondremos término á estos renglones sobre El Criterio, y sus excelencias literarias, con estas palabras que quisiéramos grabar en la mente y en el corazón de todos nuestros lectores.

Tengamos siempre razón, sigamos siempre los dictados de la razón, y ella, mientras no reniegue de sí propia revolviéndose contra su ley, nos echará en brazos de la verdad; y como la verdad es el ser, la razón nos llevará al ser inefable de Dios, único ser *a se* y única verdad absoluta, infinita y eterna, para cuya intelectual contemplación

ha sido creada nuestra inteligencia, y á cuyo blanco tiende como á su propio y único fin el vivo anhelo de nuestra voluntad abrasada en el fuego ardiente de nuestro amor.

Porque en vano la humanidad correrá extraviada en pos de todas las fantasías y las quimeras del error: *¡La belleza de la verdad es el bien infinito de nuestras almas!*

Alejandro Pidal y Mon.

BOCETO BIOGRÁFICO DE BALMES (1)

NACIÓ Jaime Balmes en la ciudad de Vich el día 28 de agosto de 1810; viendo el que debía ser llamado *el Santo Padre de la época moderna* la luz primera en la festividad del más preclaro entre los Santos Padres antiguos, el grande San Agustín.

Desde sus primeros estudios mostró vivo entusiasmo por el saber, que constituyó la ardiente pasión de su vida toda; y también desde su más tierna edad tuvo una decidida vocación al sacerdocio, repitiendo después de su ordenación muchas veces que, tantas cuantas se hallara en ocasión de elegir estado, siempre hubiera preferido el sacerdotal. Estudió latín, filosofía y primer año de Teología en el Seminario de Vich. Estudiante de filosofía, se portaba ya como un filósofo: leía mucho, pero pensaba más; an-

(1) Se han utilizado para escribir este *Boceto biográfico* los escritos de Balmes, especialmente su *Vindicación personal*, algunas de sus cartas privadas, la *Vida de Balmes*, escrita por su amigo D. Benito García de los Santos, y el artículo *León XIII y Balmes*, publicado por el Iltre. Canónigo de Vich D. Jaime Collell en el *Boletín* del Centenario.

tes de consultar una cuestión con los autores, la meditaba y resolvía, y después hacía su comprobación con los libros. En la vida académica brotan fácilmente emulaciones que acarrean sufrimientos al que descuella, y cuyos méritos otros no quieren reconocer. Balmes no fué inmune de estas contradicciones; pero ellas le infundieron mayor energía y actividad, inspirándole una venganza muy provechosa para sí: el trabajar más. Nadie le veía en otro lugar que en su casa, en la iglesia, en el colegio, en algunas casas de los regulares con quienes tenía frecuentes relaciones, y en la biblioteca episcopal, donde se hallaba mientras estaba abierta.

Cuando contaba Balmes diez y seis años de edad, el obispo de Vich D. Pablo de Jesús de Corcuera y Caserta, varón sumamente celoso y sobremanera vigilante, le agració con una beca en el Real Colegio de San Carlos de la Universidad de Cervera. Fueron sus catedráticos el dominico P. M. Barri, el doctor Caixal, el doctor Ricard, el doctor Galí, y por breve tiempo el Padre dominico Xarrié. La Teología la estudió en Santo Tomás, pasando cuatro años sin leer casi otro libro que la *Suma* del Doctor Angélico. La madre de Balmes, cuando éste era todavía niño, se postraba diariamente en la iglesia de Santo Domingo de Vich ante el altar de Santo Tomás de Aquino, para que inspirase á su hijo ciencia y santidad. No fueron desatendidas sus preces y oraciones: Balmes bebió caudales de ciencia en las obras de Santo Tomás; más todavía que la letra, penetró su espíritu; aprendió del Aquinate la diáfana claridad que debía hacerle apto para ser maestro de generaciones enteras; se elevó como el Angélico á las altas regiones de los grandes principios, que en pocas ideas abrazan mu-

chas conclusiones. Balmes hablaba siempre con sumo respeto de Santo Tomás y amaba intensamente su memoria. «Todo, decía, se halla en sus obras: filosofía, religión, derecho político; todo está allí aglomerado bajo aquellas cláusulas lacónicas que encierran abundantes riquezas.»

Siguió sus estudios en Cervera, recibiendo los grados de bachiller y licenciado en Teología. Las temporadas de vacaciones las pasaba en Vich, donde estaba en la biblioteca desde que se abría hasta que se cerraba. Concluída la carrera en 1833, hizo oposición á una cátedra de Teología en la Universidad; y en el mismo año hizo oposición á la canonjía Magistral de Vich. En su *Vindicación personal* nos habla muy ingenua y humildemente de sus brillantes oposiciones á la canonjía: «Los lectores juiciosos, dice, saben lo que en tales casos sucede en poblaciones de poco vecindario: estos asuntos llaman vivamente la atención, y como unos se interesan por uno, otros por otro, naturalmente, se habla en pro y en contra, y corren pequeños chismes, que desprecia quien tenga miras elevadas. Yo era hijo de la misma ciudad; era más joven que mis contrincantes, y por esto llamaba la atención; y algunos se interesaban por mí hasta con calor.» Todos los canónigos le felicitaron con expresiones muy sinceras; y el agraciado, que fué el doctor D. Jaime Soler, sostuvo íntima amistad con Balmes, y sentía verdadera admiración por él, considerándole como un *hombre extraordinario, grande en vida y grande en muerte*, como escribía á raíz de la muerte prematura del que había sido su ilustre y joven coopositor.

Balmes se ordenó de sacerdote, y el Ilmo. Sr. Don Pablo de Jesús de Corcuera le preguntó después de or-

denado: ¿Tú qué quieres?—Señor, un curato, le dijo. —Entonces, el obispo le replicó: Ve á la Universidad y estudia.—La humildad de Balmes le hacía elegir la ocupación más ordinaria del sacerdote para satisfacer su celo de hacer bien á las almas. La mirada penetrante del Ilmo. Corcuera le señalaba su vocación de doctor de la cristiandad. Más tarde el mismo Balmes la conoció. Cuando en el apogeo de su gloria, que en tan breves años alcanzó, se le hacían insinuaciones sobre la posibilidad de que fuera elevado al episcopado, contestó: «Sólo la amenaza de una excomunión podría obligarme á aceptar un cargo del cual no me creo digno: *si algo he de hacer en el mundo ha de ser escribir;* el gobierno de una diócesis me inutilizaba completamente.»

Balmes no se lanzó á escribir con precocidad; antes se dedicó por largos años á profundos estudios, á variadas lecturas y á muy serias meditaciones. Siguiendo las indicaciones de su Prelado, después de ordenado sacerdote, volvió á la Universidad de Cervera y siguió la carrera de cánones, desempeñando al mismo tiempo, en calidad de substituto, la cátedra de Sagrada Escritura, y recibió el grado de Doctor en Teología. «La función se verificó el 7 de febrero de 1835, dice Balmes en su *Vindicación personal;* la guerra civil estaba en su incremento, las pasiones ardían, y yo como graduando debía seguir las leyes académicas, pronunciar un discurso en elogio del Monarca reinante, y como á la sazón era Gobernadora S. M. la Reina Cristina, era preciso hablar de esta augusta señora. El concurso era numeroso, las opiniones políticas muy encontradas, y se deseaba saber lo que yo pensaba de las cosas políticas. ¿Saben mis lectores lo que hice? ¿Creen que me entusiasmé por

la Reina Gobernadora, y que le dispensé las lisonjas que á la sazón le prodigaban otros que ahora la insultan? No, no; lo que hice fué prescindir de toda política, y me ceñí á elogiar la apertura de las universidades; y aprovechándome de no sé qué providencia sobre enseñanza de matemáticas, me detuve un poco en este punto, y acabé mi discurso sin ofender ni á cristinos ni á carlistas, porque no había hablado ni de unos ni de otros.»

Concluído el curso de 1834 á 1835, arreciando la guerra y la revolución, prefirió á la carrera universitaria la obscuridad de la vida doméstica. Pasó dos años en su ciudad natal dedicado al estudio sin distracción alguna, completando sus conocimientos y preparándose así para su misión de escritor. Había empezado ya en 1833 por sí solo el estudio de las matemáticas á pesar de habérsele dicho que no era aquello posible; y continuó en 1835 con ahinco el estudio de esta ciencia en la cual tanto debía sobresalir y que debía utilizar luego en sus estudios filosóficos. Profundizaba más y más la Filosofía y la Teología; pero se dedicaba también con ardor al estudio de la historia, de las leyes y de la política, en cuyos campos debía pronto librar gloriosos combates. No olvidaba el estudio de las lenguas extranjeras, como el francés y el italiano; pero cultivando aun más la lengua castellana, en la cual llegó á escribir un número regular de poesías que no le merecieron el nombre de poeta, pero que instilaron luego no poca poesía en sus páginas de prosa. (1) Mucho leía Balmes, pero

(1) Balmes, al reconocer algunos defectos en sus versos, teniendo una elevada y verdadera idea de la poesía, no quiso publicarlos. «En poesía, exclamó, no hay término medio». Sus poesías sólo han podido ser publicadas como póstumas.

más meditaba, paseándose diariamente tres ó cuatro horas solo en su habitación, cerrados los balcones y sin luz. No quería que la erudición ahogase su propio discurso, como él lo censura en Cicerón, de quien afirma que habría sido más profundo filósofo si hubiese leído menos y meditado más. Balmes cita pocos autores y éstos son generalmente los grandes maestros que ha tenido la humanidad. En historia recomienda en alto grado el estudio *inmediato* de los monumentos de la época, para no contentarse con un conocimiento *narrativo,* sino lograr un conocimiento *intuitivo.* La contemplación de la realidad y la profunda meditación: he ahí los dos elementos de la labor mental de Balmes, que le constituyeron filósofo, pero filósofo realista que no perdió nunca el contacto con la tierra, y que aplicaba los grandes principios morales y jurídicos para juzgar de lo pasado, como para orientar rectamente á la sociedad contemporánea.

En 1837 probó que podían aprenderse las matemáticas sin maestro. Se fundó en Vich una cátedra de matemáticas que pretendió Balmes. El presidente le preguntó si las había estudiado en alguna Universidad.— No; las he aprendido, contestó el joven sacerdote; y para probarlo escribió una Memoria sobre el método que emplearía en la enseñanza. Fué nombrado Balmes catedrático, enseñando durante cuatro años no sólo las matemáticas elementales á que estaba obligado, sino también las llamadas sublimes, sacando aprovechados discípulos. Entre sus escritos póstumos se han publicado algunos que dicen relación al álgebra y á la trigonometría, que datan de su época de profesorado.

Durante la guerra civil no se mezcló jamás en nada

que tuviese relación con la política. Podía hallársele únicamente en su casa, en la biblioteca y en la cátedra; sin más distracción que un rato de paseo que daba, ó solo, ó en compañía de un amigo, que, por lo común, solía ser alguno de sus discípulos.

En 1839 llegó á sus manos *El Madrileño Católico*, periódico de la corte, que abría un certamen para publicar en sus páginas la mejor Memoria que se le enviara sobre *el celibato del clero*. Balmes, que tan intensamente amaba el estado del sacerdocio y que tan fiel guardador era de la pureza, diciendo que «á las mujeres se debe verlas sin mirarlas», hizo sus primeros ensayos escribiendo una apología del celibato sacerdotal, que obtuvo el premio de dicho certamen.

Balmes sintió desde su niñez profunda simpatía y amor al dulcísimo San Francisco de Sales. La moderación y mansedumbre del santo obispo de Ginebra, su suavidad y bien entendida tolerancia con los hombres, nunca con el error, cautivaban el espíritu de quien debía seguir el mismo espíritu en todos sus escritos. En 1840 publicó en Vich las *Máximas* de San Francisco de Sales, traducidas del francés al español, precedidas de un atractivo prólogo y distribuídas para todos los días del año. Al publicar este su primer trabajo literario omitió su nombre al darlo á la prensa.

En abril del mismo año publicó en Vich las *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*, en las cuales, prescindiendo de argumentos legales, vindicaba los bienes eclesiásticos en el terreno de las ciencias sociales, políticas y económicas. Balmes demostró ya en este trabajo la potencia de su genio, su originalidad y cuán bien comprendía el gusto positivo de la época. Balmes, no conocido hasta entonces en el mundo literario, aparecía

en él como un maestro. Su preparación había sido prolongada; no empezaba su misión hasta el trigésimo año de su edad, imitando en ello al Divino Maestro, como le imitaría en la intensidad y brevedad de su carrera. El primer opúsculo de Balmes causó admiración en toda España; y á pesar de la obscuridad del punto de publicación y del autor, habláron de este escrito muy favorablemente los periódicos de Madrid de todos los colores, inclusa la *Gaceta*.

Alentado con un éxito para Balmes muy inesperado, continuó trabajando en *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*. Escritos los primeros cuadernos los enseñó á su amigo el mencionado canónigo Magistral de Vich, quien, después de haberlos leído, le instó encarecidamente para que concluyese y publicase la obra, anunciándole con toda seguridad un éxito, que confirmó la experiencia.

En el momento de terminar la guerra civil se trasladó á Barcelona, donde en medio de las revueltas de que era teatro nuestra ciudad, y en los mismos días en que era asesinado y arrastrado un joven que llevaba su apellido, imprimió y publicó el folleto titulado: *Consideraciones políticas sobre la situación de España*. « No tenía ninguna defensa, nos dice en su *Vindicación personal;* y hasta mi estado podía prevenir contra mi persona: publiqué, sin embargo, el escrito, no obstante los consejos y hasta los ruegos de las personas que más me querían. Todos sabemos lo que sucedió entonces: con algunas excepciones honrosas, los comprometidos huyeron cada cual por su lado. Bien atestiguado está en el Manifiesto de la Reina Cristina en Marsella, donde se lamenta del abandono en que se la dejó. Yo no defendí á la Rei-

na Cristina, porque me ocupo muy poco de las personas; pero defendí los buenos principios religiosos y monárquicos; defendí la necesidad de que fuese regente una persona Real, no obstante de que se veían bien claras las tendencias de la revolución y la ambición de Espartero; y hablé con toda libertad en favor de los carlistas, haciendo justicia á sus convicciones y á sus intenciones; y asegurando ya entonces lo que sostengo ahora, que no era posible consolidar un sistema político hasta que se hiciese entrar á ese gran partido como un elemento de gobierno; y los carlistas acababan de sucumbir, y la revolución estaba pujante.»

Impreso el citado opúsculo regresó á Vich, continuando en la enseñanza de matemáticas hasta mediados de 1841. Por entonces publicó *La Religión demostrada al alcance de los niños*, la obra más sencilla de Balmes como dirigida á la niñez, pero cuyo indudable mérito y grande utilidad, aun para personas mayores, pregonan las numerosísimas ediciónes que de la misma se han venido haciendo. Al dejar su cátedra de matemáticas de Vich se trasladó á Barcelona para comenzar la impresión de *El Protestantismo*, al mismo tiempo que escribía en *La Civilización*, revista quincenal que publicaba con la colaboración de Roca y Cornet y Ferrer y Subirana. Sin haber concluído de escribir *El Protestantismo* comenzó á publicarlo, causando esta obra tal admiración, que tuvo desde luego en España numerosos subscriptores, y antes de concluirse la edición española se hizo ya la traducción francesa. Para revisar esta traducción trasladóse Balmes á fines de abril de 1842 á París, en donde recibió los homenajes de muchos literatos; tuvo algunas entrevistas con el P. Lacordaire,

y aun Guizot, su ilustre contrincante, que había dado ocasión á que Balmes escribiera *El Protestantismo*, mostró deseos de verle y hablarle. Antes de regresar á España visitó Londres; y al volver á la Península se dirigió á Madrid, en donde algunos le acusaron calumniosamente de ciertos manejos carlo-cristinos, lo cual no le acarreó, sin embargo, contradicciones de importancia, llegando por fin á Barcelona á fines de octubre.

Uno de los continuos pronunciamientos que ocurrían en la ciudad condal, el que se hizo para establecer la Junta central, fué causa de que Balmes saliera de Barcelona; y con un amigo y un guía, y pasando algunos trabajos, que no podía resistir muy bien, llegó á la quinta de Prat de Dalt, donde en 30 días, sin libro alguno, escribió *El Criterio*, que por sí solo bastaba á inmortalizarle. Algunos creen que completó dicha obra antes de publicarla en junio de 1845. En pocos meses se agotó la edición de este libro de oro, que creemos obraría una verdadera regeneración si era leído en todas las escuelas para formar hombres capaces de dirigirse á sí mismos en la vida y de evitar los engaños de los demás, no menos que las ilusiones propias.

Al concluir el tomo tercero de *La Civilización*, Balmes determinó escribir él solo otra revista, también quincenal, que comprendiese las mismas materias. *La Sociedad*, publicada en Barcelona desde 1.º de marzo de 1843 á 7 de septiembre de 1844, nos ofrece el raro ejemplo de una revista que, á pesar de contener artículos de distintas materias, religiosas, filosóficas, políticas, sociales y literarias, era íntegramente escrita por un solo redactor, que, cual otro Leibnitz, llevaba de frente todas las ciencias. En *La*

Sociedad publicó las catorce primeras *Cartas á un escéptico en materia de religión*, una de las más bellas obras de Balmes, que han retenido muchos espíritus en la fe y salvado á no pocos del escepticismo en que habían naufragado.

El Protestantismo se acabó de publicar á principios de 1844, y entonces Balmes se fué á Madrid, donde fundó *El Pensamiento de la Nación*, periódico semanal de carácter político, continuando aún á la vez durante algún tiempo la publicación de la revista *La Sociedad* en Barcelona. Balmes ansiaba influir más directamente en la marcha pública de España, necesitada de recta orientación, y á este fin no temió lanzarse á la política desde su elevada esfera de escritor. «En momentos de cansancio y disgusto, nos dice en la introducción que escribió á la colección de sus *Escritos políticos*, todos condenan el hablar de política, pero nadie habla de otra cosa; y es que la política nos interesa á todos, porque se roza con todo. No hablemos de política; sea en buen hora; mas ha de ser con la condición de encontrar materias exentas. Los asuntos religiosos se resienten de la política: testigo la historia de los últimos años. Las ciencias y la literatura se resienten de la política: testigos, á más de otras cosas, los planes y reglamentos que varían con los ministerios. La agricultura, la industria y el comercio se resienten de la política: testigos las chispas de guerra civil, las cuestiones de aranceles, la inseguridad de los capitales, la bolsa.....»

En *El Pensamiento de la Nación* tuvo Balmes por colaboradores á Quadrado, García de los Santos y otros notables escritores católicos. En el prospecto que escribió Balmes para la publicación, y que salió á luz á fines de septiembre de 1844, exponía el obje-

to del periódico con un criterio tan sereno y equilibrado, tan impuesto en el justo medio, que recuerda una de las bellísimas oraciones en que el Angélico Doctor, al pedir á Dios las virtudes morales, pide, al mismo tiempo, que no degeneren en inclinaciones viciosas por extremadas. (1) Dice así el fundador de *El Pensamiento de la Nación:* «Fijar los principios sobre los cuales debe establecerse en España un gobierno, que ni desprecie lo pasado, ni desatienda lo presente, ni pierda de vista el porvenir; un gobierno que, sin desconocer las necesidades de la época, no se olvide de la rica herencia religiosa, social y política que nos legaron nuestros mayores; un gobierno firme sin obstinación, justiciero sin crueldad, grave y majestuoso sin el irritante desdén del orgullo; un gobierno que sea como la clave de un edificio grandioso, donde encuentren cabida todas las opiniones razonables, respeto todos los derechos, protección todos los intereses legítimos: he aquí el objeto de la presente publicación.»

El influjo que ejerció *El Pensamiento de la Nación* fué muy grande, agrupando en torno de Balmes á personajes muy distinguidos y formando una poderosa corriente de opinión. Balmes logró la reforma de la Constitución de 1837 y la devolución de los bienes del clero secular. No pudo, empero, conseguir la unión de las dos razas de la familia Real por medio del casamiento de conciliación entre la Reina Isabel II y el conde de Montemolín, hijo de D. Carlos, que tanta fuerza habría dado al trono y á los elementos conservadores en España y tantos males habría evitado. Los hechos posteriores han ofrecido

(1) *Oratio ad vitam sapienter instituendam.* Se halla en las *Preces Tomísticas*, publicadas por el Dr. Torras y Bages.

un contundente argumento *ad absurdum* en pro del proyecto del clarividente Balmes.

Resistió al empeño que tenían muchos de que publicase diariamente *El Pensamiento de la Nación*, porque quería ser siempre responsable de cuanto en él se publicara y evitar cualquier ligereza, más difícil de precaver en un diario. Trabajó, sin embargo, en la fundación de *El Conciliador*, contando con que le dirigiera D. José María Quadrado.

Balmes publicó *El Pensamiento de la Nación* por espacio de tres años; y asombra pensar que quien tan vivamente se interesaba por los asuntos públicos, sabía conservar la serenidad necesaria y hallar tiempo suficiente, no sólo para corregir nuevas ediciones de sus obras y publicar la primera de *El Criterio* en Barcelona en 1845, sino para trasladarse á París, huyendo de las visitas que en Madrid le asediaban, dedicándose en la capital de Francia á escribir la *Filosofía Fundamental*. ¿No parecían dos hombres distintos, el filósofo, que encerrado en su cuarto de estudio de París escribía sobre el espacio, el tiempo, el infinito y escribía sobre las doctrinas de Condillac, Kant, Fichte y Schelling, y el director de *El Pensamiento de la Nación*, que publicaba semanalmente en Madrid artículos políticos de interés palpitante? La multitud de aptitudes llegaba á producir el efecto de una bilocación prodigiosa en aquel genio, cuyo descanso consistía sólo en variar de trabajo.

El matemático, apologista, político y filósofo pensó, al considerar el daño que causaban las novelas francesas de moda, emplear también sus talentos en escribir una novela cuyo plan tenía ya concebido, pero que no llegó á desarrollar por respeto tal vez á su estado.

Durante su estancia en París en 1845 visitó Bélgica, conociendo entonces al insigne escritor español el que tantas analogías debía ofrecer en sus inmortales encíclicas con los escritos y orientaciones sociales de Balmes, al sentarse treinta y tres años más tarde en la silla de Pedro con el nombre de León XIII. En agosto de dicho año, con motivo de la conferencia anual de los obispos belgas, á la cual había costumbre de invitar al Nuncio Apostólico, vió Monseñor Pecci, á la sazón Nuncio en Bélgica, á Balmes, conversando con éste largo rato sobre las obras que tenía ya publicadas y animándole á seguir con sus estudios y con sus publicaciones para utilidad de la ciencia y de la religión.

Pasados breves días en Bélgica regresó á París para volver á España. Su permanencia en Madrid fué entonces muy breve, pues se dirigió á Barcelona para publicar los primeros tomos de la *Filosofía Fundamental;* pasando gran parte del invierno en la ciudad condal entregado á un intenso trabajo, sin dejar ninguna semana de enviar á Madrid el artículo para *El Pensamiento de la Nación.* Ante el deseo del gobierno de anticipar las bodas regias, regresó á Madrid en marzo de 1846, concluyendo en los tres meses siguientes la *Filosofía Fundamental*, corrigiendo la segunda edición de *El Criterio* y escribiendo una Memoria: *Del modo que los eclesiásticos deben conducirse con los incrédulos*. que leyó en una de las conferencias eclesiásticas que entonces se celebraban en Madrid, y que fué publicada luego entre sus escritos póstumos. Completó también en esta época la colección de las *Cartas á un escéptico en materia de religión*, catorce de las cuales había insertado en *La Sociedad*.

A principios de julio de 1846 pasó á Barcelona, y después á Vich, donde no había estado hacía cinco años. ¡Qué trabajos tan gigantescos y variados los de Balmes en aquel lustro en que había estado ausente de su ciudad natal! Bien decía Balmes en una de sus cartas, al mostrar cierta necesidad de descanso á pesar de su juventud, que el trabajo de cuatro años había representado el de veinte. Por ello la fama universal con que regresaba á su ciudad de origen, parecía conquistada, no con un lustro, sino con una larga vida literaria.

En Vich recibió aquel artículo de *El Español*, al cual creyó deber contestar con su ingenua y vibrante *Vindicación personal*. En ella, siguiendo el ejemplo de Chateaubriand al tratar asuntos personales, usó el singular *yo* en vez del plural literario *nosotros*. Declaró como él que en los brevísimos prólogos de sus obras no había hablado nunca de su persona; hablaba ahora de la misma para defender sus doctrinas. «Los lectores juiciosos, nos dice, comprenderán cuán sensible me ha de ser el bajar á ese terreno de indignas personalidades, que me hieren á mí y á otros; pero se me fuerza á ello; está interesado en ese negocio mi honor, y yo procuraré no cansar al público con esas cosas más que una sola vez: lo demás lo remediaré con el desprecio, ó lo castigarán los tribunales. En circunstancias semejantes, cuando un hombre ha llegado á adquirir un carácter público, y mucho más si esto no lo debe á ningún empleo, sino á sus actos puramente personales, tiene un deber de salir á la defensa de su persona: en ello se interesan sus mismas doctrinas.» En su vindicación, después de rechazar como hechos falsos el supuesto atropello que había sufrido y sus manejos electorales, deshace

igualmente la falsa suposición de que hubiese pasado de defender públicamente el sistema representativo al carlismo extremo, para congraciarse con el clero, del cual le supone muy mal mirado el anónimo corresponsal de *El Español.* Para ello narra con sencillez su vida, mostrando cómo se había desentendido de la política en sus actos académicos, lo mismo en el discurso que hubo de pronunciar al recibir el grado de Doctor en Sagrada Teología en la Universidad de Cervera, que en su discurso inaugural cuando era profesor de matemáticas en Vich; las muestras de aprecio que había recibido siempre de parte de sus superiores; su cuidado y fidelidad en someter todas sus obras religiosas á la censura eclesiástica, que nunca le obligó á enmendar lo más mínimo; y las felicitaciones que había recibido de casi todos los obispos españoles y de muchos extranjeros, entre ellos el célebre Wiseman, como también de los Nuncios de Su Santidad en París y en Bruselas. En cuanto á sus escritos políticos vindica la conveniencia de los mismos, y, encarándose con su anónimo adversario, le pregunta: «¿No es una tarea digna la de contribuir á dilucidar las grandes cuestiones que se agitan en España? ¿No están interesados en eso la Religión, la sociedad, la ciencia misma?» «Sostengo, añade, una gran causa, y de su grandor y justicia y conveniencia abrigo una convicción profunda.» En esta misma *Vindicación* muestra el placer que sentía al influir con sus escritos en el espíritu de muchos. «He llegado á influir en la opinión pública, y en esto, lo confieso, siento un vivo placer, porque nada conozco más grato que ejercer influjo sobre los hombres por el ascendiente de la verdad; nada conozco más grato que escribir una palabra y tener una seguridad pro-

funda de que aquella palabra dentro de pocas horas volará á grandes distancias, y vibrará en millares de espíritus para producir una convicción ó excitar una simpatía, como una chispa eléctrica que, saliendo de un punto, conmueve la atmósfera hasta un remoto confín.»

En Vich recibió Balmes la noticia de las bodas regias, que hacían imposible el hermoso y fecundo proyecto de unión de las dos ramas de la familia Real. Efectuado el matrimonio de la Reina, pensó en suspender inmediatamente *El Pensamiento de la Nación*, pero continuó su publicación hasta fin de año. A pesar de que le producía el periódico tres mil duros anuales y tenía numerosos subscriptores, no quiso Balmes sacrificar su independencia de escritor á un lucro mercantil.

Habiendo regresado á Madrid en noviembre de 1846, comenzó á escribir la *Filosofía Elemental* para las escuelas, que pudo escribir con mucho menos trabajo y más seguridad habiendo antes escrito la *Filosofía Fundamental.* Sin embargo, para escribir la *Estética,* hizo estudios especiales de fisiología, á cuya ciencia manifestó especial afición. La *Filosofía Elemental* es, á nuestro entender, la obra que más merece á Balmes el noble título de escolástico, que nadie confundirá en nuestro escritor, como en ningún grande maestro de la escuela, con el de adocenado ergotista. Balmes, que se mostraba en esta obra fiel á la tradición dialéctica de la escolástica, completaba, conforme al gusto de la época, su *Filosofía Elemental* con una breve, pero preciosa *Historia de la Filosofía*, en la cual reseña especialmente la filosofía pagana y la más ó menos heterodoxa.

Al mismo tiempo que hacía la impresión de la *Fi-*

losofía Elemental, dispuso una colección de sus *Escritos Políticos*, para lo cual reunió en un gran volumen las *Consideraciones políticas sobre la situación de España,* algunos artículos políticos publicados en *La Civilización* y *La Sociedad* y los de *El Pensamiento de la Nación,* añadiendo un brillante apéndice sobre la política extranjera y la política interior. La subscripción á los *Escritos Políticos* publicados en Madrid á fines de 1847 fué numerosísima, á pesar de ser artículos tan leídos ya anteriormente por todos.

Mientras se imprimía esta colección, Balmes, después de haber estado en los baños de Ontaneda con su amigo el publicista Pedro La Hoz, pasó á París, donde llegó el 5 de septiembre, observando cierta agitación en los ánimos de los franceses, que le hizo pronosticar algún grave suceso mucho antes de la revolución del 24 de febrero. Regresó á Madrid el 18 de octubre.

Los comienzos del pontificado de Pío IX habían excitado grande admiración, pero sus reformas administrativas y políticas fueron sumamente discutidas. Balmes sintió vivo entusiasmo por la obra de Pío IX, el cual se descubre en todas las páginas del opúsculo apologético del mismo que publicó en diciembre de 1847. El pensamiento culminante del folleto de Balmes es que era necesario hacer evoluciones para evitar revoluciones. Los que combatían la conducta política del Papa, convirtieron su animosidad contra Balmes. Cuando más arreciaba la tempestad contra él, escribía á su amigo García de los Santos: «Estoy completamente tranquilo..... La verdad, la virtud, la conciencia, Dios: he aquí los puntos á donde uno debe dirigir la vista, lo demás pasa.» Sólo podía conservar tal serenidad de espíritu en la adversidad

quien escribía pocos meses antes á su mismo amigo: «Permítame V. recordarle que se resiste más difícilmente á la dicha que á la desdicha; la prosperidad es una gran tentación, y no dudo que V., conociéndolo, procurará fortificar más y más su espíritu con el mismo alimento que en los días de *penas.*»

Desde que concluyó la *Filosofía Elemental* se dedicó á traducirla al latín para uso de los seminarios conciliares, poniendo tal empeño en que su traducción fuese buena, que para ello pasaba muchas horas leyendo á Cicerón, Tito Livio, César y Ovidio. No puede su latín tildarse de bárbaro, como el de algunos escolásticos, ni es siquiera descuidado, como el de muchos autores de filosofía, sobresaliendo, de vez en cuando, sentencias de forma verdaderamente clásica. La edición latina de la *Filosofía Elemental* concluyó de publicarse después de la muerte de Balmes.

El 14 de febrero de 1848 pasó á Barcelona, donde, con el deseo de terminar cuanto antes la traducción de la *Filosofía Elemental* á la lengua latina, trabajaba sin descanso, sin recibir á nadie, ni salir de paseo. En abril escribió su opúsculo sobre la *República francesa,* publicado entre sus escritos póstumos. Un trabajo tan intenso y sin intermisión quebrantó su salud, aconsejándole los médicos que suspendiese toda clase de trabajos y fuese á respirar los aires de su ciudad natal.

Llegó á Vich á fines de mayo, y, aunque de momento logró algún alivio, bien pronto los médicos desesperaron de salvarle, declarando que su enfermedad era una verdadera tisis y en grado muy avanzado. A los diez y siete años de edad había sufrido en Cervera una enfermedad de pecho, que hizo temer por su existencia. A ella le predisponía su complexión

algo delicada, y el excesivo trabajo mental á que se dedicaba acabó de determinarla. Los médicos aconsejaron á los padres de Balmes, cuando éste de Cervera marchó á Vich para completar su curación, que le retirasen de los estudios, creyendo no podía hacer cosa de provecho. Sin embargo, se restableció entonces enteramente y volvió á la Universidad. En el año último de su vida tuvo que sujetarse á llevar comprimida por un aparato una costilla falsa dislocada del lado derecho, lo cual Balmes creía proveniente de un golpe muy doloroso que se dió en Zaragoza, yendo á Barcelona en julio de 1846, al subir con su natural ligereza al carruaje, hallándose entreabierta la portezuela, y agravado muy posteriormente en Madrid por un esfuerzo propio también de su genio, por coger desde su silla el cuchillo de hueso que se le había caído de la mesa. Balmes con la fuerza de su espíritu violentaba y aun se olvidaba frecuentemente de su físico, no usando ni aun del medio de compresión.

Balmes había ya llenado muchos tiempos, aunque su vida se había consumado en breve. Su naturaleza física no resistió los últimos intensísimos trabajos de su espíritu. Éste aun concebía nuevos y vastísimos proyectos: antes de abandonar Madrid por última vez deseaba dar algunas lecciones públicas y conferencias religiosas y morales en alguna de sus iglesias; tenía la idea de fundar una sociedad con un capital social de veinte millones de reales, constituído por acciones, para publicar obras originales, arregladas ó traducidas, de toda clase de ciencias y de todos los ramos de literatura, que uniesen á la ortodoxia su valor científico y estuviesen al nivel de los últimos conocimientos; sociedad que debía también fundar un Ate-

neo científico; se ocupaba mucho en publicar inmediatamente una *Revista católica;* iba trazando el plan de un tratado de *Teología*, un compendio de *Historia Sagrada* y unas *Memorias sobre los acontecimientos de España desde 1833;* quería continuar una obra de matemáticas, aprovechando el tratado de trigonometría que tenía escrito, y mucho sobre el cálculo infinitesimal; había dado principio á otra grande obra para dirección del clero, bajo el modesto título de *Cartas á un seminarista;* se dedicaba con ahinco al estudio del hebreo..... En otro que no fuera Balmes, podía esta multitud de proyectos ser indicio de que ninguno sería cumplido. Pero tratándose de quien en siete años había publicado tantos volúmenes sobre materias tan diversas y había llevado á cabo tantas empresas, sólo le faltaba una condición: otros tantos años de existencia. No eran éstos los designios de la Providencia divina. Ésta reservaba sólo á Balmes una muerte edificante después de una vida ejemplar.

Ejemplar había sido la vida de Balmes estudiante, modelo de aplicación; ejemplar también su vida sacerdotal. Parco en el comer; breve su sueño; constante en sus prácticas religiosas diarias de la santa misa, á la cual se preparaba por espacio de media hora; el rezo del oficio divino, que jamás omitía, á pesar de estar dispensado de él, y el rosario que rezaba en catalán, porque decía que era mejor hacerlo en el idioma nativo de cada uno; de fe tan firme, que confesaba no haber tenido nunca tentación contra la misma, escribiendo en su *Vindicación personal:* «Nada puede prometerse el hombre de sus propias fuerzas; todo puede temerse de su orgullo; pero, antes de que me sucediese semejante desgracia (la apostasía), espero que

Dios me enviará una muerte temprana»; tan lejos de buscar el favor de los poderosos, que no subió las escaleras del Palacio Real, ni visitó jamás á ministro alguno en su despacho, ni quiso enviar á Su Santidad Pío IX el folleto que en apología suya había publicado; tan conocedor de lo limitado de la ciencia humana, que en el apogeo de su gloria literaria exclamaba: «Los libros se me caen de las manos.» «No sé cómo hay quien lea los míos»; tan caritativo con los demás, que decía que «los hombres no son tan malos como generalmente se les juzga». «No hay hombre de quien no pueda sacarse algo bueno»; y al chorrear sangre su corazón, de una sensibilidad exquisita, por ingratitudes ó injusticias, variaba discretamente de conversación si alguien recriminaba á sus autores; tan limosnero, que no dejaba marchar de su puerta ningún desgraciado sin consolar, ni ningún pobre sin socorrer: éste fué el cúmulo de virtudes del alma angelical de Jaime Balmes.

No tuvo dignidades ni honores, fuera de la dignidad sacerdotal que amaba entrañablemente, firmando en toda su correspondencia y en sus obras religiosas y filosóficas: Jaime Balmes, *presbítero*, suprimiendo sólo este título en los escritos políticos, por respeto, sin duda, al estado. Pero el nombre de Balmes era superior á todas las dignidades. En Madrid era visitado por Obispos, Grandes de España, generales, diplomáticos, políticos y literatos. El Delegado Apostólico, Monseñor Brunelli, que en 1847 llegó á Madrid para el arreglo de las cuestiones eclesiásticas, trató mucho á Balmes, haciendo tal aprecio del mismo, que le llamaba *el Santo Padre de la época*. Gregorio XVI apreciaba en alto grado el mérito del autor de *El Protestantismo*. Pío IX, cuando era Arzo-

bispo-Obispo de Imola, tenía ya grande entusiasmo por Balmes y era lector asiduo de todas sus obras religiosas, sociales y políticas. Entre los últimos escritos de Balmes, se cuenta uno que dirigió á Pío IX haciendo una descripción de la España religiosa, social y política. En los primeros días de su última enfermedad recibió una consulta de Pío IX, á que no pudo contestar.

Balmes no temía la muerte. Hablaba con frecuencia de ella á sus amigos. «Este mundo, decía, es un teatro en que cada uno desempeña un papel que termina muy pronto». A las instancias para que se cuidara en sus leves indisposiciones, contestaba: «Señales son éstas de que el edificio se desmorona: de todos modos, su mayor duración sería siempre muy corta.» Trabajaba con tanta actividad en todas sus obras, para que la muerte no viniera á cortarlas.

En su lecho de muerte fueron grandes las muestras de piedad y resignación á la voluntad divina que dió el sabio enfermo y moribundo. El día 21 de junio pidió él mismo el confesor y recibió el Santo Viático el día siguiente, festividad del Corpus. El día 28 recibió el Viático por segunda vez. Recibió la Extremaunción con mucha claridad de entendimiento y fervor de espíritu. «Está tan resignado, escribía su antiguo amigo el Magistral de Vich, con morir por hacer la voluntad de Dios, que es un consuelo verle sacrificado en las aras del divino querer, no queriendo sino lo que Dios quiere y del modo que Él lo quiere». Estaba, pues, preparado para recibir, después de haber luchado en buen certamen, la corona de la gloria. Dios le llamó á Sí el día 9 de julio de 1848.

El espíritu de Balmes, feliz en la mansión de los justos, alienta todavía y alentará hasta la fin del

mundo en sus inmortales escritos. La Iglesia tiene en él un invicto defensor perpetuo; la verdadera civilización un propulsor ardiente; España un guía experto, que le ha dejado «un cuerpo de política española y católica, materia de inagotable estudio» (1); Cataluña su hijo más ilustre, el que á mayor perfección elevó su carácter étnico, y que le legó un verdadero código de los medios morales y materiales para evitar su desgracia y acrecentar su prosperidad (2); Barcelona, á la que tanto amó y en la cual publicó casi todas sus obras, el profeta de su engrandecimiento, el defensor de su religión y de su honor.

Dios haga que, al celebrar este año el centenario de su nacimiento, reflorezca el estudio del autor de *El Criterio,* quien lo ofrece muy seguro á todos los hombres para la vida en este libro de oro de tan breves páginas, y para las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas y sociales en sus restantes inmortales obras.

Barcelona, agosto de 1910.

ENRIQUE PLA Y DENIEL, *Pbro.*

---

(1) Menéndez Pelayo en los *Heterodoxos Españoles*, tomo III, página 750.

(2) Balmes escribió en catalán su *Conversa de un pagés de la montanya sobre lo Papa* y la traducción del himno *Iesu, Corona Virginum.*

Cartas del Dr. D. Jaime Balmes, Pbro., á don Antonio Brusi, desde 25 de Agosto de 1843 á 27 de Abril de 1848.

Sr. D. Antonio Brusi.

Barcelona 25 de Agosto de 1843.

Muy Sr. mio: ayer llegué á ésta, y hubiera deseado hablar con V., para manifestarle mi opinion sobre la utilidad de que continúe sin interrupcion la Revista; supliendo, en cuanto sea posible, con la rapidez de la publicacion el retardo de estos dias. Los trabajos que yo tengo preparados para los dos números inmediatos son unas extensas reflexiones sobre el carácter y acciones de Espartero, mirado bajo el doble aspecto militar y político. No es una simple biografía, sino algo más. El folleto me parece tan acomodado á las circunstancias, tan oportuno, que si V., por algun motivo particular, quisiese suspender más la publicacion, quizás yo me resolveria á darle á luz en un cuaderno suelto, para no dejar pasar la ocasion. Sin embargo, como V. ya sabe que mi gusto es hacer interesante *La Sociedad*, desearía poderlo insertar en ella. Es cuanto se ofrece á S. S Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 24 de Enero de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: espero se servirá V. enterarse de la adjunta carta, que se me entregó antes de ayer, del Arzobispo de Manila. Nada he contestado, ni he tomado sobre el particular ninguna resolucion. Deseo que V. me diga su parecer sobre este negocio tan estraño, y un poco desagradable. (1) Yo no he visto á los Sres. que me trajeron la carta, de los cuales uno es un Padre Dominico: no me encontraron en casa. =Quedo enterado de la apreciada de V. fecha del 13. Ya ve V. que estaba prevenido el deseo de V.—S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 26 de Enero de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: tan pronto como recibí su apreciada de V., practiqué las diligencias que pude para el logro del consabido objeto. Ayer se me dió la contestacion, procedente del ministerio de Hacienda, y es que ninguno de los tres propuestos será elegido, porque *el ministro tiene compromiso.* Siento en el alma no poder dar noticia más satisfactoria; pero es preciso decir la verdad, sin alimentar vanas esperanzas.

El viaje fué muy incómodo por el frio y nieve, pero sin novedad particular. Mucho me gustará tener de vez en cuando noticias de V.; y por ahora podrá dirigirme las

---

(1) No tenemos noticia de lo que Balmes llama «este negocio tan estraño», pero el hecho de consultar á su editor hace suponer que se trataba de algo relacionado con la remesa ó venta de sus obras.

cartas á casa D. José Ramirez, plazuela de las Cortes, n. 4, cuarto 2. Antes de acabar ésta me entregan la última de V.; puede V. descansar, que remitiré el correspondiente original muy pronto. En casa de Rodriguez me han dicho que si hubiesen tenido ejemplares de *La Religion demostrada*, habrian despachado más de ciento. Ejemplares de *La Sociedad*, tambien les faltan.

Me ahorrará V. escribir una carta, que para las ocupaciones que tengo no es poco, si me hace el favor de decir á D. Pablo Soler que del asunto de la *Gleba* hablé con Remisa, y que está en hacer lo que se pueda; que, no contento con esto, fuí á encontrar al hermano de Subirachs, y que me dijo que se enteraria y me daria noticias para mi gobierno. En cuanto á lo que me escribe últimamente, dígale V. que practicaré cuanto antes la diligencia para favorecer á la persona por quien se interesa, y que por mí no se perderá el negocio. Es cuanto se ofrece á S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

P. D. Permítame V. que recuerde la correccion cuidadosa de las pruebas.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 2 de Febrero de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: recibo en este momento su apreciada de V.; ahí viene original, y el correo inmediato remitiré más. Segun mi cálculo, algo diferente del de Tolrá, creo que los cajistas no habrán estado parados.

Despues de lo de Espartero, pienso remitir una impugnacion de una apología que ha publicado el obispo de Astorga, impugnacion que creo se leerá con gusto por el clero, que algunos esperan con impaciencia en Madrid, y que no dejará de interesar en Barcelona. A lo de Pouget

ya contesté; creo que V. habrá recibido la carta. Al señor Soler, tenga la bondad de decirle que escribí á Martinez de la Rosa para su recomendado, y que avisaré lo que sepa. Veré á Gironella.

Ya ve V. el curso de los negocios; parece que en 1844 sucederán cosas muy campanudas. Saldrá en esta capital un periódico semanal titulado *El Pensamiento de la Nacion*, cuyas tendencias y objeto conocerá V. por el prospecto, y más y más por los artículos. Trabajarán varios, pero todos en un mismo sentido, y no con vagas generalidades, sino con aplicacion á los hechos, con la mira de que *El Pensamiento* se erija en gobierno. La direccion corre á mi cargo, como verá V.; pues el correo inmediato tendré el gusto de enviarle el prospecto. La Administracion no ha puesto la suscripcion en casa Brusi, porque Brusi no se encarga de suscripciones.

Se habia dicho que Serrano y Concha se habian fugado; pero, segun se me ha dicho, la noticia es completamente falsa. El gobierno ha tomado una actitud terrible; y dudo mucho que los revoltosos puedan lograr nada.

¿Los tomos de *La Sociedad,* será V. inexorable en venderlos á 36 rs. vn. aquí, y 48 fuera?

La insercion del anuncio en *El Reparador* no costó nada; pues en casa Rodriguez me dijeron que en la Redacción le encargaron que me escribiesen que siendo para mí, no querian nada. Es cuanto se ofrece á S. S. S., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 7 de Febrero de 1844.

Muy Sr. mio: he recibido su apreciada de V.; pienso que habrá recibido el final de lo de *Espartero;* y hoy remito una parte de la impugnacion á lo del Obispo de Astorga. No podrá concluir en el número este, pero forman-

do *La Sociedad* tomos, creo que un escrito sério, de esta naturaleza, es mejor que vaya todo de un trecho. En los correos sucesivos recibirá V. lo demás, de manera que no se hayan de parar los cajistas. Piden *Religiones demostradas;* á más de algunos particulares, creo que en algun colegio se quiere adoptar esta obra. Otro dia le escribiré á V. sobre lo que me indica de la impresion. El correo que sigue recibirá V. el primer número del consabido periódico. Nada puedo decirle á V. sobre la época de mi regreso, bien que desearia decirle mucho sobre mi estancia. No sé qué será lo que acabo de leer en *El Corresponsal*, que el señor Ramirez de Arellano se ha degollado. Su cabeza estaba muy caida; será una alucinacion mental. El gobierno ha tomado una actitud terrible; creo que no se parará en barras, como suele decirse. Como esto del obispo de Astorga es negocio tan delicado, tal vez será mejor que V. envie unas pruebas á casa para que las vea un tal Riera y Camporat, íntimo amigo mio, que ha sido teólogo, y persona de toda confianza. No tengo más tiempo. S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Madrid 12 de Febrero de 1844.

Sr. D. Antonio Brusi.

Muy Sr. mio: ahí viene más original, continuacion de lo del Obispo de Astorga. Vi á Gironella, y le dije lo de V. Hoy han llegado 18 ejemplares de la *Religion demostrada;* uno solo pide 12 y otro 7 ú 8, con que no hay para nada. Debieran haber venido más, cuando menos 50, fijando el precio á que deben venderse á la rústica. La falta de arreglo en la Administracion habrá hecho que V. no haya recibido el 1. núm. del periódico. En todo caso, daré órden para que se lo remitan. No me ha contestado V. á lo que le preguntaba sobre la venta de los to-

mos de *La Sociedad;* no dudo que se venderian ejemplares. No tengo más tiempo. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 14 de Febrero de 1844

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: he leido con sorpresa la apreciada de V. fecha 10 del corriente, en que se manifiesta admirado de que yo haya tomado á mi cargo la direccion de un periódico, antes de haberse publicado los veinte y cuatro cuadernos de *La Sociedad,* manifestando temores de que ésta haya de pararse en el estado en que se halla. Preciso me es desvanecer los reparos de V. y hacerle entender el verdadero estado de las cosas, pues sentiria sobremanera que este incidente hubiese de *indisponer nuestras buenas relaciones.* En primer lugar debe quedar asentado que el periódico que se publica en esta corte bajo mi direccion, es de un género muy distinto de *La Sociedad,* y V. se equivoca cuando dice que el nombre es casi idéntico, pues que si esta identidad la funda V. en aquello de *Religioso, político y literario,* como indica en su apreciada, casi todos los periódicos serán idénticos, porque todos llevan estas denominaciones ú otras semejantes. Por lo que V. me dice, conozco que no ha comprendido, ni el carácter, ni el orígen, ni el objeto de la nueva publicacion; sin embargo de que si mal no me acuerdo, yo le hacia algunas indicaciones sobre el particular en alguna de mis anteriores. La llama V. *Revista* y no lo es; pues es esencialmente periódico, y con su editor responsable; y habria salido dos veces la semana, si yo no me hubiese opuesto á ello por ahora. Por lo que le remito adjunto, verá V. que no es todo mio como en *La Sociedad*, ni aun la mitad; que no son trabajos de un mismo género, que el objeto es

principalmente político, práctico, de aplicacion; que estará muy léjos de componer una obra como *La Sociedad,* y que será como uno de los otros periódicos, salvo el carácter más grave que ha de tener por ser semanal. Cada cual tiene su modo de mirar las cosas: yo hubiera creido que de esta manera se podia dar más publicidad y vuelo á *La Sociedad.* V. lo mira de diferente aspecto. Habla V. de ser los mismos los puntos de suscripcion, y esto no tiene otro orígen que el siguiente. Me dijo Aguado que donde se pondrian los puntos de suscripcion, y yo dije que era regular allí donde yo tuviese mis obras: ¿qué hizo él? Tomó *La Sociedad*, y los copió. Añade V. que la importancia que indico tendrá el nuevo periódico, ha de quitar interés á la *Revista;* la importancia repito será de otro órden, y trabajos que serian muy buenos para *La Sociedad*, no podrán entrar en él y viceversa. ¿Por ventura en *La Sociedad* se ponen noticias, reseñas de actos del gobierno, artículos de política extrangera de circunstancias, correspondencias particulares, y otras cosas por este tenor? Pues esto irá en el periódico, y estoy seguro que no quedaria V. muy contento que siguiese esta conducta en *La Sociedad*. Parece que V. ha extrañado que yo no hable en el nuevo prospecto *una palabra siquiera*, de *La Sociedad.* No veo por qué habia de hablar de ella, cuando no era mi intento que el nuevo periódico fuera el sucesor de la *Revista.* No sé por qué cree V. que debemos dar á los suscritores de *La Sociedad una explicacion terminante y satisfactoria;* me parece que siendo las dos publicaciones de un género muy diferente nada les debemos decir, sin que por eso, ni yo ni V. hagamos un papel ridículo.

Terminaré añadiendo que mi idea es que se acabe el tomo segundo de *La Sociedad*, llenándole no de trabajos cualesquiera, sino sérios, aplicados al objeto, como lo he hecho hasta aquí. No quiero, ni creo irrogarle á V. ningun perjuicio; y casi siento que V. me recuerde, bien que con mucha atencion, un artículo del contrato. No creo haber faltado á él en un ápice, y las reflexiones que

preceden son mi vindicacion más completa. V. sabe, que á pesar de que en el contrato no quedaba yo obligado á ponerlo todo original, no he puesto ni un solo artículo traducido; y que en cuanto han llegado mis cortos alcances he hecho todo lo que he podido para que *La Sociedad* adquiriese crédito, siquiera por la laboriosidad del autor. Se equivoca V. mucho, si piensa que en la publicacion del nuevo periódico ha habido especulacion de ningun impresor ni librero; se equivoca si cree que ni por asomo se ha tenido la idea de levantar un rival á *La Sociedad*. Ésta continuará ó dejará de continuar, segun nos entendamos V. y yo; pero repito que las dos publicaciones nada tienen que ver entre sí, y sostengo, porque así cumple á mi honor y á la verdad, que el contrato que tengo con V. con respecto á la *Revista* por lo tocante á los veinte y cuatro números, no me impedia el ponerme al frente de la direccion de otro periódico. Sin embargo, como parece que V. hace alguna indicacion relativa á no querer proseguir en *La Sociedad,* y como yo no deseo perjudicarle en nada; espero que en vista de todo lo dicho tendrá V. la bondad de manifestarme cuáles son sus deseos, para que podamos ponernos de acuerdo sobre lo que sea conveniente. Dentro dos correos á lo más, remitiré la conclusion de lo del obispo de Astorga y continuaré remitiendo las *Cartas á un escéptico,* que es lo que veo que excita mucho interés, como y tambien concluiré lo relativo á las comunidades religiosas, añadiendo otros trabajos sobre materias no menos graves. Si á V. le parece que pueden convenir artículos de política, se los enviaré tambien; advirtiéndole que en esto recibiré yo placer y descanso, pues le aseguro á V. que es mucho más fácil llenar dos tercios de *La Sociedad* con artículos de política, que no con otros trabajos de suyo más graves y delicados. En cuanto á poder lograr que el número de *La Sociedad* salga ajustado enteramente, me parece poco menos que imposible; pues no es posible calcular exactamente la extension de los artículos, y el tener que remitirme cada

vez el número diferiria la publicacion. El único medio que hay es que si algun artículo no acaba se continúe en el siguiente; pues lo que á V. le tiene cuenta es que se forme una obra que despues pueda venderse; y á esto no se opone, antes favorece la continuacion dicha; y no veo que semejante sistema pueda retraer á muchos suscritores, ni á pocos. Si V. quiere dar algun aviso á los Sres. suscritores, tal vez se les podria decir lo que pongo en el adjunto papelito: añadiéndose ó quitándose lo que V. en su prudencia y buen tacto juzgase conveniente. Se me olvidaba decirle á V. que, si bien le habia dicho que tenia algun trabajo que podia cortarse en pequeñas partes para completar los números, esto servia, siendo poca cosa lo que se hubiese de llenar; pero ahora estoy enteramente á ciegas en cuanto á la extension de los artículos una vez impresos, y así me parece que, atendidas las dificultades que se habrian de atravesar, vale mas hacerlo del modo indicado. Le ruego á V. que me conteste con toda franqueza, pues éste es el modo de entenderse; ya ve V. que yo no he escaseado el papel y la tinta; sírvase V. no economizar tampoco las palabras. Si no quiere V. continuar *La Sociedad,* dígamelo V. claramente; si quiere V. hacer en ella alguna modificacion ó transformacion, dígamelo tambien; si quiere pensar en esto hasta que se concluya el tomo, dígamelo también; en una palabra, espero que V. será tan explícito como yo lo soy; crea V. que deseo continuar en buena armonía, que no quiero irrogarle perjuicio de ninguna clase, y que sentiria que V. dejase de contarme en el número de sus amigos, por efecto de malas inteligencias.

Es cuanto se ofrece á este S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Escrita ya ésta, acabo de ver el número del periódico *El Historiador,* que le remito adjunto; por el suplemento que le acompaña verá V. que, estando en Madrid el autor de *La Sociedad,* no pierde la *Revista* de su importancia; así como lo verá tambien en el *Salon* del Do-

mingo de *El Corresponsal,* del dia 4 de Febrero..... Hoy mismo he visto á Rodriguez, y me ha dicho que no tiene ni un solo ejemplar completo de *La Sociedad*, y que ya tiene advertido á los suscritores que esto no quita aquello. Voy á hacerle á V. una demostracion numérica: en Madrid sabe V. que remite unos veinte números de *La Sociedad;* con sólo correr la voz, sin carteles ni nada que pudiese dar importancia, sino con la simple lectura del *Prospecto*, se han presentado en casa Rodriguez para el nuevo periódico, de golpe, 130 suscritores, y no dudo que continuarán; pregunto yo ahora: ¿no es más natural que de los 130 se peguen algunos á los 20, que no que de los 20 se rebajen? Lo que puedo decirle es, que así como en casa Rodriguez ya no hay para vender ni un solo ejemplar completo de *La Sociedad*, no hay ni un *Protestantismo*, ni *Religion demostrada,* ni *Consideraciones políticas*, ni *Manual para la Tentacion*, y sí sólo *Observaciones sobre los bienes del Clero*, porque de ellos tenia gran depósito. En Francia y en todos los paises del mundo un hombre está á un mismo tiempo al frente de diferentes empresas, y cuanto más se extiende su nombre, léjos de dañarse ninguna, se las favorece. No le digo todo esto para alucinarle á V., pues bien conoce V. que no necesito hacer eso, y repito que si V. conoce que no seguirá bien *La Sociedad,* no quiero que se comprometa, así como yo tampoco quiero comprometerme.—JAIME BALMES.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 26 de Febrero de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: mucho me ha complacido la estimada de V., fecha 19 del corriente, en la cual se sirve noticiarme que *El Pensamiento de la Nacion no indispondrá nuestras buenas relaciones,* y que por

su parte, con las explicaciones dadas por mí, que revelan cuál ha sido mi intencion en este asunto, queda disipado aquel leve soplo que, sin empañar nuestra amistad, podía haberla quitado el brillo y tersura que antes tenia. Hasta ha contribuido á hacerme más agradable esa manifestacion de V. el lenguaje bello y poético con que la ha presentado.

Creo que va V. recibiendo el original para *La Sociedad*, que le voy remitiendo sin interrupcion. Como verá V., quiero publicar algunos artículos sobre *Barcelona;* no seria malo que V. viese algunas pruebas, por si hubiese algo que chocar pudiera con algunas circunstancias de momento. V. en esta parte tiene exquisito tacto, y estando en ésa lo juzgará mejor que yo desde aquí.=Si quiere V. hacer segunda edicion de *La Religion demostrada*, el trato que quiero es el siguiente: 1.º Tirada cuatro mil ejemplares.=2.º Para el autor el tercio del valor de la edicion total en rústica.=3.º El precio se fijará de comun acuerdo.=4.º La parte correspondiente al autor se le entregará en el acto de entregar el tomito corregido para la segunda edicion. Sírvase V. contestarme. Tambien desearía que me dijese si ha pensado algo sobre el otro asunto de que habíamos hablado, bien que sin acordar nada. Desde luego me es preciso pasar á segunda edicion. Le advierto que faltan aquí ejemplares de *La Religion demostrada*. Entretanto, me renuevo S. S. S. y amigo Q. B. S. M., JAIME BALMES.

Madrid 3 de Marzo de 1844.

Sr. D. Antonio Brusi.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: ahí remito más original; creo que en el artículo que remití sobre *el Socialismo* me olvidé de notar que debia ser en letra grande; si llega á tiempo el aviso, tenga V. la bondad de decirlo á los cajistas. Tal vez seria bueno que V. realizase lo que me

habia indicado de emplear un carácter de letra grande más largo; porque así no tropezaríamos con el inconveniente de haberse de parar la impresion por falta de letra. Y no ocurriendo otra cosa, M. de S. affmo. y S. S., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 12 de Marzo de 1844.

Muy Sr. mio: recibí su apreciada del 6. Dos correos sucesivos he recibido pliegos (el 6º y 7º) que he devuelto al instante. = Desea V. saber mi juicio sobre la impresion; me gusta y la he oido alabar á otros. Diré sin embargo, que á mis ojos, el carácter no es lo que se llama esbelto. Es observacion mia, pero que no he oido á nadie. = Hace ya muchos dias que no hay ni un solo ejemplar de *La Religion;* los doscientos se venderán tambien al instante. Basta decir que al que pide 100 se le deben aun 75. No sé cómo tiene tanta paciencia de ir y volver. = *Protestantismos,* hace algunos dias que ya no habia más que tres; á estas horas no habrá ninguno. = Remito original hasta la pág. 142. Supongo habrá V. recibido hasta la 133. = Convengo con V. en que importa no tener demasiado depósito en manos de los corresponsales; pero tampoco me podrá V. negar, que es muy malo aquello de *no hay.* = Lo que ha visto V. en las cubiertas, es que se han aprovechado una porcion de atrasadas. Lo mandaré anunciar como conviene en las nuevas = Todo lo que no sea tener en Madrid 300 obras de *El Protestantismo,* y mil ejemplares de *La Religion,* es no tener lo suficiente. = Me habla V. de la buena digestion que piensa V. hacer; y la indicacion parece dirigida á que el alimento no será abundante. Tampoco creo que se muera V. de flaqueza, aunque delgadito. Por lo menos hay una cosa y es que mis obras no embarazan el

almacen: para un editor esto no es indiferente.=De todos modos me gusta el buen humor de V.=Entretanto queda de V. S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 13 de Marzo de 1844.

Muy Sr. mio: creo haber comprendido las proposiciones que V. me hace para la segunda edicion de la obrita: *La Religión demostrada al alcance de los niños;* y así, pareciéndome no desechables, las he extendido en un papel duplicado que este mismo Correo remito á mi hermano, quien se le presentará para recoger la firma de V. (pues la mia ya está) si le parece á V. bien ponerla. No he puesto en el papel que V. me debiese dar 25 ejemplares *gratis,* de los cuales 6 de papel superior; si V. no tiene inconveniente podrá hacerse así; del contrario no disputaré sobre esto. La forma me parece que deberia ser más elegante; y si yo permanezco en Madrid, cuando se concluya su impresion, creo que si V. enviase una buena remesa no dejaria de despacharse. Lástima que ahora están pidiendo, y no hay para vender. Estoy corrigiendo el tomito impreso, para que sobre mis correcciones pueda hacerse la impresion. En cuanto al tomo manuscrito, de que V. me habla, estoy esperando tener algunos dias de desahogo para darle la última mano, y ponerlo en limpio; pero hasta ahora, entre las muchísimas y graves ocupaciones de que me hallo abrumado, no he tenido un instante de tiempo. Veré de tenerlo, aun cuando lo haya de robar al descanso, que por cierto necesito. Escribiré á V. sobre lo demás; que hoy no tengo tiempo.

Diga V. al Sr. D. Pablo, que muy entrada la noche recibo la suya, por habérmela dirigido á casa Rodriguez, y que mañana sin falta practicaré diligencias, y avisaré del

resultado. Al Sr. Gorchs que sentiria que se hubiese agraviado en lo más mínimo; y que seguramente tendria yo la culpa de los errores. S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Madrid 22 de Marzo de 1844.

Sr. D. Antonio Brusi.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: la libranza de don Pedro Cid me la he guardado en mi poder, porque es segunda, y yo ya tengo cobrada la primera; pues, si yo no lo entiendo mal, esos cuarenta reales son los que él me escribió que destinaba para la obra *El Protestantismo*, que yo le debo reservar. Sin embargo, y para mayor claridad, este mismo correo le escribo á él mismo. Ya tengo la Revista de Quadrado. Veo lo que me dice del carácter: todo se reduce á escribir algunas páginas más. Conozco que es fundado lo que me indica de que no conviene rebajar el precio durante la suscricion. Para su gobierno le advierto, que de los 6 ejemplares completos que V. envió ya no hay más que uno. En tener algunos de reserva, creo que no perderá V. nada. Muy en breve remitiré corregido el tomito de la *Religion demostrada*. Seguirá sin interrupcion el original. Creo que recibe V. *El Pensamiento*.

Es cuanto se ofrece á S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 13 de Abril de 1844.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: ya habrá V. visto la nueva ley de imprenta; esto crea una situacion nueva para *La Sociedad*, hasta para concluir el tomo. En este concep-

to, he suspendido remitir original que ya está pronto; esperando saber cuál es la resolucion de V., que yo desde aquí no puedo adivinar. Ya sé que se entendió con mi hermano sobre lo de *La Religion demostrada.* Aquí le incluyo esta carta por si le puede convenir á V. despachar de esta manera un ejemplar de *La Religion, Civilizacion* y *Sociedad*, en el supuesto de que V. no entiende que en cuanto á *La Religion* pueda en algun modo referirse á lo de Roca y Cornet. Diga V. al Sr. D. Pablo que el ministro de Hacienda está sitiado por dos lados para el efecto consabido de lo de la Gleba; y que yo por ahora no temo que se vendan, porque tengo datos que hacen esperar. Por ahora no puedo decir más, tal vez se sepa dentro poco. Ya ve V. que aquí necesitamos nada menos que seis mil duros de depósito, con más un editor responsable de gran monta; esto es peliagudo; no todos los periódicos podrán sostenerse. He visto anunciada en *El Guadalquivir* la *Religion demostrada,* á 6 rs.; esto es demasiado. Es en casa Calvo-Rubio. No se olvide V. de poner *con licencia*, fuera que le sacasen á V. una multa. Perdone V. el desórden de mis ideas, pues estoy atareadísimo, y M. de S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

P. D. Tan pronto como tenga ejemplares de la segunda edicion de *La Religion* deberia V. mandar una buena remesa; pues hay varios que esperan. Cuanto más presto mejor. Vea V. que cuiden mucho de la correccion; y que no se olviden de aquel malhadado interrogando que le hicieron notar al Sr. D. Pablo en Mallorca.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 22 de Abril de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: acabo de recibir su grata de V., y no tengo inconveniente en que se publi-

quen de una vez los cuadernos que faltan para completar el tomo 2 de *La Sociedad.* En esta clase de pensamientos tiene V. ocurrencias felices. Tal vez mi hermano se vea con V. para recibir noticias sobre una buena encuadernacion para enviar al Papa, que como sabe V. estoy comprometido en hacerlo por el Sr. Arzobispo de Tarragona que le presentó el primer tomo. La encuadernacion ha de ser grave y sencilla, pero digna de la persona á quien se dirige. Tampoco quiero gastar mucho; pues bien se hará cargo S. Santidad que al clero español no le sobra el dinero. Diga V. al Sr. D. Pablo que no olvido el negocio, que me he visto varias veces con Subirachs, y con Ramirez y Aribau. Hoy me ha dicho Remisa que estuvo en el ministerio, y que será mucho que no logre detener la venta. Subirachs estuvo tambien haciendo diligencias. Otro está encargado tambien de trabajar en ello. Pero todo esto no me inspiraria bastante confianza, si no supiese yo otra cosa, que me callo por ahora, y que confio no me hará quedar mal. Todo esto para que el Sr. D. Pablo no me ponga mala cara, cuando le venga á distraer de sus trabajos de correccion de pruebas, arreglo de libros & &. Tengo aprontados los seis mil duros para el depósito de *El Pensamiento de la Nacion*, y estoy haciendo diligencias para habilitar hoy ó mañana el editor responsable: el redactor de *El Guirigay* les da malos ratos á los escritores públicos. Veo que está V. activando la reimpresion de *La Religion demostrada;* deseo que se concluya; cuanto más pronto mejor. Me dice V. que me acuerde de los amigos; crea V. que no los olvido; y que no le cobro aficion á la Corte: Barcelona es por ahora el blanco de mi ambicion; pero las cosas me van llevando, y no puedo decir nada sobre mi porvenir. A pesar de ser algo jóven, deseo descansar, pues la vida que llevo hace cuatro años vale por 20 años. Este descanso, creo que en ninguna parte me seria más grato que en Barcelona, donde por esto no dejaria de emplear mis ocios en alguna cosa útil. Ahí viene original, y lo iré enviando sucesivamente. Queda de V. S. affmo. y S. S., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 20 de Mayo de 1844.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: he recibido su apreciada de V.; desearia que me dijese su parecer sobre lo de dos mil ó tres mil, á lo que no me contesta V. Quisiera que V. me dijese tambien si podria hacerse la edicion en menos tiempo; pues 4 tomos, á 2 meses y medio cada uno, resultan 10 meses, que es demasiado. Aun haciéndolo en tres tomos (sobre lo cual tambien desearia saber su opinion de V.), es demasiado tardar. A D. Pablo Soler, que representen á la Reina en ésa para lo de la Gleba, pues aquí no hay esperanzas de sacar nada. Cuando le vea le diré lo que me sabia y callaba, ó tal vez antes. No tengo más tiempo. M. de S. S. S. Q. B S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

P. D. ¿El tomo se habrá de remitir entero por el correo?

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 20 de Mayo de 1844.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: me parece que no hay inconveniente en que se ponga un anuncio en la forma que V. le ha redactado, y que me transcribe en su apreciada. Me pregunta V. el resultado probable del cambio de ministerio: hasta ahora no se puede saber si Viluma acepta; y esta noticia es esencial para conjeturar sobre la marcha del gobierno. Lo que sí creo es, que si Viluma se decide, no continuaremos como hasta aquí. Le conozco mucho: es hombre de principios firmes, intenciones rectas, carácter leal y resuelto, y lo que se llama un cumplido caballe-

ro. Mucho me engañará si se presta á ser el instrumento de nadie, por elevada que sea su categoría. Entretanto corren rumores muy fundados que entre Narváez de una parte y Mon y Pidal de otra, hay sérias desavenencias: no será estraño que truene. Si pudiese hablarle á V. cabeza con cabeza mucho podria decirle sobre la verdadera situacion de las cosas, y suministrarle tambien datos con cuya ayuda conjeturaría V. sobre el porvenir. No falta quien teme que éste sea tempestuoso á no tardar; yo creo que los temores son infundados, ó cuando menos muy exagerados. Madrid no es España; y así se engañan los que juzgan del estado de la Nacion por el de la capital. Como quiera, no será estraño que el año 44 sea fecundo en acontecimientos como lo fué el 43. Conviene que en las provincias los hombres de bien se mantengan unidos para sostener el órden; y que procuren salvarse á sí mismos sin esperar á que los salve el gobierno. Éste es siempre en España, de muchos años á esta parte, ó un moribundo ó un frenético.

Estamos esperando remesa de *Religion demostrada*, y me alegro que el tamaño sea más elegante. Las preguntas que siguen son por ahora reservadas, por los motivos que fácilmente V. alcanzará. ¿Puede V. imprimir *El Protestantismo?* ¿En cuánto tiempo? ¿Le pareceria más conveniente tirar dos mil ejemplares ó tres mil? En caso de que nos conviniésemos, ¿lo haria V. bajo la base, que si no me engaño me indicaba V. en una de sus anteriores, de dar al autor el tercio del valor total de la edicion en rústica, deduciendo de la parte correspondiente al autor un doce por ciento, por lo que se calcula puede importar la comision y demás? ¿Las entregas se harian en recibiendo el impresor el tomo corregido? En caso de tirarse tres mil ejemplares, ¿no seria equitativa alguna mejora para el autor? Sírvase V. contestarme á la mayor brevedad, pues á un mismo tiempo estoy calculando en ésta con Aguado, porque si no trato con V. la reimprimo en Madrid; ya no puedo esperar más: porque están pidiendo obras y no hay

lo que equivale á tener una heredad y dejarla inculta. Segun sean las respuestas de V. seria posible que á la vuelta de correo, enviase yo el modelo del contrato. Con esta fecha escribo á mi hermano para que se deje ver en su casa de V., pues á veces ocurren esplicaciones verbales que se pueden decir á persona de confianza del interesado, y no se quieren poner en una carta propia. Ya sabe V. que mi hermano merece mucho la mia; y así puede V. hablarle con entera libertad; además, su reserva es á prueba de bomba. Tambien desearia que V. me indicase, si seria mejor enviar el tomo entero, que con el papel blanco intercalado resulta muy grueso, ó bien romperlo y remitirlo por partes. Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 31 de Mayo de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: recibí su última con las muestras; á ella contestaré en breve, pues estoy ocupadísimo. Entretanto voy corrigiendo el tomo. Hoy escribo para lo siguiente. Dias pasados recibí una carta de Tarragona de D. Ramon Capdevila, mayordomo del Sr. Arzobispo, pidiéndome el beneplácito para imprimir en catalan una traduccion que tiene hecha de mi *Religion demostrada*. Con esta fecha digo al P. M. Gatell, para que lo traslade al nombrado señor lo que sigue: «No sé si tengo derecho á impedir la publicacion en catalan de mi obrita *La Religion* &.: sin embargo desearia que dicho Sr. hablase sobre el particular con D. Antonio Brusi, quien tal vez podria tener algun inconveniente, á causa de correr á su cargo la segunda edicion en castellano, que se está haciendo en la actualidad. V. conoce bien, que yo debo proceder así, deseoso como estoy de no perjudicar á nadie.»

Por tanto, si vienen á hablarle á V., conteste de la manera que le parezca conveniente, en la inteligencia de que yo no quiero que le perjudiquen á V. en lo más mínimo. Es cuanto se ofrece á S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 21 de Junio de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: todavía no he podido acabar de leer el tomito de la *Religion demostrada;* pero es poca cosa hasta ahora, lo que encuentro de errores. El tamaño me gusta; la letra no tanto. Este mismo correo, creo que Rodriguez le habrá escrito sobre un pedido que hace un Padre para las misiones de Filipinas, de todas mis cosas, inclusa *La Civilizacion.* Quiere doce ejemplares de todo, y se suscribirá tambien para doce *Protestantismos* de la segunda edicion; pero desea alguna rebaja; paréceme, que siendo como es un pedido de algun valor, merece que se le atienda; mayormente, cuando no es probable que sea el último, pues ha tomado ya varios ejemplares de *El Protestantismo*, y no toma ahora los doce porque no los hay. Mi hermano Miguel, se le presentará á V. con dos ejemplares del contrato: por él verá V. que no me meto en si la obra se venderá á este ó aquel precio, fijo una cantidad para mí, treinta y ocho mil rs. vn., que en una de las suyas me proponia V., sólo con un esceso que no llega á quinientos reales, pues convenia redondear el número. Me pide V. mi parecer sobre el carácter: opino con V. en que es mejor hacerlo de lectura, de la muestra que V. me remite, y venderse el tomo á 4 pesetas. En cuanto á los plazos del pago, están como los deseaba V. Si V. se resuelve á firmar, creo que habrá llegado ya á ésa el tomo 1 corregido, y de consiguiente se podrá pasar adelante. (Le recomiendo á V. algunos dias de secreto, porque

mi hermano está negociando á ver si puede sacar algo de X.; y no conviene que sepa por ahora mi nuevo trato. ¿Sabe V. que X. X. vienen proponiendo formar una sociedad, y encargarnos de la casa quebrada, & &? Ellos esperan que yo haga allí la segunda edicion; ya ve V. que no tengo ganas; y me parece que seria una locura; mayormente, cuando en caso estremo yo puedo reintegrarme de lo de París. Si mi hermano logra lo que espera, ya creo que no me faltarán cobrar sino trece ó catorce mil reales, y esto lo recogeré en París. ¡Pobre X., cómo ha tronado! Tiempo ha que me lo temia; y mi hermano más que yo.) Volvamos á lo nuestro: desearia que la edicion se hiciese pronto; pero muy correcta. Me parece que los cajistas deberian tener otro ejemplar á mano á más del corregido: porque como la tinta cala, á veces la correccion emborrona lo demás.

Yo no tengo tiempo por ahora para hacer la traduccion catalana de *La Religion demostrada.* Además me parece que habiéndola hecho otro, y habiéndome escrito, tal vez seria más delicado que le dejásemos que nos hablase de nuevo; y si su traduccion nos gustase, podríamos entendernos con el traductor, y pagarle la traduccion, y entonces hacerla nosotros de la manera que nos conviniésemos. Si el traductor no tiene como dice, otra mira que el bien público, me parece que podria estar contento con esto; pues se le pagaba su trabajo, y se lograba su objeto. Dígame V. su opinion sobre este pensamiento. Ya ve V. que la solucion del *statu quo* se va adelantando: la crisis es grave, gravísima; Dios sobre todo. Muy triste se manifiesta V. en su última; pero añade V. la observacion consoladora de que son tantos los más desgraciados que V..... En efecto: con 28 años de edad, soltero, casi solo, dueño de una pingüe fortuna, con regular salud, con muchísimas relaciones, con un nombre respetado por la proverbial honradez de la casa, con variados conocimientos, con recuerdos de largos viajes, con..... no parece tan mala la suerte de una vida que se desliza en medio de una ciudad opulen-

ta, á la orilla del mar, bajo un cielo hermoso, en clima templado, sin faltar una buena quinta para disfrutar de las delicias de la campiña barcelonesa. Pero, así es nuestro corazon; siempre vacío ó sediento, siempre el tedio ó la anhelante inquietud. Ya debe V. estar temiendo que voy á descolgarme con un sermon; nada de eso, ya sabe V. que en este punto soy parco. Crea V. que algunas veces recuerdo las conversaciones que teníamos; porque en la corte, si bien abundan más las personas con quienes se puede conversar, no siempre se las halla de mejor paño que las de provincia. Todo es farsa en este mundo. No ofreciéndose otra cosa, queda de V. affmo. y S. S. S., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 11 Sbre. de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: ya llegué á ésta sin novedad, sólo con el cansancio de la pesadísima Mancha; en cambio, la huerta de Valencia es muy hermosa. He visto á Rodriguez; parece que efectivamente son muchos los ejemplares que se piden de *El Protestantismo;* así desearia que V. mandase cuando menos 200 ó 300 ejemplares á Madrid; pues esto podrá servir de repuesto; así por ej. los 50 de que hablaba Rodriguez en la suya es un pedido de Galicia. Tambien le han pedido varios una docena; creo que seria conveniente que V. fijase alguna regla si es que quiere rebajar algo á los que tomen muchos ejemplares. Dice Rodriguez que no es extraño que no se haya presentado por ahora el de Filipinas, porque la remesa no debia marchar hasta Sbre.: conque es probable que se presente pronto. Estoy en que conviene publicidad, y mucha; le hago á V. esta indicacion aunque sea repetir. Mil cosas al Sr. D. Pablo y familia. Mandando á este S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 23 de Sbre. de 1844.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: he recibido la grata de V. fecha 19 del actual, y por ella veo ha puesto V. los tomos de *El Protestantismo* á 20 rs. fuera de Barcelona, alegando que si á otro precio se vendieran saldria V. perdiendo, por motivo de las comisiones y otros quebrantos. Sobre este particular me ha de permitir V. algunas observaciones, que hago sin ánimo de ofender, y sí para sujetarlas al buen juicio y á la delicadeza de V. Sé lo que dice el contrato, sé á lo que estamos obligados los dos; pero no creo inoportuno recordar algunos antecedentes. El contrato se hizo con la suposicion más ó menos esplícita, de un precio: y éste no habia escedido de 16 rs. el tomo. V. sabe que en las contestaciones que por escrito mediaron se llevaba en cuenta esta consideracion; V. me la recuerda en cartas que tengo á la vista correspondientes al mes de Mayo. Con fecha 16 de Mayo, me decia V.: «imprimiré con gusto *El Protestantismo* bajo las condiciones que V. indica y que son las mismas que tenemos hechas para la 2.ª edicion de *La Religion demostrada.*» ¿Y qué se verificó en ésta? que los quebrantos de que V. habla en su última se llevaron en cuenta, ó se tuvieron presentes; y que así no percibió el autor el tercio del valor total sino con la deduccion correspondiente. En 7 de Marzo, me decia V. sobre *La Religion demostrada:* «pero del tercio que V. fija para el autor, del valor total de la edicion, debe ser deducido un 12 °/₀ del precio total de venta que se fije en ésta.» Vea V. el contrato, vea la cantidad recibida, y resulta que esto se tuvo en consideracion. Y luego añadia: «conviniéndonos bajo estas bases podríamos tratar bajo el *mismo pié* del otro asunto que V. me propone.» Ahora, suponiendo que los ejemplares que se vendan en Barcelona sean 500, los 1,500 restantes quedan con el esceso del precio; dándoles

el aumento de 16 rs. como V. les da, resulta para V. un aumento de 24 mil reales, si no me engaño. Y entonces, ¿para qué se tuvo presente el 12 por 100, que se dedujo del valor del tercio? ¿Esta rebaja que se hizo no era ya en consideracion de las comisiones y demás?

Todavía puedo añadirle á V. una particularidad notable. V. me ofrecia el tercio del valor total de la edicion, deducido el 12 por 100, y vendiéndose cada tomo á 16 reales. La parte que me correspondia debia sacarse, si no me engaño, del modo siguiente: 2.000 ejemplares á 64 rs. son 128,000 reales: tomando el tercio de esta cantidad, resultan 42,666 rs. $^{2}/_{3}$ teniendo en cuenta el 12 p. $^{0}/_{0}$; resulta, despreciando en el cálculo los maravedíes, unos 37,547 rs.; y como V. se acordará muy bien, se fijó en 38,000 añadiéndose el pico que faltaba, y haciéndose más espedito el contrato. Ahora bien; si se hubiese hecho el cálculo en el nuevo supuesto, yo hubiera debido entrar en alguna participacion del esceso: eran 24,000 rs.; el tercio eran 8,000 rs.; deduciendo el 8 p. $^{0}/_{0}$ quedaba para mí un aumento de 7,040 rs. en el supuesto de venderse 500 en Barcelona, lo que es mucho suponer.

No tengo ganas ni de reñir, ni de disputar siquiera; pero añadir un 25 p. $^{0}/_{0}$ me parece mucho; si algo pesan en la consideracion de V. las razones expresadas deseo que las tenga V. presentes: por lo demás repito que sé lo que canta el contrato; es cuestion en mi concepto, no de justicia pero tal vez de delicadeza. Si V. no juzga como yo, asunto concluido, venda V. la obra al precio que fija, y no hablemos más del negocio. Uno que ha visto la edicion me ha dicho que es hermosa: esto conviene. Desearia saber hasta qué punto faculta V. para gastos de publicidad, y por si se hubiese de entregar algun ejemplar á algun periodista: la claridad nunca daña: y en lo que haga no quisiera escederme.

Las cosas políticas no están muy satisfactorias: yo creo que cada dia se empeoran: es triste vivir en Madrid, sabe uno demasiadas noticias y esto calienta la cabeza. Me es-

criben que en el anuncio de la obra se habla de medio año para la impresion: V. lo habrá calculado. Yo hubiera deseado mayor brevedad.

De todos modos repito que no quiero que lo arriba dicho altere en lo más mínimo nuestra buena armonía; pero sé que V. es hombre que gusta de claridad; y hablando se entienden los hombres. Mil cosas al Sr. D. Pablo y V. M. de S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 30 Sbre. de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: veo lo de X. y no me da cuidado. Conviene no hablar de la posibilidad del embargo de la 2.ª edicion: porque, aunque no tiene tal derecho, no es del caso hacerle pensar en un medio de dilacion y trampa. Pero si tal caso llegase, es muy sencillo el medio de salir del paso. Se le dice, «presente V. las obras existentes en su casa, diga V. las que hay que vender en casa de los corresponsales; y desde ahora se le compran á V. las que existan». Segun la escritura me parece que si se compran 50 son á 10 reales tomo. Desde entonces la edicion quedará enteramente agotada, y X. nada podrá oponer. Si dice que faltan algunos suscritores á recoger tomos, esto no vale nada; porque del contrario podria durar la edicion 200 años. Todo se reduce á que si quedan obras truncadas, lleve el perjuicio quien deba y como deba. Y es preciso advertir que con este hombre el camino que se ha seguido es el único que se podia seguir; porque podia estar por siglos alegando que en tal parte habia un ejemplar, que en tal otra habia dos; y así no acabábamos nunca. El embargo podria ser para el efecto de agotar la edicion; pues bien, la edicion se agota y asunto concluido. Podia ser para el caso que se le irrogase algun perjuicio de

tomos no recogidos; pues bien liquidemos cuentas, y véase lo que se ha de hacer; para que se forme idea de cómo está el asunto, ha de saber que él me tiene abonados más de ochocientos duros y que aun en una de sus últimas se me reconoce deudor por lo demás. Los ochocientos duros corresponden á ochocientas obras enteras; añada V. lo que ha cobrado posteriormente de los corresponsales; que en Madrid, Barcelona y otros puntos hace tiempo que no se venden porque no hay. Sólo en Madrid se han vendido 200 que ha cobrado X.; en su casa de V. tambien creo que será otro tanto; en casa de X. cerca de 300 cuando menos. En Tarragona, Lérida, Gerona, Figueras, Palma, 40 ó 50 en cada punto; y añada V. las del resto de España. Lo cierto es que X. hace tiempo que me instaba para la segunda edicion, y que en su casa se quejaban todos de que no hubiese por vender. Si hay algunas obras no vendidas, y para salir del paso, creo que convenga comprárselas, se las compro; pues así me libraré de un hombre semejante; y nada me importa tirar un centenar de duros. Bastante me ha de pagar él á mí; y así si ha de haber algun descuento él me ha de abonar todavía mucho más. De todos modos, si él intentara un golpe de mano, lo que dudo, conviene firmeza; mi hermano tiene amplios poderes; y si conviene decir: compro en nombre del Autor todas las obras de la primera edicion, lo dirá. Crea V. que serán pocas, si hay alguna; y que no es esto lo que quiere X., sino diferir las cuentas, ver si podria hacer una edicion, y adelante. Mas para esto son los tribunales, y la inteligencia y el carácter y los medios de los interesados. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes.

P. D. Desearia que V. me dijese si se encargaria de la suscripcion de *El Pensamiento*, pues parece que algunos no quieren suscribirse en casa X. Yo creo que en su casa de V. se aumentarán; ahora son 40 ó 50.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 2 Octubre de 1844.

Muy Sr. mio: hoy por fin se ha presentado el que toma aquellos ejemplares de mis obras para Filipinas. Se ha hecho esperar, pero nunca he temido que faltase; dependia de la estacion. Creo habrá V. recibido la mia del correo anterior. Así nada me queda que decirle. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 11 de Octubre de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: he leido el *Memorandum* de V.; y como llevo tantos dias de discusion con periodistas, no quiero entablarlas con libreros y amigos. Así entre las varias observaciones que me han ocurrido sólo emitiré una para rectificar un hecho, como dicen allá en las Córtes, que algo se nos ha de pegar de las prácticas parlamentarias. Cita V. unas palabras mias: así será cuando V. lo dice; pero me ocurre que podria haber alguna equivocacion, pues que el contrato no se terminó estando yo en Barcelona sino en Madrid, porque si bien se firmó en Barcelona, fué para aquello de los doce ejemplares de papel fino; pues me acuerdo que yo desde Madrid habia remitido los ejemplares del contrato. Si V. quiere hacer una rectificacion hágala enhorabuena; yo es probable que la deje sin contestar, porque como le decia en mi primera, no quiero ni reñir ni disputar.

Ya habrá V. visto que no me duermo en dar las instrucciones correspondientes para el negocio de X. Tocante á las cuentas de que me habla V. no tengo inconveniente

en dárselas. ¿Qué haré de complicaciones? No quiero que diga que trato de embarazarle en sus arreglos: si pierde esto que V. le dará y que yo podria recoger, tampoco será gran cantidad. Sin embargo, le ruego á V. que si al entregarle mi hermano la presente, éste le dijese que por un motivo ú otro no conviene entregar el dinero á X., no se lo entregue V.; y considere en este punto como dicho por mí, lo que dijere mi hermano. Es cuanto se ofrece á S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

P. D. Se me olvidaba: estoy poniendo en limpio el tomo consabido: desearia que V. me dijese cuándo podrá empezar la impresion.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 17 de Obre. de 1844.

Muy Sr. mio: un caballero que sale para América me ha hecho el pedido siguiente. *Religion demostrada* 400 ejs. = *Sociedad* 10 ejs. = *Civilizacion* 8 ejs. = Deben estar aquí muy en breve: han de estar en rústica. Desearia que V. los mandase cuanto antes: advirtiendo que si vienen por las galeras dudo que lleguen á tiempo. Si V. me dice qué rebajas se le pueden hacer, lo estimaré: pues se ha entregado en mis manos con una confianza completa. Ha de advertir V. que aquí no habrá comision: si V. quiere no tendrá nada que ver Rodriguez: pues el pedido me lo ha venido á hacer á mí: de consiguiente ya puede V. hacer más sacrificio. *Protestantismos* no se lleva porque como es claro, no se puede llevar á América tomos sueltos. Sin embargo habiéndole yo dicho que tal vez yo podria recoger algunos ejemplares de la primera edicion, me ha pedido que viese de aprontarle 50. Esto me será imposible: sin embargo veré si puedo recoger algunos. Si V. hace una re-

baja regular, no desconfio de hacerle tomar algunos ejemplares más de *La Religion demostrada*. Como es cosa de poco valor me parece que no le vendrá á un centenar más ó menos: pues segun me han dicho es hombre de responsabilidad. V. discurrirá el medio de hacerlo llegar lo más posible: no sé si por la diligencia seria asequible: en fin es negocio de V.: yo sentiria que sucediese un chasco: pues la cosa ya merece la pena. Por este motivo escribo por estraordinario. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Por el mismo conducto escribo á mi hermano para que se ponga de acuerdo con V.; pues tambien me ha de mandar *Observaciones*, y *Manuales para la Tentacion*, 30 ejemplares.

Madrid 6 de Nbre. de 1844.

Sr. D. Antonio Brusi.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: ayer arreglé las cuentas con el sujeto que habia hecho el pedido: y me entregó el dinero. La rebaja que V. hizo es ilusoria: porque yo le habia indicado los precios, mostrándoselos tales como están en la cubierta de *El Protestantismo*, y V. los pone mucho más altos en la factura. V. dirá que habia el porte; cierto: pero el porte fué para V. 280 rs.; si pues V. hubiese querido hacer la rebaja, del 15 por 100, y cargar sobre el comprador el porte, todavía le resultaba á él un beneficio de 148 rs. Al precio de Barcelona era = 2720 rs.; = deduciendo el 15 por ciento quedan 2332 rs. = Cargando 280 rs. de porte, son 2612; de lo cual hasta la factura de V. van los dichos 148 rs.

En vista de esto, y preguntándome el comprador cuánta era la rebaja, ó mejor si se hacia alguna, le hablé francamente: diciendo: « caballero, yo he recibido esta factura;

pero veo que lo que se rebaja por una parte V. lo pierde por otra: yo no soy el dueño; conque si á V. le parece, pondremos sin rebaja alguna, los mismos precios que le dije á V. y así el librero no saldrá sino con pérdida de 40 rs., y V. permanecerá como antes.» Así lo hicimos, y me entregó 2720 rs. He creido que este era el medio de terminar el negocio; tomándome esta pequeña libertad; mayormente, cuando si V. tiene inconveniente, nada me importa el perder yo los cuarenta rs., que por cierto hubiera podido darlos para no sufrir lo que he sufrido, con el papel que he tenido que hacer con este Sr.; papel que á mí me podia ser poco grato, tratándose con una persona que se me entregaba con tanta confianza. Pero creí que lo mejor era terminar el negocio, hablando francamente y recogiendo el dinero. El entrar en contestaciones podia producir que el hombre se marchase entretanto á América y que nos quedásemos con el cajon. = A otra cosa. Está viendo dicho Sr. si se puede proporcionar algun ejemplar completo de *El Protestantismo;* como me ha dicho que al menos procurase que se pudiese llevar uno, lo he pedido á un amigo que se lo cederá. Pero me ha dicho que desearia saber, si en caso de tomar algunos ejemplares cuando la edicion estuviese hecha, qué rebaja le haria V. Esto es, puestos en Madrid, ¿cuánto le costarian? Tal vez su encargado tomaria en aquel caso algunos; porque él se marcha pronto. Espero contestacion.=Veo que la edicion va lenta: esto significa que hasta fines de febrero no estará concluida: paciencia y barajar. Esto quiere decir tambien que el tomo aquel, no podrá estarlo hasta fines de Abril. Esto significa tambien, que si á más del tomo aquel hubiese algun otro capricho, ó cosa séria, en fin alguna produccion de esas que se les vienen á los autores, no se podria esperar comenzar en casa Brusi hasta Mayo.=Mi hermano se presentará con la cartita consabida.=Creo que en casa Rodriguez no hay más que un ejemplar de *La Sociedad.* = Ya ve V. el método de publicidad perenne en las cubiertas de *El Pensamiento;* y *El Pensamiento* es cosa que circula.

Tambien lo anunciarán *El Católico* y *La Esperanza*. En cuanto á los demás, desearia saber si V. destina á esto alguna cantidad fija, ó un *circum circa*. Es cuanto se ofrece á S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 26 de Nbre. de 1844.

Muy Sr. mio: el Sr. D. José María de Casas, me escribe desde Guadix lo siguiente: « Hágame V. el gusto de remitirme si puede ser por el correo de esta ciudad la obra titulada *El Protestantismo* con nota de su valor, y adonde lo he de entregar, dirigiéndome además otro ejemplar de *La Sociedad* para un amigo que quiere hacerse de ella, y si le fuese conveniente recibir el dinero casa de Sanz en Granada de ambas obras me es fácil entregárselo, en cuyo caso podrá tenerse en cuenta 24 rs. que creyendo restaba á V. aboné despues de haberme remitido los dos tomos que componen dicha *Sociedad*, como consta por el recibo que conservo.» El Sr. D. Ramon Cosielles de Oviedo pide al Administrador de *El Pensamiento* 6 ejemplares de *El Protestantismo*, y dice que no pide más (aunque cree habrá de pedirlos, segun dice), porque el librero no le hace rebaja, y porque no sabe si se los pondrán en comision ó como; y añade que me lo digan á mí. En ambos negocios dispondrá V. lo que le parezca conveniente. = El único ejemplar de *La Sociedad* de casa Rodriguez se vendió; hay otro, pero falta el núm. 18, y no se ha podido vender por eso. Al saberlo yo, se lo he pedido á un amigo que no tenia la obra encuadernada y me lo ha cedido. Sírvase V. mandar pues un número suelto 18 á Rodriguez para entregarlo á este caballero, si es que el comprador se presenta y toma el suyo. = Ya se acordará V. de lo que le indiqué á V. de París sobre algunos ejemplares; me repitie-

ron la instancia; se la traslado á V. no como instancia, sino como simple noticia. Consérvese V. bueno y M. de S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 4 Dbre. de 1844.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: me alegro que haya desaparecido la indisposicion de V. y quedo enterado de lo demás contenido en la suya del 28 p. p. = Como ya sabe V. que la Administracion de un periódico que sea algo leido, se hace un centro de reclamaciones, correspondencias, y mucho concurso, sucede con bastante frecuencia que hacen pedidos de obras á la Administracion de *El Pensamiento,* mayormente desde que como habrá notado V. son las cubiertas un anuncio perenne. Ahora mismo como verá V. en la adjunta nota que me ha dado el Administrador, están pendientes varios pedidos, entre ellos el de Oviedo, que no es despreciable, mayormente cuando al fin se ha decidido á pedirlo por su cuenta. Sucede que el Administrador ha de pasar la nota á Rodriguez, y esto siempre complica y entorpece, mayormente no teniendo Rodriguez, segun se me figura, la velocidad del vapor. Así, creo seria conveniente para V. que en la Administracion de *El Pensamiento* hubiese un depósito, pequeño si V. queria, por ejemplo 25 *Protestantismos,* y un 100 *Religion demostrada,* y que de allí se pudiesen despedir directamente, pagándose la comision al Administrador, y arreglándolo V. de manera, que costando 20 rs. en Madrid y debiéndose añadir el porte ó correo de Madrid á los demás puntos, no salga caro en demasía. El Administrador es Luis Perez, calle de Preciados, n. 56, c. 2; allí tiene establecida la administracion de *El Pensamiento;* es muy activo, y sobre todo muy fiel. A mí me lleva hermosamente todas las cuen-

tas; y no creo que V. se arrepienta de tratar con él. Si V. gusta, yo ya le he hablado de esto, y se podrá V. enterar directamente con él mismo. Le advierto á V. que es de aquellos, que no quieren dinero ajeno en casa; de modo que si V. quiere cuentas y resultado todos los meses tambien se las dará. Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes.

P. D. Lo dicho se entiende, sin quitar que Rodriguez venda por su parte lo que pueda. Si V. se resuelve puede mandar un paquete é instrucciones, dirigido todo al interesado.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 8 de Febrero de 1845.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: hoy he entregado al Sr. Henrich original hasta la pág. 100, pues me dijo que por las diligencias tenia conducto seguro. Espero que V. se servirá acusarme el recibo: pues sentiria el estravío. Creo que las pruebas enviándomelas por el conducto más breve, que tal vez seria el de las diligencias, no atrasarán á los cajistas si el carácter es largo. Marchando de ésa el lunes, por ejemplo, el otro lunes el pliego está de vuelta, y lo mismo los demás dias. Conque habiendo 7 ú 8 pliegos de carácter ya no hay dilacion. Conceptuo indispensable verlos: pues lo contrario es esponerse á que por una poca incomodidad se deslustre lastimosamente la obra: y seria sensible. Cuanto más pronto pudiera V. empezar seria mejor; pues yo me iré luego de pasada la Cuaresma: y entonces sí que se complicaba. = Hoy se ha presentado el sujeto aquel para cien ejemplares de *La Religion;* pero en casa Rodriguez no los tenian; y el fardo no ha llegado aún. Le han entregado 25 por el pronto, diciéndole que

luego llegarian, y podria tomar los restantes ó los que quisiese. Aseguran que volverá porque es persona conocida; y además le han dicho que le harian rebaja del 15 p. %.= Cuando haya V. concluido la impresion de *El Protestantismo*, seria bueno que en Madrid hubiese un buen depósito; como y tambien de lo demás. Aquí es buen centro; mayormente siendo el autor algo conocido.=Escribí á Filipinas lo que V. me aconsejaba; lo mismo deseaba yo. Es cuanto se ofrece á S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Al Sr. D. Pablo, que he recibido la suya; y he enterado al Administrador del asunto de la suscripcion.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 12 de Febrero de 1845.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: se me ha presentado el Sr. Monier pidiéndome que pusiese en su casa de Paris *(F. Monier Y. C. D. Schmitz, 7 (bis), Rue de Provence, Librairie espagnole, Paris)* algunos ejemplares de *El Protestantismo,* en español; yo le he contestado que me apuntase las condiciones, y que se lo escribiria á V. Él me ha dicho que está seguro de que se venderán algunos, y que ya ha tenido que comprar varios para mandarlos allá. Le incluyo á V. la nota; advirtiéndole á V. que en carta de París insisten hoy diciéndome que no tarde en mandar algunos. Esto coincidiendo con la demanda de Monier á quien no habia visto nunca, me inclina á creer, que tal vez seria conveniente no descuidar estas indicaciones. Todavía no ha llegado la remesa de *La Religion demostrada:* en casa Rodriguez no han podido como V. sabe satisfacer el pedido; y bien pronto no habrá ni para el menudeo.= Pienso que habrá V. recibido original hasta la página 100

por conducto del Sr. Henrich; y hasta la 112 por mi hermano; incluyo hasta la 120: y deseo que ande la cosa. Nada más se ofrece á este S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 16 de Febrero de 1845.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: al dia siguiente de haberle escrito á V. se llevaron de casa Rodriguez para Andalucía los demás ejemplares de *La Religion*. El mismo dia pidió otro otros veinte y no los hubo, piden tambien al menudeo todos los dias y no hay. El fardo no llega. Se lo aviso á V. para su gobierno. Remito original hasta la página 124. S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 24 Febrero de 1845.

Muy Sr. mio: devuelvo el pliego corregido con faja y franqueado. Como advertirá V. en las correcciones, se me habian olvidado en el original los números de las notas que han de ponerse al fin, como en *El Protestantismo*. Incluyo ya algo de ellas, y en los correos sucesivos enviaré más, porque así se podrán ir componiendo, y se llenarán algun tanto los huecos del trabajo de los cajistas, si los hay. = Cuando haya un pliego compuesto de notas, me lo mandará V., que así adelantaremos trabajo = Quedo enterado de lo de París. = Apenas hay ya en casa Rodriguez ejemplares de *El Protestantismo;* si V. no hace una buena remesa, vamos á quedarnos como con *La Religion demos-*

trada, de la cual no se venden porque no hay ni un solo ejemplar hace dias. = Veo que pone V. *con licencia;* no creo que haya necesidad de pasar al Dr. Riera, más que lo que trata de Religion, que no es mucho. Queda de V. S. atento y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 28 de Febrero de 1845.

Muy Sr. mio: he recibido la grata de V. del 24, junto con dos pliegos que devuelvo corregidos. Hace dos correos recibí otro, que remití á la vuelta. Calculo que la obra no pasará de 25 pliegos ó 400 páginas; y si pasase, será poco; de consiguiente debe salir en un solo tomo. = Algo estraño se me hace que V. no hable de remitir ejemplares de *La Religion;* y que sólo escriba V. á Rodriguez que le mandará V. ciento. ¿Qué son ciento? Hoy mismo ha estado á verme el general de los *Hermanos de la Caridad*, que quiere difundir la obrita en establecimientos que de él dependen. ¿Cómo es posible, me digo á mí mismo, que el Sr. Brusi tan activo haya tardado tanto en hacer la remesa? Sólo puedo atribuirlo á demasiadas ocupaciones. (Aquí tenia la carta, cuando me han dicho que remitia V. no 100 sino 200, ¿qué son repito 200 ejemplares? La esperiencia lo dirá.) Incluyo algun original de notas; y luego remitiré más, junto con el de testo que está todo en limpio y sólo me falta darle una ojeada, y ponerle los títulos correspondientes. =A mi vuelta de París espero tener muy adelantada, si no concluida, una obra, que no me cabrá en un tomo, y que tal vez se estienda á cuatro ó cinco. Mucho llevo ya escrito y todavía no estoy á la mitad. = Si fuera posible que el 4.º tomo de *El Protestantismo* llegase antes de marcharme yo á París, me alegraria, porque siempre podria contribuir algun tanto á la publicidad.

Queda de V. S. afmo. y S. S., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 7 de Marzo de 1845.

Muy Sr. mio: acabo de recibir la apreciada de V. del 3. Todos los pliegos que me han llegado (que son 5 hasta ahora) los he remitido corregidos á vuelta de correo. No sé si alguno habrá sufrido estravío; en tal caso, puede V. reclamarlos á la Administracion de correos, seguro de que han ido con faja y francos.= Los 50 ejemplares de *La Religion* que V. remitió, son muy poco: al cuarto de hora ya no hubiera tenido ni uno el librero, si no hubiese procurado contentar á los varios apalabrados dándoles no más que algunos, y reservándose para otros. El de los 100 se presentó y se le entregaron no más que 12. El General de los Paúles dijo que se esperaria algunos dias para que no faltasen á los demás. Lo pongo en conocimiento de V. porque es útil que V. lo sepa.= Por ahora no me es posible ir á ésa. Esté V. seguro que devolveré siempre las pruebas á vuelta de correo. =¿Quisiera saber qué inconvenientes puede V. tener, en que haya en ésta un fuerte depósito de mis libros, en particular de *La Religion demostrada?* V. tiene interés para vender esta edicion; y yo no carezco de él para que me sea más lucrativa la propiedad, apresurando el que se hagan nuevas ediciones. Hace tiempo que le estoy haciendo á V. indicaciones, y V. no me contesta á ellas, ó se mantiene en cierta reserva, cuya causa no acierto á esplicar. = De París me repiten hoy mismo la necesidad de que se manden ejemplares. Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 17 de Marzo de 1845.

Muy Sr. mio: he recibido hoy la apreciada de V. del 13, junto con un pliego que devuelvo, como lo he hecho con los anteriores. Me alegro que remita V. más ejemplares de *La Religion*, y que esté V. dispuesto á remitir más. = Me ha hecho gracia lo de la oposicion; procuraré enmendar el tono, del cual se queja V. que no es tan afectuoso como antes. No sé qué novedad pueda haber habido en la expresion; en el afecto no hay ninguna. Me pregunta V. si ha desaparecido el amigo y quedado sólo el escritor; V. que me conoce, sabe que no.=No le tenia á V. por descuidado ni flojo; de esto no necesita V. vindicarse, pero faltaban hace tiempo ejemplares; en casa Rodriguez me fastidiaban; di una puntadita, y léjos de estar V. flojo los ha mandado V. por la diligencia, como si dijéramos que en un momento de enfado los ha arrojado V. con una honda. Esto prueba que yo no calculé mal; y que el alazan lejos de ser flojo, no podia ni aun suportar la vista del acicate. Bien sabia yo que habia de dar un brinco; ya lo ha dado; esto queria. Por lo demás creo que no habia espresion ofensiva, que si la hubiese, la recogeria con mucho gusto, desaprobándola al instante.=He visto la circular; vamos á ver cuánto dará la edicion. = Remito original hasta la pág. 158; creo que mi hermano le habrá entregado á V. el pliego anterior. Nada más ocurre, sino asegurarle más y más de que soy S. affmo. S. y amigo Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 2 de Abril de 1845.

Muy Sr. mio: remito el final del testo, supongo que mi hermano le habrá entregado el anterior. Incluyo tambien algo de notas: y en breve, brevísimo, las recibirá V. todas,

El índice, no lo remito, porque no ha de ser más que la copia literal de los títulos con la numeracion correspondiente, que yo no sé cuál es. Mándelo V. hacer á un escribiente cualquiera, y entretanto se adelanta. Espero las pruebas últimas para marcharme. Ayer devolví corregidas unas, y hoy las otras que acabo de recibir hasta la pág. 240. Consérvese V. bueno y M. de S. amigo y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 7 de Abril de 1845.

Muy Sr. mio: he recibido la apreciada de V. del 2.=Remito original para notas; y el correo inmediato remitiré el final.=Hoy devuelvo corregido el pliego que acabo de recibir.=Veo las observaciones que V. hace sobre la belleza intrínseca del carácter de la letra: no insisto, porque trato con un inteligente, y yo no lo soy. Además yo no dije que no me gustase; puse un reparo, nada más.=Dentro breves dias pasará por ésa un pintor y escultor muy distinguido, Sr. D. Ponciano Ponzano, residente en Roma, á donde regresa despues de una temporada de permanencia en Madrid. Si al pasar por ésa pide 3 ó 4 ejemplares de *El Protestantismo,* y aun de *La Sociedad* y *La Religion demostrada,* entrégueselos V. *gratis,* y cárguemelos V. en cuenta, observándole que así lo he escrito yo. Se empeñó por tercera persona en que le dejase sacar mi retrato, pues parece lo deseaban en Roma; y al fin él mismo se me presentó suplicándomelo. Lo ha hecho así, y por tanto fuera una grosería que le dejase yo pagar tres ó cuatro ejemplares de mis obras, aunque yo ya le regalo encuadernado un ejemplar. Es el primer retrato que he permitido; dicen que lo ha hecho bien y me añadió que desde Roma, ó si se detiene en Valencia, algunos días, desde Valencia me lo man-

dará en piedra para litografiar. Probablemente le entregaré una carta de recomendacion para V.: es persona muy fina, y veo que ha sacado los bustos de las Reinas y que Cristina le tiene encargados trabajos de valor. = Me pregunta V. si tengo algo: antes del viaje no puedo pensar en nada; porque aunque tengo un tomo que si quisiese podria imprimirlo, por ahora no quiero. Muchos proyectos y trabajos llevo entre manos, de los cuales al terminar el verano habré concluido alguno, y tal vez más. Entonces veremos. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 25 de Abril de 1845.

Muy Sr. mio: esta noche salgo á la una en el correo, camino de París. No he podido ver más pruebas de notas que una pequeña parte: si llegan mañana, he encargado á un amigo que las vea; pero no se fien Vdes. de nadie; y repásenlas bien. = Aribau desea tener mis obras de venta en su casa; dice que cada mes, tendrá V. cuenta y dinero; él mismo le escribe á V. este correo. = El administrador de *El Pensamiento* continua haciendo diligencias *gratis,* pues le piden ejemplares de mis obras, y ha de ir á recogerlos á casa Rodriguez, y cuidar de correspondencia, etc., etc.; yo creia que V. no se olvidaria de lo que habíamos hablado: V. tal vez desconfia; yo por mi parte le dejo á ojos cerrados cosas de bastante consideracion en su mano: y le fiaria oro molido. Si V. queria, tambien seria de los que cada mes cuenta y dinero. Para gobierno de V. le advierto, que el mismo será administrador de otro periódico diario que saldrá á defender las mismas doctrinas que *El Pensamiento;* esto aumenta las probabilidades de vender. Nada más me ocurre sino asegurarle á V. y á toda su familia que aquí como en el estranjero soy S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Al Sr. Piferrer, que he recibido la suya y he recomendado su trabajo, al *Católico, Esperanza*, al futuro *Español*, y á otro que está en ciernes. Que me dispense la contestacion, que estoy ocupadísimo.

Sr. D. Antonio Brusi.

París 12 de Sbre. de 1845.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: muy grato me ha sido que V. se acordase al fin de mí; la tardanza queda excusada; lo bueno no llega tarde. Le felicito á V. por la nueva que se sirve comunicarme; V. es quien debe estar en datos, y segun veo son satisfactorios. Le deseo á V. buena fortuna en el negocio, que de seguro es grave. = No puedo fijar el tiempo de mi ida á Barcelona; en cuanto á Madrid, es probable que partiré para allá muy en breve. = Me dice V. que se está agotando la edicion de *La Religion demostrada*, añadiendo que si yo quiero hará V. otra con los mismos pactos y condiciones: adjuntos remito á mi hermano dos ejemplares del contrato que deseo: quiero cuatro mil reales limpios, sin descuento de ninguna especie, por una edicion de cuatro mil ejemplares. = Me pregunta V. si tengo algun otro negocio, añadiendo que debiendo V. emprender algo me preferiria V. á mí, y que si la empresa fuese séria, tanto mejor; agradezco el obsequio que V. me hace, y digo que luego de mi vuelta á España pienso imprimir una obra que tengo ya escrita casi toda. Calculo su extension de tres tomos como los de *El Protestantismo*. Un editor de París me ha hecho ya proposiciones para que se la deje publicar en francés al mismo tiempo que saldrá á luz en España, con tal que yo dé una ojeada á la traduccion: nada le he contestado aún, porque nada tengo resuelto. El honrado comportamiento que encuentro en V. me hace desear tambien que pudiéramos

entendernos en cuanto á la edicion castellana, y no lo considero imposible, ni quizás difícil.

Es cuanto se ofrece á S. amigo y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 14 de Octubre de 1845.

Muy Sr. mio: el Sr. D. Manuel Gomez Marañon, canónigo de Córdova, que acaba de llegar de América y tiene por allá relaciones, me ha ofrecido espontáneamente cuidar de la venta de mis obras en Méjico y ciudades vecinas, encargándose de esto un hermano comerciante que tiene establecido en dicho punto, y escribiendo al Arzobispo y á varios obispos. Á él le encargaron por algunos ejemplares que ha remitido ya; y se lamenta de que no se les dé circulacion por aquellas tierras, donde son ya conocidas de algunos. Espero que á la mayor brevedad tendrá V. la bondad de indicarme sus ideas sobre el particular; debiendo yo añadir que la persona por cuyo conducto se me ha presentado dicho Sr. es de toda mi confianza. Sigo sin novedad, bien que muy ocupado.

Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barcelona 13 de Noviembre de 1845.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: he examinado con detencion la nota que para instruccion mia se sirvió V. entregarme. Sobre ella me ocurre lo siguiente. = En Madrid

la tinta y letra no es un 60 sino un 50 p. °/₀ = Cada tomo un real de encuadernacion es mucho. = El descuento del 6 p. °/₀ sobre la venta á 16 rs. no lo veo. = Es más fácil que algun tomo no llegue á los 25 pliegos, que no que pase. Así sucedió con *El Criterio* y *El Protestantismo*. = Estas consideraciones han hecho que la nota no me convenciese para acceder á lo que V. se sirvió proponerme en la última entrevista. Queda de V. S. affmo. S. y amigo Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barcelona 3 de Dbre. de 1845.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: V. sabe lo que tenemos contratado con respecto á la publicacion de los trabajos contenidos en *La Civilizacion* y en *La Sociedad*. Con arreglo á mi derecho deseo reimprimir, si no todo, una parte de lo mio; pero el estado en que V. tiene la venta de dichas obras puede influir en modificar mi pensamiento. Así espero, que no tendrá V. inconveniente en darme noticias sobre el particular; como y tambien, en comunicarme las ideas que á V. le parezcan bien sobre el negocio. Tambien le recuerdo á V. la notita aquella sobre *El Criterio*. Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barña. 7 de Dbre. de 1845.

Muy Sr. mio: he suspendido la marcha: ayer recibí carta asegurándome que podia estar completamente tranquilo; hoy recibo otra, en que se me confirma lo mismo, aña-

diendo *con certeza*. Así, puedo concluir el tomo 1.° que desearia caminase con la mayor rapidez posible. Excepto hoy, que despacho un correo muy largo, estaré pronto para dar original y pruebas, con la celeridad necesaria.= Antes de irme tambien podríamos hablar de lo de *La Civilizacion* y *La Sociedad*, que así se evitarán dilaciones de correos.=Ni ayer ni hoy, he recibido periódicos; dependerá de la turbacion de allá; si á hora más adelantada pudiera V. remitirme algunos que no hiciesen falta, se lo agradeceria. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barña. 31 de Enero de 1846.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: queriendo saber cómo están mis asuntos antes de marcharme á Madrid, desearia que V. me diese noticia del estado de la edicion de *El Criterio* y de *El Protestantismo*, así como de algun pensamiento que V. hubiese hecho relativo á mis cosas. Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barña. 10 de Febrero de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: por ahora sólo reimprimiré las *Cartas:* como faltará algo para formar un volúmen regular, lo completaré. = En cuanto al *Criterio*, como es obra de éxito asegurado, parece no habria inconveniente en hacer la segunda edicion de dos mil ejemplares. En tal caso, quiero para mí trece mil reales. = Hasta las doce estoy siempre en casa; se lo digo, conforme á la

indicacion que V. se sirvió hacerme; si no fuese hora cómoda para V., avisándome con alguna anticipacion escogeremos la que V. quiera. De V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Barña. 12 de Febrero de 1846.

Sr. D. Antonio Brusi.

Muy Sr. mio: quedo enterado de la diferencia de caractéres. Espero que se servirá V. remitirme los números de *La Sociedad*, en que están las cartas, para que no haya de servir de original el ejemplar encuadernado, único que tengo. Ya habrá V. recibido el primer pliego de *El Criterio* para la impresión. Mi hermano ha estado en su casa de V. con el duplicado del contrato para la firma, pero V. no estaba. S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barña. 20 de Febrero de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: con fecha 16, me dice de Madrid, el administrador D. Luis Perez, que ínterin le remite á V. la cuenta, que no ha podido formar por sus muchas ocupaciones, puede V. girarle por unos 1.600 rs. vn. ¿Cómo estamos de *El Criterio?* S. S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barña. 26 de Febrero de 1846.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: incluyo el anuncio ó prospecto: me parece que basta. Deseo unas pruebas. = ¿Cree V. que pueda convenir al despacho el exigir el pago adelantado del tomo 2.º? Lo dudo. = No fijo el número de tomos, porque no lo juzgo necesario, y porque ignoro si lo podré incluir todo en cuatro.=Tolrá y compañeros van lentamente, paciencia. Dios me libre que no cojan *El Criterio*, porque no acabarian en un siglo. Por ahora no se me ha pedido original; y hay preparado mucho, á más del primer pliego que remití. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barcelona 10 de Marzo de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: tengo ya corregidas la mayor parte de las *Cartas*, y antes de marcharme las dejaré corrientes. Para formar un tomo de 3 á 400 páginas será menester añadir algo, lo que haré segun considere conveniente, y sobre materias que me parezcan interesantes. Si V., como se sirvió indicarme, desea hacer la impresion, será para mí un placer; y en consecuencia paso á decir, que las condiciones que quiero son las mismas que las de la segunda edicion de *El Criterio*. Dudo que se venda más *El Criterio* de lo que se venderá la otra. Nada más ocurre; sino añadir, que en caso que V. se resuelva, la impresion de las *Cartas* ha de estar terminada por todo el mes de Mayo. Se renueva de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 2 de Mayo de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: devuelvo las pruebas, y le ruego á V. encarecidamente que cuide de que mis correcciones se enmienden con fidelidad. La obra es demasiado delicada, para no poner mucho interés en eso. En las que devuelvo, con un *no* me hacian decir lo contrario de lo que digo. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 6 de Mayo de 1846.

Muy Sr. mio: he recibido el pliego desde la pág. 37 hasta la 48, que devuelvo. Me falta ver el de la pág. 25 hasta la 36. Supongo que se habrá extraviado: he hecho preguntar al correo; pero allí no está. Como lo delicado de la materia no permite que se tire sin corregir, me lo puede V. mandar de nuevo, y entretanto tirar los que siguen, á medida que vayan corrigiéndose. Por esto no se altera nada, sino dejar por algunos dias 12 páginas sin tirar. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 14 de Mayo de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: todos los dias se me lamentan los encargados de la expendicion de mis obras, de que se ven con frecuencia precisados á hacer esperar á

los que se las piden, por la parsimonia con que V. hace las remesas. Anteayer mismo sucedió que en casa Rodriguez pedian 24 ejemplares de la *Filosofía* y no pudieron venderse: en este concepto, me permitirá V. observar que no creo que V. ni yo ganemos con esto. Si las obras no se vendiesen, ó los corresponsales de Madrid fuesen de poca confianza, el caso seria diferente; pero es todo lo contrario; y no hay razon por que las remesas se hayan de hacer como se hacen. Escusado es decir que mi deseo es que se varie de sistema: mi deseo es justo. Dispénseme V. estas indicaciones, en que ambos nos interesamos, y cuente V. con el afecto de este S. S. S. Q. S. M. B., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 10 de Junio de 1846.

Muy Sr. mio: remito la carta XV, y en cinco ó seis dias remitiré todas las demás, para que puedan estar impresas al tiempo convenido. De las que se imprimen de nuevo, necesito ver pruebas, que espero me mandará V. sin tardar. Parece que las pruebas del tomo 3 van lentas. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 12 de Junio de 1846.

Muy Sr. mio: en mi anterior se me olvidó decirle á V. que las nuevas cartas debe verlas por *necesidad* el censor eclesiástico. En la portada se deberá poner tambien *con licencia.* S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Escrito lo que precede, recibo la de V. del 8. Ya ve V. que el caso estaba previsto, pues habrá V. recibido original tres dias despues de escrita. Ahí va otro paquete, y mañana irá otro. Y así sin interrupcion.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 20 de Junio de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: adjunta va la carta 25, última de la coleccion, con el índice que faltaba de las 11 nuevas. Ya ve V. que los cajistas habrán tenido poco que esperar: cuento con que las pruebas no me harán esperar tampoco á mí. Las de la *Filosofía fundamental* van muy lentas. Ya tiene V. original adelantado; y lo que falta irá corriendo. Vamos á otra cosa.

Pienso publicar una *Filosofía elemental*, que deseo esté de venta á fines de Setiembre, para que la puedan adoptar los catedráticos que gusten. Si me es posible, deseo reducirla á un tomo, que á lo más, no exceda mucho al volúmen de *El Criterio*. Para mi gobierno, quisiera que V. me dijese á la mayor brevedad, si esto es posible en ésa; poniéndose V. en el *máximum* de lo que puede imprimirse; pues que aun tardaré un poco en tener corriente el original. Se desea esta obra; y quiero complacer al público. Hábleme V. francamente; pues aunque tengo gusto en tratar con V., no quisiera que por mí hiciera el menor sacrificio. Yo puedo hacer la impresion en Madrid; y con harta más comodidad. Advierto á V. que una condicion, en caso de tratar, seria el que no experimentase retraso la publicacion de la *Filosofía fundamental*. Espero contestacion; si es posible, pronto; pues aunque las muchas ocupaciones de V. no le hayan permitido contestarme á otra, sobre asuntos de expendicion, me prometo que no sucederá en el caso

presente. De todos modos, cuente V. con la amistad de este S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Incluyo la portada de las *Cartas,* y una *Advertencia,* para prólogo; que me parece podrá tambien servir de anuncio y prospecto.

Sr. D. Antonio Brusi.

Vich 18 de Julio de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: el correo anterior devolví 24 páginas de pruebas; hoy van las restantes. Acompaño original; y veré si en dos ó tres dias lo remito todo, incluso el índice del tomo 3.º Lo del 4.º seguirá sin interrupcion.=Si V. quisiese, me parece que Trullas no dejaria de vender algo de mis cosas. Para hacer un ensayo, no veo inconveniente en que se le remitiesen 20 *Cartas*=20 *Criterios*=6 *Protestantismos*=6 *Filosofía fundamental*=50 *Religion demostrada.* Pero esto queda á la discrecion y voluntad de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Escrita la que antecede, recibo la grata de V. Queda contestada. Recibo tambien otra de Perez, en que me dice cumplirá el encargo.=No me llevé nota de la numeracion de los párrafos; y así espero que los mandará V. poner en el lugar correspondiente; que en el original indico con la señal: $\overset{\circ}{\circ\!-\!\perp\!-\!\circ}$

Sr. D. Antonio Brusi.

Vich 3 de Agosto de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: el superior de los PP. de San Vicente de Paúl y Hermanas de la Caridad, el Sr. D. Buenaventura Codina, me dice desde Madrid con fecha 28 de Julio, lo que sigue: «Muy Sr. mio: acabo de recibir una carta de mis compañeros Paúles de Méjico, en que me dicen que se han visto con el Arcediano de la Habana, y les ha manifestado vivos deseos de hacer circular por la América *todas* las obras de V. Por tanto me han encargado los Paúles Mejicanos, escribiese á V. que si tenia á bien enviarle doscientos ejemplares de cada una de las obras que V. ha escrito, cuidarian *ellos* de despacharlos, y confian que al *momento* serian *todos* despachados. A últimos de Setiembre saldrán de esta Corte para Méjico algunos Paúles, y si V. se resuelve mandar los mencionados escritos, podrian ellos encargarse de su conduccion.»

Someto á la consideracion de V. la importancia de esta carta, y no puedo menos de añadir las reflexiones siguientes.—La persona que la escribe, es muy distinguida; la conozco mucho. — Se trata de una corporacion religiosa de tanto prestigio en todas partes, y especialmente en Méjico. —La ventaja se extiende á *todas* las obras mias.—Los conductores serian los mismos Padres. — Los mismos cuidarian de la venta. — La confianza es de que serian vendidos *al momento* 200 ejemplares de todas —No puede haber peligro de defraudacion.—Es una excelente oportunidad para rivalizar con los franceses que reimpriman en castellano mis obras. V. hará las demás reflexiones; y espero que se servirá contestarme, con la brevedad posible, para que yo pueda hacerlo sin tardar á dicho señor Codina. S. affmo. y S. S. y amigo Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Vich 8 de Agosto de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: segun veo por la grata de V. del 6, considera la proposicion de los de Méjico muy ventajosa para mí, pero no conveniente á los (1) de V. Por mi parte, juzgo la proposicion que V. me hace, muy ventajosa para V., pero no á mí. Varias reflexiones me ocurren; pero basta decir que no la admito.

Me habla V. de la *Filosofía elemental;* por consideracion á esto, no detenga V. el curso de sus negocios. Si algo se me ofrece, ya escribiré.

Tenga V. la bondad de mandar que comprueben los títulos de los capítulos del tomo tercero; pues seria posible que al copiar el índice se hubiese cometido alguna equivocacion. Póngase como en el texto. Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Vich 14 de Agosto.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: en vista de la carta de Rodriguez que le remití ayer, ¿podria convenir acelerar algo más la impresion de *El Protestantismo?* Yo apenas salgo, porque al venir de La Garriga el sol me quemó los labios, que se me han irritado un poco.

S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes.

(1) Aquí debió omitir la palabra *intereses.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Vich 15 de Agosto de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: agradezco la fineza de V.; no esperaba menos de su amistad. Pronto verá V. en *El Pensamiento* un largo artículo en que me defiendo de todo, con una rápida historia de mi vida. Si V. la extracta ó la copia en el *Diario*, me hará favor.

Recibo de París la carta y nota que acompaño: lo que habla de la *Filosofía fundamental* para que yo la traduzca al francés, creo que ya le dije á V. que por ahora yo me habia desentendido de todas las ofertas que se me hacian, para que diese yo mi nombre: no sé lo que haré en adelante. Como supongo que V. habrá ya visto á M. Lasserre como esperaba, deseo me diga V. su opinion y la de V. sobre la reimpresion castellana de *El Protestantismo*, y que me añaden puedo impedir. Desearia tambien que me diese V. noticias sobre el modo posible de hacer los poderes en Barña., pues aquí no habrá escribano que sepa las fórmulas ni la lengua francesa. En fin, sobre todos los extremos de la carta y nota dígame V. lo que le ocurra, devolviéndome estos papeles, que como comprenderá V. no deben salir de mis manos, y de las de personas de confianza como V.

Remito pruebas y original: estos dias se ha diferido todo, porque estaba atareado. Ya marchará ahora al galope, y saldremos pronto del tomo 4.º Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barcelona 19 de Sbre. de 1846.

Muy Sr. mio y amigo: habiendo reflexionado sobre el consabido asunto, someto á la consideracion de V. lo que sigue.

Me parece que se puede formar un tomo de 400 páginas, y aun si se quiere algo mayor para facilitar el despacho, y componerle de esta manera. = Título: *Miscelánea religiosa, política y literaria*, ú otro análogo. = Contenido: 1.º Observaciones sobre los bienes del clero. — 2.º Consideraciones políticas sobre la situacion de España. — 3.º La indiferencia *social* en materias religiosas. (Lo publiqué en *La Civilizacion*, Tom. 1, pág. 239.) — 4.º La religiosidad de la nacion. (Ibid., Tom. 2, p. 193.) — 5.º De la originalidad. (Ibid., Tom. 2, p. 365.) — 6.º Instituto histórico de París. (I., T. 2, p. 481. Se ventila una cuestion literaria muy importante, y se podria notar en el título.) — 7.º La esterilidad de la revolucion española. (I., T. 3, p. 410.)

En las condiciones procuro conciliar mi derecho con el desahogo de V. Supongo la edicion de dos mil ejemplares. He aquí la escala del pago. Me entregará V.:

El 1.º de Enero de 1847.	2.000 rs.
El 1.º de Enero de 1848. . . .	2.000 rs.
El 1.º de Enero de 1849. . . .	4.000 rs.
Son. .	8.000 rs.

Tenga V. la bondad de enviarme una nota del número de ejemplares completos que le quedarán á V. de *La Sociedad*, dado caso que se completaran los truncados, sobre lo cual estamos en disputas. Queda de V. S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. ¿Podría V. hacer, sin perjuicio ni incomodidad, que el tomo 4 de la *Fundamental* anduviese algo más deprisa?

Sr. D. Antonio Brusi.

Barcelona 20 de Octubre de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: conforme al deseo que V. se ha servido manifestarme, de que, sin ánimo de comprometerme, le hiciese á V. una indicacion sobre el valor de la propiedad de mis obras publicadas hasta hoy, paso á decirle que, dejando aparte las otras, cuya propiedad me pertenece tambien, y limitándonos á los diez tomos formados de las siguientes:=*El Protestantismo*=*Filosofía fundamental*=*El Criterio*=*Cartas á un escéptico*,= me parece que valen, á razon de ochenta mil reales vellon cada tomo. Así, el total de los diez tomos formaria la cantidad de cuarenta mil duros. Puede V. meditar sobre esta indicacion, y yo me reservo el derecho de pensarlo mejor. Su affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barcelona 26 de Octubre de 1846.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: adjunto le remito á V. la nota de los ejemplares: si observa V. alguna equivocacion, espero se servirá V. indicármela.

He reflexionado sobre el negocio consabido, conforme á las indicaciones de V. de ayer mañana: éstas son generales; y confieso que habiendo yo hecho aplicaciones particulares, dudo mucho que por estos caminos pudiese yo lograr lo que deseo. Me ha de permitir V. algunas observaciones; las cuales de ningun modo quiero que tome V. ni como inculpacion, ni aun como queja; se trata únicamente de hechos que V. mira de un modo y yo de otro; ambos estamos en nuestro derecho. V. alega como motivo del sistema que V. sigue en la expendicion de mis obras, lo *gravoso* de las condiciones: he aquí cómo discurro yo, ate-

niéndome á la simple historia de nuestros tratos. Las condiciones han sido muy *varias;* el sistema ha sido *constante.* *El Protestantismo* está á condiciones *enormemente* mejores que la *Filosofía fundamental*, y que la segunda edicion de *El Criterio* y las *Cartas;* y sin embargo, el sistema es igual para todas las obras. La primera edicion de *El Criterio*, fué á condiciones harto mejores que la segunda; el sistema ha sido el mismo. La segunda edicion de *La Religion demostrada* fué á condiciones mejores que la tercera; el sistema ha sido el mismo. Todo se ha medido por el mismo rasero. Ni depósitos; ni remesas; ni ningun medio para que los que lo han de recibir por Madrid, no lo tengan tan recargado, excepto el que yo he proporcionado por Perez; ni carteles; ni anuncios en periódicos; ni siquiera en el *Diario de Brusi;* la diferencia de las condiciones no ha podido traer este sistema, pues el mismo habia cuando las condiciones eran más suaves.

Cuando á V. le venga bien, espero se servirá remitirme nota de los ejemplares existentes de la *Filosofía fundamental*, pues que siendo una obra de cuatro tomos, cuya reimpresion exige algun tiempo, no debo esperar á empezar otra nueva cuando no existan ejemplares, pues quedaria expuesto á que por algunos meses me faltaran, lo que no debo permitir.

Lo mismo deseo saber de *La Religion demostrada.*

Tambien quisiera nota de los ejemplares vendidos de las *Observaciones sobre los bienes del clero.*

Con lo que V. se sirvió decirme ayer mañana, quedaron rotas completamente las negociaciones consabidas. En ellas no se habló nunca de *La Religion demostrada;* ¿ha pensado V. sobre esto? ¿Podria convenirle á V. tratar sobre este punto? Deseo saber lo que V. piensa sobre el particular, para que yo en mis ulteriores planes pueda proceder con la seguridad de haber cumplido con V. en todos los puntos, inclusos los de pura delicadeza. Soy de V. affmo. y S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 4 de Enero de 1847.

Muy Sr. mio y apreciado amigo: antes de ayer falleció de un ataque cerebral, el Sr. D. Alejandro Rodriguez, y creo conveniente participarlo á V., por si quiere tomar algunas medidas, mayormente cuando, no dejando hijo librero, ignoro si continuará la tienda abierta. En caso de que V. cambiase de corresponsal, tambien me interesa á mí que sea de toda seguridad, por las obras mias, que tiene V. publicadas. En esta ocasion advierto á V. que hace más de tres semanas que no se pueden vender *Protestantismos* en casa Rodriguez, porque no los hay. Hace algunos dias que el difunto me enseñó una carta de V. en que le avisaba la remesa de 25; permítame V. decir que no me parece hubiera inconveniente en que el depósito fuera algo mayor. Esto le interesa á V., y tambien á mí. = Ya habrá V. visto que por fin he realizado mi proyecto de cesar en *El Pensamiento;* cada dia estoy más contento de haber tomado esta determinacion. Así estoy perfectamente libre, que es lo que deseo y me conviene: V. será de la misma opinion. Antes de saber de ésta, no tomé ninguna resolucion sobre la *Filosofía fundamental*, porque V. me dijo que habia ejemplares todavía: deseo saber si urge reimprimirla, y lo mismo con respecto á *El Criterio;* mayormente, porque con las continuas citas que de estas obras hago en la *Filosofía elemental* (que se reimprime ya), será fácil que los pedidos sean mayores. = En cuanto á *La Religion demostrada*, me he resuelto por la estereotipia; creo que es lo mejor. = ¿Qué le parece á V. de esto, y de la estereotipia de obras mayores? Desearia saber la opinion de V. sobre este punto; pues en cosas nuevas, siempre es bueno oir el juicio de los inteligentes, mayormente si á la inteligencia reunen la amistad. De V. affmo y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Hace algunos dias escribí al hermano, para que recogiese los tomos 4.os si no los habia recogido: no sé si habrá encontrado la nota entre mis papeles; de todos modos, está enterado el Sr. Gorchs, con quien arreglé este asunto antes de marcharme de ésa. Sírvase V. saludarle de mi parte.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 3 de Marzo de 1847.

Muy Sr. mio y estimado amigo: incluyo la contestacion al Sr. Roca; V. conocerá fácilmente que no habiendo visto la obra, y no teniendo tampoco costumbre de publicar nada en los diarios, ni en Revistas que yo no dirija, el caso es nuevo para mí. Sin embargo, leeré la obra, y veré lo que resuelvo. Como quiera, deseo mucho complacer á V. y al Sr. Roca.

Ya habrá V. visto que la nueva ley de propiedad literaria, asegura la duracion de ella, para 50 años despues de la muerte de su autor; ya era tiempo que se acordasen de nosotros; y que no nos dejasen con la mezquindad de los 10, cuando habremos trabajado quizás cincuenta en la composicion de los escritos.=Lo de la estereotipia me parece que está poco adelantado en Madrid; pues para una cosa tan pequeña, me han detenido mucho tiempo; ¿cómo está en ésa? ¿qué establecimiento es el mejor? ¿Es el de Pons ú otro? Cuando sin incomodidad pueda V. contestarme, se lo agradecerá este su affmo. amigo y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 16 de Abril de 1847.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: en *La Esperanza* de ayer, verá V. un artículo sobre la obra del Sr. Roca y Cornet. *El Católico* lo reproducirá segun me ha dicho hoy su director. Deseo que el Sr. Roca quede contento. = Mi hermano deberá recibir dentro pocos dias ejemplares de la *Lógica*, de los que pondrá en comision en casa de V. En las cubiertas y demás prospectos, verá V. anunciada la cuarta edicion de *La Religion demostrada;* pero es claro que antes se venderán los pocos ejemplares que le restan á V. de la tercera. Así lo tengo dicho á Rodriguez, á quien le quedan ya muy pocos. Verá V. que por 100, doy 125; por lo que, aunque dudo que, segun la nota que V. me mandó hace algun tiempo, le queden á V. para formar un ciento, sin embargo, si por casualidad se lo pidiesen á V., añada V. de mis ejemplares (que tambien los tendrá mi hermano) los que podrian faltar desde el trece por docena que V. hace. Nada más ocurre sino asegurarle á V. de que soy S. affmo. y S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Ya verá V. anunciado que publico en coleccion todos mis escritos *políticos*.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 26 de Octubre de 1847.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: despues de mi expedicion á los baños de Ontaneda, montañas de Santander, y París, aquí me tiene V. en cuarteles de invierno, que de buena gana hubiera tomado en Barcelona, si el

Principado estuviese más tranquilo. Así que, no pudiendo ser de palabra, espero que V. me dirá por escrito cuáles son las existencias de las ediciones de mis obras, pues que si alguna estuviese para agotarse, no conviene esperar el último momento, siendo dos de ellas de 4 tomos. Todavía no me ha contestado V. á una pregunta que le hice (van ya 6 meses) sobre estereotipia: supongo que será olvido, como el no haberme dicho nada sobre otro asunto en el que hice lo que pude, dándole á su tiempo el correspondiente aviso. Si V. ó el otro interesado deseaban más, yo no podía hacerlo; y aun añadiré que lo que hice, difícilmente me resolviera á verificarlo en favor de otro. Creo que V. no estrañará que yo le hable del asunto de estereotipia, y que éste no pudo ser el motivo del silencio; porque aun cuando no continuásemos tratando sobre otra edicion, me parece que no se interrumpen las relaciones de amistad, y que confiado en ellas no hay obstáculo á que yo le pregunte á V. ó le consulte sobre mis intereses en tal ó cual caso: le conozco bastante á V. para poder ni siquiera imaginar que V. mira las cosas bajo otro aspecto. Sírvase V. saludar al Sr. D. Pablo Soler y M. de su S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. Olomendi, el de casa Aguado, me ha dicho que se le han concluido los *Protestantismos.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 15 de Nbre. de 1847.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: he recibido la grata de V. del 5, y tambien la anterior; por aquélla quedo enterado de las existencias de mis obras en su casa de V. = Me indicaba V. en la anterior que tan pronto como le fuera posible, me enviaria las noticias sobre la estereoti-

pia; mucho las deseo, porque segun me dijo Pons, está mucho más adelantada en ésa que aquí. No dejará esto de influir en mis resoluciones ulteriores, pues me conviene no tener que estar de continuo sobre nuevas ediciones de las obras, mayormente cuando, segun parece, la estereotipia ha progresado en la sencillez y baratura. *El Protestantismo*, habiendo ya pasado dos ediciones, creo que se puede estereotipar; y no estoy lejos de pensar lo mismo sobre las otras obras. No conozco en Barcelona otras estereotipias que una, cuyo nombre no recuerdo, la de Pons, y la de V.; en este concepto, debe V. suponer que me seria grato el preferir la de V.; por lo cual espero que V. se servirá decirme (cuando me mande la nota) si la operacion exigiria mi presencia en ésa, y por cuanto tiempo, aproximadamente segun la obra. No estrañará á V. tanta curiosidad, si reflexiona que la *Elemental*, castellana, tendrá que pasar por lo mismo; y que la traduccion latina que estoy haciendo sin levantar mano, deberá ser estereotipada despues de la primera edicion. Como esto pudiera producir el que entre el estereotipador (ó si no quiere V. el título, entre tal dueño de la estereotipia) y el autor hubiese de mediar un trato de mucha consideracion atendida la amplitud del negocio, me es preciso estar bien informado, con detalles, pues que desde Madrid no tengo el recurso de pasarme por su casa de V. entre 6 y 7 de la noche, para aclarar los puntos de algun papel recibido entre 2 y 3 de la misma tarde. A mí me tendria cuenta el que no tuviesen que andar las planchas de una parte á otra, cada vez que se hubiesen de tirar ejemplares; por lo mismo creo que si hubiese términos hábiles para un avenimiento entre V. y yo, sea para un cierto número de ejemplares, sea para un cierto número de años, sin que yo hubiese de entrar en pormenores, me seria más cómodo. Deseo que V. me indique su opinion sobre todos esos puntos; pues ya ve V. que la *Fundamental* necesita reimprimirse cuanto antes, pues los pocos ejemplares que restan bastarán con harta dificultad para el tiempo de la reimpresion. Si V. no me puede contestar

en el acto, desearia que cuando menos me acusase el recibo de ésta, y me dijese cuándo me podrá contestar. Entretanto me repito de V. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

P. D. A ver qué pensará V. de un folleto que probablemente publicaré dentro pocos dias sobre la política de Pío IX. Ya irán ejemplares para ésa.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 13 de Dbre. de 1847.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: he recibido la de V. del 7; si otro dia me escribe V. con sobre á Perez, haga V. el favor de cerrar la mia. Siento que la causa del retardo en la contestacion de V. haya sido el estar indispuesto, y el tener la casa convertida en un *hospital* por efecto de la grippe, ó como se llame. Celebraré que se restablezcan todos, y que el inolvidable Sr. D. Pablo cese de toser y estornudar, que despues de 15 dias ya no hay razon para insistir en tan ingrata tarea. En cuanto á la cabeza de V., lo que se debe hacer es cuidarla; ya que parece que no le ha puesto á V. en cama, bueno es evitar el lance.—Me alegro que me haya V. escrito, pues yo lo hubiera hecho tambien, hoy ó mañana. Pons pretende tener la comision de mis obras en su casa; su socio ó encargado en ésta, me dice que V. está conforme; sin embargo, yo no he querido resolver sin oirle á V.; porque es claro que si V. y yo entrásemos en tratos, tal vez la cosa podria ofrecer inconvenientes. El mismo encargado me ha dicho que si yo queria hacer estereotipar algo mio en casa de Pons, pues éste intenta trasladar la estereotipia á Madrid; le he contestado que á nuestra vista en Junio último le habia pedido datos sobre el particular; y así que, sin tenerlos, no queria resolver nada.

Con esto daba yo largas, y esperaba la contestacion de V., atendiendo por otra parte á las noticias que me son indispensables para determinarme con acierto. Me ha dicho tambien el mismo que la estereotipia de V. tropezaba con dificultades por poco saber del director de ella; y que V. habia pedido á Pons el auxilio del suyo, y que Pons no habia creido posible ó conveniente hacerle á V. este favor; pero que sin embargo seguian VV. en buena inteligencia. Estas últimas noticias se me han dado con toda naturalidad, y sin la más remota idea, segun me ha parecido, de entorpecerle á V. en sus negocios; así pues no las refiero como cosa que deba influir en ningun sentido. En cuanto á mí, esto no altera nada; pues supongo, y con certeza, que si V. se mete en el negocio, adoptará las medidas para salir bien de él. — No puedo juzgar de los precios de ésa por los de Madrid; segun he oido, los métodos son diferentes; y además, hay la diversidad de circunstancias en las dos poblaciones; por lo que nada adelanto con lo que V. me dice sobre el particular. — En cuanto á proposiciones desea V. que yo las formule: me está bien eso; y no habia necesidad de que V. declarase en la suya del 7, que no lo hace así para quedarse en espectativa. Sé que es V. franco; V. sabe que tambien lo soy. Le diré á V. mi opinion, y V. me responderá lo que bien le parezca. Para mayor claridad creo que lo mejor es hacer desde luego varios proyectos de contrato; sin que entienda que al formularlos me comprometa para nada; pues mientras V. me contesta, yo iré meditando sobre ellos. Ahí van pues.

Primer proyecto.—Los infrascritos J. B. P. y A. B. impresor han convenido en lo siguiente:

1.º Por espacio de diez años, que se empezarán á contar desde el dia 8 de Febrero de 1848, podrá A. Brusi hacer una ó más ediciones, sea en estereotipia, sea en impresion comun, de las obras siguientes, cuya propiedad pertenece á su autor J. Balmes. — *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea.* — *Filosofía fundamental.* — *El Criterio.* —

Cartas á un escéptico en materia de religion. — A. Brusi podrá, durante los dichos diez años, tirar el número de ejemplares que quiera, y adoptar el carácter de letra y el tamaño de los volúmenes, que crea conveniente.

2.° Pasados los diez años expresados en el artículo anterior, se encargará J. Balmes de todos los ejemplares completos de dichas obras, que existan en poder de Brusi, sea que Brusi los tenga en su casa, ó en comision en algunos puntos de la Península ó islas Baleares; pero no de los que se hallen en otra parte. Los ejemplares incompletos se tendrán por no existentes. J. Balmes pagará á Brusi los ejemplares completos de que se encargue, al precio que resulten sin contar más que el coste de papel é impresion, á juicio de peritos. Lo mismo se verificará respecto á las planchas de estereotipia si las hubiese, y fuesen útiles para continuar imprimiendo en ellas.

3.° El autor J. Balmes recibirá de A. Brusi en compensacion de la concesion expresada en el artículo 1.°:

En dinero. . . . . 300 mil reales vellon.
En ejs. de dichas obras. . . 100 mil rs. vn.

4.° Los dichos trescientos mil reales vellon en dinero los satisfará Brusi en diez pagos de treinta mil reales cada uno: el primero en 1.° de Febrero de 1848; el segundo seis meses despues del primero, y así sucesivamente de medio año en medio año, hasta la estincion total de la deuda.

5.° Los dichos cien mil reales vn. en ejs. de sus obras los recibirá Balmes del modo que sigue: veinte mil rs. en 1.° de Febrero de 1848; y los restantes ochenta mil reales en el espacio de cinco años, que se contarán desde 1.° de Febrero de 1848; no pudiendo tomar más que á razon de diez y seis mil reales al año, pero pudiendo tomar menos, en algunos de estos años, y reservarse el tomarlo cuando quiera. La eleccion de las obras cuyos ejemplares haya de tomar el autor queda á la libre voluntad del mismo. El precio á que se le contarán será el mismo á que se vendan en casa de Brusi, haciéndose empero la rebaja de 8 por 100.

El autor no podrá vender estos ejemplares á menos precio del á que Brusi los venda en la Península é islas Baleares.

6.º El anterior contrato quedará inalterable, sean cuales fueren las variaciones que se introduzcan en la legislacion sobre propiedad literaria, y cuanto concierna, ó pueda concerner á lo contenido en este artículo.

Segundo proyecto. Bases.—Tiempo de esplotacion para Brusi: veinte años. — El autor recibirá 500 mil reales vellon en dinero, y 100 mil reales en ejs. de sus obras.— Los 500 mil rs. en dinero, se le pagarán en diez pagos de 50 mil reales cada uno. Las épocas las mismas del primer proyecto.— Lo demás como en el primer proyecto.

Tercer proyecto. Bases.—Tiempo de explotacion para Brusi: treinta años.—El autor recibirá 600 mil reales en dinero, y 200 mil rs. en ejs. de sus obras. — El dinero en diez pagos de sesenta mil reales cada uno. Las épocas de estos pagos, las mismas de los demás proyectos. — De los 200 mil rs. en valor de ejs. de sus obras, recibirá 30 mil en 1.º de Febrero de 1848, y los restantes 170 mil en el espacio de diez años; no pudiendo tomar más de 17 mil al año, pero sí pudiendo tomar menos. — Lo demás como en el primer proyecto.

V. me contestará lo que considere conveniente. No creo ser exagerado en lo que proyecto; no expongo las razones que tengo para ello; porque V. las conocerá. No me parece que sea bueno que sepan nuestros proyectos los que no tengan que ver en ello. A mi hermano le remito nota con esta fecha, por si algo ocurriese que hablar con V.

Queda de V. affmo. y S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro*.

P. D. He dado á Perez el recado de V.

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 11 de Enero de 1848.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: á vuelta de correo le hubiera remitido á V. un ejemplar de *Pío IX,* si no contase que al mismo tiempo, con corta diferencia, podrá V. tenerlo de la remesa que envío á mi hermano por Balada. Sírvase V. aceptar un ejemplar, ya que tanto me favorece con el deseo de leerle: no dudo que despues de leido todo, estaremos acordes. Está escrito con *calor,* pero con mucha *premeditacion.*=Por la grata de V. del 4, entiendo que le han parecido á V. exageradas mis pretensiones; aunque V. no lo dice, lo indica. Como quiera, no puede V. desconocer que mis obras no son para ser tenidas en poco valor, supuesto que el público se ha empeñado en comprarlas, y mayormente, cuando más bien hay la probabilidad, atendida la juventud del autor, que adquieran importancia que no que la pierdan. Mi idea en las proposiciones era abrir caminos; porque de un modo ó de otro, quiero salir de la situacion actual, en que se pierde el mercado de América, que explotan los franceses, y no hay en la expendicion interior el movimiento que yo desearia. Así es que deseo ó encargarme yo de todo, ó tratar con un editor que se encargue de todo, ya solo, ya asociado conmigo. En este supuesto escribí ayer á mi hermano para que se viese con Pons, y previniéndole que formulasen uno ó más proyectos, y me los remitiesen, para que yo viera si alguno me gustaba. Como tengo plena confianza en mi hermano, y él conoce mi genio, y sabe mis intenciones, considero que me podrá ahorrar cartas, y que sin necesidad de que yo me mueva de aquí podrá llevar las cosas, si no á término, al menos á tal punto, que yo vea de una ojeada si hay algo que me convenga. El paso que dará, ó habrá dado con Pons, lo hubiera dado con V.; pero la carta de V. indica voluntad de no tratar, é indiferencia por el

negocio. Verdad es que Pons tiene la ventaja de su casa de Madrid; pero esto se hubiera suplido con encargados de confianza, mayormente si yo hubiese continuado teniendo una parte en el negocio. = Estoy seguro de lo que V. me dice de que nadie sabrá lo que hemos hablado; y yo por por mi parte doy á V. una prueba de confianza en manifestarle francamente el estado del negocio; aunque sintiendo que nada se haya podido hacer con V. Hablando ingenuamente, añadiré, que al ver la tardanza en contestar, yo esperaba que V. despues de haberlo meditado, me propondria al menos algun proyecto; y creia que V. lo estaria combinando en algun modo, para hacerse el editor universal de lo que tengo publicado hasta ahora; veo que me equivoqué, y por cierto que esto me hace cambiar mis planes; pues segun lo que V. me hubiese propuesto la cosa quedaba arreglada en breve; y empezaba por hacer una fuerte remesa á América, que es lo que hace tiempo tengo proyectado. Comprendo el que V. no quiera meterse en negocios largos: tiene V. fortuna, desea V. reposo doméstico; habrá dicho para sí: ¿quién me mete en camisas de once varas? = Sea como fuere, viva V. seguro de que soy de V. affmo. y S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Madrid 24 de Enero de 1848.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: consideraba ya terminados mis negocios con V. y los suponia ya empezados con Pons, cuando he visto por las cartas de mi hermano, que á consecuencia de la última mía con V. se han abierto nuevas conferencias. Los dos proyectos que como resultado de éstas se me han remitido, no llenan mi objeto: porque no crean un fuerte estímulo para la expendicion; y el segundo da lugar á muchas cuestiones para fijar precios,

tamaños, & &. ¿Por qué no se podria volver á mis proyectos? Dirá V. que son pesados: pero todo está en salvar las bases, disminuyendo lo pedido, ó suavizándolo de algun modo. Así, insisto en que VV. hablen sobre las bases de los siguientes proyectos— 1.º Tantos años de explotacion: tanto; modo de pago: tal ó cual.— 2.º Tantos miles de ejemplares, en tantas ó cuantas ediciones: tantos reales por tomo, suman tanto: pagadero en tal ó cual forma. — 3.º Tantos miles de ejemplares: la venta fijada de comun acuerdo: para el autor una parte alícuota del valor en venta: suma tanto; modo de pago: tal ó cual. — Esto le deja á V. en libertad de accion; á mí me asegura del celo en la venta, porque tiene V. un interés especial en ello; y nos quita toda clase de cuestiones. Además, ya le insinué á V. que yo probablemente, en tal caso, tomaria ejemplares de mi cuenta, aun de las existencias actuales; para lo cual convendria dar al autor un derecho de tomarlos á una rebaja, por ejemplo el 20 por 100, á que llega el máximum del proyecto de V. = En fin, si es posible, deseo claridad, libertad, fuera peligros de riñas; y mucha sencillez de trato, entre otras razones que á ello me impulsan, habiendo de ser largo el tiempo, en la posibilidad de que V. aun en vida y salud se deshaga un dia de la cosa, y entonces ¿quién sabe el genio y demás cualidades de las personas con quienes yo habria de tratar? = Por estas razones, ya que no sea posible ó fácil, entendernos sobre la propiedad, quisiera cosas muy sencillas. = En fin, VV. podrán hablar, y escribirme el resultado: éste es un negocio grave, que ya conozco no se puede precipitar, y es más engorroso estando yo ausente; pero amigo, hacer una ida y luego una vuelta de más de cien leguas, y tal vez para nada, es cosa que no me conviene. = Entretanto viva V. seguro de que soy S. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Hoy 15 de Marzo de 1848.

Muy Sr. mio: si no le fuese á V. molesto desearia me pusiese la cuenta de lo que se haya vendido en su casa de V. de mis obras de comision. S. S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

31 de Marzo de 1848.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: conociendo V. que mis ocupaciones no me permiten revisar las pruebas de la *Filosofía fundamental*, hace V. bien en no mandármelas, supuesto que he corregido ya el tomo de la 1.ª edicion; pero desearia que encargase V. de una manera muy especial el cuidado en ellas, para que no pasen erratas, como la que veo echando los ojos sobre el prólogo: *de* fundar *en;* y ellos me hacen decir *en* fundar *de*, lo que es un grave error gramatical, y que no está en la primera edicion. De V. affmo. y S. S. Q. B. S. M., Jaime Balmes, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barña. 8 de Abril de 1848.

Muy Sr. mio: dentro de poco espero tener traducida al latin mi *Filosofía elemental,* que pienso imprimir antes de empezar el *año escolar inmediato.* Desearia saber si V. estará en disposicion de tratar sobre este particular, pues no

sobrándome el tiempo necesito preparar las cosas con anticipacion. — Supongo que la ligera indisposicion del otro dia no habrá tenido ulteriores resultados, pues veo que sale V. al aire libre todos los dias, aunque bastante abrigado. De V. affmo. y S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Sr. D. Antonio Brusi.

Barcelona 27 de Abril de 1848.

Muy Sr. mio: despues de haber visto á V. me ha ocurrido una idea, extraña quizás, pero que ahí va por lo que sirva. Supuesto que el giro de Madrid á ésta es á V. tan pesado, ¿podria convenir á V., por la cantidad que allí tiene, tomarme ejemplares de *Escritos políticos — Filosofía elemental — La Religion demostrada?* En tal caso, vea V. qué rebaja quiere.

Me repito de V. affmo. y S. S. Q. B. S. M., JAIME BALMES, *Pbro.*

Cartas del hermano de Balmes á D. Antonio Brusi.

Sr. D. Antonio Brusi.

Vich 21 Junio de 1848.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: escribo á V. con el mayor desconsuelo; el hermano se halla en un estado el más deplorable; los médicos de ésta acaban de decirme que su enfermedad no tiene cura. V. que tiene relaciones con el médico Sil, ¿le seria posible lograr de dicho Sr. que hiciese un viaje para visitarle? Cuánto se lo agradeceria este S. atento y S. S. Q. B. S. M., MIGUEL BALMES.

P. D. En todo caso que fuese pronto, que urge.

Sr. D. Antonio Brusi.

Vich 29 Junio de 1848.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: ayer á las ocho y media de la mañana viaticaron al hermano; parece que se halla un poco aliviado; la tos ha cesado un poco, el pulso, segun dicen los médicos, no es tan malo como antes, pero la inapetencia es la misma; así es que se va debilitando

por momentos, de modo que ya no se levanta de la cama; sin embargo, á pesar de lo grave de la enfermedad, cuando veo que el mal parece ceder algun tanto, siempre me hago ilusiones, que desgraciadamente pronto se desvanecen ¡Dios quiera que esta vez no suceda así, y que la mejora continúe! Ayer recibí las muy apreciadas de V., junto con el bálsamo que remite el Sr. Perez. El Sr. Roca habrá manifestado á V. mi agradecimiento por el sincero afecto que V. profesa al hermano; deseo con el más vivo interés que se presenten ocasiones para acreditarlo, mientras se repite este su atento y S. S. Q. B. S. M., Miguel Balmes.

Sr. D. Antonio Brusi.

Vich 10 Julio de 1848.

Muy Sr. mio y de todo mi aprecio: ayer á las tres y media de la tarde falleció mi querido hermano; toda la familia nos hallamos en el mayor desconsuelo; sólo tenemos un consuelo, y es que su alma se halla en el cielo, pues que su muerte ha sido la del justo. Estimaré de V. le tenga presente en sus oraciones.

Mande de este su atento y S. S. Q. B. S. M., Miguel Balmes.

NOTA DE LAS OBRAS DE BALMES

PUBLICADAS POR LA CASA BRUSI

Como nota tan interesante como curiosa, hubiéramos deseado dar la cifra exacta del número de ediciones y de ejemplares tirados de cada una de las diferentes obras de Balmes; pero, á pesar de minuciosas investigaciones, sólo ha sido posible reunir datos, según los asientos de los libros de la Casa Brusi, desde 1858 á la fecha, que hemos procurado completar con los que se conservan en la Biblioteca de la Universidad y los que contiene el Diccionario de Escritores y Artistas catalanes de D. Antonio Elías de Molins.

En 1858 hacía diez años que había fallecido el ilustre apologista y filósofo. En vida, y á raíz de su muerte, debió ser cuando se tiraron mayor número de ejemplares. Las cifras completas tendrían grande interés, pero no carecen de él las parciales que damos á continuación, pues demuestran que las obras de Balmes perduran, y que, al celebrarse el primer Centenario de su nacimiento, se leen, se meditan y se admira al autor.

La Religión demostrada.

1841.	No hay datos de los ejemplares tirados.		
1844.	»	»	» »
1858.	1 de julio	2.000	ejemplares.
1859.	25 de junio	2.000	»
1861.	15 de enero	3.000	»
1863.	9 de marzo	2.000	»
1863.	18 de noviembre	3.000	»
1866.	31 de octubre	2.000	»
1869.	28 de febrero	2.700	»
1871.	31 de enero	3.000	»
1874.	31 de diciembre	3.150	»
1877.	31 de agosto	3.200	»
1884.	30 de abril	3.000	»
1888.	31 de julio	3.000	»
1894.	4 de noviembre	2.950	»
1899.	1 de enero	2.000	»
1905.	2 de mayo	2.000	»
1907.	23 de enero	2.150	»
1910.	15 de junio	2.000	»

La Sociedad.

1843.	No hay datos de los ejemplares tirados.		
1851.	»	»	» »
1867.	31 de octubre	1.000	ejemplares.
1874.	31 de julio	1.050	»
1889.	31 de octubre	2.000	»

El Protestantismo.

1844.	No hay datos de los ejemplares tirados.		
1846.	» » » »		
1849.	» » » »		
1856.	» » » »		
1857.	» » » »		
1858.	18 de abril	2.000	ejemplares.
1870.	31 de mayo	2.000	»
1879.	31 de octubre	2.000	»
1881.	28 de febrero	2.000	»
1895.	12 de septiembre	1.000	»
1901.	9 de octubre	1.050	»
1906.	17 de mayo	1.050	»

El Criterio.

1845.	No hay datos de los ejemplares tirados.		
1846.	» » » »		
1862.	» » » »		
1867.	27 de septiembre	2.000	ejemplares.
1872.	29 de febrero	2.000	»
1876.	31 de marzo	2.100	»
1880.	30 de septiembre	2.000	»
1885.	31 de julio	2.000	»
1890.	30 de abril	2.000	»
1895.	22 de enero	2.000	»
1898.	28 de mayo	2.000	»
1901.	11 de octubre	2.500	»
1904.	25 de abril	4.000	»
1908.	10 de febrero	2.400	»
1910.	9 de abril	2.000	»

Filosofía Fundamental.

1846.	No hay datos de los ejemplares tirados.			
1848.	»	»	»	»
1860.	»	»	»	»
1868.	31 de agosto		2.000	ejemplares.
1878.	31 de mayo		1.500	»
1892.	12 de marzo		1.000	»
1898.	8 de abril		1.000	»
1905.	30 de marzo		1.050	»
1910.	5 de julio		1.050	»

Cartas á un escéptico.

1846.	No hay datos de los ejemplares tirados.			
1853.	»	»	»	»
1863.	28 de enero		1.000	ejemplares.
1863.	21 de abril		1.000	»
1866.	18 de agosto		1.500	»
1872.	31 de agosto		1.000	»
1876.	30 de septiembre		1.000	»
1885.	31 de enero		1.000	»
1898.	2 de junio		1.000	»
1902.	19 de febrero		1.500	»
1907.	22 de abril		1.500	»

Observaciones sobre los bienes del clero.

1854. No hay datos de los ejemplares tirados.

Pío IX.

No hay datos de ninguna edición.

Miscelánea.

1863.	12 de mayo	1.500	ejemplares.
1871.	31 de octubre	1.000	»
1881.	31 de octubre	1.000	»
1884.	31 de octubre	1.000	»
1900.	24 de marzo	1.000	»
1909.	28 de febrero	1.000	»

Lógica.

1851. No hay datos de los ejemplares tirados.
1854. » » » »
1859. 3.000 ejemplares.
1863. No hay datos de los ejemplares tirados.

1866.	19 de marzo	2.000	ejemplares.
1876.	31 de enero	1.000	»
1882.	31 de marzo	1.000	»
1883.	14 de diciembre	1.000	»
1889.	31 de mayo	2.000	»
1901.	10 de abril	2.000	»
1905.	12 de mayo	2.050	»

Ética.

1863.	24 de febrero	2.000	ejemplares.
1866.	30 de abril	2.000	»

1869.	31 de enero	1.500	ejemplares.
1877.	31 de agosto	1.000	»
1883.	31 de julio	1.000	»
1895.	15 de febrero	1.000	»
1901.	28 de diciembre	1.050	»
1905.	14 de junio	1.000	»
1909.	30 de abril	1.000	»

Historia de la Filosofía.

1854.	No hay datos de los ejemplares tirados.		
1863.	14 de octubre	1.500	ejemplares.
1867.	30 de noviembre	1.000	»
1872.	31 de marzo	1.000	»
1877.	31 de agosto	1.000	»
1884.	30 de junio	1.000	»
1891.	11 de junio	1.000	»
1895.	31 de octubre	1.000	»
1900.	30 de junio	1.000	»
1904.	11 de febrero	1.050	»
1907.	22 de mayo	1.050	»

Metafísica.

1854.	No hay datos de los ejemplares tirados.		
1863.	31 de agosto	1.500	ejemplares.
1868.	31 de mayo	1.500	»
1877.	30 de septiembre	1.000	»
1883.	30 de septiembre	1.000	»
1892.	14 de junio	1.000	»
1899.	28 de febrero	1.000	»
1903.	13 de febrero	1.050	»
1905.	25 de abril	2.050	»

Escritos Póstumos.

1850.	No hay datos de los ejemplares tirados.		
1868.	30 de noviembre	1.000	ejemplares.
1877.	30 de septiembre	1.000	»
1899.	29 de abril	1.000	»
1910.	10 de enero	600	»

Poesías póstumas.

1856.	No hay datos de los ejemplares tirados.		
1871.	28 de febrero	1.000	ejemplares.
1903.	29 de agosto	1.050	»

Cartas á un escéptich.

1903.	25 de abril	510	ejemplares.

La Rel=ligió.

1903.	26 de mayo	2.000	ejemplares.

Ethica.

1866. No hay datos de los ejemplares tirados.

Historia Philosophiae.

1858. No hay datos de los ejemplares tirados.

Logica.

1859. No hay datos de los ejemplares tirados.

Metaphisica.

1858. No hay datos de los ejemplares tirados.



EL CRITERIO

Obras del Dr. D. Jaime Balmes, Pbro.

EL CRITERIO

DÉCIMOCTAVA EDICIÓN

BARCELONA
IMPRENTA BARCELONESA
CALLE DE LAS TAPIAS, NÚM. 4

1910

EL CRITERIO

CAPITULO PRIMERO

Consideraciones preliminares.

§ I

En qué consiste el pensar bien. Qué es la verdad.

El pensar bien consiste, ó en conocer la verdad, ó en dirigir el entendimiento por el camino que conduce á ella. La verdad es la realidad de las cosas. Cuando las conocemos como son en sí, alcanzamos la verdad; de otra suerte, caemos en error. Conociendo que hay Dios, conocemos una verdad, porque realmente Dios existe; conociendo que la variedad de las estaciones depende del sol, conocemos una verdad, porque, en efecto, es así; conociendo que el respeto á los padres, la obediencia á las leyes, la buena fe en los contratos, la fidelidad en los amigos, son virtudes, conocemos la verdad; así como caeríamos en error, pensando que la perfidia, la ingratitud, la injusticia, la destemplanza, son cosas buenas y laudables.

Si deseamos pensar bien, hemos de procurar conocer la verdad; es decir, la realidad de las cosas. ¿De qué sirve discurrir con sutileza, ó con profundidad

aparente, si el pensamiento no está conforme con la realidad? Un sencillo labrador, un modesto artesano, que conocen bien los objetos de su profesión, piensan y hablan mejor sobre ellos que un presuntuoso filósofo que, en encumbrados conceptos y altisonantes palabras, quiere darles lecciones sobre lo que no entiende.

§ II

Diferentes modos de conocer la verdad.

A veces conocemos la verdad, pero de un modo grosero; la realidad no se presenta á nuestros ojos tal como es, sino con alguna falta, añadidura ó mudanza. Si desfila á cierta distancia una columna de hombres, de tal manera que veamos brillar los fusiles, pero sin distinguir los trajes, sabemos que hay gente armada, pero ignoramos si es de paisanos, de tropa ó de algún otro cuerpo; el conocimiento es imperfecto, porque nos *falta* distinguir el uniforme para saber la pertenencia. Mas, si por la distancia ú otro motivo nos equivocamos y les atribuímos una prenda de vestuario que no llevan, el conocimiento no será perfecto, porque añadiremos lo que en realidad no hay. Por fin, si tomamos una cosa por otra, como, por ejemplo, si creemos que son blancas unas vueltas que en realidad son amarillas, *mudamos* lo que hay, pues hacemos de ello una cosa diferente.

Cuando conocemos perfectamente la verdad, nuestro entendimiento se parece á un espejo en el cual vemos retratados con toda fidelidad los objetos como son en sí; cuando caemos en error, se asemeja á uno de aquellos vidrios de ilusión que nos presentan lo que realmente no existe; pero, cuando conocemos la verdad á medias, podría compararse á un espejo mal azogado, ó colocado en tal disposición, que, si bien nos muestra objetos reales, sin embargo, nos los ofrece demudados, alterando los tamaños y figuras.

§ III

Variedad de ingenios.

El buen pensador procura ver en los objetos todo lo que hay, pero no más de lo que hay. Ciertos hombres tienen el talento de ver mucho en todo; pero, les cabe la desgracia de ver todo lo que no hay, y nada de lo que hay. Una noticia, una ocurrencia cualquiera, les suministran abundante materia para discurrir con profusión, formando, como suele decirse, castillos en el aire. Éstos suelen ser grandes proyectistas y charlatanes.

Otros adolecen del defecto contrario: ven bien, pero poco; el objeto no se les ofrece sino por un lado; si éste desaparece, ya no ven nada. Éstos se inclinan á ser sentenciosos y aferrados en sus temas. Se parecen á los que no han salido nunca de su país: fuera del horizonte á que están acostumbrados, se imaginan que no hay más mundo.

Un entendimiento claro, capaz y exacto, abarca el objeto entero; le mira por todos sus lados, en todas sus relaciones con lo que le rodea. La conversación y los escritos de estos hombres privilegiados se distinguen por su claridad, precisión y exactitud. En cada palabra encontráis una idea, y esta idea veis que corresponde á la realidad de las cosas. Os ilustran, os convencen, os dejan plenamente satisfecho; decís con entero asentimiento: «sí, es verdad, tiene razón.» Para seguirlos en sus discursos no necesitáis esforzaros; parece que andáis por un camino llano, y que el que habla, sólo se ocupa en haceros notar con oportunidad los objetos que encontráis á vuestro paso. Si explican una materia difícil y abstrusa, también os ahorran mucho tiempo y fatiga. El sendero es tenebroso porque está en las entrañas de la tierra; pero os precede un guía muy práctico, llevando en la mano una antorcha que resplandece con vivísima luz.

§ IV

La perfección de las profesiones depende de la perfección con que se conocen los objetos de ellas.

El perfecto conocimiento de las cosas en el orden científico, forma los verdaderos sabios; en el orden práctico, para el arreglo de la conducta en los asuntos de la vida, forma los prudentes; en el manejo de los negocios del Estado, forma los grandes políticos; y en todas las profesiones, es cada cual el más ó menos aventajado, á proporción del mayor ó menor conocimiento de los objetos que trata ó maneja. Pero este conocimiento ha de ser práctico, ha de abrazar también los pormenores de la ejecución, que son pequeñas verdades, por decirlo así, de las cuales no se puede prescindir si se quiere lograr el objeto. Estas pequeñas verdades son muchas en todas las profesiones; bastando, para convencerse de ello, el oir á los que se ocupan aun en los oficios más sencillos. ¿Cuál será, pues, el mejor agricultor? El que mejor conozca las calidades de los terrenos, climas, simientes y plantas; el que sepa cuáles son los mejores métodos é instrumentos de labranza, y que mejor acierte en la oportunidad de emplearlos; en una palabra, el que conozca los medios más á propósito para hacer que la tierra produzca con poco coste, mucho, pronto y bueno. El mejor agricultor será, pues, el que conozca más verdades relativas á la práctica de su profesión. ¿Cuál es el mejor carpintero? El que mejor conozca la naturaleza y calidades de las maderas, el modo particular de trabajarlas, y el arte de disponerlas del modo más adaptado al uso á que se destinan. Es decir, que el mejor carpintero será aquel que sabe más verdades sobre su arte. ¿Cuál será el mejor comerciante? El que mejor conozca los géneros de su tráfico, los puntos de donde es más ventajoso traerlos, los medios más á propósito para conducirlos sin deterioro, con presteza y baratura, los mercados

más convenientes para expenderlos con celeridad y ganancia; es decir, aquel que posea más verdades sobre los objetos de comercio, el que conozca más á fondo la realidad de las cosas en que se ocupa.

§ V
Á todos interesa el pensar bien.

Échase, pues, de ver que el arte de pensar bien no interesa solamente á los filósofos, sino tambien á las gentes más sencillas. El entendimiento es un don precioso que nos ha otorgado el Criador, es la luz que se nos ha dado para guiarnos en nuestras acciones; y claro es que uno de los primeros cuidados que debe ocupar al hombre es tener bien arreglada esta luz. Si ésta falta, nos quedamos á obscuras, andamos á tientas; y por este motivo es necesario no dejarla que se apague. No debemos tener el entendimiento en inacción, con peligro de que se ponga obtuso y estúpido; y, por otra parte, cuando nos proponemos ejercitarle y avivarle, conviene que su luz sea buena para que no nos deslumbre, bien dirigida para que no nos extravíe.

§ VI
Cómo se debe enseñar el pensar bien.

El arte de pensar bien no se aprende tanto con reglas como con modelos. Á los que se empeñan en enseñarle á fuerza de preceptos y de observaciones analíticas, se los podría comparar con quien emplease un método semejante para enseñar á los niños á hablar ó andar. No por esto condeno todas las reglas; pero sí sostengo que deben darse con más parsimonia, con menos pretensiones filosóficas, y, sobre todo, de una manera sencilla, práctica: al lado de la regla, el ejemplo. Un niño pronuncia mal ciertas palabras; para corregirle, ¿qué hacen sus padres ó maestros? Las pronuncian ellos bien, y hacen que en seguida las pronuncie el niño: «escucha bien cómo yo lo digo: á ver,

ahora tú; mira, no pongas los labios de esta manera, no hagas tanto esfuerzo con la lengua», y otras cosas por este tenor. He aquí el precepto al lado del ejemplo, la regla y el modo de practicarla. (1)

CAPITULO II

La atención.

Hay medios que nos conducen al conocimiento de la verdad, y obstáculos que nos impiden llegar á él; enseñar á emplear los primeros, y á remover los segundos, es el objeto del arte de pensar bien.

§ I

Definición de la atención. Su necesidad.

La atención es la aplicación de la mente á un objeto. El primer medio para pensar bien es atender bien. La segur no corta si no es aplicada al árbol; la hoz no siega si no es aplicada al tallo. Algunas veces se le ofrecen los objetos al espíritu sin que atienda; como sucede ver sin mirar, y oir sin escuchar; pero el conocimiento que de esta suerte se adquiere, es siempre ligero, superficial, á menudo inexacto, ó totalmente errado. Sin la atención estamos distraídos, nuestro espíritu se halla, por decirlo así, en otra parte, y por lo mismo no ve aquello que se le muestra. Es de la mayor importancia adquirir un hábito de atender á lo que se estudia ó se hace; porque, si bien se observa, lo que nos falta á menudo no es la capacidad para atender á lo que vemos, leemos ú oímos, sino la aplicación del ánimo á aquello de que se trata.

Se nos refiere un suceso, pero escuchamos la narracion con atención floja, intercalamos mil observaciones y preguntas, manoseando ó mirando objetos que nos distraen: de lo que resulta que se nos escapan circunstancias interesantes, que se nos pasan por alto cosas esenciales, y que, al tratar de contarle á otros, ó de meditarle nosotros mismos para formar juicio, se nos presenta el hecho desfigurado, incompleto, y así caemos en errores, que no proceden de falta de capacidad, sino de no haber prestado al narrador la atención debida.

§ II

Ventajas de la atención é inconvenientes de su falta.

Un espíritu atento multiplica sus fuerzas de una manera increíble; aprovecha el tiempo, atesorando siempre caudal de ideas; las percibe con más claridad y exactitud; y, finalmente, las recuerda con más facilidad, á causa de que, con la continuada atención, éstas se van colocando naturalmente en la cabeza de una manera ordenada.

Los que no atienden sino flojamente, pasean su entendimiento por distintos lugares á un mismo tiempo: aquí reciben una impresión, allí otra muy diferente; acumulan cien cosas inconexas que, lejos de ayudarse mutuamente para la aclaración y retención, se confunden, se embrollan y se borran unas á otras. No hay lectura, no hay conversación, no hay espectáculo, por insignificantes que parezcan, que no nos puedan instruir en algo. Con la atención notamos las preciosidades y las recogemos; con la distracción dejamos quizá caer al suelo el oro y las perlas como cosa baladí.

§ III

Cómo debe ser la atención. Atolondrados y ensimismados.

Creerán algunos que semejante atención fatiga mucho; pero se equivocan. Cuando hablo de atención, no

me refiero á aquella fijeza de espíritu con que éste se clava, por decirlo así, sobre los objetos; sino de una aplicación suave y reposada, que permite hacerse cargo de cada cosa, dejándonos, empero, con la agilidad necesaria para pasar sin esfuerzo de unas ocupaciones á otras. Esta atención no es incompatible ni con la misma diversión y recreo, pues es claro que el esparcimiento del ánimo no consiste en no pensar, sino en no ocuparse en cosas trabajosas, y entregarse á otras más llanas y ligeras. El sabio que interrumpe sus estudios profundos saliendo á solazarse un rato con la amenidad de la campiña, no se fatiga, antes se distrae, cuando atiende al estado de las mieses, á las faenas de los labradores, al murmullo de los arroyos, ó al canto de las aves.

Tan lejos estoy de considerar la atención como abstracción severa y continuada, que, muy al contrario, cuento en el número de los distraídos, no sólo á los atolondrados, sino también á los ensimismados. Aquéllos se derraman por la parte de afuera, éstos divagan por las tenebrosas regiones de adentro; unos y otros carecen de la conveniente atención, que es la que se emplea en aquello de que se trata.

El hombre atento posee la ventaja de ser más urbano y cortés; porque el amor propio de los demás se siente lastimado, si notan que no atendemos á lo que ellos dicen. Es bien notable que la urbanidad ó su falta se apelliden también atención ó desatención.

§ IV

Las interrupciones.

Además, son pocos los casos, aun en los estudios serios, que requieren atención tan profunda, que no pueda interrumpirse sin grave daño. Ciertas personas se quejan amargamente si una visita á deshora, ó un ruido inesperado, les cortan, como suele decirse, el hilo del discurso: esas cabezas se parecen á los daguerreotipos, en los cuales el menor movimiento del objeto, ó

la interposición de otro extraño, bastan para echar á perder el retrato ó paisaje. En algunas será tal vez un defecto natural, en otras una afectación vanidosa por hacerse del pensador, y en no pocas falta de hábito de concentrarse. Como quiera, es preciso acostumbrarse á tener la atención fuerte y flexible á un mismo tiempo, y procurar que la formación de nuestros conceptos no se asemeje á la de los cuadros daguerreotipados, sino de los comunes: si el pintor es interrumpido, suspende sus tareas; y al volver á proseguirlas no encuentra malbaratada su obra; si un cuerpo le hace importuna sombra, en removiéndole, lo deja todo remediado. (2)

CAPITULO III

Elección de carrera.

§ I

Vago significado de la palabra talento.

Cada cual ha de dedicarse á la profesión para la que se siente con más aptitud. Juzgo de mucha importancia esta regla; y abrigo la profunda convicción de que á su olvido se debe el que no hayan adelantado mucho más las ciencias y las artes. La palabra *talento* expresa para algunos una capacidad absoluta; creyendo equivocadamente que quien está dotado de felices disposiciones para una cosa, lo estará igualmente para todas. Nada más falso: un hombre puede ser sobresaliente, extraordinario, de una capacidad monstruosa para un ramo, y ser muy mediano y hasta negado con respecto á otros. Napoleón y Descartes son dos genios; y, sin embargo, en nada se parecen. El genio de la guerra no hubiera comprendido al genio de la filosofía; y, si hubiesen conversado un rato, es probable que

ambos habrían quedado poco satisfechos. Napoleón no le habría exceptuado entre los que con aire desdeñoso apellidaba *ideólogos*.

Podría escribirse una obra de los talentos comparados, manifestando las profundas diferencias que median aun entre los más extraordinarios. Pero la experiencia de cada día nos manifiesta esta verdad de una manera palpable. Hombres oímos que discurren y obran sobre una materia con acierto admirable; al paso que en la otra se muestran muy vulgares, y hasta torpes y desatentados. Pocos serán los que alcancen una capacidad igual para todo, y tal vez pudiérase afirmar que nadie; pues la observación enseña que hay disposiciones que se embarazan y se dañan recíprocamente. Quien tiene el talento generalizador, no es fácil que posea la exactitud minuciosa: el poeta que vive de inspiraciones bellas y sublimes, no se avendrá sin trabajo con la acompasada regularidad de los estudios geométricos.

§ II

Instinto que nos indica la carrera que mejor se nos adapta.

El Criador, que distribuye á los hombres las facultades en diferentes grados, les comunica un instinto precioso que les muestra su destino: la inclinación muy duradera y constante hacia una ocupación es indicio bastante seguro de que nacimos con aptitud para ella; así como el desvío y repugnancia que no puede superarse con facilidad, es señal de que el Autor de la naturaleza no nos ha dotado de felices disposiciones para aquello que nos desagrada. Los alimentos que nos convienen se adaptan bien á un paladar y olfato no viciados por malos hábitos ó alterados por enfermedad; y el sabor y olor ingratos nos advierten cuáles son los manjares y bebidas que por su corrupción ú otras cualidades podrían dañarnos. Dios no ha tenido menos cuidado del alma que del cuerpo.

Los padres, los maestros, los directores de los esta-

blecimientos de educación y enseñanza, deben fijar mucho la atención en este punto, para precaver la pérdida de un talento, que, bien empleado, podría dar los más preciosos frutos, y evitar que no se le haga consumir en una tarea para la cual no ha nacido.

El mismo interesado ha de ocuparse también en este examen; el niño de doce años tiene por lo común reflexión bastante para notar á qué se siente inclinado, qué es lo que le cuesta menos trabajo, cuáles son los estudios en que adelanta con más facilidad, cuáles las faenas en que experimenta más ingenio y destreza.

§ III

Experimento para discernir el talento peculiar de cada niño.

Sería muy conveniente que se ofreciesen á la vista de los niños, objetos muy variados, conduciéndolos á visitar establecimientos donde la disposición particular de cada uno pudiese ser excitada con la presencia de lo que mejor se le adapta. Entonces, dejándolos abandonados á sus instintos, un observador inteligente formaría desde luego diferentes clasificaciones. Exponed la máquina de un reloj á la vista de una reunión de niños de diez á doce años, y es bien seguro que, si entre ellos hay alguno de genio mecánico muy aventajado, se dará á conocer desde luego por la curiosidad de examinar, por la discreción de las preguntas, y la facilidad en comprender la construcción que está contemplando. Leedles un trozo poético, y si hay entre ellos algún Garcilaso, Lope de Vega, Ercilla, Calderón ó Meléndez, veréis chispear sus ojos, conoceréis que su corazón late, que su mente se agita, que su fantasía se inflama bajo una impresión que él mismo no comprende.

Cuidado con trocar los papeles: de dos niños extraordinarios es muy posible que forméis dos hombres muy comunes. La golondrina y el águila se distinguen por la ligereza de sus alas; y, sin embargo, jamás el

águila pudiera volar á la manera de la golondrina, ni ésta imitar á la reina de las aves.

El *tentate diu quid ferre recusent, quid valeant humeri,* que Horacio inculca á los escritores, puede igualmente aplicarse á cuantos tratan de escoger una profesión cualquiera. (3)

CAPITULO IV

Cuestiones de posibilidad.

§ I

Una clasificación de los actos de nuestro entendimiento, y de las cuestiones que se le pueden ofrecer.

Para la mayor claridad, dividiré los actos de nuestro entendimiento en dos clases: especulativos y prácticos. Llamo especulativos los que se limitan á conocer; y prácticos los que nos dirigen para obrar.

Cuando tratamos simplemente de conocer alguna cosa, se nos pueden ofrecer las cuestiones siguientes: 1.ª, si es posible ó no; 2.ª, si existe ó no; 3.ª, cuál es su naturaleza, cuáles sus propiedades y relaciones. Las reglas que se den para resolver con acierto dichas tres cuestiones, comprenden todo lo tocante á la especulativa.

Si nos proponemos obrar, es claro que intentamos siempre conseguir algún fin; de lo cual nacen las cuestiones siguientes: 1.ª, cuál es el fin; 2.ª, cuál es el mejor medio para alcanzarle.

Ruego encarecidamente al lector que fije la atención sobre las divisiones que preceden, y procure retenerlas en la memoria; pues, además de facilitarle la inteligencia de lo que voy á decir, le servirán muchísimo para proceder con método en todos sus pensamientos.

§ II

Ideas de posibilidad é imposibilidad Sus clasificaciones.

Posibilidad. La idea expresada por esta palabra es correlativa de la *imposibilidad,* pues que la una envuelve necesariamente la negación de la otra.

Las palabras posibilidad é imposibilidad expresan ideas muy diferentes, según se refieren á las cosas en sí, ó á la potencia de una causa que las puede producir. Sin embargo, estas ideas tienen relaciones muy íntimas, como veremos luego. Cuando se consideran la posibilidad ó imposibilidad sólo con respecto á un ser, prescindiendo de toda causa, se las llama intrínsecas; y, cuando se atiende á una causa, se las denomina extrínsecas. Á pesar de la aparente sencillez y claridad de esta división, observaré que no es dable formar concepto cabal de lo que significa, hasta haber descendido á las diferentes clasificaciones que expondré en los párrafos siguientes.

Á primera vista se podrá extrañar que se explique primero la imposibilidad que la posibilidad; pero, reflexionando un poco, se nota que este método es muy lógico. La palabra *imposibilidad,* aunque suena como negativa, expresa, no obstante, muchas veces una idea que á nuestro entendimiento se le presenta como positiva: esto es, la repugnancia entre dos objetos, una especie de exclusión, de oposición, de lucha, por decirlo así; por manera que, en desapareciendo esta repugnancia, concebimos ya la posibilidad. De aquí nacen las expresiones de «esto es muy posible, pues nada se *opone* á ello»; «es posible, pues no se ve ninguna *repugnancia*». Como quiera, en sabiendo lo que es imposibilidad, se sabe lo que es la posibilidad, y viceversa.

Algunos distinguen tres clases de imposibilidad: *metafísica, física* y *moral.* Yo adoptaré esta división, pero añadiendo un miembro, que será la *imposibilidad de*

sentido común. En su lugar se verá la razón en que me fundo. También advertiré que tal vez sería mejor llamar imposibilidad *absoluta* á la metafísica; *natural* a la física, y *ordinaria* á la moral

§ III

En qué consiste la imposibilidad metafísica ó absoluta

La *imposibilidad metafísica ó absoluta* es la que se funda en la misma esencia de las cosas, ó en otros términos, es absolutamente imposible aquello que, si existiese, traería el absurdo de que una cosa sería y no sería á un mismo tiempo. Un círculo triangular es un imposible absoluto, porque fuera círculo y no círculo, triángulo y no triángulo. Cinco igual á siete es imposible absoluto, porque el cinco sería cinco y no cinco, y el siete sería siete y no siete. Un vicio virtuoso es un imposible absoluto, porque el vicio fuera y no fuera vicio á un mismo tiempo

§ IV

La imposibilidad absoluta y la omnipotencia divina

Lo que es absolutamente imposible no puede existir en ninguna suposición imaginable; pues, ni aun cuando decimos que Dios es todopoderoso, entendemos que pueda hacer absurdos. Que el mundo exista y no exista á un mismo tiempo, que Dios sea y no sea, que la blasfemia sea un acto laudable, y otros delirios por este tenor, es claro que no caen bajo la acción de la omnipotencia; y, como observa muy sabiamente Santo Tomás, más bien debiera decirse que estas cosas no pueden ser hechas, que no que Dios no puede hacerlas. De esto se sigue que la imposibilidad intrínseca absoluta trae consigo la imposibilidad extrínseca también absoluta: esto es, que ninguna causa puede producir lo que de suyo es imposible absolutamente.

§ V

La imposibilidad absoluta y los dogmas.

Para afirmar que una cosa es absolutamente imposible, es preciso que tengamos ideas muy claras de los extremos que se repugnan; de otra manera, hay riesgo de apellidar absurdo lo que en realidad no lo es. Hago esta advertencia para hacer notar la sinrazón de los que condenan algunos misterios de nuestra fe, declarándolos absolutamente imposibles. El dogma de la Trinidad y el de la Encarnación son ciertamente incomprensibles al débil hombre; pero no son absurdos. ¿Cómo es posible un Dios trino, una naturaleza y tres personas distintas entre sí, idénticas con la naturaleza? Yo no lo sé; pero no tengo derecho á inferir que esto sea contradictorio. ¿Comprendo, por ventura, lo que es esta naturaleza, lo que son esas personas de que se me habla? No: luego, cuando quiero juzgar si lo que de ellas se dice es imposible ó no, fallo sobre objetos desconocidos. ¿Qué sabemos nosotros de los arcanos de la divinidad? El Eterno ha pronunciado algunas palabras misteriosas para ejercitar nuestra obediencia y humillar nuestro orgullo; pero no ha querido levantar el denso velo que separa esta vida mortal del océano de verdad y de luz.

§ VI

Idea de la imposibilidad física ó natural.

La *imposibilidad física ó natural* consiste en que un hecho esté fuera de las leyes de la naturaleza. Es naturalmente imposible que una piedra soltada en el aire no caiga al suelo; que el agua abandonada á sí misma no se ponga al nivel; que un cuerpo sumergido en un flúido de menor gravedad no se hunda; que los astros paren en su carrera; porque las leyes de la naturaleza prescriben lo contrario. Dios, que ha estable-

cido estas leyes, puede suspenderlas; el hombre, no. Lo que es *naturalmente* imposible, lo es para la criatura, no para Dios.

§ VII

Modo de juzgar la imposibilidad natural.

¿Cuándo podremos afirmar que un hecho es imposible naturalmente? En estando seguros de que existe una ley que se opone á la realización de este hecho y que dicha oposición no está destruída ó neutralizada por otra ley natural. Es ley de la naturaleza que el cuerpo del hombre, como más pesado que el aire, caiga al suelo en faltándole el apoyo; pero hay otra ley por la cual un conjunto de cuerpos unidos entre sí, que sea específicamente menos grave que aquel en que se sumerge, se sostenga y hasta se levante, aun cuando alguno de ellos sea más grave que el flúido, luego, unido el cuerpo humano á un globo aerostático dispuesto con el arte conveniente, podrá remontarse por los aires y este fenómeno estará muy arreglado á las leyes de la naturaleza. La pequeñez de ciertos insectos no permite que su imagen se pinte en nuestra retina de una manera sensible; pero las leyes á que está sometida la luz hacen que, por medio de un vidrio, se pueda modificar la dirección de sus rayos de la manera conveniente para que, salidos de un objeto muy pequeño, se hallen desparramados al llegar á la retina y formen una imagen de gran tamaño, y así no será naturalmente imposible que, con la ayuda del microscopio, lo imperceptible á la simple vista se nos presente con dimensiones grandes.

Por estas consideraciones, es preciso andar con mucho tiento en declarar un fenómeno por imposible naturalmente. Conviene no olvidar: 1.°, que la naturaleza es muy poderosa; 2.°, que nos es muy desconocida: dos verdades que deben inspirarnos gran circunspección cuando se trate de fallar en materias de esta clase. Si á un hombre del siglo XV se le hubiese dicho que en lo

venidero se recorrería en una hora la distancia de doce leguas, y esto sin ayuda de caballos ni animales de ninguna especie, habría mirado el hecho como naturalmente imposible; y, sin embargo, los viajeros que andan por los caminos de hierro, saben muy bien que van llevados con aquella velocidad por medio de agentes puramente naturales. ¿Quién sabe lo que se descubrirá en los tiempos futuros, y el aspecto que presentará el mundo de aquí á diez siglos? Seamos enhorabuena cautos en creer la existencia de fenómenos extraños, y no nos abandonemos con demasiada ligereza á sueños de oro; pero guardémonos de calificar de naturalmente imposible lo que un descubrimiento pudiera mostrar muy realizable: no demos livianamente fe á exageradas esperanzas de cambios inconcebibles, pero no las tachemos de delirios y absurdos.

§ VIII

Se deshace una dificultad sobre los milagros de Jesucristo.

De estas observaciones surge, al parecer, una dificultad, que no han olvidado los incrédulos. Hela aquí. los milagros son tal vez efectos de causas que, por ser desconocidas, no dejarán de ser naturales; luego no prueban la intervención divina; y, por tanto, de nada sirven para apoyar la verdad de la religión cristiana Este argumento es tan especioso como fútil.

Un hombre de humilde nacimiento que no ha aprendido las letras en ninguna escuela, que vive confundido entre el pueblo, que carece de todos los medios humanos, que no tiene dónde reclinar su cabeza, se presenta en público enseñando una doctrina tan nueva como sublime. Se le piden los títulos de su misión, y él los ofrece muy sencillos. Habla, y los ciegos ven, los sordos oyen, la lengua de los mudos se desata, los paralíticos andan, las enfermedades más rebeldes desaparecen de repente, los que acaban de expirar vuelven á la vida, los que son llevados al sepulcro se le-

vantan del ataúd, los que enterrados de algunos días despiden ya mal olor, se alzan envueltos en su mortaja, y salen de la tumba, obedientes á la voz que les ha mandado salir á fuera. Éste es el conjunto histórico. ¿El más obstinado naturalista se empeñará en descubrir aquí la acción de leyes naturales ocultas? ¿Calificará de imprudentes á los cristianos por haber pensado que semejantes prodigios no pudieran hacerse sin intervención divina? ¿Creéis que con el tiempo haya de descubrirse un secreto para resucitar á los muertos, y no como quiera, sino haciéndoles levantar á la simple voz de un hombre que los llame? La operación de las cataratas ¿tiene algo que ver con el restituir de golpe la vista á un ciego de nacimiento? Los procedimientos para volver la acción á un miembro paralizado ¿se asemejan, por ventura, á este otro: «Levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa»? Las teorías hidrostáticas é hidráulicas ¿llegarán nunca á encontrar en la mera palabra de un hombre la fuerza bastante para sosegar de repente el mar alborotado, y hacer que las olas se tiendan mansas bajo sus pies, y que camine sobre ellas, como un monarca sobre plateadas alfombras?

¿Y qué diremos si á tan imponente testimonio se reunen las profecías cumplidas, la santidad de una vida sin tacha, la elevación de su doctrina, la pureza de la moral, y, por fin, el heroico sacrificio de morir entre tormentos y afrentas, sosteniendo y publicando la misma enseñanza, con la serenidad en la frente, la dulzura en los labios, articulando entre los últimos suspiros *amor* y *perdón*?

No se nos hable, pues, de leyes ocultas, de imposibilidades aparentes; no se oponga á tan convincente evidencia un necio *¿quién sabe....?*» Esta dificultad, que sería razonable si se tratara de un suceso aislado, envuelto en alguna obscuridad, sujeto á mil combinaciones diferentes, cuando se la objeta contra el cristianismo, es, no sólo infundada, sino hasta contraria al sentido común.

§ IX

La imposibilidad moral ú ordinaria.

La imposibilidad moral ú ordinaria es la oposición al curso regular ú ordinario de los sucesos. Esta palabra es susceptible de muchas significaciones, pues que la idea de curso ordinario es tan elástica, es aplicable á tan diferentes objetos, que poco puede decirse en general que sea provechoso en la práctica. Esta imposibilidad nada tiene que ver con la absoluta ni la natural; las cosas *moralmente* imposibles no dejan por eso de ser muy posibles *absoluta* y *naturalmente*.

Daremos una idea más clara y sencilla de la imposibilidad ordinaria, si decimos que es imposible de esta manera todo aquello que, atendido el curso regular de las cosas, acontece ó muy rara vez ó nunca. Veo á un elevado personaje, cuyo nombre y título todos pronuncian, y á quien se tributan los respetos debidos á su clase. Es moralmente imposible que el nombre sea supuesto, y el personaje, un impostor. Ordinariamente no sucede así; pero también se ha sufrido este chasco una que otra vez.

Vemos á cada paso que la imposibilidad moral desaparece con el auxilio de una causa extraordinaria ó imprevista, que tuerce el curso de los acontecimientos. Un capitán que acaudilla un puñado de soldados, viene de lejanas tierras, aborda á playas desconocidas, y se encuentra con un inmenso continente poblado de millones de habitantes. Pega fuego á sus naves; dice: *marchemos.* ¿Á dónde va? Á conquistar vastos reinos con algunos centenares de hombres. Esto es *imposible:* ¿el aventurero está demente? Dejadle, que su demencia es la demencia del heroísmo y del genio: la imposibilidad se convertirá en suceso histórico. Apellídase *Hernán Cortés;* es español que acaudilla españoles.

§ X

Imposibilidad de sentido común impropiamente contenida en la imposibilidad moral.

La imposibilidad moral tiene á veces un sentido muy diferente del expuesto hasta aquí. Hay imposibles de los cuales no puede decirse que lo sean con imposibilidad absoluta ni natural; y, no obstante, vivimos con tal certeza de que lo imposible no se realizará, que no nos la infunde mayor la natural, y poco le falta para producirnos el mismo efecto que la absoluta. Un hombre tiene en la mano un cajón de caracteres de imprenta, que supondremos de forma cúbica, para que sea igual la probabilidad de caer y sostenerse por una cualquiera de sus caras; los revuelve repetidas veces sin orden ni concierto, sin mirar siquiera lo que hace, y al fin los deja caer al suelo; ¿será posible que resulten por casualidad ordenados de tal manera que formen el episodio de Dido? No, responde instantáneamente cualquiera que esté en su sano juicio; esperar este accidente sería un delirio; tan seguros estamos de que no se realizará, que, si se pusiese nuestra vida pendiente de semejante casualidad, diciéndonos que si esto se verifica se nos matará, continuaríamos tan tranquilos como si no existiese la condición.

Es de notar que aquí no hay imposibilidad metafísica ó absoluta, porque no hay en la naturaleza de los caracteres una repugnancia esencial á colocarse de dicha manera, pues que un cajista en breve rato los dispondría así muy fácilmente; tampoco hay imposibilidad natural, porque ninguna ley de la naturaleza obsta á que caigan por esta ó aquella cara, ni el uno al lado del otro del modo conveniente al efecto; hay, pues, una imposibilidad de otro orden, que nada tiene de común con las otras dos, y que tampoco se parece á la que se llama moral, por sólo estar fuera del curso regular de los acontecimientos.

La teoría de las probabilidades, auxiliada por la de las combinaciones, pone de manifiesto esta imposibilidad, calculando, por decirlo así, la inmensa distancia en que este fenómeno se halla con respecto á la existencia. El Autor de la naturaleza no ha querido que una convicción que nos es muy importante, dependiese del raciocinio, y, por consiguiente, careciesen de ella muchos hombres; así es que nos la ha dado á todos á manera de instinto, como lo ha hecho con otras que nos son igualmente necesarias. En vano os empeñaríais en combatirla ni aun en el hombre más rudo; él no sabría tal vez qué responderos, pero menearía la cabeza y diría para sí: «este filósofo que cree en la facilidad de tales despropósitos, no debe de estar muy sano de juicio.»

Cuando la naturaleza habla en el fondo de nuestra alma con voz tan clara y tono tan decisivo, es necedad el no escucharla. Sólo algunos hombres apellidados filósofos se obstinan á veces en este empeño; no recordando que no hay filosofía que excuse la falta de sentido común, y que mal llegará á ser sabio quien comienza por ser insensato (4)

CAPITULO V

Cuestiones de existencia. Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato de los sentidos.

§ I

Necesidad del testimonio de los sentidos, y los diferentes modos con que se nos proporciona el conocimiento de las cosas.

ASENTADOS los principios y reglas que deben guiarnos en las cuestiones de posibilidad, pasemos ahora á las de existencia, que ofrecen un campo más vasto y más útiles y frecuentes aplicaciones

De la existencia ó no existencia de un ser, ó bien de que una cosa es ó no es, podemos cerciorarnos de dos maneras: por nosotros mismos, ó por medio de otros.

El conocimiento de la existencia de las cosas que es adquirido por nosotros mismos, sin intervención ajena, proviene de los sentidos mediata ó inmediatamente: ó ellos nos presentan el objeto, ó de las impresiones que los mismos nos causan pasa el entendimiento á inferir la existencia de lo que no se hace sensible ó no lo es. La vista me informa inmediatamente de la existencia de un edificio que tengo presente; pero un trozo de columna, algunos restos de un pavimento, una inscripción ú otras señales, me hacen conocer que en tal ó cual lugar existió un templo romano. En ambos casos debo á los sentidos la noticia; pero en el primero inmediata, en el segundo mediatamente.

Quien careciese de los sentidos, tampoco llegaría á conocer la existencia de los seres espirituales, pues adormecido el entendimiento no pudiera adquirir esta noticia, ni por la razón, ni por la fe, á no ser que Dios le favoreciera por medios extraordinarios, de que ahora no se trata.

Á la distinción arriba explicada en nada obstan los sistemas que pueden adoptarse sobre el origen de las ideas; ora se las suponga adquiridas, ora innatas, ora vengan de los sentidos, ora sean tan sólo excitadas por ellos, lo cierto es que nada sabemos, nada pensamos, si los sentidos no han estado en acción. Además, hasta les dejaremos á los ideólogos la facultad de imaginar lo que bien les pareciere sobre las funciones intelectuales de un hombre que careciese de todos los sentidos; sin riesgo podemos otorgarles tamaña latitud, supuesto que nadie aclarará jamás lo que en ello habría de verdad, ya que el paciente no sería capaz de comunicar lo que le pasa, ni por palabras ni por señas. Finalmente, aquí se trata de hombres dotados de sentidos, y la experiencia enseña que esos hombres conocen, ó lo que sienten, ó por lo que sienten.

§ II

Errores en que incurrimos por ocasión de los sentidos. Su remedio. Ejemplos.

El conocimiento inmediato que los sentidos nos dan de la existencia de una cosa, es á veces errado, porque no nos servimos como debemos de estos admirables instrumentos que nos ha concedido el Autor de la naturaleza. Los objetos corpóreos, obrando sobre el órgano de los sentidos, causan una impresión á nuestra alma; asegurémonos bien de cuál es esta impresión, sepamos hasta qué punto le corresponde la existencia de un objeto: he aquí la reglas para no errar en estas materias. Algunas explicaciones enseñarán más que los preceptos y teorías.

Veo á larga distancia un objeto que se mueve, y digo: «allí hay un hombre»; acercándome más, descubro que no es así, y que sólo hay un arbusto mecido por el viento. ¿Me ha engañado el sentido de la vista? No: porque la impresión que ella me transmitía era únicamente de un bulto movido; y si yo hubiese atendido bien á la sensación recibida, habría notado que no me pintaba un hombre. Cuando, pues, yo he querido hacerle tal, no debo culpar al sentido, sino á mi poca atención, ó bien á que, notando alguna semejanza entre el bulto y el hombre visto de lejos, he inferido que aquello debía de serlo en efecto, sin advertir que la semejanza y la realidad son cosas muy diversas.

Teniendo algunos antecedentes de que se dará una batalla, ó se hostilizará alguna plaza, paréceme que he oído cañonazos, y me quedo con la creencia de que ha comenzado el fuego. Noticias posteriores me hacen saber que no se ha disparado un tiro. ¿Quién tiene la culpa de mi error? No mi oído, sino yo. El ruido se oía en efecto; pero era el de los golpes de un leñador que resonaban en el fondo de un bosque distante; era el de cerrarse alguna puerta, cuyo estrépito retumbaba por el edificio y sus cercanías; era el de otra cosa

cualquiera que producía un sonido semejante al del estampido de un cañón lejano. ¿Estaba yo bien seguro de que no se hallaba en mis inmediaciones la causa del ruido que me producía la ilusión? ¿Estaba bastante ejercitado para discernir la verdad atendida la distancia en que debía hacerse el fuego, la dirección del lugar, y el tiempo que á la sazón reinaba? No es, pues, el sentido quien me ha engañado, sino mi ligereza y precipitación. La sensación era tal cual debía ser; pero yo le he hecho decir lo que ella no me decía. Si me hubiese contentado con afirmar que oía ruido parecido al de cañonazos distantes, no hubiera inducido al error á otros y á mí mismo.

Á uno le presentan un alimento de excelente calidad, y, al probarlo, dice: «es malo, intolerable, se conoce que hay tal ó cual mezcla», porque, en efecto, su paladar lo experimenta así. ¿Le engañó el sentido? No. Si le pareció amargo, no podía suceder de otra manera, atendida la indisposición gástrica que le tenía cubierta la lengua de un humor que lo maleaba todo. Bastábale á este hombre un poco de reflexión para no condenar tan fácilmente ó al criado ó al revendedor. Cuando el paladar está bien dispuesto, sus sensaciones nos indican las calidades del alimento; en el caso contrario, no.

§ III

Necesidad de emplear en algunos casos más de un sentido, para la debida comparación.

Conviene notar que para conocer por medio de los sentidos la existencia de un objeto, no basta á veces el uso de uno solo, sino que es preciso emplear otros al mismo tiempo; ó bien atender á las circunstancias que nos pueden prevenir contra la ilusión. Es cierto que el discernir hasta qué punto corresponde la existencia de un objeto á la sensación que recibimos, es obra de la comparación la que es fruto de la experiencia. Un ciego á quien se quiten las cataratas, no juzga bien de las distancias, tamaños y figuras, hasta haber adquiri-

do la práctica de ver. Esta adquisición la hacemos sin advertirla desde niños, y así creemos que basta abrir los ojos para juzgar de los objetos tales como son en sí. Una experiencia muy sencilla y frecuente nos convencerá de lo contrario. Un hombre adulto y un niño de tres años están mirando por un vidrio que les ofrece á la vista paisajes, animales, ejércitos, ambos reciben la misma impresión; pero el adulto, que sabe bien que no ha salido al campo, y se halla en un aposento cerrado, no se altera ni por la cercanía de las fieras, ni por los desastres del campo de batalla. Lo que le cuesto trabajo es conservar la ilusión; y más de una vez habrá menester distraerse de la realidad y suplir algunos defectos del cuadro ó instrumento, para sentir placer con la presencia del espectáculo. Pero el niño, que no compara, que sólo atiende á la sensación en todo su aislamiento, se espanta y llora, temiendo que se le han de comer las fieras, ó viendo que tan cruelmente se matan los soldados.

Todavía más: experimentamos á cada paso que una perspectiva excelente de la cual no teníamos noticia, vista á la correspondiente distancia, nos causa ilusión y nos hace tomar por objetos de relieve los que en realidad son planos. La sensación no es errada; pero sí lo es el juicio que por ella formamos. Si advirtiésemos que caben reglas para producir en la retina la misma impresión con un objeto plano que con otro abultado, nos hubiéramos complacido en la habilidad del artista, sin caer en error. Éste habría desaparecido mirando el objeto desde puntos diferentes, ó valiéndonos del tacto.

§ IV

Los sanos de cuerpo y enfermos de espíritu.

Los que tratan del buen uso de los sentidos suelen advertir que es preciso cuidar de que alguna indisposición no afecte á los órganos, y así se nos comuniquen sensaciones capaces de engañarnos; esto es, sin duda,

muy prudente, pero no tan útil como se cree. Los enfermos raras veces se dedican á estudios serios; y así sus equivocaciones son de poca transcendencia; además que ellos mismos, ó sus allegados, bien pronto notan la alteración del órgano, con lo cual se previene oportunamente el error. Los que necesitan reglas son los que, estando sanos de cuerpo, no lo están de espíritu, y que, preocupados de un pensamiento, ponen á su disposición y servicio todos sus sentidos, haciéndoles percibir, quizás con la mayor buena fe, todo lo que conviene al apoyo del sistema excogitado. ¿Qué no descubrirá en los cuerpos celestes el astrónomo que maneja el telescopio, no con ánimo reposado y ajeno de parcialidad, sino con vivo deseo de probar una aserción aventurada con sobrada ligereza? ¿Qué no verá con el microscopio el naturalista que se halle en disposición semejante?

Á propósito he dicho que estos errores podían padecerse quizás con la mayor buena fe; porque sucede muy á menudo que el hombre se engaña primero á sí mismo, antes de engañar á los otros. Dominado por su opinión favorita, ansioso de encontrar pruebas para sacar la verdadera, examina los objetos, no para saber, sino para vencer; y así acontece que halla en ellos sólo lo que quiere. Muchas veces los sentidos no le dicen nada de lo que él pretende; pero le ofrecen algo de semejante: «esto es, exclama alborozado; helo aquí, es lo mismo que yo sospechaba»; y, cuando se levanta en su espíritu alguna duda, procura sofocarla, achácala á poca fe en su incontrastable doctrina, se esfuerza en satisfacerse á sí mismo, cerrando los ojos á la luz, para poder engañar á los otros sin verse precisado á mentir.

Basta haber estudiado el corazón del hombre para conocer que estas escenas no son raras, y que jugamos con nosotros mismos de una manera lastimosa. ¿Necesitamos una convicción? Pues de un modo ú otro trabajamos en formárnosla; al principio la tarea es costosa, pero al fin viene el hábito á robustecer lo débil, se allega el orgullo para no permitir retroceso; y el que

comenzó luchando contra sí mismo con un engaño que no se le ocultaba del todo, acaba por ser realmente engañado, y se entrega á su parecer con obstinación incorregible.

§ V

Sensaciones reales, pero sin objeto externo. Explicación de este fenómeno.

Además, es menester advertir que no siempre sucede que el alucinado atribuya á la sensación más de lo que ella le presenta; una imaginación vivamente poseída de un objeto obra sobre los mismos sentidos, y, alterando el curso ordinario de las funciones, hace que realmente se sienta lo que no hay. Para comprender cómo esto se verifica, conviene recordar que la sensación no se verifica en el órgano del sentido, sino en el cerebro, por más que la fuerza del hábito nos haga referir la impresión al punto del cual la recibimos. Estando el ojo muy sano, nos quedamos completamente ciegos, si sufre lesión el nervio óptico; y, privada la comunicación de un miembro cualquiera con el cerebro, se extingue el sentido. De esto se infiere que el verdadero receptáculo de todas las sensaciones es el cerebro; y que, si en una de sus partes se excita por un acto interno la impresión que suele ser producida por la acción del órgano externo, existirá la sensación sin que haya habido impresión exterior. Es decir, que, si, al recibir el órgano externo la impresión de un cuerpo, la comunica al cerebro causando en el nervio A la vibración ú otra afección B, y por una causa cualquiera, independiente de los cuerpos exteriores, se produce en el mismo órgano A la misma vibración B, experimentaremos idéntica sensación que si el órgano externo fuese afectado en la realidad.

En este punto se hallan de acuerdo la razón y la observación. El alma se informa de los objetos exteriores mediatamente por los sentidos, pero inmediatamente por el cerebro; cuando éste, pues, recibe tal ó cual impresión, no puede ella desentenderse de referirla al

lugar de donde suele proceder, y al objeto que de ordinario la produce. Si se halla advertida de que la organización está alterada, se precaverá contra el error, pero, no será dejando de recibir la sensación, sino desconfiando del testimonio de ella. Cuando Pascal, según cuentan, veía un abismo á su lado, bien sabía que en realidad no era así; mas no dejaba de recibir la misma sensación que si hubiese habido el tal abismo, y no alcanzaba á vencer la ilusión por más que se esforzase Este fenómeno se verifica muy á menudo, y no se hace extraño á los que tienen algunas nociones sobre semejantes materias

§ VI

Maniáticos y ensimismados.

Lo que acontece habitualmente en estado de enfermedad cerebral, puede suceder muy bien cuando, exaltada la imaginación por una causa cualquiera, se pone actualmente enfermiza con relación á lo que la preocupa. ¿Qué son las manías sino la realización de este fenómeno? Pues, entiéndase que las manías están distribuídas en muchas clases y graduaciones; y que las hay continuas y por intervalos, extravagantes y arregladas, vulgares y científicas; y que, así como Don Quijote convertía los molinos de viento en desaforados gigantes, y los rebaños de ovejas y carneros en ejércitos de combatientes, puede también un sabio testarudo descubrir, con la ayuda de sus telescopios, microscopios y demás instrumentos, todo cuanto á su propósito cumpliere. Los hombres muy pensadores y ensimismados corren gran riesgo de caer en manías sabias, en ilusiones sublimes, que la mísera humanidad, por más que se cubra con diferentes formas según las varias situaciones de la vida, lleva siempre consigo su patrimonio de flaqueza. Para una débil mujercilla el susurro del viento es un gemido misterioso, la claridad de la luna es la aparición de un finado, y el chillido de las aves nocturnas es el grito de las evocaciones del Averno para asistir á pavorosas escenas.

Desgraciadamente, no son sólo las mujeres las que tienen imaginación calenturienta, y que toman por realidades los sueños de su fantasía. (5)

CAPITULO VI

Conocimiento de la existencia de las cosas adquirido mediatamente por los sentidos.

§ I

Transición de lo sentido á lo no sentido.

Los sentidos nos dan inmediatamente noticias de la existencia de muchos objetos; pero, de éstos, son todavía en mayor número los que no ejercen acción sobre los órganos materiales, ó por ser incorpóreos, ó por no estar en disposición de afectarlos. Sobre lo que nos comunican los sentidos se levanta un tan extenso y elevado edificio de conocimientos de todas clases, que, al mirarle, se hace difícil de concebir cómo ha podido cimentarse en tan reducida base.

Donde no alcanzan los sentidos llega el entendimiento, conociendo la existencia de objetos insensibles por medio de los sensibles. La lava esparcida sobre un terreno nos hace conocer la existencia pasada de un volcán que no hemos visto; las conchas encontradas en la cumbre de un monte nos recuerdan la elevación de las aguas, indicándonos una catástrofe que no hemos presenciado; ciertos trabajos subterráneos nos muestran que en tiempos anteriores se benefició allí una mina; las ruinas de las antiguas ciudades nos señalan la morada de hombres que no hemos conocido. Así los sentidos nos presentan un objeto, y el entendimiento llega con este medio al conocimiento de otros muy diferentes.

Si bien se observa, este tránsito de lo conocido á lo desconocido no lo podemos hacer sin que antes ten-

gamos alguna idea más ó menos completa, más ó menos general del objeto desconocido, y sin que, al propio tiempo, sepamos que hay entre los dos alguna dependencia. Así, en los ejemplos aducidos, si bien no conocía aquel volcán determinado, ni las olas que inundaron la montaña, ni á los mineros, ni á los moradores, no obstante, todos estos objetos me eran conocidos en general, así como sus relaciones con lo que me ofrecían los sentidos. De la contemplacion de la admirable máquina del universo no pasaríamos al conocimiento del Criador, si no tuviéramos idea de efecto y causa, de orden y de inteligencia. Y, sea dicho de paso, esta sola observación basta para desbaratar el sistema de los que no ven en nuestro pensamiento más que sensaciones transformadas

§ I.

Coexistencia y sucesión.

La dependencia de los objetos es lo único que puede autorizarnos para inferir de la existencia del uno la del otro; y, por consiguiente, toda la dificultad estriba en conocer esta dependencia. Si la íntima naturaleza de las cosas estuviera patente á nuestra vista, bastaría fijarla en un ser para conocer desde luego todas sus propiedades y relaciones, entre las cuales descubriríamos las que le ligan con otros. Por desgracia no es así; pues en el orden físico como en el moral son muy escasas é incompletas las ideas que poseemos sobre los principios constitutivos de los seres. Éstos son preciosos secretos velados cuidadosamente por mano del Criador; de la propia suerte que lo más rico y exquisito que abriga la naturaleza, suele ocultarse en los senos más recónditos,

Por esta falta de conocimiento en lo tocante á la esencia de las cosas, nos vemos con frecuencia precisados á conjeturar su dependencia por sólo su coexistencia ó sucesión, infiriendo que la una depende de la otra, porque algunas ó muchas veces existen juntas, ó porque ésta viene en pos de aquélla. Semejante racioci-

nio, que no siempre puede tacharse de infundado, tiene, sin embargo, el inconveniente de inducirnos con frecuencia al error; pues no es fácil poseer la discreción necesaria para conocer cuándo la coexistencia ó la sucesión son un signo de dependencia, y cuando no.

En primer lugar, debe asentarse por indudable que la existencia simultánea de dos seres, ni tampoco su inmediata sucesión, consideradas en sí solas, no prueban que el uno dependa del otro. Una planta venenosa y pestilente se halla tal vez al lado de otra medicinal y aromática; un reptil dañino y horrible se arrastra quizás á poca distancia de la bella é inofensiva mariposa; el asesino, huyendo de la justicia, se oculta en el mismo bosque donde está en acecho un honrado cazador; un airecillo fresco y suave recrea la naturaleza toda, y, algunos momentos después, sopla el violento huracán, llevando en sus negras alas tremenda tempestad.

Así, es muy arriesgado el juzgar de las relaciones de dos objetos porque se los ha visto unidos alguna vez, ó sucederse con poco intervalo; éste es un sofisma que se comete con demasiada frecuencia, cayéndose por él en infinitos errores. En él se encontrará el origen de tantas predicciones como se hacen sobre las variaciones atmósfericas, que bien pronto la experiencia manifiesta fallidas; de tantas conjeturas sobre manantiales de agua, sobre veneros de metales preciosos, y otras cosas semejantes. Se ha visto algunas veces que, después de tal ó cual posición de las nubes, de tal ó cual viento, de tal ó cual dirección de la niebla de la mañana, llovía, ó tronaba, ó acontecían otras mudanzas de tiempo; se habrá notado que, en el terreno de este ó aquel aspecto, se encontró algunas veces agua; que en pos de estas ó aquellas vetas se descubrió el precioso mineral; se ha inferido desde luego que había una relación entre los dos fenómenos, y se ha tomado el uno como señal del otro; no advirtiendo que era dable una coincidencia enteramente casual, y sin que ellos tuviesen entre sí relación de ninguna clase.

§ III

Dos reglas sobre la coexistencia y la sucesión.

La importancia de la materia exige que se establezcan algunas reglas.

1.ª Cuando una experiencia constante y dilatada nos muestra dos objetos existentes á un mismo tiempo, de tal suerte que, presentándose el uno se presenta también el otro, y en faltando el uno falta también el otro, podemos juzgar, sin temor de equivocarnos, que tienen entre sí algún enlace; y, por tanto, de la existencia del uno inferiremos legítimamente la existencia del otro.

2.ª Si dos objetos se suceden indefectiblemente, de suerte que, puesto el primero, siempre se haya visto que seguía el segundo, y que, al existir éste, siempre se haya notado la precedencia de aquél, podremos deducir con certeza que tienen entre sí alguna dependencia.

Tal vez sería difícil demostrar filosóficamente la verdad de estas aserciones; sin embargo, los que la pongan en duda, seguramente no habrán observado que, sin formarlas, las toma por norma el buen sentido de la humanidad, que en muchos casos se acomoda á ellas la ciencia, y que, en las más de las investigaciones, no tiene el entendimiento otro guía.

Creo que nadie pondrá dificultad en que las frutas, cuando han adquirido cierto tamaño, figura y color, dan señal de ser sabrosas; ¿cómo sabe esta relación el rústico que las coge? ¿Cómo de la existencia del color y demás cualidades que ve, infiere la de otra que no experimenta, la del sabor? Exigidle que os explique la teoría de este enlace, y no sabrá qué responderos; pero objetadle dificultades y empeñaos en persuadirle que se equivoca en la elección, y se reirá de vuestra filosofía, asegurado en su creencia por la simple razón de que «siempre sucede así».

Todo el mundo está convencido de que cierto grado de frío hiela los líquidos, y que otro de calor los vuel-

ve al primer estado. Muchos son los que no saben la razón de estos fenómenos; pero nadie duda de la relación entre la congelación y el frío, y la liquidación y el calor. Quizás podrían suscitarse dificultades sobre las explicaciones que en esta parte ofrecen los físicos; pero el linaje humano no aguarda á que en semejantes materias le ilustren los sabios; «siempre existen juntos estos hechos, dice; luego entre ellos hay alguna relación que les liga.»

Son infinitas las aplicaciones que podrían hacerse de la regla establecida; pero las anteriores bastan para que cualquiera las encuentre por sí mismo. Sólo diré que la mayor parte de los usos de la vida están fundados en este principio. la simultánea existencia de dos seres observada por dilatado tiempo, autoriza para deducir que, existiendo el uno, existirá también el otro. Sin dar por segura esta regla, el común de los hombres no podría obrar; y los mismos filósofos se encontrarían más embarazados de lo que tal vez se figuran. Darían pocos pasos más que el vulgo.

La segunda regla es muy análoga á la primera: se funda en los mismos principios, y se aplica á los mismos usos. La constante experiencia manifiesta que el pollo sale de un huevo; nadie hasta ahora ha explicado satisfactoriamente cómo del licor encerrado en la cáscara se forma aquel cuerpecito tan admirablemente organizado; y, aun cuando la ciencia diese cumplida razón del fenómeno, el vulgo no lo sabría; y, sin embargo, ni éste ni los sabios vacilan en creer que hay una relación de dependencia entre el licor y el polluelo; al ver el pequeño viviente, todos estamos seguros de que le ha precedido aquella masa, que á nuestros ojos se presentaba informe y torpe.

La generalidad de los hombres, ó mejor diremos, todos, ignoran completamente de qué manera la tierra vegetal concurre al desarrollo de las semillas y al crecimiento de las plantas; ni cuál es la causa de que unos terrenos se adapten mejor que otros á determinadas producciones; pero *siempre* se ha visto así, y esto

es suficiente para que se crea que una cosa depende de otra, y para que, al ver la segunda, deduzcamos, sin temor de errar, la existencia de la primera.

§ IV

Observaciones sobre la relación de causalidad. Una regla de los dialécticos.

Sin embargo, conviene advertir la diferencia que va de la sucesión observada una sola vez, ó repetida muchas En el primer caso, no sólo no arguye causalidad, pero ni aun relación de ninguna clase; en el segundo, no siempre indica dependencia de efecto y causa, pero sí, al menos, dependencia de una causa común. Si el flujo ó reflujo del mar se hubiese observado que coincidía una que otra vez con cierta posición de la luna, no podría inferirse que existía relación entre los dos fenómenos; mas, siendo constante la expresada coincidencia, los físicos debieron inferir que, si el uno no es causa del otro, al menos tienen ambos una causa común, y que así están ligados en su origen.

Á pesar de lo que acabo de decir, tienen mucha razón los dialécticos cuando tachan de sofístico el raciocinio siguiente: *post hoc, ergo propter hoc; después de esto, luego por esto*. 1.° Porque ellos no hablan de una sucesión constante. 2.° Porque, aun cuando hablaran, esta sucesión puede indicar dependencia de una causa común, y no que lo uno sea causa de lo otro.

Si bien se observa, la misma regla á que atendemos en los negocios comunes, es más general de lo que á primera vista pudiera parecer: de ella nos servimos en el curso ordinario de las cosas, de la propia suerte que en lo tocante á la naturaleza. Según el objeto de que se trata, se modifica la aplicación de la regla; en unos casos basta una experiencia de pocas veces, en otros se la exige más repetida; pero en el fondo siempre andamos guiados por el mismo principio: dos hechos que siempre se suceden, tienen entre sí alguna dependencia; la existencia del uno indicará, pues, la del otro.

§ V

Un ejemplo.

Es de noche, y veo que en la cima de una montaña se enciende un fuego; á poco rato de arder, noto que en la montaña opuesta asoma una luz, brilla por breve tiempo y desaparece. Ésta ha salido después de encender el fuego en la parte opuesta; pero de aquí no puedo inferir que haya entre los dos hechos relación alguna. Al día siguiente veo otra vez que se enciende el fuego en el mismo lugar, y que del mismo modo se presenta la luz. La coincidencia, en que ayer no me había parado siquiera, ya me llama la atención hoy; pero esto podrá ser una casualidad y no pienso más en ello. Al otro día acontece lo mismo; crece la sospecha de que sea una señal convenida. Durante un mes se verifica lo propio; la hora es siempre la misma, pero nunca falta la aparición de la luz á poco de arder el fuego; entonces ya no cabe duda de que, ó el hecho es dependiente del otro, ó por lo menos hay entre ellos alguna relación; y ya no me falta sino averiguar en qué consiste una novedad que no acierto á comprender.

En semejantes casos el secreto para descubrir la verdad y prevenir los juicios infundados consiste en atender á todas las circunstancias del hecho, sin descuidar ninguna, por despreciable que parezca. Así, en el ejemplo anterior, supuesto que á poco de encendido el fuego se presenta la luz, diráse á primera vista que no es necesario pararse en la hora de la noche, y ni tampoco en si esta hora variaba ó no. Mas, en realidad, estas circunstancias eran muy importantes, porque, según fuese la hora, era más ó menos probable que se encendiese fuego y apareciera luz, y, siendo siempre la misma, era mucho más probable que los dos hechos tuviesen relación, que si hubiera sido variada. Un imprudente que no reparase en nada de eso, alarmaría á la comarca con las pretendidas señales; no cabría ya duda de

que algunos malhechores se ponen de acuerdo; se explicaría sin dificultad el robo que sucedió tal ó cual día; se comprendería lo que significaba un tiro que se oyó por aquella parte; y, cuando la autoridad tendría aviso del malvado complot, cuando recaerían ya negras sospechas sobre familias inocentes, he aquí que los exploradores enviados á observar de cerca el misterio podrían volver muy bien riéndose del espantado y del espantador, y descifrando el enigma en los términos siguientes: «Muy cerca de la cima donde arde el fuego está situada la casa de la familia A, que á la hora de acostarse aposta un vigilante en las cercanías, porque tiene noticia de que unos leñadores quieren estropear parte del bosque plantado de nuevo. El centinela siente frío, y hace muy bien en encender lumbre, sin ánimo de espantar á nadie, si no es á los malandrines de segur y cuerda. Como cabalmente aquélla es la hora en que suelen acostarse los comarcanos, lo hace también la familia B, que habita en la cumbre de la montaña opuesta Al sonar el reloj, levanta el dueño los reales de la chimenea, dice á todo el mundo «vámonos á dormir», y, entre tanto, él sale á un terrado, al cual dan varias puertas, y empuja por la parte de afuera para probar si los muchachos han cerrado bien Como el buen hombre va á recogerse, lleva en la mano el candil, y heos aquí la luz misteriosa que salía á una misma hora, y desaparecía en breve, coincidiendo con el fuego, haciendo casi pasar por ladrones á quienes sólo trataban de guardarse de ladrones.»

¿Qué debía hacer en tal caso un buen pensador? Helo aquí. Á poco rato de encendido el fuego, aparece la luz, y siempre á una misma hora poco más ó menos. lo que inclina á creer que será una señal convenida. El país está en paz; conque esto debiera de ser inteligencia de malhechores. Pero cabalmente no es probable que lo sea, porque no es regular que escojan siempre un mismo lugar y tiempo, con riesgo de ser notados y descubiertos. Además, que la operación sería muy larga durando un mes, y estos negocios suelen redon-

dearse con un golpe de mano. Por aquellas inmediaciones están las casas A y B, familias de buena reputación que no se habrán metido á encubridores. Parece, pues, que, ó ha de haber coincidencia puramente casual, ó que, si hay seña, debe de ser sobre negocios que no temen los ojos de la justicia. La hora del suceso es precisamente la en que se recogen los vecinos de esta tierra; veamos si esto no será que algunos quehaceres obligan á los unos á encender fuego, y á los otros á sacar la luz

§ VI

Reflexiones sobre el ejemplo anterior.

Reflexionando sobre el ejemplo anterior, se nota que, á pesar de la ninguna relación de seña ni causa que en sí tenían los dos hechos, no obstante, reconocían en cierto modo un mismo origen: el sonar la hora de acostarse. Así se echa de ver que el error no estaba en suponer que había algo de común en ellos, ni en pensar que la coincidencia no era puramente casual, sino en que se apelaba á interpretaciones destituídas de fundamento, se buscaba en la intención concertada de las personas lo que era simple efecto de la identidad de la hora.

Esta observación enseña, por una parte, el tino con que debe procederse en determinar la clase de relación que entre sí tienen dos hechos, simultáneos ó sucesivos; pero, por otra, confirma más y más la regla dada de que, cuando la simultaneidad ó sucesión son constantes, arguyen algún vínculo ó relación, ó de los hechos entre sí, ó de ambos con un tercero.

§ VII

La razón de un acto que parece instintivo.

Profundizando más la materia, encontraremos que el inferir de la coexistencia ó sucesión la relación entre los hechos coexistentes ó sucesivos, aunque parez-

ca un acto instintivo y ciego, es la aplicación de un principio que tenemos grabado en el fondo de nuestra alma, y del que hacemos continuo uso, sin advertirlo siquiera. Este principio es el siguiente: *donde hay orden, donde hay combinación, hay causa que ordena y combina; el acaso es nada.* Una que otra coincidencia la podemos mirar como casual, es decir, sin relación; pero, en siendo muy repetida, decimos sin vacilar: «aquí hay enlace, hay misterio, no llega á tanto la casualidad.»

Así se verifica que, examinando á fondo el espíritu humano, encontramos en todas partes la mano bondadosa de la Providencia, que se ha complacido en enriquecer nuestro entendimiento y nuestro corazón con inestimables preciosidades. (6)

CAPITULO VII

La lógica acorde con la caridad.

§ I

Sabiduría de la ley que prohibe los juicios temerarios.

La ley cristiana que prohibe los juicios temerarios, es no sólo ley de caridad, sino de prudencia y buena lógica. Nada más arriesgado que juzgar de una acción, y, sobre todo, de la intencióu, por meras apariencias; el curso ordinario de las cosas lleva tan complicados los sucesos, los hombres se encuentran en situaciones tan varias, obran por tan diferentes motivos, ven los objetos de maneras tan distintas, que á menudo nos parece un castillo fantástico lo que, examinado de cerca y con presencia de las circunstancias, se halla lo más natural, lo más sencillo y arreglado.

§ II

Examen de la máxima «piensa mal y no errarás».

El mundo cree dar una regla de conducta muy importante diciendo: «piensa mal y no errarás», y se imagina haber enmendado de esta manera la moral evangélica. «Conviene no ser demasiado cándido, se nos advierte continuamente; es necesario no fiarse de palabras; los hombres son muy malos: obras son amores y no buenas razones»; como si el Evangelio nos enseñase á ser imprudentes é imbéciles; como si Jesucristo, al encomendarnos que fuésemos sencillos como la paloma, no nos hubiera amonestado al mismo tiempo que fuésemos prudentes como la serpiente; como si no nos hubiera avisado que no creyésemos á todo espíritu, que para conocer el árbol atendiésemos al fruto; y, finalmente, como si, á propósito de la malicia de los hombres, no leyéramos ya en las primeras páginas de la Sagrada Escritura que el corazón del hombre está inclinado al mal desde su adolescencia.

La máxima perniciosa, que se propone nada menos que asegurar el acierto con la malignidad del juicio, es tan contraria á la caridad cristiana, como á la sana razón. En efecto: la experiencia nos enseña que el hombre más mentiroso dice mayor número de verdades que de mentiras, y que el más malvado hace muchas más acciones buenas é indiferentes que malas. El hombre ama naturalmente la verdad y el bien, y no se aparta de ellos sino cuando las pasiones le arrastran y extravían. Miente el mentiroso en ofreciéndose alguna ocasión en que, faltando á la verdad, cree favorecer sus intereses ó lisonjear su vanidad necia; pero, fuera de estos casos, naturalmente dice la verdad y habla como el resto de los hombres. El ladrón roba, el liviano se desmanda, el pendenciero riñe, cuando se presenta la oportunidad estimulando la pasión: que, si estuviesen abandonados de continuo á sus malas inclinaciones, serían verdaderos monstruos; su crimen

degeneraría en demencia, y entonces el decoro y buen orden de la sociedad reclamarían imperiosamente que se les apartase del trato de sus semejantes.

Infiérese de estas observaciones que el juzgar mal, no teniendo el debido fundamento, y el tomar la malignidad por garantía de acierto, es tan irracional como si, habiendo en una urna muchísimas bolas blancas y poquísimas negras, se dijera que las probabilidades de salir están en favor de las negras.

§ III

Algunas reglas para juzgar de la conducta de los hombres.

Caben en esta materia reglas de juiciosa cautela, que nacen de la prudencia de la serpiente y no destruyen la candidez de la paloma

REGLA 1.ª

No se debe fiar de la virtud del común de los hombres, puesta á prueba muy dura.

La razón es clara: el resistir á tentaciones muy vehementes exige virtud firme y acendrada. Esta se halla en pocos. La experiencia nos enseña que en semejantes extremos la debilidad humana suele sucumbir; y la Escritura nos previene que quien ama el peligro perecerá en él.

Sabéis que un comerciante honrado se halla en los mayores apuros, cuando todo el mundo le considera en posición muy desembarazada. Su honor, el porvenir de su familia, están pendientes de una operación poco justa, pero muy beneficiosa. Si se decide á ella, todo queda remediado; si se abstiene, el fatal secreto se divulga, y la perdición total es inevitable. ¿Qué hará? Si en la operación podéis salir perjudicados, precaveos á tiempo; apartaos de un edificio que, si bien en una situación regular no amenazaba ruina, está ahora batido por un furioso huracán.

Tenéis noticia de que dos personas de amable trato y bella figura han trabado relaciones muy íntimas y

frecuentes: ambos son virtuosos, y, aun cuando no mediaran otros motivos, el honor debiera bastar á contenerlos en los debidos límites. Si tenéis interés en ello, tomad vuestro partido con presteza; si no, callad; no juzguéis temerariamente, pero rogad á Dios por ambos, que las oraciones podrán no ser inútiles.

Estáis en el gobierno, los tiempos son malos, la época crítica, los peligros muchos. Uno de vuestros dependientes, encargado de un puesto importante, se halla asediado noche y día por un enemigo que dispone de largas talegas. El dependiente es honrado, según os parece; tiene grandes compromisos por vuestra causa, y, sobre todo, es entusiasta de ciertos principios, y los sustenta con mucho acaloramiento. Á pesar de todo, será bueno que no perdáis de vista el negocio. Haréis muy bien en creer que el honor y las convicciones de vuestro dependiente no se rajarán con los golpes de un ariete de cincuenta mil pesos fuertes; pero, será mejor que no lo probéis, mayormente si las consecuencias fuesen irreparables.

Un amigo os ha hecho grandes ofrecimientos, y no podéis dudar de que son sinceros. La amistad es antigua, los títulos muchos y poderosos, la simpatía de los corazones está probada; y, para colmo de dicha, hay identidad de ideas y sentimientos. Preséntase de improviso un negocio en que vuestra amistad le ha de costar cara; si no os sacrifica, se expone á graves pérdidas, á inminentes peligros. Para lo que pudiera suceder, resignaos á ser víctima, temed que las afectuosas protestas se quedarán sin cumplirse, y que, en cambio de vuestro duelo, se os pagará con una satisfacción tan gemebunda como estéril.

Estáis viendo á una autoridad en aprieto, se la quiere forzar á un acto de alta transcendencia á que no puede acceder sin degradarse, sin faltar á sus deberes más sagrados, sin comprometer intereses de la mayor importancia. El magistrado es naturalmente recto; en su larga carrera no se le conoce una felonía; y su entereza está acompañada de cierta firmeza de carácter.

Los antecedentes no son malos. Sin embargo, cuando veáis que la tempestad arrecia, que el motín sube ya la escalera; cuando golpee á la puerta del gabinete el osado demagogo que lleva en una mano el papel que se ha de firmar, y en otra un puñal ó una pistola amartillada, temed más por la suerte del negocio que por la vida del magistrado. Es probable que no morirá; la entereza no es el heroísmo.

Con los anteriores ejemplos se echa de ver que en algunas ocasiones es lícito y muy prudente desconfiar de la virtud de los hombres; lo que acontece cuando el obrar bien exige una disposición de ánimo que la razón, la experiencia y la misma religión nos enseñan ser muy rara. Es claro, además, que, para sospechar mal, no siempre será menester que el apuro sea tal como se ha pintado. Para el común de los hombres suele bastar mucho menos; y para los decididamente malos la simple oportunidad equivale á vehemente tentación. Así, no es posible señalar otra regla para discernir los casos, sino que es preciso atender á las circunstancias de la persona que es el objeto del juicio, graduando la probabilidad del mal por su habitual inclinación á él, ó su adhesión á la virtud.

De estas consideraciones nacen las otras reglas.

REGLA 2.ª

Para conjeturar cuál será la conducta de una persona en un caso dado, es preciso conocer su inteligencia, su índole, carácter, moralidad, intereses y cuanto puede influir en su determinación.

El hombre, aunque dotado de libertad de albedrío, no deja de estar sujeto á una muchedumbre de influencias que contribuyen poderosamente á decidirle. El olvido de una sola circunstancia nos puede llevar al error. Así, suponiendo que un hombre está en un compromiso de que le es difícil salir sin faltar á sus deberes, parece á primera vista que, en sabiendo cuál es su moralidad, y cuáles los obstáculos que á la sazón median para obrar conforme á ella, tenemos datos bas-

tantes para pronosticar sobre el éxito. Pero entonces no llevamos en cuenta una cualidad que influye sobremanera en casos semejantes: la firmeza de carácter. Este olvido podrá hacer muy bien que defraude nuestras esperanzas un hombre virtuoso, y las exceda el malo; pues que, para sacar airosa la virtud en circunstancias apuradas, sirve admirablemente el que obren en su favor pasiones enérgicas. Un alma de temple fuerte y brioso se exalta y cobra nuevo aliento á la vista del peligro; en el cumplimiento del deber se interesa entonces el orgullo, y un corazón que naturalmente se complace en superar obstáculos y arrostrar riesgos, se siente más osado y resuelto cuando se halla animado por el grito de la conciencia. El ceder es debilidad; el volver atrás, cobardía, el faltar al deber es manifestar miedo, es someterse á la afrenta. El hombre de intención recta y corazón puro, pero pusilánime, mirará las cosas con ojos muy diferentes. «Hay un deber que cumplir, es verdad, pero trae consigo la muerte de quien lo cumpla, y la orfandad de la familia. El mal se hará también de la misma manera; quizás, quizás los desastres serán mayores. Es necesario dar al tiempo lo que es suyo: la entereza no ha de convertirse en terquedad; los deberes no han de considerarse en abstracto; es preciso atender á todas las circunstancias; las virtudes dejan de serlo si no andan regidas por la prudencia.» El buen hombre ha encontrado, por fin, lo que buscaba: un parlamentario entre el bien y el mal; el miedo con su propio traje no servía para el caso; pero ya se ha vestido de prudencia: la transacción no se hará esperar mucho.

He aquí un ejemplo bien palpable, y, por cierto, nada imaginario, de que es preciso atender á todas las circunstancias del individuo que se ha de juzgar. Desgraciadamente el conocimiento de los hombres es uno de los estudios más difíciles; y, por lo mismo, es tarea espinosa el recoger los datos precisos para acertar.

REGLA 3.ª

Debemos cuidar mucho de despojarnos de nuestras ideas y afecciones, y guardarnos de pensar que los demás obrarán como obraríamos nosotros.

La experiencia de cada día nos enseña que el hombre se inclina á juzgar de los demás tomándose por pauta á sí mismo. De aquí han nacido los proverbios «quien mal no hace, mal no piensa»; y «piensa el ladrón que todos son de su condición». Esta inclinación es uno de los mayores obstáculos para encontrar la verdad en todo lo concerniente á la conducta de los hombres; ella expone con frecuencia al virtuoso á ser presa de los amaños del malvado, y dirige á menudo contra probada honradez, y quizás acendrada virtud, los tiros de la maledicencia.

La reflexión, ayudada por costosos desengaños, cura á veces este defecto, origen de muchos males privados y públicos; pero su raíz está en el entendimiento y corazón del hombre, y es preciso estar siempre alerta, si no se quiere que retoñen las ramas.

La razón de este fenómeno no será difícil explicarla En la mayor parte de sus raciocinios procede el hombre por analogía. «Siempre ha sucedido esto, luego ahora sucederá también.» «Comunmente después de tal hecho sobreviene tal otro, luego lo mismo acontecerá en la actualidad.» De aquí dimana que, tan pronto como se ofrece la ocasión de formar juicio, apelamos á la comparación; si un ejemplo apoya nuestra manera de opinar, nos afirmamos más en ella; y, si la experiencia nos suministra muchos, sin esperar más pruebas damos la cosa por demostrada. Natural es que, necesitando comparaciones, las busquemos en los objetos más conocidos y con los cuales nos hallamos más familiarizados; y como, en tratándose de juzgar ó conjeturar sobre la conducta ajena, hemos menester calcular sobre los motivos que influyen en la determinación de la voluntad, atendemos, sin advertirlo si-

quiera, á lo que solemos hacer nosotros, y prestamos á los demás el mismo modo de mirar y apreciar los objetos.

Esta explicación, tan sencilla como fundada, señala cumplidamente la razón de la dificultad que encontramos en despojarnos de nuestras ideas y sentimientos, cuando así lo reclama el acierto en los juicios que formamos sobre la conducta de los demás. Quien no está acostumbrado á ver otros usos que los de su país, tiene por extraño cuanto de ellos se desvía, y, al dejar por primera vez el suelo patrio, se sorprende á cada novedad que descubre. Lo propio nos sucede en el asunto de que tratamos: con nadie vivimos más íntimamente que con nosotros mismos; y hasta los menos amigos de concentrarse tienen por necesidad una conciencia muy clara del curso que ordinariamente siguen su entendimiento y voluntad. Preséntase un caso, y, no atendiendo á que aquello pasa en el ánimo de los otros, como si dijésemos en tierra extranjera, nos sentimos naturalmente llevados á pensar que deberá de suceder allí lo mismo á corta diferencia que hemos visto en nuestra patria. Y ya que he comenzado comparando, añadiré que, así como los que han viajado mucho no se sorprenden por ninguna diversidad de costumbres, y adquieren cierto hábito de acomodarse á todo sin extrañeza ni repugnancia, así los que se han dedicado al estudio del corazón y á la observación de los hombres, son más diestros en despojarse de su manera de ver y sentir, y se colocan más fácilmente en la situación de los otros, como si dijéramos que cambian de traje y de tenor de vida, y adoptan el aire y las maneras de los naturales del nuevo país. (7)

CAPITULO VIII

De la autoridad humana en general.

§ I

Dos condiciones necesarias para que sea valedero un testimonio.

No siempre nos es dable adquirir por nosotros mismos el conocimiento de la existencia de un ser, y entonces nos es preciso valernos del testimonio ajeno. Para que esto no nos induzca á error, son necesarias dos condiciones: 1.ª, que el testigo no sea engañado; 2.ª, que no nos quiera engañar. Es evidente que, faltando cualquiera de estos dos extremos, su testimonio no sirve para encontrar la verdad. Poco nos importa que quien habla la conozca, si sus palabras nos expresan el error; y la veracidad y buena fe tampoco nos aprovechan, si quien las posee está engañado.

§ II

Examen y aplicaciones de la primera condición.

Conocemos si el testigo ha sido engañado ó no, atendiendo á los medios de que ha podido disponer para alcanzar la verdad: y en estos medios comprendo también su capacidad y demás cualidades personales que le hacen más ó menos apto para el efecto.

Al referírsenos algún hecho, cuando el narrador no es testigo ocular, á veces la buena educación no permite preguntar quién lo ha contado; pero la buena lógica prescribe atender siempre á esta circunstancia, y no prestar ligeramente asenso sin haberla tenido presente.

Atravieso un país que me es desconocido, y oigo la siguiente proposición: «éste es el año de mejor cosecha

que de mucho tiempo acá se ha visto en esta comarca.» La primero que debo hacer es parar la atención en la persona que así lo dice. ¿Es un hombre anciano, rico propietario de la tierra, establecido en sus mismas posesiones, aficionado á recoger noticias y formar estados comparativos? No puedo dudar que quien habla debe de saberlo muy bien; pues que su interés, profesión, inclinaciones particulares y larga experiencia le proporcionan cuantos medios son deseables para formar juicio acertado. ¿Es un hijo del mismo propietario, que sólo se llega á las posesiones de su padre para divertirse ó sacar dinero; que, distraído por la vida de las ciudades, se cuida muy poco de lo que pasa en los campos? Bien podrá saberlo por habérselo oído á su padre; pero, si esta última circunstancia falta, el testimonio es poco seguro. ¿Es un viajero que recorre de vez en cuando aquel país, por negocios que nada tienen que ver con la agricultura? Su palabra merece poca fe, porque son escasos los medios que ha tenido para cerciorarse de lo que afirma; su proposición podrá ser echada á la ventura.

En una reunión se cuenta que el ingeniero N. acaba de idear una nueva máquina para tal ó cual producto, y que su invención lleva ventaja á cuantas se han conocido hasta ahora. El testigo es ocular.—¿Quién lo refiere?—Es un caballero de la misma profesión, muy acreditado en ella, que ha viajado mucho para ponerse al nivel de los últimos adelantos en maquinaria, comisionado repetidas veces, ya por el gobierno, ya por sociedades de fabricantes, para comparar diferentes sistemas de construcción y elaboración: el juez es competente; no es fácil haya sido engañado por un charlatán cualquiera.—El testigo es un fabricante que tiene invertidos grandes capitales en maquinaria, y se propone invertir muchos más; posee algunos conocimientos en el ramo, pues que su interés propio le llama la atención hacia este punto, y cuenta con bastantes años de experiencia. El testimonio no es despreciable, pero ha perdido mucho de las cualidades del primero No

conoce por principios la mecánica; habrá visto algunos establecimientos, mas no los necesarios para poder comparar la invención con los demás sistemas conocidos; el maquinista sabía que las arcas no estaban vacías; tenía un interés en que se formase alto concepto de la invención; hay, pues, bastante peligro de que el mérito sea exagerado, hasta podrá ser muy mediano, y quizás nulo.

Una mujer de veracidad probada, pero de imaginación ardiente y viva, y, además, muy crédula en asuntos de carácter extraordinario y misterioso, refiere con el tono de la mayor certeza, y con el lenguaje y ademán de una impresión reciente, que en la noche anterior ha oído en su casa un ruido espantoso; que, habiéndose levantado, ha visto el resplandor de algunas luces en partes del edificio en las que no habita nadie; y que repetidas veces han resonado con toda claridad voces desconocidas, ya cual gemidos de dolor, ya cual aullidos de desesperación, ya cual aterradoras amenazas. La testigo habrá sido engañada. Es probable que, estando profundamente dormida, algún gato que andaría ocupado en sus ordinarias tareas de hurto ó caza, habrá derribado algún trasto con estrepitoso fracaso. La buena señora, que quizá conciliaría difícilmente el sueño, agitada por espectros y fantasmas, despierta al retumbante ruido; levántase despavorida; corre presurosa de una á otra parte; ve en los aposentos desiertos alguna luz, por la sencilla razón de que nadie cuidó de cerrar las ventanas y por ellas penetran los rayos de la luna; por fin, llegan á sus oídos las voces misteriosas, que no debieron de ser más que los silbidos del viento, los crujidos de alguna puerta mal segura, y tal vez el remoto maullo del malandrín que, salido por la buhardilla, se va á trabar refriegas por la vecindad, sin pensar que sus maldades tienen en congojosa cuita á su dueña y bienhechora.

Así discurriría un buen pensador, sin decidirse, por esto, á creer ó dejar de creer, pero inclinándose algo más á lo segundo que á lo primero; cuando he aquí que

llega á la reunión el marido de la señora espantada. Es hombre que frisa en los cincuenta, que ha tenido tiempo de perder el miedo en largos años de carrera militar, no escasea de conocimientos, y, retirado ahora, vive entregado á sus negocios y á sus libros, dejando que su mujer delire á mansalva. La vista de los circunstantes se dirige naturalmente al recién llegado, y todos desean saber de su boca la impresión que le causara la medrosa aventura. «En verdad, señores, dice, que no sé qué diablos teníamos esta noche en casa. Ocupado en despachar unos papeles que me corrían prisa, no me había acostado todavía, cuando he aquí que á eso de las doce oigo un estrépito tal, que me creí que la casa se nos venía encima. Lo que es gato no podía ser, porque era imposible que hiciese tal estrépito; y, además, esta mañana nada se ha encontrado ni dislocado ni roto. Eso de las luces, yo no las he visto; pero que resonaron unas voces tan tremebundas, que casi, casi me habrían metido el miedo en el cuerpo, es positivo. Veremos si la zambra se repite; yo me temo que se nos ha querido jugar una treta. Desearía sorprender á los actores representando su papel.» Desde entonces la cuestión cambia de aspecto: lo que antes era improbable, ha pasado á ser creíble; el hecho será verdadero; sólo falta aclarar su naturaleza.

§ III

Examen y aplicaciones de la segunda condición.

Si conviene precaverse contra el engaño que inocentemente puede haber sufrido el narrador, no importa menos estar en guarda contra la falta de veracidad. Para este efecto será bien informarse de la opinión que en este punto disfruta la persona, y, sobre todo, examinar si alguna pasión ó interés le impelen á mentir. ¿Qué caso puede hacerse de quien pinta prodigiosos hechos de armas de los cuales espera grados, empleos y condecoraciones? Está bien claro el partido que tomará el especulador, si no está dominado por princi-

pios de rígida moral y caballerosa delicadeza. Así, quien refiere acontecimientos en cuya verdad ó apariencia tiene grande interés, es testigo sospechoso; prestarle crédito sobre su palabra, fuera proceder muy de ligero.

Cuando tratamos de calcular la probabilidad de un suceso que no sabemos sino por el testimonio de otros, es preciso atender simultáneamente á las dos condiciones explicadas: conocimiento y veracidad. Pero, como en muchos casos, á más del testimonio, tenemos algunos datos para conjeturar sobre la probabilidad de lo que se nos cuenta, es necesario hacerlos entrar en combinación para decidirnos con menos peligro de errar. Por lo común, hay muchas cosas á que atender, en lo cual enseñarán más los ejemplos que las reglas

Un general da parte de una brillante victoria que acaba de conseguir; el enemigo, por supuesto, era superior en fuerzas, ocupaba posiciones muy ventajosas, pero ha sido arrollado en todas direcciones, y sólo una precipitada fuga le ha librado de dejar en manos del vencedor numerosos prisioneros. La pérdida del general ha sido insignificante en comparación de la del enemigo: algunas compañías que, llevadas de su ardor, se habían adelantado en demasía, viéronse envueltas por cuadruplicadas fuerzas y tuvieron algunos momentos de conflicto; pero, merced á la bizarría de los jefes y acertadas disposiciones del general, pudiéronse replegar con el mayor orden, sin más resultado que extraviarse un reducido número de soldados.

¿Qué concepto formaremos de la acción? Para que se vea cuánta circunspección es necesaria, si se desea acertar en los juicios, y con la mira de ofrecer ejemplos que sirvan de norma en otros casos, detallaremos las muchas circunstancias á que es preciso atender.

¿Es conocido el general? ¿Tiene reputación de veraz y modesto, ó pasa plaza de fanfarrón? ¿Cuáles son sus dotes militares? ¿Qué subalternos le auxilían? ¿Sus tropas gozan fama de valor y disciplina? ¿Se han distinguido en otras acciones, ó están desacreditadas por

frecuentes derrotas? ¿Con qué enemigo ha tenido que habérselas? ¿Cuál era el objeto de la expedición del general? ¿Lo ha conseguido, ó no? En el parte hay una cláusula que dice: «sé de positivo que la plaza N. puede todavía sostenerse algunos días. Así, no he creído necesario precipitar las operaciones, mayormente cuando la situación del soldado, rendido de hambre y fatiga, reclamaba imperiosamente algún descanso. El convoy queda asegurado en la ciudad M., á donde me he replegado, abandonando al enemigo unas posiciones que me eran inútiles, y dejándole que se cebase en una porción de víveres que en el ardor de la refriega cayeron en su poder, á causa de un desorden momentáneo, que se debió al miedo de los bagajeros.» El negocio presenta mal aspecto; á pesar de todos los rodeos, se conoce que el vencedor ha perdido una parte del convoy, y no ha podido pasar con lo restante.

¿Qué trofeos nos presenta en testimonio de su victoria? No ha cogido prisioneros, y él confiesa algunos extraviados; aquellas compañías demasiado adelantadas sufrieron algunos momentos de conflicto, y fueron envueltas por fuerzas cuadruplicadas; todo esto significa que hubo en aquella parte un «sálvese quien pueda» y que el enemigo no dejó de hacer presa.

¿Cuáles son las noticias que vienen del lugar donde se ha replegado el general? Es posible que las cartas serán tristes, y que traerán descripciones aflictivas sobre el desorden en que entró la tropa, y la disminución del convoy

¿Qué dicen los partidarios del enemigo? ¡Ah! esto acaba de aclarar el misterio; se han echado las campanas á vuelo en el punto P., y han entrado muchos prisioneros; los enemigos se han presentado orgullosos en presencia de la plaza sitiada, cuyos apuros son cada día mayores.

¿Qué está haciendo el general vencedor? Se mantiene en inacción, y se añade que ha pedido refuerzos: la brillante victoria habrá sido, pues, una insigne derrota.

§ IV

Una observación sobre el interés en engañar.

Casos hay en que, por interesado que parezca el narrador en faltar á la verdad, no es probable que lo haya hecho, porque, descubierta en breve la mentira, sin recurso para paliarla, se convertiría contra él de una manera ignominiosa.

La experiencia nos enseña que no hay que fiar de ciertas relaciones militares que no pueden ser contradichas luego, con toda claridad y con presencia de datos positivos, que produzcan completa evidencia. Las mayores ó menores fuerzas del enemigo, el orden ó la dispersión con que tal ó cual parte de su ejército emprendió la retirada, el número de muertos ó heridos, lo más ó menos favorable de algunas posiciones atendida la situación de los combatientes, lo más ó menos intransitable de los caminos, y otras cosas por este tenor, ¿cómo las puede aclarar bien el público? Cada cual refiere las cosas á su modo, según sus noticias, intereses ó deseos; y los mismos que saben la verdad son quizás los primeros en obscurecerla haciendo circular las más insignes falsedades. Los que llegan á desembarazarse del enredo y á ver claro en el negocio, ó callan, ó se hallan impugnados por mil y mil á quienes importa sostener la ilusión; y la mancha que cae sobre los embaucadores, nunca es tan ignominiosa que no consienta algún disfraz. Pero, suponed que un general que está sitiando una plaza, y nada puede contra ella, tiene la impudencia de enviar un pomposo parte al gobierno anunciándole que la ha tomado por asalto y están en su poder los restos de la guarnición que no han perecido en la refriega; á pocos días sabrá el gobierno, sabrá el público, sabrá el mismo ejército que el general ha mentido de una manera tan escandalosa; y la burla y la afrenta que caerán sobre el impostor le harán pagar cara su gloria de momento.

De aquí es que en semejantes casos el buen sentido

del público suele preguntar si el parte es oficial; y, si lo es, por más que no haga caso de las circunstancias con que se procura realzar el hecho, no obstante, presta crédito á la existencia de él. Hasta es de notar que, cuando en gravísimos apuros se miente de una manera escandalosa con la mira de alentar por algunas horas más y dar lugar al tiempo, rara vez se inventa un parte nombrando personas; se apela á las fórmulas de «sabemos de positivo», «un testigo de vista acaba de referirnos» y otras semejantes; se suponen oficios recibidos que se imprimirán luego, se ordenan regocijos públicos, etc.; pero siempre se suele dejar un camino abierto para que la mentira no choque demasiado de frente con el buen sentido, se tiene cuidado en no comprometer el nombre de personas determinadas; en una palabra, hasta reinando la mayor desfachatez, se guardan siempre algunas consideraciones á la conciencia pública.

Para dejar, pues, de prestar crédito á una relación, no basta objetar que el narrador está interesado en faltar á la verdad; es necesario considerar si las circunstancias de la mentira son tan desgraciadas, que poco después haya de ser descubierta en toda su desnudez, sin que le quede al engañador la excusa de que se había equivocado ó le habían mal informado. En estos casos, por poca que sea la categoría de la persona, por poca estimación de sí misma que se le pueda suponer, mayormente cuando el asunto pasa en público, es prudente darle crédito, si de esto no puede resultar ningún daño. Será dable salir engañado; pero la probabilidad está en contra, y en grado muy superior.

§ V

Dificultades para alcanzar la verdad, en mediando mucha distancia de lugar ó tiempo.

Si es tan difícil encontrar la verdad cuando los sucesos son contemporáneos y se realizan en nuestro propio país, ¿qué diremos de lo que pasa á larga dis-

tancia de lugar ó tiempo, ó de uno y otro? ¿Cómo será posible sacar en limpio la verdad de manos de viajeros ó historiadores? Por más desconsolador que sea, es preciso confesarlo: quien haya observado de qué modo se abulta, y se exagera, y se disminuye, y se desfigura, y se trastorna de arriba abajo lo mismo que estamos viendo con nuestros ojos, ha de sentirse por necesidad muy decorazonado al abrir un libro de historia ó de viajes, ó al leer los periódicos, particularmente los extranjeros.

Quien vive en el mismo tiempo y país de los acontecimientos, tiene muchos medios para evitar el error: ó ve las cosas por sí mismo, ó lee y oye muy diferentes relaciones, que puede comparar entre sí; y, como está en datos sobre los antecedentes de las personas y de las cosas, como trata continuamente con hombres de opuestos intereses y opiniones, como sigue de cerca el curso de la totalidad de los sucesos, no le es imposible, á fuerza de trabajos y discreción, el aclarar en algunos puntos la verdad. Pero, ¿qué será del desgraciado lector que mora allá en lejanos países, y quizás á larga distancia de siglos, y no tiene otro guía que el periódico ú obra que por casualidad encuentra en un gabinete de lectura, ó en una biblioteca, ó que habrá adquirido por haber visto recomendados en alguna parte aquellos escritos, ú oído elogios de quien presumía entenderlo.

Tres son los conductos por los cuales solemos adquirir conocimiento de lo que pasa en tiempos y lugares distantes: los periódicos, las relaciones de los viajeros, y las historias. Diré cuatro palabras sobre cada uno de ellos. (8)

CAPITULO IX

Los periódicos.

§ I

Una ilusión.

Creen algunos que, con respecto á los países donde está en vigor la libertad de imprenta, no es muy difícil encontrar la verdad, porque, teniendo todo linaje de intereses y opiniones algún periódico que les sirve de órgano, los unos desvanecen los errores de los otros, brotando del cotejo la luz de la verdad. «Entre todos lo saben todo, lo dicen todo; no se necesita más que paciencia en leer, cuidado en comparar, tino en discernir y prudencia en juzgar.» Así discurren algunos. Yo creo que esto es pura ilusión; y lo primero que asiento es que, ni con respecto á las personas ni á las cosas, los periódicos no lo dicen todo, ni con mucho, ni aun aquello que saben bien los redactores, hasta en los países más libres.

§ II

Los periódicos no lo dicen todo sobre las personas.

Estamos presenciando á cada paso que los partidarios de lo que se llama una notabilidad, la ensalzan con destemplados elogios; mientras sus adversarios le regalan á manos llenas los dictados de ignorante, estúpido, inhumano, sanguinario, tigre, traidor, monstruo, y otras lindezas por este estilo. El saber, los talentos, la honradez, la amabilidad, la generosidad y otras cualidades que le atribuían al héroe los escritores de su devoción, quedan en verdad algo ajadas con los cum-

plimientos de sus enemigos; pero, al fin, ¿qué sacáis en limpio de esta baraúnda? ¿Qué pensará el extranjero que ha de decidirse por uno de los extremos, ó adoptar un justo medio á manera de árbitro arbitrador? El resultado es andar á tientas, y verse precisado ó á suspender el juicio, ó á caer en crasos errores. La carrera pública del hombre en cuestión no siempre está señalada por actos bien caracterizados; y, además, lo que haya en ellos de bueno ó malo, no siempre es bien claro si debe atribuirse á él ó á sus subalternos.

Lo curioso es que á veces, entre tanta contienda, la opinión pública en ciertos círculos, y quizás en todo el país, está fijada sobre el personaje; de suerte que no parece sino que se miente de común acuerdo. En efecto: hablad con los hombres que no carecen de noticias; quizás con los mismos que le han declarado más cruda guerra: «lo que es talento, oiréis, nadie se lo niega; sabe mucho y no tiene malas intenciones; pero, ¿qué quiere V.?.... se ha metido en eso, y es preciso desbancarle; yo soy el primero en respetarle como á persona privada; y ojalá que nos hubiese escuchado á nosotros; nos hubiera servido mucho, y habría representado un papel brillante.» ¿Veis á ese otro tan honrado, tan inteligente, tan activo y enérgico, que, al decir de ciertos periódicos, él, y sólo él, puede apartar á la patria del borde del abismo? Escuchad á los que le conocen de cerca, y tal vez á sus más ardientes defensores. «Que es un infeliz, ya lo sabemos; pero al fin es hombre que nos conviene, y de alguien nos hemos de valer. Se le acusa de impuros manejos: esto, ¿quién lo ignora? En el banco A tiene puestos tales fondos, y ahora va á hacer otro tanto en el banco B. En verdad que roba de una manera demasiado escandalosa; pero, mire V., esto es ya tan común..... y, además, cuando le acusan nuestros adversarios, no es menester que uno le deje en las astas del toro. ¿No sabe V. la historia de ese hombre? Pues yo le voy á contar á V. su vida y milagros.....» Y se os refieren sus aventuras, sus altos y bajos, y sus maldades ó miserias, ó nece-

dades, y desde entonces ya no padecéis ilusión, y juzgáis en adelante con seguridad y acierto.

Estas proporciones no las disfrutan por lo común los extranjeros, ni los nacionales que se contentan con la lectura de los periódicos, y así, creyendo que la comparación de los de opuestas opiniones les aclara suficientemente la verdad, se forman los más equivocados conceptos sobre los hombres y las cosas.

El temor de ser denunciados, de indisponerse con determinadas personas, el respeto debido á la vida privada, el decoro propio y otros motivos semejantes impiden á menudo á los periódicos el descender á ciertos pormenores y referir anécdotas que retratan al vivo al personaje á quien atacan; sucediendo á veces que con la misma exageración de los cargos, la destemplanza de las invectivas, y la crueldad de las sátiras, no le hacen, ni con mucho, el daño que se le podría hacer con la sencilla y sosegada exposición de algunos hechos particulares

Los escritores distinguen casi siempre entre el hombre privado y el hombre público; esto es muy bueno en la mayor parte de los casos, porque de otra suerte la polémica periodística, ya demasiado agria y descompuesta, se convirtiera bien pronto en un lodazal donde se revolverían inmundicias intolerables; pero esto no quita que la vida privada de un hombre no sirva muy bien para conjeturar sobre su conducta en los destinos públicos. Quien en el trato ordinario no respeta la hacienda ajena, ¿creéis que procederá con pureza cuando maneje el erario de la nación? El hombre de mala fe, sin convicciones de ninguna clase, sin religión, sin moral, ¿creéis que será consecuente en los principios políticos que aparenta profesar, y que en sus palabras y promesas puede descansar tranquilo el gobierno que se vale de sus servicios? El epicúreo por sistema, que en su pueblo insultaba sin pudor el decoro público, siendo mal marido y mal padre, ¿creéis que renunciará á su libertinaje cuando se vea elevado á la magistratura, y que de su corrupción y procacidad

nada tendrán que temer la inocencia y la fortuna de los buenos, nada que esperar la insolencia y la injusticia de los malos? Y nada de esto dicen los periódicos, nada pueden decir, aunque les conste á los escritores, sin ningún género de duda.

§ III

Los periódicos no lo dicen todo sobre las cosas.

Hasta en política, no es verdad que los periódicos lo digan todo. ¿Quien ignora cuánto distan por lo común las opiniones que se manifiestan en amistosa conversación de lo que se expresa por escrito? Cuando se escribe en público, hay siempre algunas formalidades que cubrir y muchas consideraciones que guardar; no pocos dicen lo contrario de lo que piensan, y hasta los más rígidos en materia de veracidad se hallan á veces precisados, ya que no á decir lo que no piensan, al menos á decir mucho menos de lo que piensan. Conviene no olvidar estas advertencias, si se quiere saber algo más en política de lo que anda por ese mundo como moneda falsa de muchos reconocida, pero recíprocamente aceptada, sin que por esto se equivoquen los inteligentes sobre su peso y ley. (9)

CAPÍTULO X

Relaciones de viajes.

§ I

Dos partes muy diferentes en las relaciones de viajes.

En esta clase de escritos deben distinguirse dos partes: las descripciones de objetos que ha visto ó escenas que ha presenciado el viajero, y las demás noticias y observaciones de que llena su obra. Por lo tocante á lo primero, conviene recordar lo que se ha dicho sobre la

veracidad; añadiéndose dos advertencias: 1.ª, que la desconfianza de la fidelidad de los cuadros debe guardar alguna proporción con la distancia del lugar de la escena, por aquello: «de luengas tierras, luengas mentiras»; 2.ª, que los viajeros corren riesgo de exagerar, desfigurar y hasta fingir, haciendo formar ideas muy equivocadas sobre el país que describen, por el vanidoso prurito de hacerse interesantes, y de darse importancia, contando peregrinas aventuras.

En cuanto á las demás noticias y observaciones, no es dable reducir á reglas fijas el modo de distinguir la verdad del error, mayormente siendo imposible esta tarea en muchísimos casos. Pero será bien presentar reflexiones que llenen de algún modo el vacío de las reglas, inspirando prudente desconfianza y manteniendo en guarda á los inexpertos é incautos.

§ II

Origen y formación de algunas relaciones de viajes.

¿Cómo se hacen la mayor parte de los viajes? Pasando no más que por los lugares más famosos, deteniéndose algún tanto en los puntos principales, y atravesando el país intermedio tan rápidamente como es posible, pues á ello instigan tres causas poderosas: ahorrar tiempo, economizar dinero y disminuir la molestia. Si el país es culto, con buenos caminos, con canales, ríos y costas de pronta navegación, el viajero salta de una capital á otra disparándose como una flecha; dormitando con el mecimiento del coche ó de la nave, y asomando la cabeza por la portezuela para recrearse con la vista de algún bello paisaje, ó paseándose sobre cubierta contemplando las orillas del río cuya corriente le arrebata. Resulta de ahí que todo el país intermedio queda completamente desconocido, en cuanto concierne á ideas, religión, usos y costumbres. Algo ve sobre la calidad del terreno y los trajes de los moradores, porque ambos objetos se le ofrecen á los ojos; pero hasta en estas cosas, si el viajero no es cauto y preten-

de hablar en general, podrá dar á sus lectores las noticias más falsas y extravagantes. Si de aquí á algunos años logramos navegar por el Ebro desde Zaragoza á Tortosa, el viajero que pintase el terreno y los trajes de Aragón y Cataluña ateniéndose á lo que hubiese visto en la ribera del río, por cierto que les proporcionaría á sus lectores copia desbaratada.

Ahora reflexione el aficionado á relaciones de viajes el caso que debe hacer de las detalladas noticias sobre un país de muchos millares de leguas cuadradas, descrito por un viajero que le ha observado de la susodicha manera. «El que lo ha visto de cerca lo dice; así será sin asomo de duda»: de esta suerte hablas, oh crédulo lector, pensando que en recoger aquellas noticias ha puesto tu guía gran trabajo y cuidado; pues yo te diré lo que podría muy bien haber sucedido, y otra vez no te dejarás engañar con tanta facilidad.

Llegado el viajero á la capital, tal vez con escaso conocimiento de la lengua y quizás con ninguno, habrá andado atolondrado y confuso algunos días en el laberinto de calles y plazas, desplegando á menudo el plano de la ciudad, preguntando á cada esquina, y saliendo del paso del mejor modo posible, para encontrar la oficina de pasaportes, la casa de la embajada, y los sujetos para quienes lleva carta de recomendación. Este tiempo no es muy á propósito para observar; y, si á ratos toma coche para librarse del cansancio y evitar extravío, tanto peor para los apuntes de su cartera: todo desfila á sus ojos con mucha rapidez, como en linterna mágica las ilusiones de los cuadros; recogerá muy gratas sensaciones, pero no muchas noticias. Viene en seguida la visita de los principales edificios, monumentos, bellezas y preciosidades cuyo índice encuentra en la *guía;* y, ó la capital no ha de ser de las mayores, ó se le han pasado muchos días en la expresada tarea. La estación se adelanta, es preciso todavía visitar otras ciudades, acudir á los baños, presenciar tal ó cual escena en un punto lejano; el viajero ha de tomar la posta y correr á ejecutar en otra parte lo que

acaba de practicar allí. Á los pocos meses de su partida del suelo natal, está ya de vuelta, y ordena durante el invierno sus apuntes, y en la primavera se halla de venta un abultado tomo sobre el viaje. Agricultura, artes, comercio, ciencia, política, ideas populares, religión, usos y costumbres, carácter, todo lo ha observado de cerca el afortunado viajero; en su libro se halla la estadística universal del país; creedle sobre su palabra, y podréis ahorraros el trabajo de salir de vuestro gabinete sin que ignoréis los más pequeños y delicados pormenores.

¿Cómo ha podido adquirir tanta copia de noticias? Un Argos no bastara para ver y notar tanto en tan breve tiempo, y, además, ¿cómo habrá sabido lo que pasaba allí donde no ha estado, es decir, á centenares de leguas á derecha é izquierda de la carretera, canal ó río por donde viajaba? Helo aquí. Cuando, al dar los primeros rayos del sol á la portezuela del coche, se habrá dispertado, y bostezando, y desperezándose, habrá echado una ojeada sobre el país, que no se parece ya á lo que era el de la noche, cruzando y arreglando las piernas con el caballero de en frente, habrá trabado quizás la siguiente conversación: ¿V. conoce el país este?—Un poco.—El pueblo aquel ¿cómo se llama?—Si mal no me acuerdo es N.—¿Los principales productos del país? — N. — ¿La industria? — N. — ¿Carácter? — Flemático como el postillón. — ¿Riqueza? — Como judíos.

Entre tanto llega el coche al parador, el de las respuestas se marcha quizás sin despedirse, y sus informes, que se ignora de quién sean, figurarán cual datos positivos entre los apuntes del observador, que tendrá la humorada de afirmar que cuenta lo que ha visto.

Pero, como estos recursos no son suficientes y dejarían muy incompleta la descripción, recogerá cuidadosamente los trajes extraños, los edificios irregulares, las danzas grotestas que se le hayan ofrecido al paso, y heos aquí un cuadro de costumbres generales que nada dejará que desear. Sin embargo, aun hay otra

mina que explotará el viajero, y de donde sacará tal vez el principal tesoro. En los periódicos y en las *guías* encontrará en crecido número las noticias que ha menester para formar su estadística; y con los datos que de allí saque, puestos en orden diferente, intercalando alguna cosa de lo que ha visto ú oído ó conjeturado, resultará un todo que se hará circular como fruto de los trabajos investigadores del viajero, y en substancia no será más, en su mayor parte, que cuentos de un cualquiera, y traducciones y plagios de periódicos y obras.

Para que no se extrañe la severidad con que trato á los autores de *viajes*, sin que por esto me proponga rebajar el mérito dondequiera que se halle, bastará recordar las necedades y disparates que han publicado algunos extranjeros que han viajado por España. Lo que á nosotros nos ha sucedido, puede muy bien acontecer á otros pueblos: saliendo bien ó malparados, aplaudidos con exageración, ó criticados con injusticia, según el humor, las ideas, y otras cualidades del ligero pintor que se empeñaba en sacar copia de originales que no había visto.

§ III

Modo de estudiar un país.

La razón y la experiencia enseñan que, para formar cabal concepto de una pequeña comarca y poderla describir tal como es, bajo el aspecto material y moral, es necesario estar familiarizado con la lengua, pasar allí larga temporada, abundar de relaciones, estar en trato continuo, sin cansarse de preguntar y observar. No creo que haya otro medio de adquirir noticias exactas y formar acertado juicio; lo demás es andarse en generalidades y llenarse la cabeza de errores é inexactitudes. Hasta que se estudien los países de esta manera, hasta que se forme de esta suerte su estadística material y moral, no serán bien conocidos. Estarán pintados en los libros como en los mapas muy pequeños que nos ofrecen á la vista dilatadas regiones: todo está cu-

bierto de nombres, y de círculos, y de crucecitas, y de cordilleras de montañas, y de corrientes de ríos; pero medid con el compás las distancias y andaos por el mundo sin otra regla: á menudo creeréis estar muy cerca de una ciudad, de un río, de un monte, que distan, sin embargo, nada menos que cien leguas.

En suma, ¿queréis adquirir noticias exactas sobre un país, y formar de su estado concepto verdadero y cabal? Estudiadlo de la manera sobredicha, ó leed á quien lo hubiere estudiado de esta suerte. Que si no tuviereis proporción para ello, contentaos con cuatro cosas generales que os sacarán airoso de una conversación con vuestros iguales en aquella clase de conocimientos; pero guardaos de asentar sobre estos datos un sistema filosófico, político ó económico; y andad con tiento en lucir vuestra ciencia, si os encontrarais con algún natural del país, y no queréis exponeros á ser objeto de risa. (10)

CAPITULO XI

Historia.

§ I

Medio para ahorrar tiempo, ayudar la memoria, y evitar errores, en los estudios históricos.

El estudio de la historia no es sólo útil, sino también necesario. Los más escépticos no le descuidan; porque, aun cuando no le admitiesen como propio para conocer la verdad, al menos no le desdeñarían como indispensable ornamento. Además, que la duda llevada á su mayor exageración no puede destruir un número considerable de hechos, que es preciso dar por ciertos, si no queremos luchar con el sentido común

Así, uno de los primeros cuidados que deben tenerse en esta clase de estudios, es distinguir lo que hay en ellos de absolutamente cierto. De esta manera se encomienda á la memoria lo que no admite sombra de duda, y queda luego desembarazado el lector para andar clasificando lo que no llega á tan alto grado de certeza, ó es solamente probable, ó tiene muchos visos de falso.

¿Quién dudará que existieron en Oriente grandes imperios, que los griegos fueron pueblos muy adelantados en civilización y cultura, que Alejandro hizo grandes conquistas en el Asia, que los romanos llegaron á ser dueños de una gran parte del mundo conocido, que tuvieron por rival á la república de Cartago, que el imperio de los señores del mundo fué derribado por una irrupción de bárbaros venidos del Norte, que los musulmanes se apoderaron del África septentrional, destruyeron en España el reino de los godos y amenazaron otras regiones de Europa, que en los siglos medios existió el sistema del feudalismo, y mil y mil otros acontecimientos, ya antiguos, ya modernos, de los cuales estamos tan seguros como de que existen Londres y París?

§ II

Distinción entre el fondo del hecho y sus circunstancias Aplicaciones.

Pero, admitidos como indudables cierta clase de hechos, queda anchuroso campo para disputar sobre otros, y desecharlos ó darles crédito; y hasta con respecto á los que no consienten ningún género de duda, pueden espaciarse la erudición, la crítica y la filosofía de la historia, en el examen y juicio de las circunstancias con que los historiadores los acompañan. Es incuestionable que existieron las guerras llamadas púnicas, que en ellas Cartago y Roma se disputaron el imperio del Mediterráneo, de las costas del África, España é Italia, y que al fin salió triunfante la patria de los Escipiones, venciendo á Aníbal y destruyendo la

capital enemiga; pero las circunstancias de aquellas guerras ¿fueron tales como nosotros las conocemos? En el retrato que se nos hace del carácter cartaginés, en el señalamiento de las causas que provocaron los rompimientos, en la narración de las batallas, de las negociaciones y otros puntos semejantes, ¿sería posible que hubiésemos sido engañados? Los historiadores romanos, de quienes hemos recibido la mayor parte de las noticias, ¿no habrán mezclado mucho de favorable á su nación, y de contrario á la rival? Aquí entra la duda, aquí el discernimiento; aquí entra, ora el admitir con recelo y desconfianza, ora el desechar sin reparo, ora el suspender con mucha frecuencia el juicio.

¿Qué sería de la verdad á los ojos de las generaciones venideras, si, por ejemplo, la historia de las luchas entre dos naciones modernas quedase únicamente escrita por los autores de una de las dos rivales? Y esto, sin embargo, lo han publicado los unos en presencia de los otros, corrigiéndose y desmintiéndose recíprocamente, y los acontecimientos se verificaron en época en que abundaban ya de medios de comunicación, y en que era mucho menos fácil sostener falsedades de bulto. ¿Qué será, pues, viniéndonos las narraciones por un conducto solo, y tan sospechoso por interesado; y tratándose de tiempos tan distantes, de comunicaciones tan escasas, y en que no se conocían los medios de publicidad que han disfrutado los modernos?

Mucho se deberá desconfiar también de los griegos cuando nos refieren sus gigantescas hazañas, las matanzas de innumerables persas, sus rasgos de patriotismo heroico, y cien cosas por este tenor. La fe ciega, el entusiasmo sin límites, la admiración por aquel pueblo de increíbles hazañas, allá se queda para los sencillos; que quien conoce el corazón del hombre, quien ha visto con sus propios ojos tanto exagerar, desfigurar y mentir, dice para sí: «el negocio debió de ser grave y ruidoso: parece que, en efecto, no se portaron mal esos griegos; pero, en cuanto á saber el res-

pectivo número de combatientes y otros pormenores, suspendo el juicio hasta que hayan resucitado los persas, y les oiga pintar á su modo los acontecimientos y sus circunstancias.»

Esta regla de prudencia es susceptible de infinitas aplicaciones á lo antiguo y moderno. El lector que de ella se penetre, y no la olvide al leer la historia, dé por seguro que se ahorrará muchísimos errores, y, sobre todo, no desperdiciará tiempo y trabajo en recordar si fueron sesenta ó setenta mil los que murieron en tal ó cual refriega, y si los pobres que anduvieron de vencida, y no pueden desmentir al cronista, eran en número cuadruplicado ó quintuplicado, para su mayor ignominia y afrenta.

§ III

Algunas reglas para el estudio de la historia.

Como la historia no entra en esta obrita sino como uno de tantos objetos que no deben pasarse por alto cuando se trata de la investigación de la verdad, fuera importuno extenderse demasiado en señalar reglas para su estudio; esto, por sí solo, reclamaría un libro de no pequeño volumen; y no conviene gastar un espacio que bien se ha menester para otras cosas. Así, me limitaré á prescribir lo menos que pueda, y con la mayor brevedad que alcance.

REGLA 1.ª

Conforme á lo establecido más arriba (cap. VIII), es preciso atender á los medios que tuvo á mano el historiador para encontrar la verdad, y á las probabilidades de que sea veraz ó no.

REGLA 2.ª

En igualdad de circunstancias, es preferible el testigo ocular.

Por más autorizados que sean los conductos, siempre son algo peligrosos; las narraciones que pasan por mu-

chos intermedios, suelen ser como los líquidos, los que siempre se llevan algo del canal por donde corren. Desgraciadamente abundan mucho en los canales la malicia y el error.

REGLA 3.

Entre los testigos oculares, es preferible, en igualdad de circunstancias, el que no tomó parte en el suceso, y no ganó ni perdió en él. (V. cap. VIII.)

Por más crédito que se merezca César cuando nos refiere sus hazañas, claro es que sus enemigos no los había de pintar pocos y cobardes, ni describirnos sus empresas como demasiado asequibles. Los prodigios de Aníbal, contados por sus mismos enemigos, valen, por cierto, algo más.

¿Cómo vemos narradas las revoluciones modernas? Según las opiniones é intereses del escritor. Un hombre de aventajado talento ha dado á luz una historia del levantamiento y revolución de España en la época de 1808; y, sin embargo, al tratar de las Cortes de Cádiz, al través del lenguaje anticuado y del tono grave y sesudo, bien se trasluce el joven y fogoso diputado de las Constituyentes.

REGLA 4.

El historiador contemporáneo es preferible; teniendo, empero, el cuidado de cotejarle con otros de opiniones é intereses diferentes, y de separar en ambos el hecho narrado, de las causas que se le señalan, resultados que se le atribuyen, y juicio de los escritores.

Por lo común, hay en los acontecimientos algo que descuella, y se presenta á los ojos demasiado de bulto para que pueda negarlo la parcialidad del historiador. En tal caso exagera ó disminuye, echa mano de colores halagüeños ó repugnantes, busca explicaciones favorables, apelando á causas imaginarias, y señalando efectos soñados; pero el hecho está allí, y los esfuerzos del escritor apasionado, ó de mala fe, no hacen más que llamar la atención del avisado lector para que fije

la vista con atención en lo que hay, y no vea ni más ni menos de lo que hay.

Los historiadores apasionados de Napoleón hablarán á la posteridad del fanatismo y crueldad de la nación española, pintándola como un pueblo estúpido que no quiso ser feliz; referirán los mil motivos que tuvo el gran Capitan para entrometerse en los negocios de la Península, y señalarán un millón de causas para explicar lo poco satisfactorio de los resultados. Por supuesto, que llegarán á concluir que por esto no se empañan en lo más mínimo las glorias del héroe. Pero el lector juicioso y discreto descubrirá la verdad, á pesar de todos los amaños para obscurecerla. El historiador no habrá podido menos de confesar á su modo y con mil rodeos que Napoleón, antes de comenzar la lucha, y mientras las fuerzas del Marqués de la Romana le auxiliaban en el Norte, introdujo en España, con palabras de amistad, un numeroso ejército, y se apoderó de las principales ciudades y fortalezas, incluso la capital del reino; que colocó en el trono á su hermano José; y que, al fin, José y su ejército, después de seis años de lucha, se vieron precisados á repasar la frontera. Esto no lo habrá negado el historiador; pues bien, esto basta; píntense los pormenores como se quiera, la verdad se quedará en su lugar. He aquí lo que dirá el sensato lector: «Tú, historiador parcial, defiendes admirablemente la reputación y buen nombre de tu héroe; pero resulta de tu misma narración que él ocupó el país protestando amistad, que invadió sin título, que atacó á quien le ayudaba, que se valió de traición para llevarse al rey, que peleó durante seis años sin ningún provecho. De una parte estaban, pues, la buena fe del aliado, la lealtad del vasallo, y el arrojo y la constancia del guerrero; de otra podían estar la pericia y el valor, pero á su lado resaltan la mala fe, la usurpación y la esterilidad de una dilatada guerra. Hubo, pues, yerros y perfidia en la concepción de la empresa, maldad en la ejecución, razón y heroísmo en la resistencia.

REGLA 5.ª

Los anónimos merecen poca confianza.

El autor habrá tal vez callado su nombre por modestia ó por humildad; pero el público, que lo ignora, no está obligado á prestar crédito á quien le habla con un velo en la cara. Si uno de los frenos más poderosos, cual es el temor de perder la buena reputación, no es todavía bastante para mantener á los hombres en los límites de la verdad, ¿cómo podremos fiarnos de quien carece de él?

REGLA 6.ª

Antes de leer una historia, es muy importante leer la vida del historiador.

Casi me atrevería á decir que esta regla, por lo común tan descuidada, es de las que deben ocupar el lugar más distinguido. En cierto modo se halla contenida en lo que llevo dicho más arriba (cap. VIII); pero no será inútil haberla establecido por separado, siquiera por tener ocasión de ilustrarla con algunas observaciones.

Claro es que no podemos saber qué medios tuvo el historiador para adquirir el conocimiento de lo que narra, ni el concepto que debemos formar de su veracidad, si no sabemos quién era, cuál fué su conducta y demás circunstancias de su vida. En el lugar en que escribió el historiador, en las formas políticas de su patria, en el espíritu de su época, en la naturaleza de ciertos acontecimientas, y no pocas veces en la particular posición del escritor, se encuentra quizás la clave para explicar sus declamaciones sobre tal punto, su silencio ó reserva sobre tal otro; por qué pasó sobre este hecho con pincel ligero, por qué cargó la mano sobre aquél.

Un historiador del revuelto tiempo de la Liga, no escribía de la misma suerte que otro del reinado de Luis XIV; y, trasladándonos á épocas más cercanas, las de la revolución, de Napoleón, de la restauración,

y de la dinastía de Orleans, han debido inspirar al escritor otro estilo y lenguaje. Cuando andaban animadas las contiendas entre los papas y los príncipes, no era por cierto lo mismo publicar una memoria sobre ellas, en Roma, París, Madrid ó Lisboa. Si sabéis dónde salió á luz el libro que tenéis en la mano, os haréis cargo de la situación del escritor; y así, supliréis aquí, cercenaréis allá; en una parte descifraréis una palabra obscura, en otra comprenderéis un circunloquio; en esta página apreciaréis en su justo valor una protesta, un elogio, una restricción; en aquélla adivinaréis el blanco de una confesión, de una censura, ó señalaréis el verdadero sentido á una proposición demasiado atrevida.

Pocos son los hombres que se sobreponen completamente á las circunstancias que los rodean, pocos son los que arrostran un gran peligro por la sola causa de la verdad; pocos son los que en situaciones críticas no buscan una transacción entre sus intereses y su conciencia. En atravesándose riesgo de mucha gravedad, el mantenerse fiel á la virtud es heroísmo, y el heroísmo es cosa rara.

Además, que no siempre puede decirse que haya obrado mal un escritor porque se haya atemperado á las circunstancias, si no ha vulnerado los derechos de la justicia y de la verdad. Casos hay en que el silencio es prudente y hasta obligatorio; y, por lo mismo, bien se puede perdonar á un escritor el que no haya dicho todo lo que pensaba, con tal que no haya dicho nada contra lo que pensaba. Por más profundas que fuesen las convicciones de Belarmino sobre la potestad indirecta, ¿habríais exigido de él que se expresase en París de la misma suerte que en Roma? Esto hubiera equivalido á decirle: «hablad de manera que, tan pronto como el parlamento tenga noticia de vuestra obra, sean recogidos los ejemplares á mano armada, quemado quizás uno de ellos por la mano del verdugo, y vos expulsado de Francia ó encerrado en un calabozo.»

El conocimiento de la posición particular del escri-

tor, de su conducta, moralidad, carácter, y hasta de su educación, ilustra muchísimo al lector de sus obras. Para formar juicio de las palabras de Lutero sobre el celibato, servirá no poco el saber que quien habla es un fraile apóstata, casado con Catalina de Boré; quien haya tenido paciencia para ruborizarse mil veces hojeando las impudentes *confesiones* de Rousseau, será bien poco accesible á ilusiones, cuando el filósofo de Ginebra le hable de filantropía y de moral.

REGLA 7.

Las obras póstumas publicadas por manos desconocidas, ó poco seguras, son sospechosas de apócrifas ó alteradas

La autoridad de un ilustre difunto poco sirve en semejantes casos; no es él quien nos habla, sino el editor, bien seguro de que el interesado no le podrá desmentir

REGLA 8.ª

Historias fundadas en memorias secretas y papeles inéditos; publicaciones de manuscritos en que el editor asegura no haber hecho más que introducir orden, limar frases, ó aclarar algunos pasajes, no merecen más crédito que el debido á quien sale responsable de la obra

REGLA 9.ª

Relaciones de negociaciones ocultas, secretos de Estado, anécdotas picantes sobre la vida privada de personajes célebres, sobre tenebrosas intrigas, y otros asuntos de esta clase, han de recibirse con extrema desconfianza.

Si difícilmente podemos aclarar la verdad de lo que pasa á la luz del sol, y á la faz del universo, poco debemos prometernos tocante á lo que sucede en las sombras de la noche y en las entrañas de la tierra.

REGLA 10.

En tratándose de pueblos antiguos ó muy remotos, es preciso dar poco crédito á cuanto se nos refiera sobre riqueza del país, número de moradores, tesoros de monarcas, ideas religiosas y costumbres domésticas.

La razón es clara: todos estos puntos son difíciles de averiguar; es necesario mucho tiempo de residencia, perfecto conocimiento de la lengua, inteligencia de ramos de suyo muy difíciles y complicados, medios de adquirir noticias exactas sobre objetos ocultos que brindan á la exageración y en que, por parte de los mismos naturales, hay á veces mucha ignorancia, y, hasta sabiéndolo, tienen mil y mil motivos para aumentar ó disminuir. Finalmente, en lo que toca á costumbres domésticas, no se alcanza su exacto conocimiento si no se puede penetrar en lo interior de las familias, viéndolas cómo hablan y obran en la efusión y libertad de sus hogares. (11)

CAPITULO XII

Consideraciones generales sobre el modo de conocer la naturaleza, propiedad y relaciones de los seres.

§ I

Una clasificación de las ciencias.

CONOCIDAS las reglas que pueden guiarnos para conocer la existencia de un objeto, fáltanos averiguar cuáles son las que podrán sernos útiles al investigar la naturaleza, propiedades y relaciones de los seres. Éstos, ó pertenecen al orden de la naturaleza, comprendido en él todo cuanto está sometido á las leyes necesarias de la creación, á los que apellidaremos *naturales*; ó al orden moral, y los nombraremos *morales;* ó al orden de la sociedad humana, que llamaremos *históricos* ó más

propiamente *sociales;* ó al de una providencia extraordinaria, que designaremos con el título de *religiosos.*

No insistiré sobre la exactitud de esta división; confesaré, sin dificultad, que en rigor dialéctico se le pueden hacer algunas objeciones; pero es innegable que está fundada en la misma naturaleza de las cosas, y en el modo con que el entendimiento humano suele distinguir los principales puntos de vista. Sin embargo, para manifestar con mayor claridad la razón en que se apoya, he aquí presentada en pocas palabras la filiación de las ideas.

Dios ha criado el universo y cuanto hay en él, sometiéndole á leyes constantes y necesarias: he aquí el orden natural. Su estudio podría llamarse filosofía natural.

Dios ha criado al hombre, dotándole de razón y de libertad de albedrío; pero sujeto á ciertas leyes que no le fuerzan, mas le obligan: he aquí el orden moral y el objeto de la filosofía moral.

El hombre en sociedad ha dado origen á una serie de hechos y acontecimientos: he aquí el orden social. Su estudio podría llamarse filosofía social, ó, si se quiere, filosofía de la historia.

Dios no está ligado por las leyes que él mismo ha prescrito á las hechuras de sus manos; por consiguiente, puede obrar sobre y contra esas leyes, y así es dable que existan una serie de hechos y revelaciones de un orden superior al natural y social: dê aquí el estudio de la religión ó filosofía religiosa.

Dada la existencia de un objeto, pertenece á la filosofía el desentrañarle, apreciarle y juzgarle: ya que, en la acepción común, esta palabra *filósofo* significa el que se ocupa en la investigación de la naturaleza, propiedades y relaciones de los seres.

§ II

Prudencia científica y observaciones para alcanzarla.

En el buen orden del pensamiento filosófico entra una gran parte de prudencia, muy semejante á la con-

ducta práctica. Esta prudencia es de muy difícil adquisición; es también el costoso fruto de amargos y repetidos desengaños. Como quiera, será bueno tener á la vista algunas observaciones que pueden contribuir á engendrarla en el espíritu.

OBSERVACIÓN 1.ª

La íntima naturaleza de las cosas nos es, por lo común, muy desconocida; sobre ella sabemos poco é imperfecto.

Conviene no echar nunca en olvido esta importantísima verdad. Ella nos enseñará la necesidad de un trabajo muy asiduo, cuando nos propongamos descubrir y examinar la naturaleza de un objeto; dado que lo muy oculto y abstruso no se comprende con aplicación liviana. Ella nos inspirará prudente desconfianza en el resultado de nuestras investigaciones, no permitiéndonos que con precipitación nos lisonjeemos de haber encontrado lo que buscamos. Ella nos preservará de aquella irreflexiva curiosidad que nos empeña en penetrar objetos cerrados con sello inviolable.

Verdad poco lisonjera á nuestro orgullo, pero indudable, certísima á los ojos de quien haya meditado sobre la ciencia del hombre. El Autor de la naturaleza nos ha dado el suficiente conocimiento para acudir á nuestras necesidades físicas y morales, otorgándonos el de las aplicaciones y usos que para este efecto pueden tener los objetos que nos rodean; pero se ha complacido, al parecer, en ocultar lo demás; como si hubiese querido ejercitar el humano ingenio durante nuestra mansión en la tierra, y sorprender agradablemente al espíritu al llevarle á las regiones que le aguardan más allá del sepulcro, desplegando á nuestros ojos el inefable espectáculo de la naturaleza sin velo.

Conocemos muchas propiedades y aplicaciones de la luz, pero ignoramos su esencia; conocemos el modo de dirigir y fomentar la vegetación, pero sabemos muy poco sobre sus arcanos; conocemos el modo de servir-

nos de nuestros sentidos, de conservarlos y ayudarlos, pero se nos ocultan los misterios de la sensación; conocemos lo que es saludable ó nocivo á nuestro cuerpo, pero en la mayor parte de los casos nada sabemos sobre la manera particular con que nos aprovecha ó daña. ¿Qué más? Calculamos continuamente el tiempo, y la metafísica no ha podido aclarar bien lo que es el tiempo; existe la geometría, y llevada á un grado de admirable perfección; y su idea fundamental, la extensión, está todavía sin comprender. Todos moramos en el espacio, todo el universo está en él, le sujetamos á riguroso cálculo y medida; y la metafísica ni la ideología no han podido decirnos aún en qué consiste; si es algo distinto de los cuerpos, si es solamente una idea, si tiene naturaleza propia: no sabemos si es un ser ó nada. Pensamos, y no comprendemos lo que es el pensamiento; bullen en nuestro espíritu las ideas, é ignoramos lo que es una idea; nuestra cabeza es un magnífico teatro donde se representa el universo con todo su esplendor, variedad y hermosura; donde una fuerza incomprensible crea á nuestro capricho mundos fantásticos, ora bellos, ora sublimes, ora extravagantes; y no sabemos lo que es la imaginación, ni lo que son aquellas prodigiosas escenas, ni cómo aparecen ó desaparecen.

¡Qué conciencia más viva no tenemos de esta inmensa muchedumbre de afecciones que apellidamos sentimientos! Y, sin embargo, ¿qué es el sentimiento? El que ama siente el amor, pero no le conoce; el filósofo que se ocupa en el examen de esta afección, señala quizás su origen, indica su tendencia y su fin, da reglas para su dirección; pero, en cuanto á la íntima naturaleza del amor, se halla en la misma ignorancia que el vulgo. Son los sentimientos como un flúido misterioso que circula por conductos cuyo interior es impermeable. Por la parte exterior se conocen algunos efectos; en algunos casos se sabe de dónde viene y á dónde va, y no se ignora el modo de minorar su velocidad, ó cambiar su dirección; pero el ojo no puede

penetrar en la obscura cavidad: el agente queda desconocido.

Nuestro propio cuerpo, ni todos cuantos nos rodean, ¿sabemos, por ventura, lo que son? Hasta ahora, ¿ha habido algún filósofo que haya podido explicarnos lo que es un cuerpo? Y, sin embargo, estamos continuamente en medio de cuerpos, y nos servimos continuamente de ellos, y conocemos muchas de sus propiedades y de las leyes á que están sometidos, y un cuerpo forma parte de nuestra naturaleza.

Estas consideraciones no deben perderse nunca de vista cuando se nos ofrece examinar la íntima naturaleza de una cosa para fijar los principios constitutivos de su esencia. Seamos, pues, diligentes en investigar, pero muy mesurados en definir. Si no llevamos estas cualidades á un alto grado de escrupulosidad, nos acontecerá con frecuencia el substituir á la realidad las combinaciones de nuestra mente.

OBSERVACIÓN 2.ª

Así como en matemáticas hay dos maneras de resolver un problema: una acertando en la verdadera resolución, otra manifestando que la resolución es imposible; así acontece en todo linaje de cuestiones: muchas hay cuya resolución es manifestar que para nosotros son insolubles. Y no se crea que esto último carezca de mérito, y que sea fácil el discernimiento entre lo asequible é inasequible; quien es capaz de ello, señal es que conoce á fondo la materia de que se trata, y que se ha ocupado con detenimiento en el examen de sus principales cuestiones.

Es mucho el tiempo que se ahorra en habiendo adquirido este precioso discernimiento, pues, en ofreciéndose el caso, como que se adivina desde luego si hay ó no los datos suficientes para llegar á un resultado satisfactorio.

El conocimiento de la imposibilidad de resolver es muchas veces más bien histórico y experimental que científico; es decir, que un hombre instruído y expe-

rimentado conoce que una solución es imposible, ó que raya en ello, á causa de su extrema dificultad, no porque pueda demostrarlo, sino porque la historia de los esfuerzos que han hecho otros, y quizás de los propios, le manifiesta la impotencia del entendimiento humano con relación al objeto. Á veces la misma naturaleza de las cosas sobre las cuales se suscita la cuestión, indica la imposibilidad de resolverla. Para esto es necesario abarcar de una ojeada los datos que se han menester, conociendo la falta de los que no existen.

OBSERVACIÓN 3.ª

Como los seres se diferencian mucho entre sí en naturaleza, propiedades y relaciones, el modo de mirarlos y el método de pensar sobre ellos han de ser también muy diferentes.

Imagínanse algunos que, en sabiendo pensar sobre una clase de objetos, está ya trillado el camino para lograr lo mismo con respecto á todos, bastando para ello dirigir la atención á lo que se quiere estudiar de nuevo. De aquí es que se oye en boca de muchos, y se lee también en uno que otro autor, la insigne falsedad de que la mejor lógica son las matemáticas, porque acostumbran á pensar en todas materias con rigor y exactitud.

Para desvanecer esta equivocación, basta observar que los objetos que se ofrecen á nuestro espíritu son de órdenes muy diferentes, que los medios de que disponemos para alcanzarlos nada tienen de parecido, que las relaciones que con nosotros los unen son desemejantes, y que, en fin, la experiencia está enseñando todos los días que un hombre dedicado á dos clases de estudios resulta sobresaliente en la una, y quizás muy mediano en la otra; que en aquélla piensa con admirable penetración y discernimiento, mientras en ésta no se eleva sobre miserables vulgaridades.

Hay verdades matemáticas, verdades físicas, verdades ideológicas, verdades metafísicas; las hay morales,

religiosas, políticas; las hay literarias é históricas; las hay de razón pura, y otras en que se mezclan por necesidad la imaginación y el sentimiento; las hay meramente especulativas, y las hay que por necesidad se refieren á la práctica; las hay que sólo se conocen por raciocinio; las hay que se ven por intuición, y las hay de que sólo nos informamos por la experiencia; en fin, son tan variadas las clases en que podrían distribuirse, que fuera difícil reducirlas á guarismos.

§ III

Los sabios resucitados.

El lector palpará el fundamento de lo que acabo de exponer, y se desentenderá en adelante de las frívolas objeciones que pudiera presentar el espíritu de sutileza y cavilación, asistiendo á la escena que voy á ofrecerle, en la cual encontrará retratada al vivo la naturaleza de las cosas, y explicada y demostrada á un mismo tiempo la importante verdad que deseo inculcarle.

Yo supongo reunidos en un vasto establecimiento un gran número de hombres célebres, los que, resucitados tales como eran en vida, con los mismos talentos é inclinaciones, pasan algunos días encerrados allí, bien que con amplia libertad de ocuparse cada cual en lo que fuere de su agrado. La mansión está preparada como tales huéspedes se merecen: un riquísimo archivo, una inmensa biblioteca, un museo donde se hallan reunidas las mayores maravillas de la naturaleza y del arte, espaciosos jardines adornados con todo linaje de plantas, largas hileras de jaulas donde rugen, braman, aullan, silban, se revuelven, se agitan, todos los animales de Europa, Asia, África y América. Allí están Gonzalo de Córdoba, Cisneros, Richelieu, Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Napoleón, Tasso, Milton, Boileau, Corneille, Racine, Lope de Vega, Calderón, Molière, Bossuet, Massillón, Bourdaloue, Descartes, Malebranche, Erasmo, Luis Vives, Mabillón, Vieta, Fermat, Ba-

cón, Klepero, Galileo, Pascal, Newton, Léibnitz, Miguel Ángel, Rafael, Linneo, Buffón, y otros que han transmitido á la posteridad su nombre inmortal.

Dejadlos hasta que se hayan hecho cargo de la distribución de las piezas, y cada cual haya podido entregarse á los impulsos de su inclinación favorita. El gran Gonzalo leerá con preferencia las hazañas de Escipión en España, desbaratando á sus enemigos con su estrategia, aterrándolos con su valor, y atrayéndose el ánimo de los naturales con su gallarda apostura y conducta generosa. Napoleón se ocupará en el paso de los Alpes por Aníbal, en las batallas de Cannas y de Trasimeno; se indignará al ver á César vacilante á la orilla del Rubicón; golpeará la mesa con entusiasmo al mirarle cuál marcha sobre Roma, vence en Farsalia, sojuzga el África, y se reviste de la dictadura. Tasso y Milton tendrán en sus manos la Biblia, Homero y Virgilio; Corneille y Racine á Sófocles y Eurípides; Molière á Aristófanes, Lope de Vega y Calderón; Boileau á Horacio; Bossuet, Massillón y Bourdaloue, á San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Bernardo, mientras Erasmo, Luis Vives y Mabillón estarán revolviendo el archivo, andando á caza de polvorientos manuscritos para completar un texto truncado, aclarar una frase dudosa, enmendar una expresión incorrecta, ó resolver un punto de crítica. Entre tanto sus ilustres compañeros se habrán acomodado conforme á su gusto respectivo. Quién estará con el telescopio en la mano, quién con el microscopio, quién con otros instrumentos; al paso que algunos, inclinados sobre un papel cubierto de signos, letras y figuras geométricas, estarán absortos en la resolución de los problemas más abstrusos. No estarán ociosos los maquinistas, ni los artistas, ni los naturalistas; y bien se deja entender que encontraremos á Buffón junto á las verjas de una jaula, á Linneo en el jardín, á Whatt examinando los modelos de maquinaria, y á Rafael y Miguel Ángel en las galerías de cuadros y estatuas.

Todos pensarán, todos juzgarán, y sin duda que sus

pensamientos serán preciosos, y sus fallos respetables; y, sin embargo, estos hombres no se entenderían unos á otros si se hablasen los de profesiones diferentes: si trocáis los papeles, será posible que de una sociedad de genios hagáis una reunión de capacidades vulgares, que tal vez llegue á ser divertida con los disparates de insensatos.

¿Veis á ese cuyos ojos centellean, que se agita en su asiento, da recias palmadas sobre la mesa, y al fin se deja caer el libro de la mano, exclamando: *bien, muy bien, magnífico....*? ¿Notáis aquel otro que tiene delante de sí un libro cerrado, y que con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos fijos, y la frente contraída y torva, manifiesta que está sumido en meditación profunda, y que al fin vuelve de repente en sí y se levanta diciendo: *evidente, exacto, no puede ser de otra manera....*? Pues el uno es Boileau, que lee un trozo escogido de la carta á los Pisones, ó de las Sátiras, y que, á pesar de saberlo de memoria, lo encuentra todavía nuevo, sorprendente, y no puede contener los impulsos de su entusiasmo; el otro es Descartes, que medita sobre los colores y resuelve que no son más que una sensación. Aproximadlos ahora, y haced que se comuniquen recíprocamente sus pensamientos. Descartes tendrá á Boileau por muy frívolo, pues que tanto le afecta una imagen bella y oportuna, ó una expresión enérgica y concisa; y Boileau se desquitará á su vez sonriéndose desdeñosamente del filósofo, cuya doctrina choca con el sentido común y tiende á desencantar la naturaleza.

Rafael contempla extasiado un cuadro antiguo de raro mérito; en la escena, el sol se ha ocultado en el ocaso, las sombras van cubriendo la tierra, descúbrese en el firmamento el cuadrante de la luna, y algunas estrellas que brillan como antorchas en la inmensidad de los cielos. Descuella en el grupo una figura que, con los ojos clavados en el astro de la noche, y con ademán dolorido y suplicante, diríase que le cuenta sus penas, y le conjura á que le dé auxilio en tremen-

da cuita. Entre tanto acierta á pasar por allí un personaje que anda meditabundo de una parte á otra; y reparando en la luna y estrellas, y en la actitud de la mujer que las mira, se detiene, y articula entre dientes no sé qué cosas sobre paralaje, planos que pasan por el ojo del espectador, semidiámetros terrestres, tangentes á la órbita, focos de la elipse, y otras cosas por este tenor que distraen á Rafael, y le hacen marchar á grandes pasos hacia otro lado, maldiciendo al bárbaro astrónomo y á su astronomía.

Allí está Mabillón con un viejo pergamino, calándose mil veces los anteojos, y ora tomando la luz en una dirección, ora en otra, por si puede sacar en limpio una línea medio borrada, donde sospecha que ha de encontrar lo que busca; y mientras el buen monje se halla atareado en su faena, se le llega un naturalista rogándole que disimule, y armando su microscopio se pone á observar si descubre en el pergamino algunos huevos de polilla. El pobre Linneo tenía recogidas unas florecitas y las estaba distribuyendo, cuando pasan por allí Tasso y Milton recitando en alta y sentida voz un soberbio pasaje, y no advierten que lo echan todo á rodar, y que con una pisada destruyen el trabajo de muchas horas.

En fin, aquellos hombres acabaron por no entenderse, y fué preciso encerrarlos de nuevo en sus tumbas para que no se desacreditasen y no perdiesen sus títulos á la inmortalidad.

Lo que veía el uno, no acertaba á verlo el otro; aquél reputaba á éste por estúpido, y éste á su vez le pagaba con la misma moneda. Lo que el uno apreciaba como admirable tino, el otro lo juzgaba disparatado; lo que el uno miraba como inestimable tesoro, considerábalo el otro cual miserable bagatela. Y esto ¿por qué? ¿Cómo es que grandes pensadores discuerdan hasta tal punto? ¿Cómo es que las verdades no se presentan á los ojos de todos de una misma manera? Es que estas verdades son de especies muy diferentes; es que el compás y la regla no sirven para apreciar lo que afecta el corazón;

es que los sentimientos nada valen en el cálculo y en la geometría; es que las abstracciones metafísicas nada tienen que ver con las ciencias sociales; es que la verdad pertenece á órdenes tan diferentes cuanto lo son las naturalezas de las cosas, porque la verdad es la misma realidad.

El empeño de pensar sobre todos los objetos de un mismo modo, es un abundante manantial de errores; es trastornar las facultades humanas, es transferir á unas lo que es propio exclusivamente de otras. Hasta los hombres más privilegiados á quienes el Criador ha dotado de una comprensión universal, no podrán ejercerla cual conviene, si, cuando se ocupan en una materia, no se despojan, en cierto modo, de sí mismos para hacer obrar las facultades que mejor se adaptan al objeto de que se trata. (12)

CAPITULO XIII

La buena percepción.

§ I

La idea.

PERCIBIR con claridad, exactitud y viveza, juzgar con verdad, discurrir con rigor y solidez, he aquí las tres dotes de un pensador: examinémoslas por separado, emitiendo sobre cada una de ellas algunas observaciones.

¿Qué es una idea? No nos proponemos investigarlo aquí. ¿Qué es la percepción en su rigor ideológico? Tampoco es éste el blanco de nuestras tareas, ni conduciría al fin que deseamos. Bastará, pues, decir, en lenguaje común, que percepción es aquel acto interior con el cual nos hacemos cargo de un objeto; siendo la idea aquella imagen, representación, ó lo que se quie-

ra, que sirve como de pábulo á la percepción. Así percibimos el círculo, la elipse, la tangente á una de estas curvas; percibimos la resultante de un sistema de fuerzas, la razón inversa de éstas en los brazos de una palanca, la gravitación de los cuerpos, la ley de aceleración en su descenso, el equilibrio de los flúidos; percibimos la contradicción del ser y no ser á un mismo tiempo, la diferencia entre lo esencial y accidental de los seres; percibimos los principios de la moral; percibimos nuestra existencia y la de un mundo que nos rodea; percibimos una belleza ó un defecto en un poema ó en un cuadro; percibimos la sencillez ó complicación de un negocio, los medios fáciles ó arduos para llevarle á cabo; percibimos la impresión agradable que hace en nuestros semejantes tal ó cual palabra, gesto ó suceso; en breve, percibimos todo aquello de que se hace cargo nuestro espíritu; y aquello que en lo interior nos parece que nos sirve de espejo para ver el objeto; aquello que, ora está presente á nuestro entendimiento, ora se retira, ó se adormece, aguardando que otra ocasión lo despierte ó que nosotros lo llamemos para volverse á presentar; aquello que no sabemos lo que es, pero cuya existencia no nos es dable poner en duda, aquello se llama idea.

Poco nos importan aquí las opiniones de los ideólogos; por cierto que para pensar bien no es necesario saber si la idea es distinta de la percepción ó no, si es la sensación transformada ó no, ni si nos ha venido por este ó aquel conducto, ó si la tenemos innata ó adquirida. Para la resolución de todas estas cuestiones, sobre las cuales se ha disputado siempre y se disputará en adelante, se necesitan actos reflejos, que no puede hacer quien no se ocupa en ideología, so pena de distraer de su tarea, y embarazar y extraviar lastimosamente su pensamiento. Quien piensa, no puede estar continuamente pensando qué piensa y cómo piensa; de otra suerte, el objeto de su entendimiento se cambiará, y, en vez de ocuparse en lo que debe, se ocupará en sí mismo.

§ II

Regla para percibir bien.

Percibiremos con claridad y viveza si nos acostumbramos á estar atentos á lo que se nos ofrece (cap. II), y si, además, hemos procurado adquirir el necesario tino para desplegar en cada caso las facultades que se adaptan al objeto presente.

¿Se me da una definición matemática? Nada de vavegad, nada de abstracciones, nada de fantástico ó sentimental, nada del mundo en su complicación ó variedad; en este caso he de valerme de la imaginación, no más que como del encerado donde trazo los signos y las figuras, y del entendimiento como del ojo para mirar. Aclararé la regla proponiendo un ejemplo de los más sencillos: una de las definiciones elementales de la geometría.

La circunferencia es una línea curva reentrante, cuyos puntos distan igualmente todos de uno que se llama centro. Por lo pronto, es evidente que no se trata aquí, ni de la circunferencia tal como suele tomarse en sentido metafórico cuando se la aplica á objetos no geométricos; ni en un sentido lato y grosero, como en los casos en que no se necesita precisión y rigor; debo, pues, considerar la definición dada como la expresión de un objeto del orden ideal, al cual se aproximará más ó menos la realidad.

Pero, como las figuras geométricas se someten á la vista y á la imaginación, me valdré de una de éstas, y si es posible de ambas, para representarme aquello que quiero concebir. Trazada la figura en el encerado, ó en la imaginación, veo ó imagino una circunferencia; pero, ¿esto me basta para comprender bien su naturaleza? No. El hombre más rudo la ve é imagina tan perfectamente como el más cumplido matemático; y no sabe darse cuenta á sí mismo de lo que es una circunferencia. Luego la vista ó la imaginación de una figura no son suficientes para la idea geométrica completa.

Además, que, si no se necesitara otra cosa, el gato que acurrucado en una silla está contemplando atentamente una curva que su amo acaba de trazar, y que sin duda la ve tan bien como éste, y la imagina cuando cierra los ojos, tendría de la misma una idea igualmente perfecta que Newton ó Lagrange.

¿Qué se necesita, pues, para que haya una percepción intelectual? Que se conozca el conjunto de condiciones de las cuales no puede faltar ninguna sin que desaparezca la curva. Esto es lo explicado por la definición; y, para que la percepción sea cabal, deberé hacerme cargo de cada una de dichas condiciones, y su conjunto formará en mi entendimiento la idea de la curva.

Quien se haya ocupado en la enseñanza, habrá podido observar la diferencia que acabo de señalar. Vista una circunferencia y la manera de trazarla con el compás, el alumno más torpe la reconoce dondequiera que se le presente, y la describe sin equivocarse. En esto no cabe diferencia entre los talentos; pero viene el definir la curva, señalando las condiciones que la forman, y entonces se palpa lo que va de la imaginación al entendimiento; entonces se conoce ya al joven negado, al medianamente capaz, al sobresaliente. ¿Qué es la circunferencia? preguntáis al primero.—Es esto que acabo de trazar.—Pero bien, ¿en qué consiste? ¿cuál es la naturaleza de esta línea? ¿en qué se diferencia de la recta que explicamos ayer? ¿Son lo mismo la una que la otra?—¡Oh! no: ésta es así..... redonda..... aquí hay un punto.....—¿Se acuerda V. de la definición que da el autor?—Sí, señor: la circunferencia es una línea curva reentrante, cuyos puntos distan igualmente todos de uno que se llama centro.—¿Por qué la llamamos curva?—Porque no tiene sus puntos en una misma dirección.—¿Por qué, reentrante?—Porque vuelve á entrar en sí misma.—¿Si no fuese reentrante, sería circunferencia?—Sí, señor.—¿No acaba V. de decirnos que ha de serlo?—¡Ah! Sí, señor.—¿Por qué, en no siendo reentrante, ya no sería circunferencia?—Porque..... la

circunferencia..... porque.....—En fin, cansado de esperar y de explicar, llamáis á otro, que os da la definición, que os explica los términos, pero que ahora se os deja la palabra *curva*, ahora la *igualmente;* que, si le obligáis á una atención más perfecta, se hace cargo de lo que decís, lo repite muy bien, pero que á poco tiene otro olvido, ó equivocación, dando á entender que no se ha formado todavía idea cabal, que no se da cumplida razón á sí mismo del conjunto de condiciones necesarias para formar una circunferencia.

Llegáis, por fin, á un alumno de entendimiento claro y sobresaliente: traza la figura con más ó menos desembarazo, según su mayor ó menor agilidad natural; recita más ó menos rápidamente las definiciones, según la velocidad de la lengua; pero llamadle el análisis, y notaréis desde luego la claridad y precisión de sus ideas, la exactitud y concisión de sus palabras, la oportunidad y tino de las aplicaciones. —En la definición ¿podríamos omitir la palabra línea?—Como aquí ya hemos advertido que sólo tratamos de líneas, se daría por sobrentendida, pero en rigor no, porque, al decir *curva*, podríase dudar si hablamos de superficies. —Y expresando *línea*, ¿podríamos omitir *curva*?—Me parece que sí..... porque, como añadimos *reentrante*, ya excluímos la recta, que no puede serlo; y, además, la recta tampoco puede tener todos sus puntos igualmente distantes de uno.—Y la palabra *reentrante*, ¿no la pudiéramos pasar por alto?—No, señor, porque, si la curva no vuelve sobre sí misma, ya no será una circunferencia; así, por ejemplo, si en ésta borro la parte A B, ya no me queda una circunferencia, sino un arco. —Pero, añadiendo lo demás, de que todos los puntos han de distar igualmente de uno que se llama centro, bien parece que se sobrentiende que será reentrante..... —No, señor, porque en el arco que tenemos á la vista hay la equidistancia, y, sin embargo, no es reentrante. —¿Y la palabra *igualmente*?—Es indispensable; de otro modo, sería no decir nada; porque una recta también tiene todos sus puntos distantes de uno que no se ha-

lle en ella; y, además, una curva que trazo á la aventura rasgueando así..... sobre el encerado, tiene también todos sus puntos distantes de otro cualquiera, como A..... que señalo fuera de ella.

He aquí una percepción clara, exacta, cabal, que nada deja que desear, que deja satisfecho al que habla y al que oye.

Acabamos de asistir al análisis de una idea geométrica, y de señalar la diferencia entre sus grados de claridad y exactitud; veamos ahora una idea artística, y tratemos de determinar su mayor ó menor perfección. En ambos casos hay percepción de una verdad; en ambos casos se necesita atención, aplicación de las facultades del alma; pero, con el ejemplo que sigue, palparemos que lo que en el uno daña, en el otro favorece, y viceversa; y que las clasificaciones y distinciones que en el primero eran indicio de disposiciones felices, son en el segundo una prueba de que el disertante se ha equivocado al elegir su carrera.

Dos jóvenes que acaban de salir de la escuela de retórica, que recuerdan perfectamente cuanto en ella se les ha enseñado, que serían capaces de decorar los libros de texto de un cabo á otro, que responden con prontitud á las preguntas que se les hacen sobre tropos, figuras, clases de composición, etc., etc., y que, en fin, han desempeñado los exámenes á cumplida satisfacción de padres y maestros, obteniendo ambos la nota de sobresaliente por haber contestado con igual desembarazo y lucimiento, de manera que no era dable encontrar entre los dos ninguna diferencia, están repasando las materias en tiempo de vacaciones, y cabalmente leen un magnífico pasaje oratorio ó poético.

Camilo vuelve una y otra vez sobre las admirables páginas, y ora derrama lágrimas de ternura, ora centellea en sus ojos el más vivo entusiasmo. «¡Esto es inimitable, exclama; es imposible leerlo sin conmoverse profundamente! ¡qué belleza de imágenes, qué fuego, qué delicadeza de sentimientos, qué propiedad de expresión, qué inexplicable enlace de concisión y abun-

dancia, de regularidad y lozanía!» «¡Oh! sí, le contesta Eustaquio, esto es muy hermoso; ya nos lo habían dicho en la escuela, y, si lo observas, verás que todo está ajustado á las reglas del arte.»

Camilo percibe lo que hay en el pasaje; Eustaquio, no; y, sin embargo, aquél discurre poco, apenas analiza, sólo pronuncia algunas palabras entrecortadas, mientras éste diserta á fuer de buen teórico. El uno ve la verdad; el otro, no; ¿y por qué? Porque la verdad en este lugar es un conjunto de relaciones entre el sentimiento, la fantasía y el corazón; es necesario desplegar á la vez todas estas facultades, aplicándolas al objeto con naturalidad, sin violencia ni tortura, sin distraerlas con el recuerdo de esta ó aquella regla, quedando el análisis razonado y crítico para cuando se haya sentido el mérito del pasaje. Enredarse en discursos, traer á colación este ó aquel precepto, antes de haberse hecho cargo del escogido trozo, antes de haberle *percibido*, es maniatar, por decirlo así, el alma, no dejándole expedita más que una facultad, cuando las necesita todas.

§ III

Escollo del análisis.

Hasta en las materias donde no entran para nada la imaginación y el sentimiento, conviene guardarse de la manía de poner en prensa el espíritu, obligándole á sujetarse á un método determinado, cuando, ó por su carácter peculiar, ó por los objetos en que se ocupa, requiere libertad y desahogo. No puede negarse que el análisis, ó sea la descomposición de las ideas, sirve admirablemente en muchos casos para darles claridad y precisión; pero es menester no olvidar que la mayor parte de los seres son un *conjunto*, y que el mejor modo de percibirlos es ver de una sola ojeada las partes y relaciones que le constituyen. Una máquina desmontada presenta con más distinción y minuciosidad las piezas de que está compuesta; pero no se comprende tan bien el destino de ellas, hasta que, colocadas en su lugar,

se ve cómo cada una de ellas contribuye al movimiento total. Á fuerza de descomponer, prescindir y analizar, Condillac y sus secuaces no hallan en el hombre otra cosa que sensaciones; por el camino opuesto, Descartes y Malebranche apenas encontraban más que ideas puras, un refinado espiritualismo. Condillac pretende dar razón de los fenómenos del alma, principiando por un hecho tan sencillo como es el acercar una rosa á la nariz de su hombre estatua, privado de todos los sentidos, excepto el olfato; Malebranche busca afanoso un sistema para explicar lo mismo, y, no encontrándole en las criaturas, recurre nada menos que á la esencia de Dios.

En el trato ordinario, vemos á menudo laboriosos razonadores que conducen su discurso con cierta apariencia de rigor y exactitud, y que, guiados por el hilo engañoso, van á parar á un solemne dislate. Examinando la causa, notaremos que esto procede de que no miran el objeto sino por una cara. No les falta análísis; tan pronto como una cosa cae en sus manos, la descomponen; pero tienen la desgracia de descuidar algunas partes; y, si piensan en todas, no recuerdan que se han hecho para estar unidas, que están destinadas á tener estrechas relaciones, y que, si estas relaciones se arrumban, el mayor prodigio podrá convertirse en descabellada monstruosidad.

§ IV

El tintorero y el filósofo.

Un hábil tintorero estaba en su laboratorio ocupado en las tareas de su profesión. Acertó á entrar un observador minucioso, razonador muy analítico, y entabló desde luego discusión sobre los tintes y sus efectos, proponiéndose nada menos que convencer al tintorero de que iba á echar á perder las preciosas telas á que se aplicarían sus composiciones. Á la verdad, la cosa presentaba mal aspecto, y el crítico no dejaba de apoyarse en reflexiones especiosas. Aquí se veía una serie de ca-

zuelas con líquidos negruzcos, cenicientos, parduscos, ninguno de buen color, todos de mal olor; allí unos pedacitos de goma pegajosa, desagradable á la vista; enormes calderas estaban hirviendo, donde se removían trozos de madera en bruto, y en las cuales se iban echando unas hojas secas, que, al parecer, sólo podían servir para tirar á la calle. El tintorero estaba machacando en un mortero cien y cien materias que andaba sacando, ora de un pote, ora de una marmita, ora de un saquillo; y, revolviéndolo todo, y pasándolo de una cazuela á otra, y echando, ora acá, ora acullá, cucharadas de líquidos que apestaban, y de cuyo contacto era preciso guardar el cutis porque le roían más que el fuego, se aprestaba á vaciar los ingredientes en diferentes calderas y sepultar en aquella inmundicia, gran número de materias y manufacturas de inestimable valor. «Esto se va á desperdiciar todo, decía el analítico. En esta cazuela hay el ingrediente A, que, como usted sabe, es extremadamente cáustico, y que, además, da un color muy feo. En esta otra hay la goma B, excelente para manchar, y cuyas señales no se quitan sino con muchísimo trabajo. En esta caldera hay el palo C, que podría servir para dar un color grosero y común, pero que no alcanzo cómo ha de producir nada exquisito. En una palabra, examinado todo por separado, encuentro que V. emplea ingredientes contrarios á lo que V. se propone; y desde ahora doy por seguro que, en vez de sacar nada conforme á las bellísimas muestras que tiene V. en el despacho, va á sufrir una pérdida de consideración en su fama é intereses.» «Todo es posible, señor filósofo, decía el inexorable tintorero, tomando en sus manos las preciosas materias y ricas manufacturas, y sumergiéndolas sin compasión en las sucias y pestilentes calderas; todo es posible; mas, para dar fin á la discusión, déjese V. ver por aquí dentro de pocos días.» El filósofo volvió, en efecto, y el tintorero desvaneció todas las objeciones, desplegando á sus ojos las telas que por rigurosa demostración debían estar malbaratadas. ¡Qué sorpresa! ¡Qué humilla-

ción para el analítico! Unas mostraban finísima grana, otras delicado verde, otras hermoso azul, otras exquisito naranjado, otras subido negro, otras un blanco ligeramente cubierto con variado color, otras ostentaban riquísimos jaspes donde campeaban á un tiempo la belleza y el capricho. Los matices eran innumerables y encantadores, las manufacturas limpias, tersas, brillantes como si hubieran estado cubiertas con cristales sin sufrir el contacto de la mano del hombre. El filósofo se marchó confuso y cabizbajo, diciendo para sí: «no es lo mismo saber lo que es una cosa por sí sola, ó lo que puede ser en combinación con otras: en adelante, no me contentaré con descomponer y separar, que también hace prodigios el componer y reunir: testigo el tintorero.»

§ V

Objetos vistos por una sola cara.

Entendimientos, por otra parte, muy claros y perspicaces, se echan á perder lastimosamente por el prurito de desenvolver una serie de ideas que, no representando el objeto sino por un lado, acaban por conducir á resultados extravagantes. De aquí es que con la razón todo se prueba y todo se impugna; y á veces un hombre que tiene evidentemente la verdad de su parte, se halla precisado á encastillarse en las convicciones, y resistir con las armas del buen sentido y cordura á los ataques de un sofista que se abre paso por todas las hendiduras, y se escurre al través de lo más sólido y compacto, como filtrándose por los poros. La misma sobreabundancia de ingenio produce este defecto, como las personas demasiado ágiles y briosas se mantienen difícilmente en un paso mesurado y grave.

§ VI

Inconvenientes de una percepción demasiado rápida.

Es calidad preciosa la rapidez de la percepción; pero conviene estar prevenido contra su efecto ordinario,

que es la inexactitud. Sucédeles con frecuencia á los que perciben con mucha presteza, no hacer más que desflorar el objeto; son como las golondrinas, que, deslizándose velozmente sobre la superficie de un estanque, sólo pueden coger los insectos que sobrenadan; mientras otras aves que se sumergen enteramente ó posan sobre el agua y con el pico calan muy adentro, hacen servir á su alimento hasta lo que se oculta en el fondo.

El contacto de estos hombres es peligroso; porque, sea que hablen, sea que escriban, suelen distinguirse por una facilidad encantadora; y, lo que es todavía peor, comunican á todo lo que tratan cierta apariencia de método, claridad y precisión que alucina y seduce. En la ciencia se dan á conocer por sus principios claros, sus definiciones sencillas, sus deducciones obvias, sus aplicaciones felices. Caracteres que no pueden menos de acompañar el talento de concepción profunda y cabal; pero que, imitados por otro de menos aventajadas partes, sólo indican á veces superficialidad y ligereza, como brilla limpia y transparente el agua poco profunda, regalando la vista con sus arenas de oro. (13)

CAPITULO XIV

El juicio.

§ I

Qué es el juicio. Manantiales de error.

Para juzgar bien, conduce poco el saber si el juicio es un acto distinto de la percepción, ó si consiste simplemente en percibir la relación de dos ideas. Prescindiré, pues, de estas cuestiones, y sólo advertiré que, cuando interiormente decimos que una cosa es ó no es, ó que es ó no es de esta ó de otra manera, entonces hacemos un juicio. Así lo entiende el uso común, y, para lo que nos proponemos, esto nos basta.

La falsedad del juicio depende muchas veces de la mala percepción; así, lo que vamos á decir, aunque directamente encaminado al modo de juzgar bien, conduce no poco á percibir bien.

La proposición es la expresión del juicio.

Los falsos axiomas, las proposiciones demasiado generales, las definiciones inexactas, las palabras sin definir, las suposiciones gratuitas, las preocupaciones en favor de una doctrina, son abundantes manantiales de percepciones equivocadas ó incompletas y de juicios errados.

§ II

Axiomas falsos.

Toda ciencia ha menester un punto de apoyo; y quien se encarga de profesarla, busca con tanto cuidado este punto, como el arquitecto asienta el fundamento sobre el cual ha de levantar el edificio. Desgraciadamente no siempre se encuentra lo que se necesita, y el hombre es demasiado impaciente para aguardar que los siglos que él no ha de ver, proporcionen á las generaciones futuras el descubrimiento deseado. Si no encuentra, finge; en vez de construir sobre la realidad, edifica sobre las creaciones de su pensamiento. Á fuerza de cavilar y sutilizar, llega hasta el punto de alucinarse á sí mismo, y lo que al principio fuera un pensamiento vago, sin estabilidad ni consistencia, se convierte en verdad inconcusa. Las excepciones embarazarían demasiado; lo más sencillo es asentar una proposición universal: he aquí el axioma. Vendrán luego numerosos casos que no se comprenden en él; nada importa: con este objeto se halla concebido en términos generales y confusos ó ininteligibles, para que, interpretándose de mil maneras diferentes, sufra en su fondo todas las excepciones que se quiera, sin perder nada de su prestigiosa reputación. Entre tanto el axioma sirve admirablemente para cimentar un raciocinio extravagante, dar peso á un juicio disparata-

do, ó desvanecer una dificultad apremiadora; y, cuando se ofrecen al espíritu dudas sobre la verdad de lo que se defiende, cuando se teme que el edificio venga al suelo con fragorosa ruina, se dice á sí mismo el espíritu: «no, no hay peligro; el cimiento es firme: es un axioma, y un axioma es un principio de eterna verdad.»

Para merecer este nombre, es menester que la proposición sea tan patente al espíritu, como lo son al ojo los objetos que miramos presentes, á la debida distancia, y en medio del día. En no dejando al entendimiento enteramente convencido desde que se le ofrece, y una vez comprendido el significado de los términos con que se le enuncia, no debe ser admitido en esta clase. Viciadas las ideas por un axioma falso, vense todas las cosas muy diferentes de lo que son en sí; y los errores son tanto más peligrosos, cuanto el entendimiento descansa en más engañosa seguridad.

§ III

Proposiciones demasiado generales.

Si nos fuese conocida la esencia de las cosas, podríamos asentar con respecto á ella proposiciones universales, sin ningún género de excepción; porque, siendo la esencia la misma en todos los seres de una misma especie, claro es que lo que del uno afirmásemos sería igualmente aplicable á todos. Pero, como de lo tocante á dicha esencia conocemos poco, y de una manera imperfecta, y muchas veces nada, es de ahí que por lo común no es posible hablar de los seres, sino con relación á las propiedades que están á nuestro alcance, y de las que á menudo no discernimos si están radicadas en la esencia de la cosa, ó si son puramente accidentales. Las proposiciones generales se resienten de este defecto; pues, como expresan lo que nosotros concebimos y juzgamos, no pueden extenderse sino á lo que nuestro espíritu ha conocido. De donde resulta que sufren mil excepciones que no preveíamos; y tal vez

descubrimos que se había tomado por regla lo que no era más que una excepción. Esto sucede aun suponiendo mucho trabajo de parte de quien establece la proposición general; ¿qué será si atendemos á la ligereza con que se las suele formar y emitir?

§ IV

Las definiciones inexactas.

De éstas puede decirse casi lo mismo que de los axiomas; pues que sirven de luz para dirigir la percepción y el juicio, y de punto de apoyo para afianzar el raciocinio. Es sobremanera difícil una buena definición, y en muchos casos imposible. La razón es obvia: la definición explica la esencia de la cosa definida; y, ¿cómo se explica lo que no se conoce? Á pesar de tamaño inconveniente, existe en todas las ciencias una muchedumbre de definiciones que pasan cual moneda de buena ley: y, si bien sucede con frecuencia que se levantan los autores contra las definiciones de otros, ellos á su vez cuidan de reemplazarlas con las suyas, las que hacen circular por toda la obra, tomándolas por base en sus discursos. Si la definición ha de ser la explicación de la esencia de la cosa, y el conocer esta esencia es negocio tan difícil, ¿por qué se lleva tanta prisa en definir? El blanco de las investigaciones es el conocimiento de la naturaleza de los seres; la proposición, pues, en que se explicase esta naturaleza, es decir, la definición, debiera ser la última que emitiese el autor.

En la definición está la ecuación que presenta despejada la incógnita; y en la resolución de los problemas esta ecuación es la última.

Lo que nosotros podemos definir muy bien es lo puramente convencional; porque la naturaleza del ser convencional es aquella que nosotros mismos le damos por los motivos que bien nos parecen. Así, ya que no nos es posible en muchos casos definir la cosa, al menos debiéramos fijar bien lo que entendemos cuando

hablamos de ella; ó, en otros términos, debiéramos definir la palabra con que pretendemos expresar la cosa. Yo no sé lo que es el sol; no conozco su naturaleza; y, por tanto, si me preguntan su definición, no podré darla. Pero sé muy bien á qué me refiero cuando pronuncio la palabra *sol*, y así me será fácil explicar lo que con ella significo. ¿Qué es el sol? No lo sé. ¿Qué entiende usted por la palabra *sol*? Ese astro cuya presencia nos trae el día, y cuya desaparición produce la noche. Esto me lleva naturalmente á las palabras mal definidas.

§ V

Palabras mal definidas. Examen de la palabra igualdad.

En la apariencia nada más fácil que definir una palabra, porque es muy natural que quien la emplea sepa lo que se dice, y, de consiguiente, pueda explicarlo. Pero la experiencia enseña no ser así, y que son muy pocos los capaces de fijar el sentido de las voces que usan. Semejante confusión nace de la que reina en las ideas, y, á su vez, contribuye á aumentarla. Oiréis á cada paso una disputa acalorada en que los contrincantes manifiestan, quizás, ingenio nada común; dejadlos que den cien vueltas al objeto, que se acometan y rechacen una y mil veces, como enemigos en sangrienta batalla; entonces, si os queréis atravesar de mediador, y hacer palpable la sinrazón de ambos, tomad la palabra que expresa el objeto capital de la cuestión, y preguntad á cada uno: ¿Qué entiende V. por esto? ¿qué sentido da V. á esta palabra? Os acontecerá con frecuencia que los dos adversarios se quedarán sin saber qué responderos, ó pronunciando algunas expresiones vagas, inconexas, manifestando bien á las claras que les habéis salido de improviso, que no esperaban el ataque por aquel flanco, siendo, quizás, aquélla la primera vez que se ocupan, mal de su grado, en darse cuenta á sí mismos del sentido de una palabra, que en un cuarto de hora han empleado centenares de veces, y de que estaban haciendo infinitas apli-

caciones. Pero, suponed que esto no acontece, y que cada cual da con facilidad y presteza la explicación pedida; estad seguro que el uno no aceptará la definición del otro, y que la discordancia, que antes versaba, ó parecía versar, sobre el fondo de la cuestión, se trasladará de repente al nuevo terreno, entablándose disputa sobre el sentido de la palabra. He dicho *ó parecía versar*, porque, si bien se ha observado el giro de la discusión, se habrá echado de ver que, bajo el nombre de la cosa, se ocultaba con frecuencia el significado de la palabra.

Hay ciertas voces que, expresando una idea general, aplicable á muchos y muy diferentes objetos y en los sentidos más varios, parecen inventadas adrede para confundir. Todos las emplean, todos se dan cuenta á sí mismos de lo que significan, pero cada cual á su modo; resultando una algarabía que lastima á los buenos pensadores.

«La igualdad de los hombres, dirá un declamador, es una ley establecida por el mismo Dios. Todos nacemos llorando, todos morimos suspirando: la naturaleza no hace diferencia entre pobres y ricos, plebeyos y nobles; y la religión nos enseña que todos tenemos un mismo origen y un mismo destino. La igualdad es obra de Dios; la desigualdad es obra del hombre: sólo la maldad ha podido introducir en el mundo esas horribles desigualdades de que es víctima el linaje humano; sólo la ignorancia y la ausencia del sentimiento de la propia dignidad han podido tolerarlas.» Estas palabras no suenan mal al oído del orgullo; y no puede negarse que hay en ellas algo de especioso. Ese hombre dice errores capitales y verdades palmarias; confunde aquéllos con éstas; y su discurso, seductor para los incautos, presenta á los ojos de un buen pensador una algarabía ridícula. ¿Cuál es la causa? Toma la palabra *igualdad* en sentidos muy diferentes, la aplica á objetos que distan tanto como cielo y tierra, y pasa á una deducción general con entera seguridad, como si no hubiese riesgo de equivocación.

¿Queremos reducir á polvo cuanto acaba de decir? He aquí cómo deberemos hacerlo.

—¿Qué entiende V. por igualdad?

—Igualdad, igualdad..... bien claro está lo que significa.

—Sin embargo, no será de más que V. nos lo diga.

—La igualdad está en que el uno no sea ni más ni menos que el otro.

—Pero ya ve V. que esto puede tomarse en sentidos muy varios; porque dos hombres de seis pies de estatura serán iguales en ella, pero será posible que sean muy desiguales en lo demás; por ejemplo, si el uno es barrigudo como el gobernador de la ínsula Barataria, y el otro seco de carnes como el caballero de la Triste Figura. Además, dos hombres pueden ser iguales ó desiguales en saber, en virtud, en nobleza, y en un millón de cosas más; conque, será bien que antes nos pongamos de acuerdo en la acepción que da V. á la palabra igualdad.

—Yo hablo de la igualdad de la naturaleza, de esta igualdad establecida por el mismo Criador, contra cuyas leyes nada pueden los hombres.

—Así no quiere V. decir más sino que por naturaleza todos somos iguales.....

—Cierto.

—Ya; pero yo veo que la naturaleza nos hace á unos robustos, á otros endebles; á unos hermosos, á otros feos; á unos ágiles, á otros torpes; á unos de ingenio despejado, á otros tontos; á unos nos da inclinaciones pacíficas, á otros violentas; á unos..... pero, sería nunca acabar si quisiera enumerar las desigualdades que nos vienen de la misma naturaleza. ¿Dónde está la igualdad natural de que V. nos habla?

—Pero estas desigualdades no quitan la igualdad de los derechos.....

—Pasando por alto que V. ha cambiado ya completamente el estado de la cuestión, abandonando ó restringiendo mucho la igualdad de la naturaleza, también hay sus inconvenientes en esa igualdad de dere-

chos. Le parece á V. si el niño de pocos años tendrá *derecho* para reñir y castigar á su padre?

—V. finge absurdos.....

—No, señor: que esto y nada menos que esto exige la igualdad de derechos; si no es así, deberá V. decirnos de qué derechos habla, de cuáles debe entenderse la igualdad y de cuáles no.

—Bien claro es que ahora tratamos de la igualdad social.

—No trataba V de ella únicamente: bien reciente es el discurso en que hablaba V. en general y de la manera más absoluta; sólo que, arrojado de una trinchera, se refugia V. en la otra. Pero, vamos á la igualdad social. Esto significará que en la sociedad todos hemos de ser iguales. Ahora pregunto: ¿en qué? ¿en autoridad? Entonces no habrá gobierno posible. ¿En bienes? Enhorabuena; dejemos á un lado la justicia y hagamos el repartimiento: al cabo de una hora, de dos ugadores el uno habrá aligerado el bolsillo del otro, y estarán ya desiguales; pasados algunos días, el industrioso habrá aumentado su capital, el desidioso habrá consumido una porción de lo que recibió; y caeremos en la desigualdad. Vuélvase mil veces al repartimiento, y mil veces se desigualarán las fortunas. ¿En consideración? Pero, ¿apreciará V. tanto al hombre honrado como al tunante? ¿Se depositará igual confianza en éste que en aquél? ¿Se encargarán los mismos negocios á Metternich que al más rudo patán? Y, aun cuando se quisiese, ¿podrían todos hacerlo todo?

—Esto es imposible; pero, lo que no es imposible, es la igualdad ante la ley.

—Nueva retirada, nueva trinchera, vamos allá. La ley dice: el que contravenga sufrirá la multa de mil reales, y, en caso de insolvencia, diez días de cárcel. El rico paga los mil reales, y se ríe de su fechoría; el pobre, que no tiene un maravedí, expía su falta de rejas adentro. ¿Dónde está la igualdad ante la ley?

—Pues yo quitaría esas cosas, y establecería las penas de suerte que no resultase nunca esta desigualdad.

—Pero entonces desaparecerían las multas, arbitrio no despreciable para huecos del presupuesto y alivio de gobernantes. Además, voy á demostrarle á V. que no es posible en ninguna suposición esta pretendida igualdad. Demos que para una transgresión está señalada la pena de diez mil reales; dos hombres han incurrido en ella, y ambos tienen de qué pagar; pero, el uno es opulento banquero, el otro un modesto artesano. El banquero se burla de los diez mil reales, el artesano queda arruinado. ¿Es igual la pena?

—No por cierto; mas, ¿cómo quiere V. remediarlo?

—De ninguna manera; y esto es lo que quiero persuadirle á V.: de que la desigualdad es cosa irremediable. Demos que la pena sea corporal; encontraremos la misma desigualdad. El presidio, la exposición á la vergüenza pública, son penas que el hombre falto de educación y del sentimiento de dignidad, sufre con harta indiferencia; sin embargo, un criminal que perteneciese á cierta categoría, preferiría mil veces la muerte. La pena debe ser apreciada, no por lo que es en sí, sino por el daño que causa al paciente y la impresión con que le afecta; pues, de otro modo, desaparecerían los dos fines del castigo: la expiación y el escarmiento. Luego, una misma pena, aplicada á criminales de clases diferentes, no tiene la igualdad sino en el nombre, entrañando una desigualdad monstruosa. Confesaré con V. que en estos inconvenientes hay mucho de irremediable; pero reconozcamos estas tristes necesidades, y dejémonos de ponderar una igualdad imposible.

La definición de una palabra, y el discernir las diferentes aplicaciones que de ella podrían hacerse, nos ha traído la ventaja de reducir á la nada un especioso sofisma, y de demostrar hasta la última evidencia que el pomposo orador, ó propalaba absurdos, ó no nos decía nada que no supiésemos de antemano; pues no es mucho descubrimiento el anunciar que todos nacemos y morimos de una misma manera.

§ VI

Suposiciones gratuitas. El despeñado.

Á falta de un principio general, tomamos á veces un hecho que no tiene más verdad y certeza de la que nosotros le otorgamos. ¿De dónde tantos sistemas para explicar los fenómenos de la naturaleza? De una suposición gratuita que el inventor del sistema tuvo á bien asentar como primera piedra del edificio. Los mayores talentos se hallan expuestos á este peligro, siempre que se empeñan en explicar un fenómeno, careciendo de datos positivos sobre su naturaleza y origen. Un efecto puede haber procedido de una infinidad de causas; pero no se ha encontrado la verdad por sólo saber que ha *podido* proceder; es necesario demostrar que ha procedido. Si una hipótesis me explica satisfactoriamente un fenómeno que tengo á la vista, podré admirar en ella el ingenio de quien la inventara, pero poco habré adelantado para el conocimiento de la realidad de las cosas.

Este vicio de atribuir un efecto á una causa *posible*, salvando la distancia que va de la *posibilidad* á la *realidad*, es más común de lo que se cree; sobre todo cuando el razonador puede apoyarse en la coexistencia ó sucesión de los hechos que se propone enlazar. Á veces ni aun se aguarda á saber si ha existido realmente el hecho que se designa como causa; basta que haya podido existir, y que en su existencia hubiese podido producir el efecto de que se pretende dar razón.

Se ha encontrado en el fondo de un precipicio el cadáver de una persona conocida: las señales de la víctima manifiestan con toda claridad que murió despeñada. Tres suposiciones pueden excogitarse para dar razón de la catástrofe: una caída, un suicidio, un asesinato. En todos estos casos el efecto será el mismo; y en ausencia de datos no puede decirse que el uno lo explique más satisfactoriamente que el otro. Numerosos espectadores están contemplando la desastrosa es-

cena; todos ansían descubrir la causa; haced que se presente el más leve indicio; desde luego veréis nacer en abundancia las conjeturas, y oiréis las expresiones de «es cierto; así será; no puede ser de otra manera.. como si lo estuviese mirando... no hay testigos, no puede probarse en juicio; pero lo que es duda, no cabe»

Y ¿cuáles son los indicios? Algunas horas antes de encontrarse el cadáver, el infeliz se encaminaba hacia el lugar fatal, y no falta quien vió que estaba leyendo unos papeles, que se detenía de vez en cuando, y daba muestras de inquietud. Por lo demás, es bien sabido que estos últimos días había pasado disgustos, y que los negocios de su casa estaban muy malparados. Toda la vecindad veía en su semblante muestras de pena y desazón. Asunto concluído: este hombre se ha suicidado. Asesinato no puede ser; estaba tan cerca de su casa.. además, que un asesinato no se comete de esta manera... Una desgracia es imposible; porque él conocía muy bien el terreno; y, por otra parte, no era hombre que anduviese precipitado ni con la vista distraída Como el pobre estaba acosado por sus acreedores, hoy, día de correo, debió de recibir alguna carta apremiante, y no habrá podido resistir más.

—Vamas, vamos, responderá el mayor número, cosa clara; y tiene V razón, cabalmente es hoy día de correo...

Llega el juez, y al efecto de instruir las primeras diligencias, se registra la cartera del difunto.

—Dos cartas.

—¿No lo decía yo?... ¡el correo de hoy!..

—La una es de N., su corresponsal en la plaza N

—Vamos, cabalmente allí tenía sus aprietos.

—Dice así: «Muy señor mío: en este momento acabo de salir de la reunión consabida. No faltaban renitentes; pero, al fin, apoyado de los amigos N. N., he conseguido que todo el mundo entrase en razón. Por ahora puede V. vivir tranquilo, y si su hijo de V. tuviera la dicha de restablecer algún tanto los negocios de Amé-

rica, esta gente se prestará á todo, y conservará V. su fortuna y su crédito. Los pormenores para el correo inmediato; pero he creído que no debía diferir un momento el comunicarle á V. tan satisfactoria noticia. Entre tanto, etc., etc.» No hay por qué matarse.

—¿La otra?

—Es de su hijo...

—Malas noticias debió de traer...

—Dice así: «Mi querido padre: he llegado á tiempo, y á pocas horas de mi desembarco, estaba deshecha la trampa. Todo era una estafa del señor N. Ha burlado atrozmente nuestra confianza. No soñaba en mi venida, y, al verme en su casa, se ha quedado como herido de un rayo. He conocido su turbación, y me he apoderado de toda su correspondencia. Mientras me ocupaba en esto, ha tomado el portante é ignoro su paradero. Todo se ha salvado, excepto algún desfalco que calculo de poca consideración. Voy corriendo, porque la embarcación que sale va á darse á la vela, etc., etc.»

El correo de hoy no era para suicidarse; el de las conjeturas sale lucido; todo por haber convertido la posibilidad en realidad, por haber estribado en suposiciones gratuitas, por haberse alucinado con lo especioso de una explicación satisfactoria.

—¿Si podrá ser un asesinato?...

—Claro es, porque con este correo... y, además, este hombre no carecía de enemigos.

—El otro día su colono N. le amenazó terriblemente.

—Y es muy malo...

—¡Oh! terrible... está acostumbrado á la vida bandolera... vamos, tiene atemorizada la vecindad...

—¿Y cómo están ahora?

—Á matar; esta misma mañana salían juntos de la casa del difunto, y hablaban ambos muy recio.

—¿Y el colono solía andar por aquí?

—Siempre; á dos pasos tiene un campo, y, además, la cuestión estaba (sino que esto sea dicho entre nosotros), la cuestión estaba sobre esas encinas del borde del precipicio. El dueño se quejaba de que él le echa-

ba á perder el bosque, el otro lo negaba; como que en este mismo lugar estuvieron el otro día á pique de darse de garrotazos. Miren Vds... sino que uno no debe perder á un infeliz... casi cada día estaban en pendencias en este mismo lugar.

—Entonces no hable V. más... ¡es una atrocidad! pero, ¿cómo se prueba?...

—Y hoy vean Vds. como no está trabajando en el campo, y tiene por allí su apero... y se conoce que ha trabajado hoy mismo... vamos, ya no cabe duda, es evidente; el infeliz está perdido, porque esto transpirará...

Llega uno del pueblo

—¡Qué desgracia!

—¿No lo sabía V.?

—No, señores; ahora mismo me lo han dicho en su casa. Iba yo á verle, por si se apaciguaba con el pobre N., que está preso en la alcaldía...

—¿Preso?...

—Sí, señores; me ha venido llorando su mujer: dice que se ha excedido de palabras, y que el alcalde le ha arrestado. ¡Cómo ya saben Vds. que es tan matón!...

—¿Y no ha salido más al campo desde que habló esta mañana con el difunto en la calle?

—Pues ¿cómo había de salir? Vayan Vds. y le encontrarán allí, donde está desde muy temprano: ¡el pobrecito estaba labrando ahí!

Nuevo chasco: el asesino estaba á larga distancia: el preso era el colono: nuevo desengaño para no fiarse de suposiciones gratuitas, para no confundir la realidad con la posibilidad, y alucinarse con plausibles apariencias.

§ VII

Preocupación en favor de una doctrina.

He aquí uno de los más abundantes manantiales de error; esto es la verdadera rémora de las ciencias; uno de los obstáculos que más retardan sus progresos. Increíble sería la influencia de la preocupación si la his-

toria del espíritu humano no la atestiguara con hechos irrecusables.

El hombre dominado por una preocupación no busca ni en los libros ni en las cosas lo que realmente hay, sino lo que le conviene para apoyar sus opiniones. Y lo más sensible es que se porta de esta suerte, á veces con la mayor buena fe, creyendo sin asomo de duda que está trabajando por la causa de la verdad. La educación, los maestros y autores de quienes se han recibido las primeras luces sobre una ciencia, las personas con quienes vivimos de continuo, ó tratamos con más frecuencia, el estado ó profesión, y otras circunstancias semejantes, contribuyen á engendrar en nosotros el hábito de mirar las cosas bajo un mismo aspecto, de verlas siempre de la misma manera.

Apenas dimos los primeros pasos en la carrera de una ciencia, se nos ofrecieron ciertos axiomas como de eterna verdad, se nos presentaron ciertas proposiciones como sostenidas por demostraciones irrefragables, y las razones que militaban por la otra parte, nunca se nos hizo considerarlas como pruebas que examinar, sino como objeciones que soltar. ¿Había alguna de nuestras razones que claudicaba por un lado? Se acudía desde luego á sostenerla, á manifestar que en todo caso no era aquélla la única; que estaba acompañada de otras cumplidamente satisfactorias; y que, si bien ella sola quizás no bastaría, no obstante, añadida á las demás, no dejaba de pesar en la balanza y de inclinarla más y más á favor nuestro. ¿Presentaban los adversarios alguna dificultad de espinosa solución? El número de las respuestas suplía á su solidez. El gravísimo autor A contesta de esta manera, el insigne B de tal otra, el sabio C de tal otra, cualquiera de las tres es suficiente, escójase la que mejor parezca, con entera seguridad de que el Aquiles de los adversarios habrá recibido la herida en el tendón. No se trata de convencer, sino de vencer; el amor propio se interesa en la contienda, y conocidos son los infinitos recursos de ese maligno agente Lo que favorece, se abulta y exagera;

lo que obsta, se disminuye, se desfigura ú oculta: la buena fe protesta algunas veces desde el fondo del alma; pero su voz es ahogada y acallada como una palabra de paz en encarnizado combate.

Si así no fuere, ¿cómo sería posible explicar que durante largos siglos se hayan visto escuelas tan organizadas, como disciplinados ejércitos agrupados al rededor de una bandera? ¿Cómo es que una serie de hombres, ilustres por su saber y virtudes, viesen todos una cuestión de una misma manera, al paso que sus adversarios, no menos esclarecidos que ellos, lo veían todo de una manera opuesta? ¿Cómo es que para saber cuáles eran las opiniones de un autor no necesitásemos leerle, bastándonos por lo común la orden á que pertenecía, ó la escuela de donde había salido? ¿Podría ser ignorancia de la materia, cuando consumían su vida en estudiarla? ¿Podría ser que no leyesen las obras de sus adversarios? Esto se verificaría en muchos, pero de otros no cabe duda que las consultarían con frecuencia. ¿Podría ser mala fe? No, por cierto, pues que se distinguían por su entereza cristiana.

Las causas son las señaladas más arriba: el hombre, antes de inducir á otros al error, se engaña muchas veces á sí propio. Se aferra á un sistema; allí se encastilla con todas las razones que pueden favorecerle; su ánimo se va acalorando á medida que se ve atacado; hasta que, al fin, sea cual fuere el número y la fuerza de los adversarios, parece que se dice á sí mismo: «éste es tu puesto; es preciso defenderle: vale más morir con gloria, que vivir con ignominiosa cobardía.»

Por este motivo, cuando se trata de convencer á otros, es preciso separar cuidadosamente la causa de la verdad, de la causa del amor propio; importa sobremanera persuadir al contrincante de que, cediendo, nada perderá en reputación. No ataquéis nunca la claridad y perspicacia de su talento; de otro modo, se formalizará el combate, la lucha será reñida, y, aun teniéndolo bajo vuestros pies y con la espada en la garganta, no recabaréis que se confiese vencido.

Hay ciertas palabras de cortesía y deferencia que en nada se oponen á la verdad; en vacilando el adversario, conviene no economizarlas, si deseáis que se dé á partido antes que las cosas hayan llegado á extremidades desagradables. (14)

CAPITULO XV

El raciocinio.

§ I

Lo que valen los principios y las reglas de la dialéctica

Cuando los autores tratan de esta operación del entendimiento, amontonan muchas reglas para dirigirla, apoyándolas en algunos axiomas. No disputaré sobre la verdad de éstos; pero dudo mucho que la utilidad de aquéllas sea tanta como se ha pretendido. En efecto: es innegable que las cosas que se identifican con una tercera, se identifican entre sí; que de dos que se identifican entre sí, si la una es distinta de una tercera, lo será también la otra; que lo que se afirma ó niega de todo un género ó especie, debe afirmarse ó negarse del individuo contenido en ellos; y, además, es también mucha verdad que las reglas de argumentación fundadas en dichos principios son infalibles. Pero yo tengo la dificultad en la aplicación; y no puedo convencerme de que sean de grande utilidad en la práctica.

En primer lugar, confieso que estas reglas contribuyen á dar al entendimiento cierta precisión, que puede servir en algunos casos para concebir con más claridad, y atender á los vicios que entrañe un discurso; bien que á veces esta ventaja quedará neutralizada con los inconvenientes acarreados por la presunción de que se sabe raciocinar, porque no se ignoran las reglas del raciocinio. Puede uno saber muy bien las reglas de un arte, y no acertar á ponerlas en práctica. Tal reci-

taría todas las reglas de la oratoria sin equivocar una palabra, que no sabría escribir una página sin chocar, no diré con los preceptos del arte, sino con el buen sentido.

§ II

El silogismo. Observaciones sobre este instrumento dialéctico.

Formaremos cabal concepto de la utilidad de dichas reglas, si consideramos que quien raciocina no las recuerda, si no se ve precisado á formar un argumento á la manera escolástica, cosa que en la actualidad ha caído en desuso. Los alumnos aprenden á conocer si tal ó cual silogismo peca contra esta ó aquella regla; y esto lo hacen en ejemplos tan sencillos, que al salir de la escuela nunca encuentran nada que á ellos se parezca. «Toda virtud es loable, la justicia es virtud, luego es loable.» Está muy bien; pero, cuando se me ofrece discernir si en tal ó cual acto se ha infringido la justicia, y la ley tiene algo que castigar; si me propongo investigar en qué consiste la justicia, analizando los altos principios en qué estriba y las utilidades que su imperio acarrea al individuo y á la sociedad, ¿de qué me servirá dicho ejemplo, ú otros semejantes? Los teólogos y juristas quisiera que me dijesen si en sus discursos les han servido mucho las decantadas reglas.

«Todo metal es mineral, el oro es metal, luego es mineral.» «Ningún animal es insensible, los peces son animales, luego no son insensibles.» «Pedro es culpable, este hombre es Pedro, luego este hombre es culpable.» «Esta onza de oro no tiene el debido peso, esta onza es la que Juan me ha dado, luego la onza que Juan me ha dado no tiene el debido peso.» Estos ejemplos y otros por el mismo tenor son los que suelen encontrarse en las obras de lógica que dan reglas para los silogismos, y yo no alcanzo qué utilidad pueden traer al discurso de los alumnos.

La dificultad en el raciocinio no se quita con estas frivolidades, más propias para perder el tiempo en la

escuela que para enseñar. Cuando el discurso se traslada de los ejemplos á la realidad, no encuentra nada semejante; y, entonces, ó se olvida completamente de las reglas, ó, después de haber ensayado el aplicarlas continuamente, se cansa bien pronto de la enojosa é inútil tarea. Cierto sujeto, muy conocido mío, se había tomado el trabajo de examinar todos sus discursos á la luz de las reglas dialécticas; no sé si en la actualidad conservará este peregrino humor; mientras tuve ocasión de tratarle, no observé que alcanzase gran resultado.

Analicemos algunos de estos ejemplos, y comparémoslos con la práctica.

Trátase de la pertenencia de una posesión. Todos los bienes que fueron de la familia N, debieron pasar á la familia M; pero el mucho tiempo transcurrido y otras circunstancias hacen que se suscite un pleito sobre el manso B, de que esta última se halla en posesión, fundándose en que sus derechos á ella le vienen de la familia N. Claro es que el silogismo del poseedor ha de ser el siguiente: Todos los bienes que fueron de la familia N me pertenecen; es así que el manso B se halla en este caso; luego el manso B me pertenece Para no complicar, supondremos que no hay dificultad en la primera proposición, ó sea en la mayor, y que toda la disputa recaiga sobre la menor, es decir, que le incumbe probar que definitivamente el manso B perteneció á la familia N.

Todo el pleito gira, no en si el silogismo es concluyente, sino en si se prueba la menor, ó no. Y pregunto ahora: ¿pensará nadie en el silogismo? ¿sirve de nada el recordar que lo que se dice de todos se ha de decir de cada uno? Cuando se haya llegado á probar que el manso B perteneció á la familia N, ¿será menester ninguna regla para deducir que la familia M es legítima poseedora? El discurso se hace, es cierto; existe el silogismo, no cabe duda; pero, es cosa tan clara, es tan obvia la deducción, que las reglas dadas para sacarla, más bien que otra cosa, parecerán un puro entreteni-

miento especulativo. No estará el trabajo en el silogismo, sino en encontrar los títulos para probar que el manso B perteneció realmente á la familia N, en interpretar cual conviene las cláusulas del testamento, donación ó venta por donde lo había adquirido; en esto y otros puntos consistirá la dificultad; para esto sería necesario aguzar el discurso, prescribiéndole atinadas reglas á fin de discernir la verdad entre muchos y complicados y contradictorios documentos. Gracioso sería por demás el preguntar á los interesados, á los abogados y al juez, cuántas veces han pensado en semejantes reglas cuando seguian con ojo atento el hilo que debía respectivamente conducirlos al objeto deseado.

«La moneda que no reune las calidades prescritas por la ley no debe recibirse; esta onza de oro no las tiene; luego no debe recibirse.» El raciocinio es tan concluyente como inútil. Cuando yo esté bien instruído de las circunstancias exigidas por la ley monetaria vigente, y, además, haya experimentado que esta onza de oro carece de ellas, se la devolveré al dador sin discursos; y, si se traba disputa, no versará sobre la legitimidad de la consecuencia, sino sobre si á tantos ó cuantos granos de déficit se ha de tomar todavía, si está bien pesada ó no, si lleva esta ó aquella señal, y otras cosas semejantes.

Cuando el hombre discurre, no anda en actos reflexos sobre su pensamiento, así como los ojos cuando miran no hacen contorsiones para verse á sí mismos. Se presenta una idea; se la concibe con más ó menos claridad; en ella se ve contenida otra ú otras; con éstas se suscita el recuerdo de otras, y así se va caminando con suavidad, sin cavilaciones reflexas, sin embarazarse á cada paso con la razón de aquello que se piensa.

§ III

El entimema.

La evidencia de estas verdades ha hecho que se contase entre las formas de argumentación el entimema,

el cual no es más que un silogismo en que se calla, por sobrentendida, alguna de sus proposiciones. Esta forma se la enseñó á los dialécticos la experiencia de lo que estaban viendo á cada paso; pues pudieron notar que en la práctica se omitía por superfluo el presentar por extenso todo el hilo del raciocinio. Así, en el último ejemplo, el silogismo por extenso sería el que se ha puesto al principio; pero en forma de entimema se convertiría en este otro: «Esta onza no tiene las condiciones prescritas por la ley; luego no debo recibirla»; ó en estilo vulgar, y más conciso y expresivo: «No la tomo; es corta.»

§ IV

Reflexiones sobre el término medio.

Todo el artificio del silogismo consiste en comparar los extremos con un término medio, para deducir la relación que tienen entre sí. Cuando se conocen ya, y se tienen presentes esos extremos y ese término medio, nada más sencillo que hacer la comparación; pero cabalmente entonces ya no es necesaria la regla, porque el entendimiento ve al instante la consecuencia buscada. ¿Cómo se encuentra ese término medio? ¿Cómo se conocen los dos extremos, cuando se hacen investigaciones sobre un objeto, del cual se ignora lo que es? Sé muy bien que, si este mineral que tengo en las manos fuese oro, tendría tal calidad; pero el embarazo está en que ni se me ocurre que esto pueda ser oro, y, por tanto, no pienso en uno de los dos extremos, ni aun cuando pensara en ello, me encuentro con medios para comprobarlo. Sabe muy bien el juez que, si el hombre que pasa por su lado fuese el asesino á quien persigue desde mucho tiempo, debería enviarle al suplicio; pero la dificultad está en que al ver al culpable no piensa en el asesino; y, si pensara en él y sospechase que es el individuo que está presente, no puede condenarle por falta de pruebas. Tiene los dos extremos, mas no el término medio; término que no se le ofrecerá cier-

tamente bajo formas dialécticas. ¿Cómo se llama este hombre? Su patria, su residencia ordinaria, los antecedentes de su conducta, su modo de vivir en la actualidad, el lugar donde se hallaba cuando se cometió el asesinato, testigos que le vieron en las inmediaciones del sitio en que se encontró la víctima; su traje, estatura, fisonomía; señales sangrientas que se han notado en su ropa, el puñal escondido, el azoramiento con que llegó á deshora á su casa pocos momentos después del desastre, algunas prendas que se han encontrado en su poder, y que se parecen mucho á otras que tenía el difunto, sus contradicciones, su reconocida enemistad con el asesinado: he aquí los términos medios, ó más bien un conjunto de circunstancias que han de indicar si el preso es el verdadero asesino. ¿Y para qué aprovechan las reglas del silogismo? Ahora habrá que atender á una palabra, después á un hecho; aquí se habrá de examinar una señal, más hallá se habrán de cotejar dos ó más coincidencias. Será preciso atender á las cualidades físicas, morales y sociales del individuo; será necesario apreciar el valor de los testigos; en una palabra, deberá el juez revolver la atención en todas direcciones, fijarla sobre mil y mil objetos diferentes, y pesarlo todo en justa y escrupulosa balanza para no dejar sin castigo al culpable, ó no condenar al inocente.

Lo diré de una vez: los ejemplos que suelen abundar en los libros de dialéctica, de nada sirven para la práctica: quien creyese que con aquel mecanismo ha aprendido á pensar, puede estar persuadido de que se equivoca. Si lo que acabo de exponer no le convence, la experiencia le desengañará.

§ V

Utilidad de las formas dialécticas.

Sin embargo de lo dicho, no negaré que esas formas dialécticas sean útiles, aun en nuestro tiempo, para presentar con claridad y exactitud el encadenamiento

de las ideas en el raciocinio; y que, si no valen mucho como medio de invención, sean á veces provechosas como conducto de enseñanza. Así es que, lejos de pretender que se las destierre del todo de las obras elementales, conviene que se las conserve, no en toda su sequedad, pero sí en todo su vigor. *Nervos et ossa,* las llamaba Melchor Cano con mucha oportunidad: no se destruyan, pues, esos nervios y huesos; basta cubrirlos con piel blanda y colorada para que no repugnen ni ofendan. Porque es preciso confesar que ahora, á fuerza de desdeñar las formas, se cae en el extremo opuesto, sumamente dañoso al adelanto de las ciencias y á la causa de la verdad. Antes, los discursos eran descarnados en demasía; presentaban, por decirlo así, desnuda la armazón; pero ahora, tanto es el cuidado de la exterioridad, tal el olvido de lo interior, que en muchos discursos no se encuentran más que palabras, que serían bellas, si serlo pudieran palabras vacías. Con el auxilio de las formas dialécticas, traveseaban en demasía los ingenios sutiles y cavilosos; con las formas oratorias, se envuelven á menudo los espíritus huecos. *Est modus in rebus.* (15)

CAPITULO XVI

No todo lo hace el discurso

§ I

La inspiración.

Es un error el figurarse que los grandes pensamientos son hijos del discurso; éste, bien empleado, sirve algún tanto para enseñar, pero poco para inventar. Casi todo lo que el mundo admira de más feliz, grande y sorprendente, es debido á la inspiración; á esa luz instantánea que brilla de repente en el entendimiento del hombre, sin que él mismo sepa de dónde le viene.

Inspiración lo apellido, y con mucha propiedad, porque no cabe nombre más adaptado para explicar este admirable fenómeno.

Está un matemático dando vueltas á un intrincado problema; se ha hecho cargo de todos los datos; nada le queda que practicar de lo que, para semejantes casos, está prevenido. La resolución no se encuentra; se han tanteado varios planteos, y á nada conducen. Se han tomado al acaso diferentes cantidades, por si se da en el blanco; todo es inútil. La cabeza está fatigada; la pluma descansa sobre el papel, nada escribe. La atención del calculador está como adormecida de puro fija; casi no sabe si piensa. Cansado de forcejar por abrir una puerta tan bien cerrada, parece que ha desistido de su empeño, y que se ha sentado en el umbral aguardando si alguien abrirá por la parte de adentro. «Ya lo veo, exclama de repente; ¡esto es!...» y cual otro Arquímedes, sin saber lo que le sucede, saltaría del baño y echaría á correr gritando: «¡Lo he encontrado!.... ¡Lo he encontrado!....»

Acontece á menudo que después de largas horas de meditación no se ha podido llegar á un resultado satisfactorio, y cuando el ánimo está distraído, ocupado en asuntos totalmente diferentes, se le presenta de improviso la verdad como una aparición misteriosa. Hallábase Santo Tomás de Aquino en la mesa del rey de Francia; y, como no debía de ser mal criado y descortés, no es regular que escogiese aquel puesto para entregarse á meditaciones profundas. Pero antes de la hora del convite estaría en la celda ocupado en sus ordinarias tareas, aguzando las armas de la razón para combatir á los enemigos de la Iglesia. Natural es que le sucediese lo que suelen experimentar todos los que tienen por costumbre penetrar el fondo de las cosas, que, aun cuando han dejado la meditación en que estaban embebidos, se les ocurre con frecuencia el punto en cuestión como si viniese á llamar á la puerta, preguntando si le toca otra vez el turno. Y he aquí que, sin saber cómo, se siente inspirado, ve lo que antes no

veía, y, olvidándose de que estaba en la mesa del rey, da sobre ella una palmada, exclamando: «Esto es concluyente contra los maniqueos!....»

§ II

La meditación.

Cuando el hombre se ocupa en comprender algún objeto muy difícil, tan lejos está de andar con la regla y compás en la mano para dirigir sus meditaciones, que las más de las veces queda absorto en la investigación, sin advertir que medita, ni aun que existe. Mira las cosas, ahora por un lado, después por otro; pronuncia interiormente el nombre de aquello que examina; da una ojeada á lo que rodea el punto principal; no se parece á quien sigue un camino trillado, como sabiendo el término á que ha de llegar, sino á quien, buscando en la tierra un tesoro cuya existencia sospecha, pero de cuyo lugar no está seguro, anda excavando acá y acullá sin regla fija.

Y, si bien se observa, no puede suceder de otra manera, cuando ya de antemano no se conoce la verdad que se busca. El que tiene á la vista un pedazo de mineral cuya naturaleza conoce, cuando trate de manifestar á otros lo que él sabe sobre la misma, se valdrá del procedimiento más sencillo y más adaptado para el efecto. Pero, si no tuviese dicho conocimiento, entonces le revolvería y miraría repetidas veces; por este ó aquel indicio formaría sus conjeturas, y, al fin, echaría mano de experimentos á propósito, no para manifestar que es tal, sino para descubrir cuál es.

§ III

Invención y enseñanza.

De esto nace la diferencia entre el método de enseñanza y el de invención: quien enseña, sabe á dónde va, y conoce el camino que ha de seguir, porque ya le ha recorrido otras veces; mas el que descubre, tal vez

no se propone nada determinado, sino examinar lo que hay en el objeto que le ocupa; quizás se prefija un blanco, pero ignorando si es posible alcanzarle, ó dudando si existe, si es más que un capricho de su imaginación; y, en caso de estar seguro de su existencia, no conoce el sendero que á él le ha de conducir.

Por este motivo los más elevados descubrimientos se enseñan por principios muy diferentes de los que guiaron á los inventores; el cálculo infinitesimal es debido á la geometría, y ahora se llega á sus aplicaciones geométricas por una serie de procedimientos puramente algebraicos. Así se levanta en una cordillera de escarpadas montañas un picacho inaccesible, donde, al parecer, se divisan algunos restos de un antiguo edificio: un hombre curioso y atrevido concibe el designio de subir allá; mira, tantea, trepa por altísimos peñascos, se escurre por pasadizos impracticables, se aventura por el estrechísimo borde de espantosos derrumbaderos, se ase de endebles plantas y carcomidas raíces, y, al fin, cubierto de sudor y jadeando de cansancio, toca á la deseada cumbre, y levantando los brazos clama con orgullo: «¡ya estoy arriba!...» Entonces domina de una ojeada todas las vertientes de la cordillera; lo que antes no veía sino por partes, ahora lo ve en su conjunto: mira hacia los puntos por donde había tanteado, ve la imposibilidad de subir por allí, y se ríe de su ignorancia. Contempla las escabrosidades por donde acaba de atravesar, y se envanece de su temeraria osadía. ¿Y cómo será posible que por estas malezas suban los que le están mirando? Pero ved ahí un sendero muy fácil: desde abajo no se descubre; desde arriba, sí. Da muchos rodeos, es verdad; se ha de tomar á larga distancia, pero es accesible hasta á los más débiles y menos atrevidos. Entonces desciende corriendo, se reune con los demás, les dice «seguidme», les conduce á la cima sin cansancio ni peligro, y allí les hace disfrutar de la vista del monumento, y de los magníficos alrededores que el picacho domina.

§ IV
La intuición.

Mas, no se crea que las tareas del genio sean siempre tan laboriosas y pesadas. Uno de sus caracteres es la *intuición*, el ver sin esfuerzo lo que otros no descubrirían sino con mucho trabajo, el tener á la vista el objeto inundado de luz, cuando los demás están en tinieblas. Ofrecedle una idea, un hecho, que quizás para otros serán insignificantes; él descubre mil y mil circunstancias y relaciones antes desconocidas. No había más que un pequeño círculo, y al clavarse en él la mágica mirada, el círculo se agita, se dilata, va extendiéndose como la aurora al levantarse el sol. Ved, no había más que una débil ráfaga luminosa; pocos instantes después brilla el firmamento con inmensas madejas de plata y de oro, torrentes de fuego inundan la bóveda celeste, del oriente al ocaso, del aquilón al sud.

§ V
No está la dificultad en comprender, sino en atinar. El jugador de ajedrez. Sobieski. Las víboras de Aníbal

Hay en este punto una particularidad muy digna de notarse, y que tal vez no ha sido observada; y es que muchas verdades no son difíciles en sí, y que, sin embargo, á nadie se ocurren sino á los hombres de talento Cuando éstos las presentan, ó las hacen advertir todo el mundo las ve tan claras, tan sencillas, tan obvias, que parece extraño no se las haya visto antes.

Dos hábiles jugadores de ajedrez están empeñados en una complicada partida. Uno de ellos hace una jugada, al parecer, tan indiferente... «tiempo perdido», dicen los espectadores; luego abandona una pieza que podía muy bien defender, y se entretiene en acudir á un punto por el cual nadie le amenaza. «¡Vaya una humorada! exclaman todos, esto le hará á V. mucha falta.» «¿Qué quieren Vds.? dice el taimado, no atina uno en todo», y continúa como distraído. El adversa-

rio no ha penetrado la intención, no acude al peligro, juega, y el distraído que perdía tiempo y piezas, ataca por el flanco descubierto, y con maligna sonrisa dice: «jaque mate.» «Tiene razón, gritan todos, y, ¿cómo no lo habíamos visto? ¡y una cosa tan sencilla!... pues, es claro, perdió el tiempo para enfilar por aquel lado; abandonó una pieza para abrirse paso; acudió allí, no para defenderse, sino para cerrar aquella salida; parece imposible que no lo hubiéramos advertido.»

Están los turcos acampados delante de Viena; cada cual discurre por dónde se deberá atacarlos cuando llegue el deseado refuerzo á las órdenes del rey de Polonia. Las reglas del arte andan de boca en boca, los proyectos son innumerables. Llega Sobieski, echa una mirada sobre el ejército enemigo: «es mío, dice; está mal acampado.» Al día siguiente ataca, los turcos son derrotados, y Viena es libre. Y después de visto el plan de ataque y su feliz éxito, todos dirían: «los turcos cometieron tal ó cual falta; tenía razón el rey, estaban mal acampados»; todos veían la verdad, la encontraban muy sencilla, pero después de habérsela mostrado

Todos los matemáticos sabían las propiedades de las progresiones aritméticas y geométricas, que el exponente de 1 era 0, que el de 10 era 1, que el de 100 era 2, y así sucesivamente, y que el de los números medios entre 1 y 10 era un quebrado; pero nadie veía que con esto se pudiese tener un instrumento de tantos y tan ventajosos usos como son las tablas de los logaritmos. Neper dijo: «helo aquí»; y todos los matemáticos vieron que era una cosa muy sencilla.

Nada más fácil que el sistema de nuestra numeración; y, sin embargo, no lo conocieron ni los griegos ni los romanos. ¿Qué fenómeno más sencillo, más patente á nuestros ojos, que la tendencia de los flúidos á ponerse á nivel, á subir á la misma altura de la cual descienden? ¿No lo estamos viendo á cada paso en las retortas, y en todos los vasos donde hay dos ó más tubos de comunicación? ¿Qué cosa más sencilla que la aplicación de esta ley de la naturaleza á objeto de tan-

ta utilidad como es la conducción de las aguas? Y, sin embargo, ha debido transcurrir mucho tiempo antes que la humanidad se aprovechara de la lección que estaba recibiendo todos los días en un fenómeno tan sencillo.

Dos artesanos poco diestros se hallan embarazados en una obra. El uno consulta al otro, ambos cavilan, ensayan, malbaratan sin conseguir nada. Acuden por fin á un tercero de aventajada nombradía. ¿Á ver si usted nos saca de apuros?—Muy sencillo: de esta manera.—Tiene V razón, era tan fácil y no habíamos sabido dar en ello.

Está Aníbal á la víspera de un combate naval, da sus disposiciones, y, entre tanto, vuelven á bordo algunos soldados que llevan un gran número de vasos de barro bien tapados, cuyo contenido conocen muy pocos. Comienza la refriega, los enemigos se ríen de que los marinos de Aníbal les arrojen aquellos vasos en vez de flechas; el barro se hace pedazos, y el daño que causa es muy poco. Pasan algunos momentos, un marino siente una picadura atroz: al grito del lastimado sucede el de otro, todos vuelven la vista y notan con espanto que la nave está llena de víboras. Introdúcese el desorden; Aníbal maniobra con destreza y la victoria se decide en su favor. Ciertamente que nadie ignoraba que era posible recoger muchas víboras, y encerrarlas en vasos de barro, y tirarlos á las naves enemigas, pero la ocurrencia sólo la tuvo el astuto cartaginés. Y él sin duda encontró el infernal ardid, sin raciocinios ni cavilaciones; bastóle tal vez que alguien mentase la palabra *víbora*, para atinar desde luego en que este reptil podría servirle de excelente auxiliar.

¿Qué nos dicen estos ejemplos? Nos dicen que el talento consiste muchas veces en ver una relación que está patente, y en la cual nadie atina. Ella en sí no es difícil, y la prueba está en que tan pronto como alguno la descubre y la señala con el dedo diciendo: «mirad», todos la ven sin esfuerzo, y hasta se admiran de no haberla advertido. Así que el lenguaje, llevado por la

fuerza misma de las cosas, los llama á estos pensamientos *ocurrencias*, *golpes*, *inspiraciones*, expresando de esta manera que no costaron trabajo, que se ofrecieron por sí mismos.

§ VI

Regla para meditar.

De lo dicho inferiré que para pensar bien no es buen sistema poner el espíritu en tortura, sino que es conveniente dejarle con cierto desahogo Está meditando sobre un objeto, al parecer no adelanta; con la atención sobre una cosa, diríase que está dormitando. No importa; no le violentéis: mira si descubre algún indicio que le guíe; se asemeja al que tiene en la mano una cajita cerrada con un resorte misterioso, en la cual se quiere poner á prueba el ingenio, por si se encuentra el modo de abrirla. La contempla largo rato, la vuelve repetidas veces, ora aprieta con el dedo, ora forcejea con la uña, hasta que al fin permanece un instante inmóvil y dice. «aquí está el resorte, ya está abierta.»

§ VII

Carácter de las inteligencias elevadas. Notable doctrina de Santo Tomás de Aquino

¿Por qué no se ocurren á todos ciertas verdades sencillas? ¿Cómo es que el linaje humano haya de mirar cual espíritus extraordinarios á los que ven cosas que, al parecer, todo el mundo había podido ver? Esto es buscar la razón de un arcano de la Providencia, esto es preguntar por qué el Criador ha otorgado á algunos hombres privilegiados una gran fuerza de intuición, ó sea visión intelectual inmediata, y la ha negado al mayor número.

Santo Tomás de Aquino desenvuelve sobre este particular una doctrina admirable. Según el Santo Doctor, el discurrir es señal de poco alcance del entendimiento; es una facultad que se nos ha concedido para su-

plir á nuestra debilidad; y así es que los ángeles entienden, mas no discurren. Cuanto más elevada es una inteligencia, menos ideas tiene; porque encierra en pocas lo que las más limitadas tienen distribuído en muchas. Así los ángeles de más alta categoría entienden por medio de pocas ideas; el número se va reduciendo á medida que las inteligencias criadas se van acercando al Criador, el cual, como ser infinito é inteligencia infinita, todo lo ve en una sola idea, única, simplicísima, pero infinita: su misma esencia. ¡Cuán sublime teoría! Ella sola vale un libro: ella prueba un profundo conocimiento de los secretos del espíritu, ella nos sugiere innumerables aplicaciones con respecto al entendimiento del hombre.

En efecto, los genios superiores no se distinguen por la mucha abundancia de las ideas, sino en que están en posesión de algunas, capitales, anchurosas, donde hacen caber al mundo. El ave rastrera se fatiga revoloteando, y recorre mucho terreno y no sale de la angostura y sinuosidades de los valles: el águila remonta su majestuoso vuelo, posa en la cumbre de los Alpes, y desde allí contempla las montañas, los valles, la corriente de los ríos, divisa vastas llanuras pobladas de ciudades, y amenizadas con deliciosas vegas, galanas praderas, ricas y variadas mieses.

En todas las cuestiones hay un punto de vista principal, dominante: en él se coloca el genio. Allí tiene la clave, desde allí lo domina todo. Si al común de los hombres no les es posible situarse de golpe en el mismo lugar, al menos deben procurar llegar á él á fuerza de trabajo; no dudando que con esto se ahorrarán muchísimo tiempo, y alcanzarán los resultados más ventajosos. Si bien se observa, toda cuestión y hasta toda ciencia tiene uno ó pocos puntos capitales á los que se refieren los demás. En situándose en ellos, todo se presenta sencillo y llano; de otra suerte, no se ven más que detalles y nunca el conjunto. El entendimiento humano, ya de suyo tan débil, ha menester que se le muestren los objetos tan simplificados como sea dable;

y por lo mismo es de la mayor importancia desembarazarlos de follaje inútil, y que, además, cuando sea preciso cargarle con muchas atenciones simultáneas, se las distribuya de suerte que queden reducidas á pocas clases, y cada una de éstas vinculada en un punto. Así se aprende con más facilidad, se percibe con lucidez y exactitud, y se auxilía poderosamente la memoria.

§ VIII

Necesidad del trabajo.

De las doctrinas de este capítulo sobre la inspiración é intuición, ¿podremos inferir la conveniencia de abandonar el discurso y hasta el trabajo, y de entregarnos á una especie de quietismo intelectual? No, ciertamente. Para el desarrollo de toda facultad hay una condición indispensable: el ejercicio. En lo intelectual como en lo físico, el órgano que no funciona se adormece, pierde de su vida; el miembro que no se mueve, se paraliza. Aun los genios más privilegiados no llegan á adquirir su fuerza hercúlea sino después de largos trabajos. La inspiración no desciende sobre el perezoso; no existe cuando no hierven en el espíritu ideas y sentimientos fecundantes. La intuición, el *ver* del entendimiento, no se adquiere sino con un hábito engendrado por el mucho *mirar*. La ojeada rápida, segura y delicada de un gran pintor, no se debe sólo á la naturaleza, sino también á la dilatada contemplación y observación de los buenos modelos: y la magia de la música no se desenvolvería en la organización más harmónica, sujeta únicamente á oir sonidos ásperos y destemplados. (16)

CAPITULO XVII

La enseñanza.

§ I

Dos objetos de la enseñanza. Diferentes clases de profesores.

Distinguen comunnmente los dialécticos entre el método de enseñanza y el de invención. Sobre uno y otro voy á emitir algunas observaciones.

La enseñanza tiene dos objetos: 1.°, instruir á los alumnos en los elementos de la ciencia; 2.°, desenvolver su talento para que, al salir de la escuela, puedan hacer los adelantos proporcionados á su capacidad.

Podría parecer que estos dos objetos no son más que uno solo; sin embargo, no es así. Al primero alcanzan todos los profesores que poseen medianamente la ciencia; al segundo no llegan sino los de un mérito sobresaliente. Para lo primero, basta conocer el encadenamiento de algunos hechos y proposiciones, cuyo conjunto forma el cuerpo de la ciencia; para lo segundo, es preciso saber cómo se ha construído esa cadena que enlaza un extremo con otro: para lo primero, bastan hombres que conozcan los libros; para lo segundo, son necesarios hombres que conozcan las cosas.

Más diré: puede muy bien suceder que un profesor superficial sea más á propósito para la simple enseñanza de los elementos, que otro muy profundo; pues que éste, sin advertirlo, se dejará llevar á discursos que complicarán la sencillez de las primeras nociones, y así dañará á la percepción de los alumnos poco capaces.

La clara explicación de los términos, la exposición llana de los principios en que se funda la ciencia, la metódica coordinación de los teoremas y de sus corolarios: he aquí el objeto de quien no se propone más que instruir en los elementos.

Pero, al que extienda más allá sus miradas, y considere que los entendimientos de los jóvenes no son únicamente tablas donde se hayan de tirar algunas líneas que permanezcan allí inalterables para siempre, sino campos que se han de fecundar con preciosa semilla, á éste le incumben tareas más elevadas y más difíciles. Conciliar la claridad con la profundidad, hermanar la sencillez con la combinación, conducir por camino llano y amaestrar, al propio tiempo, en andar por senderos escabrosos, mostrando las angostas y enmarañadas veredas por donde pasaron los primeros inventores, inspirar vivo entusiasmo, despertar en el talento la conciencia de las propias fuerzas, sin dañarle con temeraria presunción: he aquí las atribuciones del profesor que considera la enseñanza elemental, no como fruto, sino como semilla.

§ II

Genios ignorados de los demás y de sí mismos.

¡Cuán pocos son los profesores dotados de esta preciosa habilidad! Y ¿cómo es posible que los haya en el lastimoso abandono en que yace este ramo? ¿Quién cuida de aficionar á la enseñanza á los hombres de capacidad elevada? ¿Quién procura fijarlos en esta ocupación, si se deciden alguna vez á emprenderla? Las cátedras son miradas á lo más como un hincapié para subir más arriba; con las arduas tareas que ellas imponen, se unen mil y mil de un orden diferente, y se desempeña corriendo y á manera de distracción lo que debería absorber al hombre entero.

Así, cuando entre los jóvenes se encuentra alguno en cuya frente chispea la llama del genio, nadie le advierte, nadie se lo avisa, nadie se lo hace sentir; y, encajonado entre los buenos talentos, prosigue su carrera, sin que se le haya hecho experimentar el alcance de sus fuerzas. Porque es preciso saber que estas fuerzas no siempre las conoce el mismo que las posee, aun cuando sean con respecto á lo mismo que le ocu-

pa. Podrá muy bien suceder que el fuego del genio permanezca toda la vida entre cenizas, por no haber habido una mano que las sacudiera. ¿No vemos á cada paso que una ligereza extraordinaria, una singular flexibilidad de ciertos miembros, una gran fuerza muscular y otras calidades corporales, están ocultas hasta que un ensayo casual viene á revelárselas al que las posee? Si Hércules no manejara más que un bastoncito, nunca creyera ser capaz de blandir la pesada clava.

§ III

Modo para descubrir los talentos ocultos y apreciarlos en su valor.

Un profesor de matemáticas que explique á sus alumnos la teoría de las secciones cónicas, les dará una idea clara y exacta de dichas curvas, presentándoles las ecuaciones que expresan su naturaleza, y deduciendo las propiedades que de ésta se originan. Hasta aquí el discípulo aprende bien los elementos, pero no se ejercita en el desarrollo de sus fuerzas intelectuales; nada se le ofrece que pueda hacerle sentir el talento de invención, si es que en realidad le posea. Pero, si el profesor le hace notar que aquella ecuación fundamental, al parecer de mera convicción, no es probable que se le haya establecido sin motivo, desde luego el joven se halla mal seguro sobre la base que reputaba sólida, y busca el medio de darle algún apoyo. Si el alumno no acierta en el principio generador de dichas curvas, se le puede hacer notar el nombre que llevan, y recordarle que la sección paralela á la base del cono es un círculo. Entonces, naturalmente, el alumno corta el cono con planos en diferentes posiciones, y á la primera ojeada advierte que, si la sección es cerrada, y no paralela á la base, resultan curvas cuya figura se parece á la que se ha llamado elipse. Ya imagina la sección más cercana al paralelismo, ya más distante, y siempre nota que la figura es una elipse, con la única diferencia de su mayor aplanación por los lados, ó bien de la mayor diferencia de los ejes. ¿Será posible

expresar por una ecuación la naturaleza de esta curva? ¿Hay algunos datos conocidos? ¿Tienen alguna relación con las propiedades del cono y de la sección paralela? ¿La mayor ó menor inclinación del plano cambia la naturaleza de la sección? Dando al plano otras posiciones, de suerte que no salga cerrada la sección, ¿qué curvas resultan? ¿Hay alguna semejanza entre ellas y las parábolas é hipérboles? Estas y otras cuestiones se ofrecen al discípulo dotado de capacidad; y, si es de muy felices disposiciones, veréisle al instante tirar líneas dentro del cono, compararlas unas con otras, concebir triángulos, calcular sus relaciones, y tantear mil caminos para llegar á la ecuación deseada Entonces no aprende simplemente las primeras nociones de la teoría; se ha convertido ya en inventor; su talento encuentra pábulo en que cebarse; y, cuando aislado en los procedimientos de primera enseñanza contaba muchos iguales en la inteligencia de la doctrina explicada, ahora echaréis de ver que deja á sus compañeros muy atrás, que ellos no han dado un paso, mientras él, ó ha obtenido el resultado que se buscaba, ó adelantado en el verdadero camino. Entonces da á conocer sus fuerzas, y las conoce el mismo; entonces se palpa que su capacidad es superior á la rutina, y que quizás, andando el tiempo, podrá ensanchar el dominio de la ciencia.

Un profesor de derecho natural explicará cumplidamente los derechos y deberes de la patria potestad, y las obligaciones de los hijos con respecto á los padres, aduciendo las definiciones y razones que en tales casos se acostumbran. Hasta aquí llegan los elementos; pero nada se encuentra para desenvolver el genio filosófico de un alumno privilegiado, ni que pueda hacerle sobresalir entre el común de sus compañeros, dotados de una capacidad regular. El hábil profesor desea tomar la medida de los talentos que hay en la cátedra, y el tiempo que le sobra después de la explicación, le emplea en hacer un experimento.

—¿Sobre estos deberes le parece á V. si nos dicen

algo los sentimientos del corazón? ¿Las luces de la filosofía están de acuerdo con las inspiraciones de la naturaleza? Á esta pregunta responderán hasta los medianos, observando que los padres naturalmente quieren á los hijos, y éstos á los padres; y que así están enlazados nuestros deberes con nuestros afectos, instigándonos éstos al cumplimiento de aquéllos. Hasta aquí no hay diferencia entre los alumnos que se llaman de buen talento. Pero prosigue el profesor analizando la materia, y pregunta:

—¿Qué le parece á V. de los hijos que se portan mal con los padres, y no corresponden con la debida gratitud al amor que éstos les prodigaron?

—Que faltan á un deber sagrado y desoyen la voz de la naturaleza.

—Pero, ¿cómo es que vemos tan á menudo á los hijos no cumplir como deben con sus padres, mientras éstos, si en algo faltan, suele ser por sobreabundancia de amor y ternura?

—En esto hacen muy mal los hijos, dirá el uno.

—Los hombres se olvidan fácilmente de los beneficios recibidos, dirá el otro. Quién alegará que los hijos, á medida que adelantan en edad, se hallan distraídos por mil atenciones diferentes; quién recordará que los nuevos afectos engendrados en sus ánimos á causa de la familia de que se hacen cabezas, disminuyen el que deben á sus padres; y cada cual andará señalando razones más ó menos adaptadas, más ó menos sólidas; pero ninguna que satisfaga del todo. Si entre vuestros alumnos se encuentra alguno que haya de adquirir con el tiempo esclarecida nombradía, dirigidle la misma pregunta, á ver si acierta á decir algo que la desentrañe y la ilustre.

—Es demasiado cierto, os responderá, que los hijos faltan con mucha frecuencia á sus deberes para con sus padres; pero, si no me engaño, la razón de esto se halla en la misma naturaleza de las cosas. Cuanto más necesario es para la conservación y buen orden de los seres el cumplimiento de un deber, el Criador ha pro-

curado asegurar más dicho cumplimiento. El mundo se conserva más ó menos bien, á pesar del mal comportamiento de los hijos; pero el día que los padres se portasen mal, y olvidasen el cuidar de sus hijos, el linaje humano caminaría á su ruina. Así es de notar que los hijos, ni aun los mejores, no profesan á sus padres un afecto tan vivo y ardiente como los padres á los hijos. El Criador podía, sin duda, comunicar á los hijos un amor tan apasionado y tierno como lo es el de los padres; pero esto no era necesario, y, por lo mismo, no lo ha hecho. Y es de notar que las madres, que han menester mayor grado de este amor y ternura, lo tienen llevado hasta los límites del frenesí, habiéndolas pertrechado el Criador contra el cansancio que pudieran producirles los primeros cuidados de la infancia. Resulta, pues, que la falta del cumplimiento de los deberes en los hijos, no procede precisamente de que éstos sean peores, pues ellos, si llegan á ser padres, se portan como lo hicieron los suyos; sino de que el amor filial es de suyo menos intenso que el paternal, ejerce mucho menos ascendiente y predominio sobre el corazón, y, por lo mismo, se amortigua con más facilidad; es menos fuerte para superar obstáculos, y ejerce menor influencia sobre la totalidad de nuestras acciones.

En las primeras respuestas encontrabais discípulos aprovechados; en ésta descubrís al joven filósofo que empieza á descollar, como entre raquíticos arbustos se levanta la tierna encina que, andando los años, se hará notar en el bosque por su corpulento tronco y soberbia copa.

§ IV

Necesidad de los estudios elementales.

No se crea, por lo dicho, que juzgue conveniente emancipar á la juventud, de la enseñanza de los elementos; muy al contrario, opino que quien ha de aprender una ciencia, por grandes que sean las fuerzas de que se sienta dotado, es preciso se sujete á esta mor-

tificación, que es como el noviciado de las letras. De esto procuran muchos eximirse apelando á artículos de diccionario que contienen lo bastante para hablar de todo sin entender de nada; pero la razón y la experiencia manifiestan que semejante método no puede servir sino á formar lo que llamamos eruditos á la violeta.

En efecto: hay en toda ciencia y profesión un conjunto de nociones primordiales, voces y locuciones que les son propias, las cuales no se aprenden bien sino estudiando una obra elemental: de suerte que, cuando no mediaran otras consideraciones, la presente bastaría á demostrar los inconvenientes de tomar otro camino. Estas nociones primordiales, y esas voces y locuciones, deben ser miradas con algún respeto por quien entra de nuevo en la carrera; pues ha de suponer que no en vano han trabajado hasta aquí los que á ella se dedicaron. Si el recién venido tiene desconfianza de sus predecesores, si espera poder reformar la ciencia ó profesión, y hasta variarla radicalmente, al ménos ha de reflexionar que es prudente enterarse de lo que han dicho los otros, que es temerario el empeño de crearlo todo por sí solo, y es exponerse á perder mucho tiempo el no quererse aprovechar en nada de las fatigas ajenas. El maquinista más extraordinario empieza quizás á dedicarse á su profesión en la tienda de un modesto artesano; y, por grandes esperanzas que puedan fundarse en sus brillantes disposiciones, no deja por esto de aprender los nombres y el manejo de los instrumentos y enseres del trabajo. Con el tiempo hará en ellos muchas variaciones, los tendrá de otra materia más adaptada, cambiará su forma y tal vez su nombre; mas por ahora es preciso que los tome tales como los encuentra, que se ejercite con ellos hasta que la reflexión y la experiencia le hayan mostrado los inconvenientes de que adolecen y las mejoras de que son susceptibles.

Puede aplicarse á todas las ciencias el consejo que se da á los que quieren aprender la historia: antes de comenzar su estudio, es necesario leer un compendio.

Á este propósito son notables las palabras de Bossuet en la dedicatoria que precede á su *Discurso sobre la historia universal*. Asienta la necesidad de estudiar la historia en compendio, para evitar confusión y ahorrar fatiga, y luego añade: «Esta manera de exponer la historia universal la compararemos á la descripción de los mapas geográficos: la historia universal es el mapa general comparado con las historias particulares de cada país y de cada pueblo. En los mapas particulares veis menudamente lo que es un reino, ó una provincia en sí misma; en los universales aprendéis á fijar estas partes del mundo en su todo; en una palabra, veis la parte que ocupa París ó la isla de Francia en el reino, la que el reino ocupa en la Europa, y la que la Europa ocupa en el universo.» Pues bien: la oportuna y luminosa comparación entre el *Mapamundi* y los particulares, se aplica á todos los ramos de conocimientos. En todos hay un conjunto de que es preciso hacerse cargo para comprender mejor las partes, y no andar confuso y perdido en la manera de ordenarlas. Aun las ideas que se adquieren por este método son casi siempre incompletas, á menudo inexactas, y algunas veces falsas; pero todos estos inconvenientes aun no pesan tanto como los que resultan de acometer á tientas, sin antecedente ni guía, el estudio de una ciencia. Las obras elementales, se nos dirá, no son más que un esqueleto; es verdad; pero, tal como es, ahorra muchísimo trabajo; hallándole formado ya, os será más fácil corregir sus defectos, cubrirle de nervios, músculos y carne; darle color, movimiento y vida.

Entre los que han estudiado por principios una ciencia, y los que, por decirlo así, han cogido sus nociones al vuelo en enciclopedias y diccionarios, hay siempre una diferencia que no se escapa á un ojo ejercitado. Los primeros se distinguen por la precisión de ideas y propiedad de lenguaje; los otros se lucen tal vez con abundantes y selectas noticias, pero á la mejor ocasión dan un solemne tropiezo, que manifiesta su ignorante superficialidad. (17)

CAPITULO XVIII

La invención.

§ I

Lo que debe hacer quien carezca del talento de invención.

Creo haber dicho lo suficiente con respecto á los métodos de enseñar y aprender; paso á tratar del método de invención.

Conocidos los elementos de una ciencia, y llegado el hombre á edad y posición en que pueda dedicarse á estudios de mayor extensión y profundidad, está en el caso de seguir senderos menos trillados, y acometer empresas más osadas. Si la naturaleza no le ha dotado del talento de invención, preciso le será contentarse por toda su vida con el método elemental, bien que tomado en mayor escala. Necesita guías; y este servicio le prestarán las obras magistrales. Mas, no se crea que deba entenderse condenado á ciego servilismo, y no haya de atreverse á discordar nunca de la autoridad de sus maestros: en la milicia científica y literaria no es tan severa la disciplina, que no sea lícito al soldado dirigir algunas observaciones á su jefe.

§ II

La autoridad científica.

Los hombres capaces de alzar y llevar adelante una bandera son muy pocos; y mejor es alistarse en las filas de un general acreditado, que no andar á manera de miserable guerrillero, afectando la importancia de insigne caudillo.

Diciendo esto, no es mi ánimo predicar la autoridad en materias puramente científicas y literarias; en todo

el decurso de la obra he dado bastante á entender que no adolezco de tal achaque; sólo me propongo indicar una necesidad de nuestro entendimiento, que, siendo por lo común muy flaco, ha menester un apoyo. La hiedra, entrelazándose con un árbol, se levanta á grande altura; si creciese sin arrimo, yacería tendida por el suelo, pisoteada por todos los transeuntes. Además, que no por haber hecho esta observación se ha de cambiar el orden regular de las cosas; pues con ella más bien he consignado un hecho que ofrecido un consejo. Sí, un hecho, porque, á pesar de tanto como se blasona de independencia, es más claro que la luz del mediodía que esta independencia no existe, que gran parte de la humanidad anda guiada por algunos caudillos, y que éstos á su talante la llevan por el camino de la verdad ó del error.

Éste es un hecho de todos los países y de todos los siglos; hecho indestructible, porque está fundado en la misma naturaleza del hombre. El débil siente la superioridad del fuerte, y se humilla en su presencia; el genio no es el patrimonio del linaje humano, es un privilegio á pocos concedido; quien lo posee ejerce sobre los demás un ascendiente irresistible. Se ha observado con mucha verdad que las masas tienen una tendencia al despotismo; esto dimana de que sienten su incapacidad para dirigirse, y naturalmente buscan un jefe: lo que se experimenta en la guerra y la política, se nota también en las ciencias. La generalidad de los que las profesan son también masas, son verdadero vulgo que, entregado á sí mismo, no sabría qué hacerse; por lo mismo se arremolina á manera de grupos populares en torno de los que le hablan algo mejor de lo que él sabe, y manifiestan conocimientos que él no posee. El entusiasmo penetra también en la plebe sabia; y lo mismo que la otra, en sus asonadas, aplaude y grita: «¡muy bien, muy bien!... tú lo entiendes mejor que nosotros; tú serás nuestro jefe...»

§ III

Modificaciones que ha sufrido en nuestra época la autoridad científica.

Á medida que se han generalizado los conocimientos con el inmenso desarrollo de la prensa, se ha podido creer que el indicado fenómeno había desaparecido; pero no es así: lo que ha hecho ha sido modificarse. Cuando los caudillos eran pocos, cuando el mando estaba entre pocas escuelas, andaban los entendimientos á manera de ejércitos disciplinados, siendo tan patente la dependencia, que no era posible equivocarse. Ahora sucede de otra manera: los caudillos y las escuelas son en mayor número; la disciplina se ha relajado: pasan los soldados de uno á otro campo; éstos se adelantan un poco, aquéllos quedan rezagados: algunos se separan y se empeñan en escaramuzas sin instrucciones ni órdenes de sus jefes; diríase que los grandes ejércitos han dejado de existir y que cada cual marcha por su lado; pero, no os hagáis ilusiones: los ejércitos existen á pesar de ese desorden, todos saben bien á cuál pertenecen: si desertan del uno, se unirán al otro; y, cuando se vean en aprieto, todos se replegarán en la dirección donde saben que está el cuerpo principal para cubrir su retirada.

Y, si entrar quisiésemos en minuciosas cuentas, hallaríamos que no es tan exacto que los caudillos de ahora sean en mucho mayor número que los de tiempos anteriores. Formando un cuadro de clasificaciones científicas y literarias, encontraríamos fácilmente que en cada género son muy pocos los que llevan la bandera, y que sobre sus pasos se precipita la multitud ahora como siempre.

El teatro y la novela, ¿no tienen un pequeño número de *notabilidades*, cuyas obras se imitan hasta el fastidio? La política, la filosofía, la historia, ¿no cuentan también unos pocos adalides, cuyos nombres se pronuncian sin cesar, y cuyas opiniones y lenguaje se

adoptan sin discernimiento? La *independiente* Alemania, ¿no tiene sus escuelas filosóficas, tan marcadas y caracterizadas como serlo pudieron las de Santo Tomás, Escoto y Suárez? ¿Qué son en Francia la turba de los filósofos universitarios, sino humildes discípulos de Cousín? ¿Y qué ha sido Cousín á su vez sino un vicario de Hégel y de Schelling? Y su filosofía, que también forceja por introducirse entre nosotros, ¿no comienza con tono magistral, exigiendo respeto y deferencia, á manera de ministerio sagrado que se dirige á la conversión de las gentes sencillas? La mayor parte de los que profesan la filosofía de la historia, ¿hacen más que recitar trozos de las obras de Guizot, ó de otros escritores muy contados? Los que se complacen en declamaciones sobre elevados principios de legislación, ¿no son con frecuencia plagiarios de Becaria y Filangeri? Los utilitarios, ¿nos dicen, por ventura, otra cosa que lo que acaban de leer en Bentham? Los escritores sobre derecho constitucional, ¿no tienen siempre en la boca á Benjamín Constant?

Reconozcamos, pues, un hecho que tan de bulto se presenta, y no nos lisonjeemos de haber destruído lo que es más fuerte que nosotros; pero guardémonos de sus malos efectos en cuanto nos sea posible. Si á causa de la debilidad de nuestras luces estamos precisados á valernos de las ajenas, no las recibamos tampoco con innoble sumisión, no abdiquemos el derecho de examinar las cosas por nosotros mismos, no consintamos que nuestro entusiasmo por ningún hombre llegue á tan alto punto, que, sin advertirlo, le reconozcamos como oráculo infalible. No atribuyamos á la criatura lo que es propio del Criador.

§ IV

El talento de invención. Carrera del genio.

Si el entendimiento es tal que pueda conducirse á sí mismo; si, al examinar las obras de los grandes es-

critores, se siente con fuerza para imitarlos, y se encuentra en ellos, no como pigmeo entre gigantes, sino como entre sus iguales, entonces el método de invención le conviene de una manera particular, entonces no debe limitarse á *saber los libros*, es preciso que *conozca las cosas;* no ha de contentarse con seguir el camino trillado, sino que ha de buscar veredas que le lleven mejor, más recto, y, si es posible, á puntos más elevados. Ni admita ideas sin analizar, ni proposición sin discutir, ni raciocinio sin examinar, ni regla sin comprobar; fórmese una ciencia propia, que le pertenezca como su sangre, que no sea una simple recitación de lo que ha leído, sino el fruto de lo que ha observado y pensado.

¿Qué reglas deberá tener presentes? Las que se han señalado más arriba para todo pensador. El entrar en pormenores sería inútil y tal vez imposible; que el empeño de trazar al genio una marcha fija, es no menos temerario que el de sujetar las expresiones de animada fisonomía al mezquino círculo de compasados gestos. Cuando le veis abalanzarse brioso á su gigantesca carrera, no le dirijáis palabras insulsas, ni consejos estériles, ni reglas que no ha de observar: decidle tan sólo: «Imagen de la divinidad, marcha á cumplir los destinos que te ha señalado el Criador; no te olvides de tu principio y de tu fin; tú levantas el vuelo y no sabes á dónde vas; alza los ojos al cielo y pregúntaselo á tu Hacedor. Él te mostrará su voluntad: cúmplela fielmente; que en cumplirla están cifrados tu grandor y tu gloria.» (18)

CAPITULO XIX

El entendimiento, el corazón y la imaginación.

§ I

Discreción en el uso de las facultades del alma. La reina Dido. Alejandro.

He dicho (cáp. XII) que para conocer la verdad en ciertas materias era necesario desplegar á un mismo tiempo diferentes facultades del alma, y entre ellas he contado el sentimiento. Ahora añadiré que, si bien esto es preciso cuando se trata de aquellas verdades cuya naturaleza consiste en relaciones con dicho sentimiento, como todo lo bello ó tierno, ó melancólico ó sublime, no lo es cuando la verdad pertenece á un orden distinto que nada tiene que ver con nuestra facultad de sentir.

Si quiero apreciar todo el mérito de Virgilio en el episodio de Dido, es menester que no raciocine con sequedad, sino que imagine y sienta; pero, si me propongo juzgar bajo el aspecto moral la conducta de la reina de Cartago, es preciso que me despoje de todo sentimiento, y que deje encomendado á la fría razón el fallar conforme á los eternos principios de la virtud.

Al leer á Quinto Curcio, admiro al héroe macedón, y me complazco al verle cuando se arroja impávido al través del Gránico, vence en Arbela, persigue y anonada á Darío, y señorea el Oriente. En todo esto hay grandeza, hay rasgos que no fueran debidamente apreciados, si se cerrara el corazón á todo sentimiento. La sublime narración del sagrado Texto (I Mach., cap. 1) no será estimada en su justo valor por quien no haga más que analizar con frialdad. «Y sucedió que, después que Alejandro Macedón, hijo de Filipo, que fué el primero que reinó en Grecia, salió de la tierra de

Cethim, derrotó á Darío, rey de los persas y de los medos, dió muchas batallas y conquistó las fortalezas de todos, y mató á los reyes de la tierra. Y pasó hasta los confines del mundo, y se apoderó de los despojos de numerosas gentes, *y la tierra calló en su presencia...»* Cuando uno llega á esta expresión, el libro se cae de las manos y el asombro se apodera del alma. En presencia de un hombre *la tierra calló...* Sintiendo con viveza la fuerza de esta imagen, se forma la mejor idea que formarse pueda del héroe conquistador. Si para conocer esta verdad abstraigo y discurro y cavilo, y ahogo mis sentimientos, nada comprenderé; es preciso que me olvide de toda filosofía, que no sea más que hombre, y que, dejando la fantasía en libertad, y el corazón abierto, mire al hijo de Filipo, saliendo de la tierra de Cethim, marchando con pasos de gigante hasta la extremidad del orbe, y contemple á la tierra, que amedrentada calla. Pero, si me propongo examinar la justicia y la utilidad de aquellas conquistas, entonces será preciso cortar el vuelo á la imaginación, amortiguar los sentimientos de admiración y entusiasmo; será preciso olvidar al joven monarca rodeado de sus falanges, y descollando entre sus guerreros, como el Júpiter de la fábula entre el cortejo de los dioses: será necesario no pensar más que en los eternos principios de la razón, y en los intereses de la humanidad. Si al hacer este examen dejo campear la fantasía y dilatarse el corazón, erraré; porque la radiante aureola que orla las sienes del conquistador, me deslumbrará, me quitará la osadía de condenarle, me inclinará á la indulgencia por tanto genio y heroísmo; y se lo perdonaré todo, cuando vea que en la cumbre de su gloria, á la edad de 33 años, *se postra en un lecho y conoce que se muere.* Et post haec decidit in lectum, et cognovit quia moreretur. (Machab., lib. 1, cap. 1.)

§ II

Influencia del corazón sobre la cabeza. Causas y efectos.

Á cada paso se observa la mucha influencia que sobre nuestra conducta tienen las pasiones; y el insistir en probar esto sería demostrar una verdad demasiado conocida. Pero, no se ha reparado tanto en los efectos de las pasiones sobre el entendimiento, aun con respecto á verdades que nada tienen que ver con nuestras acciones. Quizás sea éste uno de los puntos más importantes del arte de pensar, y, por lo mismo, lo expondré con algún detenimiento.

Si nuestra alma estuviese únicamente dotada de inteligencia, si pudiese contemplar los efectos sin ser afectada por ellos, sucedería que, en no alterándose dichos objetos, los veríamos siempre de una misma manera. Si el ojo es el mismo, la distancia la misma, el punto de vista el mismo, la cantidad y dirección de la luz las mismas, la impresión que recibamos no podrá menos de ser siempre la misma. Pero, cambiada una cualquiera de estas condiciones, cambiará la impresión: el objeto será más ó menos grande, los colores más ó menos vivos ó quizás del todo diferentes; su figura sufrirá considerables modificaciones, ó tal vez se convertirá en otra nada semejante. La luna conserva siempre su misma figura y, no obstante, nos presenta de continuo variedad de fases; una roca informe y desigual se nos ofrece á lo lejos como una cúpula que corona un soberbio edificio; y el monumento que mirado de cerca es una maravilla del arte, se divisa á larga distancia como una peña irregular, desgajada, caída á la aventura en las faldas del monte.

Lo propio sucede con el entendimiento: los objetos son á veces los mismos, y, no obstante, se ofrecen muy diferentes, no sólo á distintas personas, sino á una misma, sin que para esta mudanza sea necesario mucho tiempo. Quizás un instante de intervalo es suficiente para cambiar la escena; nos hallamos ya en otra

parte; se ha corrido un velo, y todo ha variado; todo ha tomado otras formas y colores: diríase que los objetos han sido tocados con la varita de un mago.

¿Y cuál es la causa? Es que el corazón se ha puesto en juego, es que nosotros nos hemos mudado y nos parece que se han mudado los objetos. Así, al darse á la vela la embarcación que nos lleva, el puerto y las costas huyen á toda prisa, cuando en realidad nada se ha movido, sino la nave.

Y nótese que esta mudanza no se realiza tan sólo cuando el ánimo se conmueve profundamente, y puede decirse que las pasiones están levantadas; en medio de una calma aparente sufrimos á menudo esta alteración en la manera de ver, alteración más peligrosa, cuanto menos se hacen sentir las causas que la producen. Se han dividido en ciertas clases las pasiones del corazón humano; pero, sea que no se hayan comprendido todas en la clasificación filosófica, sea que cada una de ellas entrañe en su seno otras muchas que deben ser consideradas como sus hijas, ó como transformaciones de una misma, lo cierto es que quien observe con atención la variedad y graduación de nuestros sentimientos, creerá estar asistiendo á las mudables ilusiones de una visión fantasmagórica. Hay momentos de calma y de tempestad, de dulzura y de acritud, de suavidad y de dureza, de valor y de cobardía, de fortaleza y de abatimiento, de entusiasmo y de desprecio, de alegría y de tristeza, de orgullo y de anonadamiento, de esperanza y de desesperación, de paciencia y de ira, de postración y de actividad, de expansión y de estrechez, de generosidad y de codicia, de perdón y de venganza, de indulgencia y de severidad, de placer y de malestar, de saboreo y de tedio, de gravedad y de ligereza, de elevación y de frivolidad, de seriedad y de chiste, de..., pero ¿á dónde vamos á parar enumerando la variedad de disposiciones que experimenta nuestra alma? No es más mudable é inconstante el mar azotado por los huracanes, mecido por el céfiro, rizado con el aliento de la aurora, inmóvil con el peso de una at-

mósfera de plomo, dorado con los rayos del sol naciente, blanqueado con la luz del astro de la noche, tachonado con las estrellas del firmamento, ceniciento como el semblante de un difunto, brillante como los fuegos del mediodía, tenebroso y negro como la boca de una tumba.

§ III

Eugenio. Sus transformaciones en veinticuatro horas.

Érase una hermosa mañana de abril; Eugenio se había levantado muy temprano, había extendido maquinalmente el brazo á su librería, y con el tomito en la mano, pero sin abrir, se había asomado al balcón, que daba vista á una risueña campiña. ¡Qué día más bello! ¡qué hora tan embelesante! El sol se levanta en el horizonte matizando las nubecillas con primorosos colores, y desplegando en todas direcciones madejas de luz, como la dorada cabellera ondeante sobre la cabeza de un niño; la tierra ostenta su riqueza y sus galas, el ruiseñor gorjea y trina en la cercana arboleda, el labrador se encamina á su campo, saludando al luminar del dia con cantares de dicha y de amor. Eugenio contempla aquella escena con un placer inexplicable. Su ánimo tranquilo, sosegado, apacible, se presta fácilmente á emociones gratas y suaves. Goza de completa salud, disfruta de pingüe fortuna; los negocios de la familia andan con viento en popa, y cuantos le rodean se esmeran en complacerle. Su corazón no está agitado por ninguna pasión violenta; anoche concilió sin dificultad el sueño, que no se ha interrumpido hasta el rayar el alba; y espera que las horas se adelanten para entregarse al ordinario curso de sus tranquilas tareas.

Abre, por fin, el libro. es una novela romántica. Un desgraciado á quien el mundo no ha podido comprender, maldice á la sociedad, á la humanidad entera, maldice á la tierra y al cielo, maldice lo pasado, lo presente y lo futuro, maldice al mismo Dios, se maldice á sí mismo, y, cansado de mirar un sol helado y sombrío, una tierra mustia y agostada, de arrastrar una

existencia que pesa sobre su corazón, que le oprime, que le ahoga, como los brazos del verdugo al infeliz ajusticiado, se propone dar fin á sus días. Miradle, ya está en el borde del precipicio fatal; ya está escrita en la cartera la palabra *adiós;* ya vuelve en torno su cabeza desgreñada, su semblante pálido, sus ojos hundidos é inflamados, sus facciones alteradas; y antes de consumar el atentado se queda un momento en silencio, y luego reflexiona sobre la naturaleza, sobre los destinos del hombre, sobre la injusticia de la sociedad. «Esto es exagerado, dice con impaciencia Eugenio; en el mundo hay mucho malo, pero no lo es todo. La virtud no está todavía desterrada de la tierra; yo conozco muchas personas que sin atroz calumnia no pueden ser contadas entre los criminales. Hay injusticias, es cierto; pero, la injusticia no es la regla de la sociedad; y, si bien se observa, los grandes crímenes son excepciones monstruosas. La mayor parte de los actos que se cometen contra la virtud proceden de nuestra debilidad; nos dañan á nosotros mismos, pero no traen perjuicios á otros; no aterrorizan al mundo, y los más se consuman sin llegar á su noticia. Ni es verdad que el bienestar sea tan imposible; los infortunados son muchos, pero no todo dimana de injusticia y crueldad; en la misma naturaleza de las cosas se encuentra la razón de estos males, que, además, no son ni tantos ni tan negros como se nos pintan aquí. No sé qué modo de mirar los objetos tienen esos hombres; se quejan de todo, blasfeman de Dios, calumnian á la humanidad entera; y, cuando se elevan á consideraciones filosóficas, llevan el alma por una región de tinieblas, donde no encuentra más que un caos desesperante. Cuando vuelve de semejantes excursiones, no sabe pronunciar otras palabras que *maldición* y *crimen.* Esto es insoportable; esto es tan falso en filosofía como feo en literatura.» Así discurría Eugenio, y cerraba buenamente el libro, y apartaba de su mente aquellos tétricos recuerdos, entregándose de nuevo á la contemplación de la bella naturaleza.

Pasan las horas, suena la de comenzar sus tareas; y aquel día parece el de las desgracias. Todo va mal; diríase que le han alcanzado á Eugenio las maldiciones del suicida. Muy de mañana corre por la casa un malhumor terrible: N. ha pasado malísima noche; M. se ha levantado indispuesto, y todos son más agrios que zumo de fruta verde. Á Eugenio se le pega también algo de la malignidad atmosférica que le rodea, pero todavía conserva alguna cosa de las apacibles emociones de la salida del sol.

El día se va encapotando, el tiempo no será tan bueno como se prometía el espectador de la mañana. Sale Eugenio á sus diligencias, la lluvia comienza, el paraguas no basta para cubrir al viandante, y en una calle estrecha y atestada de lodo se encuentra Eugenio con un caballo que galopa, sin atender á que los chispazos de fango de sus cascos dejan al pobre pasajero pedestre hecho una lástima de pies á cabeza. Ya es preciso retroceder, volverse á casa entre irritado y mohino, no maldiciendo tan alto como el romántico, pero sí haciendo no muy piadosa plegaria para el caballo y el jinete. La vida no es ya tan bella, pero todavía es soportable; la filosofía se va encapotando como el tiempo, pero el sol no ha desaparecido aún. Los destinos de la humanidad no son desesperantes, pero los lances de los hombres son algo pesados. Al fin, siempre sería mejor que las caras domésticas no fueran de cuaresma, que las calles estuviesen limpias, ó que, si estaban sucias, no galopasen los caballos á la inmediación de los transeuntes.

Sobre una desgracia viene otra. Reparado Eugenio del primer descalabro, vuelve á sus diligencias, dirigiéndose á casa de un amigo, quien le ha de comunicar noticias satisfactorias con respecto á un negocio de importancia. Por lo pronto, es recibido con frialdad; el amigo procura eludir la conversación sobre el punto principal, y finge ocupaciones apremiadoras que le obligan á aplazar para otro día el tratar del asunto. Eugenio se despide algo desabrido y receloso, y se de-

vana los sesos por adivinar el misterio; pero una feliz casualidad le hace encontrar con otro amigo, que le revela la trama del primero, y le avisa que no se duerma, si no quiere ser víctima de la perfidia más infame. Marcha presuroso á tomar sus providencias, acude á otros que puedan informarle de la verdadera situación de las cosas; le explican la traición, se compadecen de su desgracia, pero todos convienen en que ya es tarde. La pérdida es crecida, y, además, irreparable: el pérfido ha tomado sus medidas con tanta precaución, que el desgraciado Eugenio no ha advertido la estratagema hasta que se ha visto enredado sin remedio. Acudir á los tribunales es imposible, porque el negocio no lo consiente; reprochar al pérfido la negrura de su acción es desahogo estéril; con tomar una venganza nada se remedia y se aumentan los males del vengador. No hay más que resignarse. Eugenio se retira á su casa, entra en su gabinete, se entrega á todo el dolor que consigo trae el frustrarse tantas esperanzas, y un cambio inevitable en su posición social. El libro está todavía sobre la mesa, su vista le recuerda las reflexiones de la mañana; y exclama en su interior: «¡Oh! ¡cuán miserablemente te engañabas cuando reputabas exageración las infernales pinturas que del mundo hacen esos hombres! No puede negarse: tienen razón, esto es horrible, desconsolador, desesperante, pero es la realidad. El hombre es un animal depravado, la sociedad es una cruel madrastra, mejor diré, un verdugo que se complace en atormentarnos, que nos insulta y se mofa de nuestras angustias, al mismo tiempo que nos cubre de ignominia y nos da la muerte. No hay buena fe, no hay amistad, no hay gratitud, no hay generosidad, no hay virtud sobre la tierra; todo es egoísmo, miras interesadas, perfidias, traición, mentira. Para tanto padecer, ¿por qué se nos ha dado la vida? ¿dónde está la Providencia, dónde la justicia de Dios? ¿dónde...?»

Aquí llegaba Eugenio, y, como ven nuestros lectores, la dulce y apacible y juiciosa filosofía de la maña-

na se había trocado en pensamientos satánicos, en inspiraciones de Beelzebub. Nada se había mudado en el mundo, todo proseguía en su ordinaria carrera, y ni el hombre ni la sociedad podían decirse peores, ni entregados á otros destinos, por haberle sucedido á Eugenio una desgracia imprevista. Quien se ha mudado es él; sus sentimientos son otros; su corazón, lleno de amargura, derrama la hiel sobre el entendimiento, y éste, obedeciendo á las inspiraciones del dolor y de la desesperación, se venga del mundo pintándole con los colores más horribles. Y no se crea que Eugenio proceda de mala fe; ve las cosas tales como las expresa; así como las expresaba por la mañana tales como á la sazón las veía.

Dejamos á Eugenio en el terrible *dónde*... que, á no dudarlo, hubiera abortado alguna blasfemia horripilante, si no se interrumpiera el monólogo con la llegada de un caballero que con la libertad de amigo penetra en el gabinete sin detenerse en antesalas.

—Vamos, mi querido Eugenio, ya sé que te han jugado una mala partida.

—¡Cómo ha de ser!

—Es mucha perfidia.

—Así anda el mundo.

—Lo que importa es remediarlo.

—¿Remedio?... es imposible...

—Muy sencillo.

—Me gusta la frescura.

—Todo está en aprontar más fondos, aprovechar el correo de hoy, y ganarle por la mano.

—Pero, ¿cómo los apronto? Sus cálculos estriban sobre la imposibilidad en que me hallo de hacerlo, y, como sabía el estado de mis negocios, efecto de los desembolsos hechos hasta aquí para el maldito objeto, está bien seguro que no podré tomarle la delantera.

—Y si estos fondos estuviesen ya prontos...

—No soñemos...

—Pues mira: estábamos reunidos varios amigos para el negocio que tú no ignoras; se nos ha referido lo que

te acaba de suceder, y el desastre que iba á ocasionarte. La profunda impresión que me ha producido, puedes suponerla: y, habiendo pedido permiso á los socios para abandonar por mi parte el proyecto, y venir á ofrecerte mis recursos, todos instantáneamente han seguido mi ejemplo; todos han dicho que arrostraban con gusto el riesgo de aplazar sus operaciones, y de sacrificar su ganancia, hasta que tú hubieses salido airoso del negocio.

—Pero yo no puedo consentir...

—Déjate...

—Pero, y si esos caballeros, á quienes no conozco siquiera...

—Tu desconfianza estaba ya prevista; aprovecha el correo; yo me voy, y en esta cartera encontrarás todo lo que se necesita. Adiós, mi querido Eugenio.

La cartera ha caído al lado del libro fatal; Eugenio se avergüenza de haber anatematizado á la humanidad, sin excepciones; la hora del correo no le permite filosofar, pero siente que su filosofía toma un sesgo menos desesperante. Á la mañana siguiente, el sol asomará hermoso y radiante como hoy, el ruiseñor cantará en el ramaje, el labrador se dirigirá á sus faenas, y Eugenio volverá á ver las cosas como las veía antes de sus fatales aventuras. En 24 horas, que por cierto no han alterado nada ni en la naturaleza, ni en la sociedad, la filosofía de Eugenio ha recorrido un espacio inmenso, para volver, como los astros, al mismo punto de donde partiera.

§ IV

D. Marcelino. Sus cambios políticos.

Don Marcelino acaba de salir de unas elecciones, en que los partidos han luchado en tremenda batalla. La fuerza muscular ha tenido también su voto; se han blandido puñales, se han menudeado los garrotazos; la campanilla del presidente ha resonado entre el ruido de voces estentóreas, de pulmones de bronce. D. Marcelino pertenece al partido derrotado, y ha te-

nido que salvarse á escape. Lo que es valor, ya se ve, no le faltaba; pero ha sido preciso no olvidar las consideraciones de prudencia y decoro.

La desagradable impresión no se le borrará en algunos días, y es notable que ella basta para echar á perder sus ideas liberales. «Desengáñense Vds., señores, dice con el tono de la más profunda convicción: esto es una farsa, un absurdo; nos hemos empeñado en una barbaridad: no hay más remedio que un brazo fuerte; el absolutismo tiene sus inconvenientes, pero del mal el menos. El gobierno representativo, el gobierno de la razón ilustrada y de la voluntad libre, es muy hermoso en las páginas de las obras de derecho constitucional, y en los artículos de periódico; pero en la realidad no medran más que la intriga, la inmoralidad, y, sobre todo, la impudencia y la audacia. Yo ya estoy desengañado, y he palpado bien aquello de otros vendrán que me abonarán.»

Á consecuencia de los disturbios, la autoridad militar toma una actitud imponente, declara el estado de sitio, la constitución se suspende, los revoltosos se amedrentan y la ciudad recobra la calma. D. Marcelino puede entregarse sin recelo á sus paseos ordinarios; reina la mayor seguridad de día como de noche, y así el cuitado elector va olvidando la escena de los campanillazos, gritos, garrotes y puñales.

Ocúrresele, entre tanto, hacer un viaje, y necesita su pasaporte. Á la entrada de la casa de la policía hay numerosa guardia de tropa: D. Marcelino se va á entrar por la primera puerta que se ofrece, y el granadero le dice: «*Atrás*». Encamínase á la otra, y el centinela le grita en alta y destemplada voz: «*Paisano, la capa.*» Quítase el embozo, prosigue algo mohino, y los esbirros, que se resienten de la rigidez gubernativa, le dicen en ademán descortés: «no vaya V. tan aprisa; aguarde V. su turno.» Llegado á la mesa, el oficial le dirige mil preguntas investigadoras, le mira de pies á cabeza, como si sospechase que el pobre D. Marcelino es uno de los jefes del motín del otro día. Al fin,

le entrega el pasaporte con ademán desdeñoso, baja la cabeza, y no se digna devolver el saludo que el viajero le dirige con afabilidad y cortesía.

El paciente se marcha muy disgustado, pero no piensa que aquella escena haya debido modificar sus opiniones políticas. Reúnese con sus amigos, la conversación gira sobre las últimas ocurrencias, y se eleva poco á poco hasta la región de las teorías de gobierno. D. Marcelino ya no será el absolutista del otro día. ¡Qué escándalo, dice uno de los circunstantes: yo no puedo recordarlo sin detestar esas trampas! —Ciertamente, responde D. Marcelino; pero en todo hay inconvenientes; mire V., el absolutismo proporciona quietud; pero, ¿qué sé yo? También tiene sus cosas. Á los hombres no conviene gobernarlos con palo; y, al fin, es necesario no olvidar la dignidad propia. —Pero, ¿la olvidan por ventura los que viven bajo un gobierno absoluto?—Yo no digo eso, pero sí que es preciso no precipitarse en condenar las formas representativas; porque no puede negarse que las absolutistas tienen cierta rigidez, de que se resienten hasta las últimas ruedas del gobierno.

El lector conocerá que D. Marcelino, sin advertirlo siquiera, piensa en la escena del pasaporte: el rudo *atrás* del granadero; el grito del centinela: *paisano, la capa;* la descortesía de los esbirros y del oficial, han bastado para introducir en sus ideas políticas una reforma de consideración.

Desgraciadamente el oficial de la policía había llevado muy lejos sus sospechas. Librado el pasaporte, no pudo menos de indicar á su principal que se le había presentado un sujeto, de quien recelaba, según las señas, fuese uno de los que buscaba la autoridad. Sin saber cómo, en el acto de subir D. Marcelino á la diligencia, es detenido, conducido á la cárcel, y allí se le fuerza á pasar algunos días, sin que basten á libertarle las vehementes presunciones que en su favor ofrece un traje muy decente y cómodo, un cuerpo bien nutrido, y un semblante pacato. No se necesitaba más

para que acabasen de desplomarse con estrépito sus convicciones absolutistas, ya algo desmoronadas con el negocio del pasaporte. Lo brusco de la captura, lo incómodo de la cárcel, lo pesado y quisquilloso y ofensivo de los interrogatorios, bastan y sobran para que salga D. Marcelino de la prisión con su liberalismo rejuvenecido, con su afición á la tabla de derechos, con su odio á la arbitrariedad, con su aversión al gobierno militar, con su vehemente deseo de que la seguridad personal y demás garantías constitucionales sean una verdad. Su fe política es en la actualidad muy viva; en cuanto á firmeza, aguardad que vengan otras elecciones, ó que un día de ruido le asusten las carreras y los gritos de la calle. Será difícil que las nuevas convicciones resistan á tan dura prueba.

§ V

Anselmo. Sus variaciones sobre la pena de muerte.

Anselmo, joven aficionado al estudio de las altas cuestiones de la legislación, acaba de leer un elocuente discurso en contra de la pena de muerte. Lo irreparable de la condenación del inocente, lo repugnante y horroroso del suplicio, aun cuando lo sufra el verdadero culpable, la inutilidad de tal castigo para extirpar ni disminuir el crimen, todo está pintado con vivos colores, con pinceladas magníficas; todo realzado con descripciones patéticas, con anécdotas que hacen estremecer. El joven se halla profundamente conmovido; imagínase que medita, y no hace más que *sentir;* cree ser un filósofo que juzga, cuando no es más que un hombre que se *compadece.* En su concepto la pena de muerte es inútil; y, aun cuando no fuera injusta, es bastante la inutilidad para hacer su aplicación altamente criminal. Éste es punto en que la sociedad debe reflexionar seriamente para libertarse de esa costumbre cruel que le han legado generaciones menos ilustradas. Las convicciones del nuevo adepto nada dejan que desear; en ellas se combinan razones sociales y

humanitarias; al parecer, nada fuera capaz de conmoverlas.

El joven filósofo habla sobre el particular con un magistrado de profundo saber y dilatada experiencia, quien opina que la abolición de la pena de muerte es una ilusión irrealizable. Desenvuelve en primer lugar los principios de justicia en que se funda, pinta con vivos colores las fatales consecuencias que resultarían de semejante paso, retrata á los hombres desalmados, burlándose de otra pena que no sea el último suplicio, recuerda las obligaciones de la sociedad en la protección del débil y del inocente, refiere algunos casos desastrosos en que resaltan la crueldad del malvado y los padecimientos de la víctima; el corazón del joven ya experimenta impresiones nuevas; una santa indignación levanta su pecho; el celo de la justicia le inflama; su alma sensible se identifica y eleva con la del magistrado; se enorgullece de saber dominar los sentimientos de injusta compasión, de sacrificarlos en las aras de los grandes intereses de la humanidad; é imaginándose ya sentado en un tribunal, revestido con la toga de un magistrado, parece que el corazón le dice: «sí, también sabrías ser justo; también sabrías vencerte á ti mismo; también sabrías, si necesario fuese, obedecer á los impulsos de la conciencia, y, con la mano en el corazón, y la vista en Dios, pronunciar la sentencia fatal en obsequio de la justicia.»

§ VI

Algunas observaciones para precaverse del mal influjo del corazón.

Nada más importante para pensar bien que el penetrarse de las alteraciones que produce en nuestro modo de ver la disposición de ánimo en que nos hallamos. Y aquí se encuentra la razón de que nos sea tan difícil sobreponernos á nuestra época, á nuestras circunstancias peculiares, á las preocupaciones de la educación, al influjo de nuestros intereses; de aquí procede que se nos haga tan duro el obrar y hasta el pensar con-

forme á las prescripciones de la ley eterna, el comprender lo que se eleva sobre la región del mundo material, el posponer lo presente á lo futuro. Lo que está delante de nuestros ojos, lo que nos afecta en la actualidad: he aquí lo que comunmente decide de nuestros actos y aun de nuestras opiniones.

Quien desea pensar bien, es preciso que se acostumbre á estar mucho sobre sí, recordando continuamente esta importantísima verdad; es necesario que se habitúe á concentrarse, á preguntarse con mucha frecuencia: «¿tienes el ánimo bastante tranquilo? ¿no estás agitado por alguna pasión que te presenta las cosas diferentes de lo que son en sí? ¿estás poseído de algún afecto secreto que, sin sacudir con violencia tu corazón, le domina suavemente por medio de una fascinación que no adviertes? En lo que ahora piensas, juzgas, prevés, conjeturas, ¿obras quizás bajo el imperio de alguna impresión reciente, que, trastornando tus ideas, te muestra trastornados los objetos? Pocos días, ó pocos momentos antes, ¿pensabas de esta manera? ¿Desde cuándo has modificado tus opiniones? ¿No es desde que un suceso agradable ó desagradable, favorable ó adverso, ha cambiado tu situación? ¿Te has ilustrado más sobre la materia, has adquirido nuevos datos, ó tienes tan sólo nuevos intereses? ¿Qué es lo que ha sobrevenido, razones ó deseos? Ahora que estás agitado por una pasión, señoreado por tus afectos, juzgas de esta manera, y tu juicio te parece acertado; pero, si con la imaginación te trasladas á una situación diferente, si supones que ha transcurrido algún tiempo, ¿conjeturas si las cosas se te presentarán bajo el mismo aspecto, con el mismo color?»

No se crea que esta práctica sea imposible; cada cual puede probarlo por experiencia propia, y echará de ver que le sirve admirablemente para dirigir el entendimiento y arreglar la conducta. No llega por lo común á tan alto grado la exaltación de nuestros afectos, que nos prive completamente del uso de la razón; para semejantes casos no hay nada que prescribir, porque

entonces hay la enajenación mental, sea duradera ó momentánea. Lo que hacen ordinariamente las pasiones es ofuscar nuestro entendimiento, torcer el juicio, pero no cegar del todo aquél, ni destituirnos de éste. Queda siempre en el fondo del alma una luz que se amortigua, mas no se apaga; y el que brille más ó menos en las ocasiones críticas, depende en buena parte del hábito de atender á ella, de reflexionar sobre nuestra situación, de saber dudar de nuestra aptitud para pensar bien en el acto, de no tomar los chispazos de nuestro corazón por luz suficiente para guiarnos, y de considerar que no son propios sino para deslumbrarnos.

§ VII

El amigo convertido en monstruo.

Que las pasiones nos ciegan, es una verdad tan trivial, que nadie la desconoce. Lo que nos falta no es el principio abstracto y vago, sino una advertencia continuada de sus efectos, un conocimiento práctico, minucioso, de los trastornos que esta maligna influencia produce en nuestro entendimiento; lo que no se adquiere sin penoso trabajo, sin dilatado ejercicio. Los ejemplos aducidos más arriba manifiestan bastante la verdad cuya exposición me ocupa; no obstante, creo que no será inútil aclararla con algunos otros.

Tenemos un amigo cuyas bellas cualidades nos encantan, cuyo mérito nos apresuramos á encomiar siempre que la ocasión se nos brinda, y de cuyo afecto hacia nosotros no podemos dudar. Niéganos un día un favor que le pedimos, no se interesa bastante por la persona que le recomendamos, recíbenos alguna vez con frialdad, nos responde con tono desabrido, ó nos da otro cualquier motivo de resentimiento. Desde aquel instante experimentamos un cambio notable en la opinión sobre nuestro amigo: tal vez una revolución completa. Ni su talento es tan claro, ni su voluntad tan recta, ni su índole tan suave, ni su corazón tan bueno,

ni su trato tan dulce, ni su presencia tan afable; en todo hallamos qué corregir, qué enmendar; en todo nos habíamos equivocado; el lance que nos afecta ha descorrido el velo, nos ha sacado de la ilusión; y fortuna, si el hombre modelo no se ha trocado de repente en un monstruo.

¿Es probable que fuera tanto nuestro engaño? No: lo es sí que nuestro afecto anterior no nos dejaba ver sus lunares, y que nuestro actual resentimiento los exagera ó los finge. ¿Por ventura no creíamos posible que el amigo pudiese negarse á prestar un favor, ó se portase mal en un negocio, ó en un momento de malhumor se olvidase de su ordinaria afabilidad y cortesía? Ciertamente que esto no era imposible á nuestros ojos; si se nos hubiese preguntado sobre el particular, hubiéramos respondido que era hombre, y por lo mismo estaba sujeto á flaquezas, pero que esto nada rebajaba de sus excelentes prendas. Pues, ahora, ¿por qué tanta exageración? El motivo está patente: nos sentimos heridos; y quien piensa, quien juzga, no es el entendimiento ilustrado con nuevos datos, sino el corazón irritado, exasperado, quizás sediento de venganza.

¿Queremos apreciar lo que vale nuestro nuevo juicio? He aquí un medio muy sencillo. Imaginémonos que el lance desagradable no ha pasado con nosotros, sino con una persona que nos sea indiferente: aun cuando las circunstancias sean las mismas, aun cuando las relaciones entre el amigo ofensor y la persona ofendida sean tan afectuosas y estrechas como las que mediaban entre él y nosotros, ¿sacaremos del hecho las mismas consecuencias? Es seguro que no: conoceremos que ha obrado mal, se lo diremos quizás con libertad y entereza, habremos tal vez descubierto una mala cualidad de su índole, que se nos había ocultado; pero no dejaremos por esto de reconocer las demás prendas que le adornan, no le juzgaremos indigno de nuestro aprecio, proseguiremos ligados con él con los mismos vínculos de amistad. Ya no será un hombre que nada tiene laudable, sino una persona que, dota-

da de mucho bueno, está sujeta á lo malo. Y estas variaciones de juicio sucederán, aun suponiendo al amigo culpable en realidad, aun olvidando el ser muy fácil que nuestra pasión ó interés nos hayan cegado lastimosamente, haciendo que no atendiésemos á los gravísimos y justos motivos que le habrán impulsado á obrar de la manera que nosotros reprendemos; haciéndonos prescindir de antecedentes que conocíamos muy bien, de la conducta que nosotros hemos observado, y, en fin, trastornando de tal manera nuestro juicio, que un proceder muy justo y razonable nos haya parecido el colmo de la injusticia, de la perfidia, de la ingratitud. ¡Cuántas veces nos bastaría, para rectificar nuestro juicio, el mirar la cosa con ánimo sosegado, como negocio que no nos interesa!

§ VIII

Cavilosas variaciones de los juicios políticos.

¿Están en el poder nuestros amigos políticos ó aquellos que más nos convienen, y dan algunas providencias contrarias á la ley? «Las circunstancias, decimos, pueden más que los hombres y las leyes; el gobierno no siempre puede ajustarse á estricta legalidad: á veces lo más legal es lo más ilegítimo; y, además, así los individuos, como los pueblos, como los gobiernos, tienen un instinto de conservación que se sobrepone á todo; una necesidad, á cuya presencia ceden todas las consideraciones y todos los derechos.» ¿La infracción de la ley se ha hecho con lisura, confesándolo sin rodeos, excusándose con la necesidad? «Bien hecho, decimos: la franqueza es una de las mejores prendas de todo gobierno; ¿de qué sirve engañar á los pueblos, y empeñarse en gobernar con ficciones y mentiras?» ¿Se ha procurado no quebrantar la ley, pero se ha eludido con una cavilación fútil, interpretándola en sentido abiertamente contrario á la mente del legislador? «La ocurrencia ha sido feliz, decimos: al menos se muestra tan profundo respeto á la ley, que no se le desmiente

ni en la última extremidad. La legalidad es cosa sagrada, contra la cual es preciso no atentar nunca; no hace poco el gobierno que, no pudiendo salvar el fondo, deja intactas las formas. Si algo hay de arbitrariedad, al menos no se presenta con la irritante férula del despotismo. Esto es preciso para la libertad de los pueblos.»

¿Los hombres del poder son nuestros adversarios? El asunto es muy diferente. «La ilegalidad no era necesaria, y, además, aun cuando lo fuese, la ley es antes que todo. ¿Á dónde vamos á parar, si se concede á los gobiernos la facultad de quebrantarla cuando lo juzguen necesario? Esto equivale á autorizar el despotismo; ningún gobernante infringe las leyes, sin decir que la infracción está justificada por necesidad urgente é indeclinable.»

¿El gobierno ha confesado abiertamente la infracción de la ley? «Esto es intolerable, exclamamos; esto es añadir á la infracción el insulto; siquiera se hubiese echado mano de algún ligero disfraz... Es el último extremo de la impudencia, es la ostentación de la arbitrariedad más repugnante. Está visto, en adelante no será menester andarse en rodeos; no hiciera más el autócrata de las Rusias.»

¿El gobierno ha procurado salvar las formas, guardando cierta apariencia de legalidad? «No hay peor despotismo, exclamamos, que el ejercido en nombre de la ley; la infracción no es menos negra por andar acompañada de pérfida hipocresía. Cuando un gobierno en casos apurados quebranta la ley, y lo confiesa paladinamente, parece que con su confesión pide perdón al público, y le da una garantía de que el exceso no será repetido; pero el cometer las ilegalidades á la sombra de la misma ley, es profanarla torpemente, es abusar de la fe de los pueblos, es abrir la puerta á todo linaje de desmanes. En no respetando la mente de la ley, todo se puede hacer con la ley en la mano: basta asirse de una palabra ambigua, para contrariar abiertamente todas las miras del legislador.»

§ IX

Peligros de la mucha sensibilidad. Los grandes talentos. Los poetas.

Hay errores de tanto bulto, hay juicios que llevan tan manifiesto el sello de la pasión, que no alucinan á quien no esté cegado por ella. No está la principal dificultad en semejantes casos, sino en aquellos en que, por presentarse más disfrazado, no se conoce el motivo que habrá falseado el juicio. Desgraciadamente, los hombres de elevado talento adolecen muy á menudo del defecto que estamos censurando. Dotados por lo común de una sensibilidad exquisita, reciben impresiones muy vivas, que ejercen grande influencia sobre el curso de sus ideas y deciden de sus opiniones. Su entendimiento penetrante encuentra fácilmente razones en apoyo de lo que se propone defender, y sus palabras y escritos arrastran á los demás con ascendiente fascinador.

Ésta será, sin duda, la causa de la volubilidad que se nota en hombres de genio reconocido; hoy ensalzan lo que mañana maldicen; hoy es para ellos un dogma inconcuso, lo que mañana es miserable preocupación. En una misma obra se contradicen tal vez de una manera chocante, y os conducen á consecuencias que jamás hubierais sospechado fueran conciliables con sus principios. Os equivocaríais si siempre achacaseis á mala fe estas singulares anomalías: el autor habrá sostenido el sí y el no con profunda convicción; porque, sin que él lo advirtiese, esta convicción sólo dimanaba de un sentimiento vivo, exaltado; cuando su entendimiento se explayaba con pensamientos admirables por su belleza y brillantez, no era más que un esclavo del corazón; pero esclavo hábil, ingenioso, que correspondía á los caprichos de su dueño, ofreciéndole exquisitas labores.

Los poetas, los verdaderos poetas, es decir, aquellos hombres á quienes ha otorgado el Criador elevada con-

cepción, fantasía creadora y corazón de fuego, están más expuestos que los demás á dejarse llevar por las impresiones del momento. No les negaré la facultad de levantarse á las más altas regiones del pensamiento, ni diré que les sea imposibie moderar el vuelo de su ingenio y adquirir el hábito de juzgar con acierto y tino; pero, á no dudarlo, habrán menester más caudal de reflexión y mayor fuerza de carácter, que el común de los hombres.

§ X

El poeta y el monasterio.

Un viajero poeta atravesando una soledad oye el tañido de una campana, que le distrae de las meditaciones en que estaba embelesado. En su alma no se alberga la fe, pero no es inaccesible á las inspiraciones religiosas. Aquel sonido piadoso en el corazón del desierto, cambia de repente la disposición de su espíritu, y le lleva á saborearse en una melancolía grave y severa. Bien pronto descubre la silenciosa mansión, donde buscan asilo, lejos del mundo, la inocencia y el arrepentimiento. Llega, apéase, llama, con una mezcla de respeto y de curiosidad; y al pisar los umbrales del monasterio se encuentra con un venerable anciano, de semblante sereno, de trato cortés y afable. El viajero es obsequiado con afectuosa cordialidad, es conducido á la iglesia, á los claustros, á la biblioteca, á todos los lugares donde hay algo que admirar ó notar. El anciano monje no se aparta de su lado, sostiene la conversación con discernimiento y buen gusto, se muestra tolerante con las opiniones del recién venido, se presta á cuanto puede complacerle, y no se separa de él, sino cuando suena la hora del cumplimiento de sus deberes. El corazón del viajero está dulcemente conmovido: el silencio, interrumpido tan sólo por el canto de los salmos; la muchedumbre de objetos religiosos, que inspiran recogimiento y piedad, unidos á las estimables cualidades y á la bondad y condescendencia del

anciano cenobita, inspiran al corazón del viajero sentimientos de religión, de admiración y gratitud, que señorean vivamente su alma. Despidiéndose de su venerable huésped, se aleja meditabundo, llevándose aquellos gratos recuerdos, que no olvidará en mucho tiempo. Si en semejante situación de espíritu, le place á nuestro poeta intercalar en sus relaciones de viaje algunas reflexiones sobre los institutos religiosos, ¿qué os parece que dirá? Es bien claro. Para él la institución estará en aquel monasterio, y el monasterio estará personificado en el monje cuya memoria le embelesa. Contad, pues, con un elocuente trozo en favor de los institutos religiosos, un anatema contra los filósofos que los condenan, una imprecación contra las revoluciones que los destruyen, una lágrima de dolor sobre las ruinas y las tumbas.

Pero, ¡ay del monasterio y de todos los institutos monásticos, si el viajero se hubiese encontrado con un huésped de mal talante, de conversación seca y desabrida, poco aficionado á bellezas literarias y artísticas, y de humor nada bueno para acompañar curiosos! Á los ojos del poeta, el monje desagradable habría sido la personificación del instituto; y, en castigo del mal recibimiento, hubiera sido condenado este género de vida, y acusado de abatir el espíritu, estrechar el corazón, apartar del trato de los hombres, formar modales ásperos y groseros, y acarrear innumerables males, sin producir ningún bien. Y, sin embargo, la realidad de las cosas habría permanecido la misma en uno y otro supuesto, mediando sólo la casualidad que deparara al viajero acogida más ó menos halagüeña.

§ XI

Necesidad de tener ideas fijas.

Las reflexiones que preceden muestran la necesidad de tener ideas fijas y opiniones formadas sobre las principales materias; y, cuando esto no sea dable, lo mucho que importa el abstenerse de improvisarlas,

abandonándonos á inspiraciones repentinas. Se ha dicho que los grandes pensamientos nacen del corazón; y pudiera haberse añadido que del corazón nacen también los grandes errores. Si la experiencia no lo hiciese palpable, la razón bastaría á demostrarlo. El corazón no piensa ni juzga, no hace más que sentir; pero el sentimiento es un poderoso resorte que mueve el alma, y despliega y multiplica sus facultades. Cuando el entendimiento va por el camino de la verdad y del bien, los sentimientos nobles y puros contribuyen á darle fuerza y brío; pero los sentimientos innobles, ó depravados, pueden extraviar el entendimiento más recto. Hasta los sentimientos buenos, si se exaltan en demasía, son capaces de conducirnos á errores deplorables.

§ XII

Deberes de la oratoria, de la poesía y de las bellas artes.

Nacen de aquí consideraciones muy graves sobre el buen uso de la oratoria, y, en general, de todas las artes que, ó llegan al entendimiento por conducto del corazón, ó al menos se valen de él como un auxiliar poderoso. La pintura, la escultura, la música, la poesía, la literatura en todas sus partes, tienen deberes muy severos, que olvidan con demasiada frecuencia. La verdad y la virtud: he aquí los dos objetos á que se han de dirigir; la verdad para el entendimiento, la virtud para el corazón: he aquí lo que han de proporcionar al hombre por medio de las impresiones con que le embelesan. En desviándose de este blanco, en limitándose á la simple producción del placer, son estériles para el bien, y fecundas para el mal.

El artista que sólo se propone halagar las pasiones, corrompiendo las costumbres, es un hombre que abusa de sus talentos y olvida la misión sublime que le ha encomendado el Criador al dotarle de facultades privilegiadas que le aseguran ascendiente sobre sus semejantes; el orador que, sirviéndose de las galas de la

dicción, y de su habilidad para mover los afectos y hechizar la fantasía, procura hacer adoptar opiniones erradas, es un verdadero impostor, no menos culpable que quien emplea medios quizás más repugnantes, pero mucho menos peligrosos. No es lícito persuadir, cuando no es lícito convencer; cuando la convicción es un engaño, la persuasión es una perfidia. Esta doctrina es severa, pero indudable: los dictámenes de la razón no pueden menos de ser severos cuando se ajustan á las prescripciones de la ley eterna, que es severa también, porque es justa é inmutable.

Inferiremos de lo dicho, que los escritores ú oradores dotados de grandes cualidades para interesar y seducir, son una verdadera calamidad pública cuando las emplean en defensa del error. ¿Qué importa el brillo, si sólo sirve á deslumbrar y perder? Las naciones modernas han olvidado estas verdades al resucitar entre ellas la elocuencia popular, que tanto dañó á las antiguas repúblicas; en las asambleas deliberantes, donde se ventilan los altos negocios del Estado, donde se falla sobre los grandes intereses de la sociedad, no debiera resonar otra voz que la de una razón clara, sesuda, austera. La verdad es la misma, la realidad de las cosas no se muda porque se haya excitado el entusiasmo de la asamblea de los espectadores, y se haya decidido una votación con los acentos de un orador fogoso. Es ó no verdad lo que sustenta, es ó no útil lo que se propone: he aquí lo único á que se ha de atender; lo demás es extraviarse miserablemente, es olvidarse del fin de la deliberación, es jugar con los grandes intereses de la sociedad, es sacrificarlos al pueril prurito de ostentar dotes oratorias, á la mezquina vanidad de arrancar aplausos.

Ya se ha observado que todas las asambleas, y muy particularmente en el principio de las revoluciones, adolecen de espíritu de invasión. y se distinguen por sus resoluciones desatinadas. La sesión comienza tal vez con felices auspicios, pero de repente toma un sesgo peligroso; los ánimos se conmueven, la mente se ofus-

ca, la exaltación sube de punto, llega á rayar en frenesí; y una reunión de hombres que por separado habrían sido razonables, se convierte en una turba de insensatos y delirantes. La causa es obvia: la impresión del momento es viva, prepondera sobre todo, lo señorea todo; con la simpatía natural al hombre, se propaga como un flúido eléctrico, y, corriendo, adquiere velocidad y fuerza; lo que al principio era una chispa, es á pocos momentos una conflagración espantosa.

El tiempo, los desengaños y escarmientos amaestran algún tanto á las naciones, haciendo que se vaya embotando la sensibilidad, y no sea tan peligrosa la fascinación oratoria: triste remedio para el mal, la repetición de sus daños. Como quiera, ya que no es posible cambiar el corazón de los hombres, serán dignos de gloria y prez los oradores esclarecidos que emplean en defensa de la verdad y de la justicia las mismas armas que otros usan en pro del error y del crimen. Al lado del veneno, la Providencia suele colocar el antídoto.

§ XIII

Ilusión causada por los pensamientos revestidos de imágenes.

Á más del peligro de errar que consigo trae la moción de los afectos, hay otro tal vez menos reparado, y que, sin embargo, es de mucha transcendencia, cual es, el de los pensamientos revestidos con una imagen brillante. Es indecible el efecto que este artificio produce: tal pensamiento no más que superficial, pasa por profundo, merced á su disfraz grave y filosófico; tal otro que presentado desnudo fuera una vulgaridad, mostrándose con nobles atavíos, oculta su origen plebeyo; y una proposición que enunciada con sequedad mostraría de bulto que es inexacta ó falsa, ó quizás un solemne despropósito, es contada entre las verdades que no consienten duda, si anda cubierta con ingenioso velo.

He dicho que los daños en este punto son de mucha

transcendencia, porque suelen adolecer de semejante defecto los autores profundos y sentenciosos; y, como quiera que sus palabras se escuchan con tanto más respeto y acatamiento cuanto es más fuerte el tono de convicción con que se expresan, resulta que el lector incauto recibe como axioma inconcuso, ó máxima de eterna verdad, lo que á veces no es más que un sueño del pensador, ó un lazo tendido adrede, á la buena fe de los poco avisados. (19)

CAPITULO XX

Filosofía de la historia.

§ I

En qué consiste la filosofía de la historia. Dificultad de adquirirla.

No trato aquí de la historia bajo el aspecto crítico, sino únicamente bajo el filosófico. Lo relativo á la simple investigación de los hechos, está explicado en el cap. XI.

¿Cuál es el método más á propósito para comprender el espíritu de una época, formarse ideas claras y exactas sobre su carácter, penetrar las causas de los acontecimientos, y señalar á cada cual sus propios resultados? Esto equivale á preguntar cuál es el método conveniente para adquirir la verdadera filosofía de la historia.

¿Será con la elección de los buenos autores? Pero ¿cuáles son los buenos? ¿quién nos aregura que no los ha guiado la pasión? ¿quién sale fiadar de su imparcialidad? ¿cuántos son los que han escrito la historia del modo que se necesita para enseñarnos la filosofía que le corresponde? Batallas, negociaciones, intrigas palaciegas, vidas y muertes de príncipes, cambios de dinastías, de formas políticas: á esto se reducen la mayor parte de las historias; nada que nos pinte al individuo

con sus ideas, sus afectos, sus necesidades, sus gustos, sus caprichos, sus costumbres; nada que nos haga asistir á la vida íntima de las familias y de los pueblos; nada que en el estudio de la historia nos haga comprender la marcha de la humanidad. Siempre en la política, es decir, en la superficie; siempre en lo abultado y ruidoso; nunca en las entrañas de la sociedad, en la naturaleza de las cosas, en aquellos sucesos que, por recónditos y de poca apariencia, no dejan de ser de la mayor importancia.

En la actualidad se conoce este vacío, y se trabaja por llenarle. No se escribe la historia sin que se procure filosofar sobre ella. Esto, que en sí es muy bueno, tiene otro inconveniente, cual es, que en lugar de la verdadera filosofía de la historia, se nos propina con frecuencia la filosofía del historiador. Más vale no filosofar que filosofar mal; si queriendo profundizar la historia la trastorno, preferible sería que me atuviese al sistema de nombres y fechas.

§ II

Se indica un medio para adelantar en la filosofí- de la historia.

Preciso es leer las historias, y, á falta de otras, debe uno atenerse á las que existen; sin embargo, yo me inclino á que este estudio no basta para aprender la filosofía de la historia. Hay otro más á propósito, y que, hecho con discernimiento, es de un efecto seguro: el estudio inmediato de los monumentos de la época. Digo *inmediato*, esto es, que conviene no atenerse á lo que nos dice de ellos el historiador, sino verlos con los propios ojos.

Pero este trabajo, se me dirá, es muy pesado, para muchos imposible, difícil para todos. No niego la fuerza de esta observación; pero sostengo que, en muchos casos, el método que propongo ahorra tiempo y fatigas. La vista de un edificio, la lectura de un documento, un hecho, una palabra al parecer insignificantes y en

que no ha reparado el historiador, nos dicen mucho más y más claro, y más verdadero y exacto, que todas sus narraciones.

Un historiador se propone retratarme la sencillez de costumbres patriarcales; recoge abundantes noticias sobre los tiempos más remotos, y agota el caudal de su erudición, filosofía y elocuencia para hacerme comprender lo que eran aquellos tiempos y aquellos hombres, y ofrecerme lo que se llama una descripción completa. Á pesar de cuanto me dice, yo encuentro otro medio más sencillo, cual es, el asistir á las escenas donde se me presenta en movimiento y vida lo que trato de conocer. Abro los escritores de aquellas épocas, que no son ni en tanto número ni tan voluminosos, y allí encuentro retratos fieles que enseñan y deleitan. La Biblia y Homero nada me dejan que desear.

§ III

Aplicación á la historia del espíritu humano.

La inteligencia humana tiene su historia, como la tienen los sucesos exteriores; historia tanto más preciosa, cuanto nos retrata lo más íntimo del hombre, y lo que ejerce sobre él poderosa influencia. Hállanse á cada paso descripciones de escuelas, y del carácter y tendencia del pensamiento en esta ó aquella época; es decir, que son muchos los historiadores del entendimiento; pero, si se desea saber algo más que cuatro generalidades, siempre inexactas, y á menudo totalmente falsas, es preciso aplicar la regla establecida: leer los autores de la época que se desea conocer. Y no se crea que es absolutamente necesario revolverlos todos, y que así este método se haga impracticable para el mayor número de los lectores; una sola página de un escritor nos pinta más al vivo su espíritu y su época que cuanto podrían decirnos los más minuciosos historiadores.

§ IV

Ejemplo sacado de las fisonomías, que aclara lo dicho sobre el modo de adelantar en la filosofía de la historia.

Si el lector se contenta con lo que dicen los otros, y no trata de examinarlo por sí mismo, logrará tal vez un conocimiento *histórico*, pero no *intuitivo*; *sabrá* lo que son los hombres y las cosas, pero no lo *verá*; dará razón de la cosa, pero no será capaz de pintarla. Una comparación aclarará mi pensamiento. Supongamos que se me habla de un sujeto importante que no puedo tratar ni ver, y, curioso de saber yo algo de su figura y modales, pregunto á los que le conocen personalmente. Me dirán, por ejemplo, que es de estatura más que mediana, de espaciosa y despejada frente, cabello negro y caído con cierto desorden, ojos grandes, mirada viva y penetrante, color pálido, facciones animadas y expresivas; que en sus labios asoma con frecuencia la sonrisa de la amabilidad, y que de vez en cuando anuncia algo de maligno; que su palabra es mesurada y grave, pero que con el calor de la conversación se hace rápida, incisiva y hasta fogosa; y así me irán ofreciendo un conjunto físico y moral para darme la idea más aproximada posible; si supongo que estas y otras noticias son exactas, que se me ha descrito con toda fidelidad el original, tengo una idea de lo que es la persona que llamaba mi curiosidad, y podré dar cuenta de ella á quien como yo estuviese deseoso de conocerla. Pero ¿es esto bastante para formar un concepto cabal de la misma, para que se me presente á la imaginación tal como es en sí? Ciertamente que no. ¿Queréis una prueba? Suponed que el que ha oído la relación es un retratista de mucho mérito: ¿será capaz de retratar á la persona descrita? Que lo intente, y, concluída la obra, preséntese de improviso el original: es bien seguro que no se le conocerá por la copia.

Todos habremos experimentado por nosotros mismos

esta verdad: cien y cien veces habremos oído explicar la fisonomía de una persona; á nuestro modo nos hemos formado en la imaginación una figura, en la cual hemos procurado reunir las cualidades oídas; pues bien, cuando se presenta la persona, encontramos tanta diferencia, que nos es preciso retocar mucho el trabajo, si no destruirle totalmente. Y es que hay cosas de que es imposible formarse idea clara y exacta sin tenerlas delante; y las hay en gran número, y sumamente delicadas, imperceptibles por separado, y cuyo conjunto forma lo que llamamos la fisonomía. ¿Cómo explicaréis la diferencia de dos personas muy semejantes? No de otra manera que viéndolas: se parecen en todo, no sabríais decir en qué discrepan; pero hay alguna cosa que no las deja confundir: á la primera ojeada lo percibís, sin atinar lo que es.

He aquí todo mi pensamiento. En las obras críticas se nos ofrecen extensas y tal vez exactas descripciones del estado del entendimiento en tal ó cual época; y, á pesar de todo, no la conocemos aún: si se nos presentasen trozos de escritores de tiempos diferentes, no acertaríamos á clasificarlos cual conviene; nos fatigaríamos en recordar las cualidades de unos y otros, pero esto no nos evitaría el caer en equivocaciones groseras, en disparatados anacronismos. Con mucho menos trabajo saliéramos airosos del empeño, si hubiésemos leído los autores de que se trata: quizás no disertaríamos con tanto aparato de erudición y crítica; pero juzgaríamos con harto más acierto. «El giro del pensamiento, diríamos, el estilo, el lenguaje, revelan un escritor de tal época; este trozo es apócrifo, aquí se descubre la mano de tal otro tiempo»; y así andaríamos clasificando sin temor de equivocarnos, por más que no pudiésemos hacernos comprender bien de aquellos que, como nosotros, no conociesen de vista aquellos personajes. Si entonces se nos dijera: «y tal cualidad ¿cómo es que no se encuentra aquí? ¿por qué tal otra se halla en mayor grado? ¿por qué?...—Imposible será, replicaríamos quizás nosotros, satisfacer todos los es-

crúpulos de V.; lo que puedo asegurar es que los personajes que figuran aquí, los tengo bien conocidos; y que no puedo equivocarme sobre los rasgos de su fisonomía, porque los he visto muchas veces.» (20)

CAPITULO XXI

Religión.

§ I

Insensato discurrir de los indiferentes en materias de religión.

Impropio fuera de este lugar un tratado de religión, pero no lo serán algunas reflexiones para dirigir el pensamento en esta importantísima materia. De ellas resultará que los indiferentes ó incrédulos son pésimos pensadores.

La vida es breve; la muerte, cierta: de aquí á pocos años el hombre que disfruta de la salud más robusta y lozana, habrá descendido al sepulcro, y sabrá por experiencia lo que hay de verdad en lo que dice la religión sobre los destinos de la otra vida. Si no creo, mi incredulidad, mis dudas, mis invectivas, mis sátiras, mi indiferencia, mi orgullo insensato, no destruyen la realidad de los hechos: si existe otro mundo donde se reservan premios al bueno y castigos al malo, no dejará ciertamente de existir porque á mí me plazca el negarlo; y, además, esta caprichosa negativa no mejorará el destino que según las leyes eternas me haya de caber. Cuando suene la última hora, será preciso morir, y encontrarme con la nada ó con la eternidad. Este negocio es exclusivamente mío; tan mío, como si yo existiera solo en el mundo: nadie morirá por mí, nadie se pondrá en mi lugar en la otra vida, privándome del bien ó librándome del mal. Estas consideraciones me muestran con toda evidencia la alta importancia de la religión; la necesidad que tengo de saber

lo que hay de verdad en ella; y que, si digo: «sea lo que fuere de la religión, no quiero pensar en ella», hablo como el más insensato de los hombres.

Un viajero encuentra en su camino un río caudaloso: le es preciso atravesarlo, ignora si hay algún peligro en este ó aquel vado, y está oyendo que muchos que se hallan como él á la orilla, ponderan la profundidad del agua en determinados lugares, y la imposibilidad de salvarse el temerario que á tantearlos se atreviese. El insensato dice: «qué me importan á mí esas cuestiones», y se arroja al río sin mirar por dónde. He aquí el indiferente en materias de religión.

§ II

El indiferente y el género humano.

La humanidad entera se ha ocupado y se está ocupando en la religión; los legisladores la han mirado como el objeto de la más alta importancia; los sabios la han tomado por materia de sus más profundas meditaciones; los monumentos, los códigos, los escritos de las épocas que nos han precedido, nos muestran de bulto este hecho, que la experiencia cuida de confirmar; se ha discurrido y disputado inmensamente sobre la religión; las bibliotecas están atestadas de obras relativas á ella; y hasta en nuestros días la prensa va dando otras á luz en número muy crecido: cuando, pues, viene el indiferente y dice: «todo esto no merece la pena de ser examinado; yo juzgo sin oir; estos sabios son todos unos mentecatos; estos legisladores, unos necios; la humanidad entera es una miserable ilusa; todos pierden lastimosamente el tiempo en cuestiones que nada importan»; ¿no es digno de que esa humanidad, y esos sabios, y esos legisladores se levanten contra él, arrojen sobre su frente el borrón que él les ha echado, y le digan á su vez: «¿quién eres tú que así nos insultas, que así desprecias los sentimientos más íntimos del corazón, y todas las tradiciones de la humanidad? ¿que así declaras frívolo lo que en toda la

redondez de la tierra se reputa grave é importante? ¿quién eres tú? ¿Has descubierto por ventura el secreto de no morir? Miserable montón de polvo, ¿olvidas que bien pronto te dispersará el viento? Débil criatura, ¿cuentas acaso con medios para cambiar tu destino en esa región que desconoces? La dicha ó la desdicha, ¿son para ti indiferentes? Si existe ese juez en quien no quieres ocuparte, ¿esperas que se dará por satisfecho, si, al llamarte á juicio, le respondes: «y á mí que me importaban vuestros mandatos ni vuestra existencia»? Antes de desatar tu lengua con tan insensatos discursos, date una mirada á ti mismo, piensa en esa débil organización que el más leve accidente es capaz de trastornar, y que brevísimo tiempo ha de bastar á consumir; y entonces siéntate sobre una tumba, recógete y medita.»

§ III

Tránsito del indiferentismo al examen. Existencia de Dios

Curado el buen pensador del achaque de indiferentismo, convencido profundamente de que la religión es el asunto de más elevada importancia, debiera pasar más adelante y discurrir de esta manera: ¿Es probable que todas las religiones no sean más que un cúmulo de errores, y que la doctrina que las rechaza á todas, sea verdadera?

Lo primero que las religiones establecen ó suponen, es la existencia de Dios. ¿Existe Dios? ¿Existe algún Hacedor del universo? Levanta los ojos al firmamento, tiéndelos por la faz de la tierra, mira lo que tú mismo eres, y, viendo por todas partes grandor y orden, di si te atreves: «el acaso es quien ha hecho el mundo, el acaso me ha hecho á mí; el edificio es admirable, pero no hay arquitecto; el mecanismo es asombroso, pero no hay artífice; el orden existe sin ordenador, sin sabiduría para concebir el plan, sin poder para ejecutarle.» Este raciocinio, que, tratándose de los más insig-

nificantes artefactos, sería despreciable y hasta contrario al sentido común, ¿se podrá aplicar al universo? Lo que es insensato con respecto á lo pequeño, ¿será cuerdo con relación á lo grande?

§ IV

No es posible que todas las religiones sean verdaderas.

Son muchas y muy varias las religiones que dominan en los diferentes puntos de la tierra: ¿sería posible que todas fuesen verdaderas? El sí y el no, con respecto á una misma cosa, no puede ser verdadero á un mismo tiempo. Los judíos dicen que el Mesías no ha venido, los cristianos afirman que sí; los musulmanes respetan á Mahoma como insigne profeta, los cristianos le miran como solemne impostor; los católicos sostienen que la Iglesia es infalible en puntos de dogma y de moral, los protestantes lo niegan; la verdad no puede estar por ambas partes, unos ú otros se engañan. Luego es un absurdo el decir que todas las religiones son verdaderas.

Además, toda religión se dice bajada del cielo: la que lo sea, será la verdadera; las restantes no serán otra cosa que ilusión ó impostura.

§ V

Es imposible que todas las religiones sean igualmente agradables á Dios.

¿Es posible que todas los religiones sean igualmente agradables á Dios, y que se dé igualmente por satisfecho con todo linaje de cultos? No. Á la verdad infinita no puede serle acepto el error, á la bondad infinita no puede serle grato el mal; luego el afirmar que todas las religiones son igualmente buenas, que con todos los cultos el hombre llena bien sus deberes para con Dios, es blasfemar de la verdad y bondad del Criador.

§ VI

Es imposible que todas las religiones sean una invención humana.

¿No sería lícito pensar que no hay ninguna religión verdadera, que todas son inventadas por el hombre? No. ¿Quién fué el inventor? El origen de las religiones se pierde en la noche de los tiempos: allí donde hay hombres, allí hay sacerdote, altar y culto. ¿Quién sería ese inventor cuyo nombre se habría olvidado, y cuya invención se habría difundido por toda la tierra, comunicándose á todas las generaciones? Si la invención tuvo lugar entre los pueblos cultos, ¿cómo se logró que la adoptasen los bárbaros y hasta los salvajes? Si nació entre bárbaros, ¿cómo no la rechazaron las naciones cultas? Diréis que fué una necesidad social, y que su origen está en la misma cuna de la sociedad. Pero entonces se puede preguntar: ¿Quién conoció esta necesidad, quién discurrió los medios de satisfacerla, quién excogitó un sistema tan á propósito para enfrenar y regir á los hombres? Y, una vez hecho el descubrimiento, ¿quién tuvo en su mano todos los entendimientos y todos los corazones para comunicarles esas ideas y sentimientos que han hecho de la religión una verdadera necesidad, y, por decirlo así, una segunda naturaleza?

Vemos á cada paso que los descubrimientos más útiles, más provechosos, más necesarios, permanecen limitados á esta ó aquella nación, sin extenderse á las otras durante mucho tiempo, y no propagándose sino con mucha lentitud á las más inmediatas ó relacionadas; ¿cómo es que no haya sucedido lo mismo en lo tocante á la religión? ¿cómo es que de la invención maravillosa hayan tenido conocimiento todos los pueblos de la tierra, sea cual fuere su país, lengua, costumbres, barbarie ó civilización, grosería ó cultura?

Aquí no hay medio: ó la religión procede de una revelación primitiva, ó de una inspiración de la natura-

leza; en uno y otro caso hallamos su origen divino: si hay revelación, Dios ha hablado al hombre; si no la hay, Dios ha escrito la religión en el fondo de nuestra alma. Es indudable que la religión no puede ser invención humana, y que, á pesar de lo desfigurada y adulterada que la vemos en diferentes tiempos y países, se descubre en el fondo del corazón humano un sentimiento descendido de lo alto: al través de las monstruosidades que nos presenta la historia, columbramos la huella de una revelación primitiva.

§ VII

La revelación es posible.

¿Es posible que Dios haya revelado algunas cosas al hombre? Sí. El que nos ha dado la palabra, no estará privado de ella; si nosotros poseemos un medio de comunicarnos recíprocamente nuestros pensamientos y afectos, Dios, todopoderoso é infinitamente sabio, no carecerá seguramente de medios para transmitirnos lo que fuere de su agrado. Ha criado la inteligencia ¿y no podría ilustrarla?

§ VIII

Solución de una dificultad contra la revelación.

Pero Dios, objetará el incrédulo, es demasiado grande para humillarse á conversar con su criatura; mas entonces también deberíamos decir que Dios es demasiado grande para haberse ocupado en criarnos. Criándonos nos sacó de la nada, revelándonos alguna verdad perfecciona su obra; ¿y cuándo se ha visto que un artífice desmereciese por mejorar su artefacto? Todos los conocimientos que tenemos nos vienen de Dios, porque Él es quien nos ha dado la facultad de conocer, y Él es quien, ó ha grabado en nuestro entendimiento las ideas, ó ha hecho que pudiéramos adquirirlas por medios que todavía se nos ocultan. Si Dios nos ha comunicado un cierto orden de ideas, sin que nada haya

perdido de su grandor, es un absurdo el decir que se rebajaría si nos transmitiese otros conocimientos por conducto distinto del de la naturaleza. Luego la revelación es posible; luego quien dudare de esta posibilidad ha de dudar al mismo tiempo de la omnipotencia, hasta de la existencia de Dios.

§ IX

Consecuencia de los párrafos anteriores.

Importa muchísimo el encontrar la verdad en materias de religión (§ 1 y 2); todas las religiones no pueden ser verdaderas (§ 4); si hubiese una revelada por Dios, aquélla sería la verdadera (§ 4); la religión no ha podido ser invención humana (§ 6); la revelación es posible (§ 7); lo que falta, pues, averiguar es si esta revelación existe y dónde se halla.

§ X

Existencia de la revelación.

¿Existe la revelación? Por el pronto salta á los ojos un hecho que da motivo á pensar que sí. Todos los pueblos de la tierra hablan de una revelación; y la humanidad no se concierta para tramar una impostura. Esto prueba una tradición primitiva, cuya noticia ha pasado de padres á hijos, y que, si bien ofuscada y adulterada, no ha podido borrarse de la memoria de los hombres.

Se objetará que la imaginación ha convertido en voces el ruido del viento, y en apariciones misteriosas los fenómenos de la naturaleza; y así el débil mortal se ha creído rodeado de seres desconocidos que le dirigían la palabra, y le descubrían los arcanos de otros mundos. No puede negarse que la objeción es especiosa; sin embargo, no será difícil manifestar que es del todo insubsistente y fútil.

Es cierto que cuando el hombre tiene idea de la existencia de seres desconocidos, y está convencido de que

éstos se ponen en relación con él, fácilmente se inclina á imaginar que ha oído acentos fatídicos, y se han ofrecido á sus ojos espectros venidos del otro mundo. Mas no sucede ni puede suceder así, en no abrigando el hombre semejante convicción y mucho menos si ni aun llega á tener noticia de que existen dichos seres; pues entonces no es dable conjeturar de dónde procederá una ilusión tan extravagante. Si bien se observa, todas las creaciones de nuestra fantasía, hasta las más incoherentes y monstruosas, se forman de un conjunto de imágenes de objetos que otras veces hemos visto, y que á la sazón reunimos del modo que place á nuestro capricho, ó nos sugiere nuestra cabeza enfermiza. Los castillos encantados de los libros de caballería, con sus damas, enanos, salones subterráneos, hechizos y todas sus locuras, son un informe agregado de partes muy reales que la imaginación del escritor componía á su manera, sacando, al fin, un todo que sólo cabía en los sueños de un delirante. Lo propio sucede en lo demás; la razón y la experiencia están acordes en atestiguarnos este fenómeno ideológico. Si suponemos, pues, que no se tiene idea alguna de otra vida distinta de la presente, ni de otro mundo que el que está á nuestra vista, ni de otros vivientes que los que moran con nosotros en la tierra, el hombre fingirá gigantes, fieras monstruosas y otras extravagancias por este estilo; mas no seres invisibles, no revelaciones de un cielo que no conoce, no dioses que le ilustren y dirijan. Este mundo nuevo, ideal, puramente fantástico, no le ocurrirá siquiera; porque semejante ocurrencia no tendrá, por decirlo así, punto de partida, carecerá de antecedentes que puedan motivarla. Y aun suponiendo que este orden de ideas se hubiese ofrecido á algún individuo, ¿cómo era posible que de ello participase la humanidad entera? ¿Cuándo se habría visto semejante contagio intelectual y moral?

Sea lo que fuere del valor de estas reflexiones, pasemos á los hechos: dejemos lo que haya podido ser, y examinemos lo que ha sido.

§ XI

Pruebas históricas de la existencia de la revelación.

Existe una sociedad que pretende ser la única depositaria é intérprete de las revelaciones con que Dios se ha dignado favorecer al linaje humano: esta pretensión debe llamar la atención del filósofo que se proponga investigar la verdad.

¿Qué sociedad es ésa? ¿Ha nacido de poco tiempo á esta parte? Cuenta diez y ocho siglos de duración, y estos siglos no los mira sino como un período de su existencia; pues, subiendo más arriba, va explicando su no interrumpida genealogía, y se remonta hasta el principio del mundo. Que lleva diez y ocho siglos de duración, que su historia se enlaza con la de un pueblo cuyo origen se pierde en la antigüedad más remota, es tan cierto como que han existido las repúblicas de Grecia y Roma.

¿Qué títulos presenta en apoyo de su doctrina? En primer lugar, está en posesión de un libro, que es, sin disputa, el más antiguo que se conoce, y que, además, encierra la moral más pura, un sistema de legislación admirable, y contiene una narración de prodigios. Hasta ahora nadie ha puesto en duda el mérito eminente de este libro; siendo esto tanto más de extrañar, cuanto una gran parte de él nos ha venido de manos de un pueblo, cuya cultura no alcanzó ni con mucho á la de otros pueblos de la antigüedad.

¿Ofrece la dicha sociedad algunos otros títulos que justifiquen sus pretensiones? Á más de los muchos á cual más graves é imponentes, he aquí uno que por sí sólo basta.

Ella dice que se hizo la transición de la sociedad vieja á la nueva, del modo que estaba pronosticado en el libro misterioso; que, llegada la plenitud de los tiempos, apareció sobre la tierra un Hombre-Dios, quien fué á la vez el cumplimiento de la ley antigua y el autor de la nueva; que todo lo antiguo era una sombra y

figura; que este Hombre-Dios fué la realidad; que Él fundó la sociedad que apellidamos Iglesia católica, le prometió su asistencia hasta la consumación de los siglos, selló su doctrina con su sangre, resucitó al tercer día de su crucifixión y muerte, subió á los cielos, envió al Espíritu Santo, y que al fin del mundo ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

¿Es verdad que en este Hombre se cumpliesen las antiguas profecías? Es innegable: leyendo algunas de ellas, parece que uno está leyendo la historia evangélica.

¿Dió algunas pruebas de la divinidad de su misión? Hizo milagros en abundancia; y cuanto él profetizó, ó se ha cumplido exactamente, ó se va cumpliendo con puntualidad asombrosa.

¿Cuál fué su vida? Sin tacha en su conducta; sin límite para hacer el bien. Despreció las riquezas y el poder mundano, arrostró con serenidad las privaciones, los insultos, los tormentos, y, por fin, una muerte afrentosa.

¿Cuál es su doctrina? Sublime cual no cupiera jamás en mente humana; tan pura en su moral, que le han hecho justicia sus más violentos enemigos.

¿Qué cambio social produjo este Hombre? Recordad lo que era el mundo romano y ved lo que es el mundo actual; mirad lo que son los pueblos donde no ha penetrado el cristianismo, y lo que son aquellos que han estado siglos bajo su enseñanza, y la conservan todavía, aunque algunos, alterada y desfigurada.

¿De qué medios dispuso? No tenía dónde reclinar su cabeza. Envió á doce hombres salidos de la ínfima clase del pueblo; se esparcieron por los cuatro ángulos de la tierra, y la tierra los oyó y creyó.

Esta religión, ¿ha pasado por el crisol de la desgracia? ¿No ha sufrido contrariedad de ninguna clase? Ahí está la sangre de infinitos mártires, ahí los escritos de numerosos filósofos que la han examinado, ahí los muchos monumentos que atestiguan las tremendas luchas que ha sostenido con los príncipes, con los sa-

bios, con las pasiones, con los intereses, con las preocupaciones, con todos cuantos elementos de resistencia pueden combinarse sobre la tierra.

¿De qué medios se valieron los propagadores del cristianismo? De la predicación y del ejemplo, confirmados por milagros. Estos milagros, la crítica más escrupulosa no puede rechazarlos; que, si los rechaza, poco importa, pues entonces confiesa el mayor de los milagros, que es la conversión del mundo sin milagros.

El cristianismo ha contado entre sus hijos á los hombres más esclarecidos por su virtud y sabiduría: ningún pueblo antiguo ni moderno se ha elevado á tan alto grado de civilización y cultura como los que le han profesado; sobre ninguna religión se ha disputado ni escrito tanto como sobre la cristiana; las bibliotecas están llenas de obras maestras de crítica y de filosofía, debidas á hombres que sometieron humildemente su entendimiento en obsequio de la fe; luego esa religión está á cubierto de los ataques que se pueden dirigir contra las que han nacido y prosperado entre pueblos groseros é ignorantes. Ella tiene, pues, todos los caracteres de verdadera, de divina.

§ XII

Los protestantes y la Iglesia católica.

En los últimos siglos los cristianos se han dividido: unos han permanecido adictos á la Iglesia católica, tros han conservado del cristianismo lo que les ha parecido bien; y á consecuencia del principio fundamental que han asentado, y que entrega la fe á discreción de cada creyente, se han fraccionado en innumerables sectas.

¿Dónde estará la verdad? Los fundadores de lasnuevas sectas son de ayer, la Iglesia católica señala la sucesión de sus pastores, que sube hasta Jesucristo; ellos han enseñado diferentes doctrinas y una misma secta las ha variado repetidas veces, la Iglesia católica ha conservado intacta la fe que le transmitieron los

apóstoles: la novedad y la variedad se hallan, pues, en presencia de la antigüedad y de la unidad: el fallo no puede ser dudoso.

Además, los católicos sostienen que fuera de la Iglesia no hay salvación; los protestantes afirman que los católicos también pueden salvarse; y así ellos mismos reconocen que entre nosotros nada se cree ni practica que pueda acarrearnos la condenación eterna. Ellos en favor de su salvación no tienen sino su voto; nosotros en pro de la nuestra tenemos el suyo y el nuestro: aun cuando juzgáramos solamente por motivos de prudencia humana, ésta nos aconsejaría que no abandonásemos la fe de nuestros padres.

En esta breva reseña se contiene el hilo del discurso de un católico que, conforme á lo que dice San Pedro, quiere estar preparado para dar cuenta de su fe, y manifestar que, ateniéndose á la católica, no se desvía de las reglas de bien pensar. Ahora añadiré algunas observaciones que sirvan á prevenir peligros, en que zozobra con harta frecuencia la fe de los incautos.

§ XIII

Errado método de algunos impugnadores de la religión.

En el examen de las materias religiosas siguen muchos un camino errado. Toman por objeto de sus investigaciones un dogma, y las dificultades que contra él levantan, las creen suficientes para destruir la verdad de la religión, ó al menos para ponerla en duda. Esto es proceder de un modo que atestigua cuán poco se ha meditado sobre el estado de la cuestión.

En efecto: no se trata de saber si los dogmas están al alcance de nuestra inteligencia, ni si damos completa solución á todas las dificultades que contra éste ó aquél puedan objetarse: la religión misma es la primera en decirnos que estos dogmas no podemos comprenderlos con la sola luz de la razón; que, mientras estamos en esta vida, es necesario que nos resignemos á ver los secretos de Dios al través de sombras y enigmas; y por

esto nos exige la fe. El decir, pues, «yo no quiero creer porque no comprendo», es enunciar una contradicción; si lo comprendieses todo, claro es que no se te hablaría de fe. El argumentar contra la religión, fundándose en la incomprensibilidad de sus dogmas, es hacerle un cargo de una verdad que ella misma reconoce, que acepta, y sobre la cual, en cierto modo, hace estribar su edificio. Lo que se ha de examinar es si ella ofrece garantías de veracidad, y de que no se engaña en lo que propone: asentado el principio de infalibilidad, todo lo demás se allana por sí mismo; pero, si éste nos falta, es imposible dar un paso adelante. Cuando un viajero de cuya inteligencia y veracidad no podemos dudar, nos refiere cosas que no comprendemos, ¿por ventura le negamos nuestra fe? No, ciertamente. Luego, una vez asegurados de que la Iglesia no nos engaña, poco importa que su enseñanza sea superior á nuestra inteligencia.

Ninguna verdad podría subsistir, si bastasen á hacernos dudar de ella algunas dificultades que no alcanzásemos á desvanecer. De esto se seguiría que un hombre de talento esparciría la incertidumbre sobre todas las materias, cuando se encontrase con otros que no le igualasen en capacidad; porque es bien sabido que, en mediando esta diferencia, no le es dado al inferior deshacerse de los lazos con que le enreda el que le aventaja.

En las ciencias, en las artes, en los negocios comunes de la vida, hallamos á cada paso dificultades que nos hacen incomprensible una cosa de cuya existencia no nos es permitido dudar. Sucede á veces que la cosa no comprendida nos parece rayar en lo imposible; mas, si, por otra parte, sabemos que existe, nos guardamos de declararla tal, y, conservando la convicción de su existencia, recordamos el poco alcance de nuestro entendimiento. Nada más común que oir: «No comprendo lo que ha contado fulano; me parece imposible; pero, en fin, es hombre veraz y que sabe lo que dice; si otro lo refiriera, no lo creería; pero ahora no pongo duda en que la cosa es tal como él la afirma.»

§ XIV

La más alta filosofía acorde con la fe

Imagínanse algunos que se acreditan de altos pensadores cuando no quieren creer lo que no comprenden, y éstos justifican el famoso dicho de Bacón: «poca filosofía aparta de la religión, mucha filosofía conduce á ella.» Y, á la verdad, si se hubiesen internado en las profundidades de las ciencias, conocieran que un denso velo encubre á nuestros ojos la mayor parte de los objetos; que sabemos poquísimo de los secretos de la naturaleza; que hasta de las cosas en apariencia más fáciles de comprender, se nos ocultan por lo común los principios constitutivos, su esencia; conocieran que ignoramos lo que es este universo que nos asombra; que ignoramos lo que es nuestro espíritu; que nosotros somos un arcano á nuestros propios ojos, y que hasta ahora todos los esfuerzos de la ciencia han sido impotentes para explicar los fenómenos que constituyen nuestra vida, que nos hacen sentir nuestra existencia; conocieran que el más precioso fruto que se recoge en las regiones filosóficas más elevadas, es una profunda convicción de nuestra debilidad é ignorancia. Entonces infirieran que esta sobriedad en el saber, recomendada por la religión cristiana; esa prudente desconfianza de las fuerzas de nuestro entendimiento, están de acuerdo con las lecciones de la más alta filosofía; y que así el catecismo nos hace llegar desde nuestra infancia al punto más culminante que señalara á la ciencia la sabiduría humana

§ XV

Quien abandona la religión católica, no sabe dónde refugiarse.

Hemos seguido el camino que puede conducir á la religión católica; echemos una ojeada sobre el que se presenta, si nos apartamos de ella. Al abandonar la fe de la Iglesia, ¿dónde nos refugiamos? Si en el protes-

tantismo, ¿en cuál de sus sectas? ¿Qué motivos de preferencia nos ofrece la una sobre la otra? Discernirlo será imposible; abrazar á ciegas una cualquiera, nos lo será todavía más; y, por otra parte, esto equivaldría á no profesar ninguna. Si en el filosofismo, ¿qué es el filosofismo incrédulo? Es una negación de todo: las tinieblas, la desesperación. ¿Andaremos en busca de otras religiones? Ciertamente que ni el islamismo ni la idolatría nos contarán entre sus adeptos.

Abandonar, pues, la religión católica será abjurarlas todas; será tomar el partido de vivir sin ninguna; dejar que corran los años; que nuestra vida se acerque á su término fatal, sin guía para lo presente, sin luz para el porvenir; será taparse los ojos, bajar la cabeza, y arrojarse á un abismo sin fondo.

La religión católica nos ofrece cuantas garantías de verdad podemos desear. Ella, además, nos impone una ley suave, pero recta, justa, benéfica; cumpliéndola, nos asemejamos á los ángeles, nos acercamos á la belleza ideal que para la humanidad puede excogitar la más elevada poesía. Ella nos consuela en nuestros infortunios, y cierra nuestros ojos en paz; se nos presenta tanto más verdadera y cierta, cuanto más nos aproximamos al sepulcro. ¡Ah! ¡la bondadosa Providencia habrá colocado al borde de la tumba aquellas santas inspiraciones, como heraldos que nos avisaran de que íbamos á pisar los umbrales de la eternidad! (21)

CAPITULO XXII

El entendimiento práctico.

§ I

Una clasificación de acciones.

Los actos prácticos del entendimiento son los que nos dirigen para obrar: lo que envuelve dos cuestiones: cuál es el fin que nos proponemos, y cuál es el mejor medio para alcanzarle.

Nuestras acciones pueden ejercerse, ó sobre los objetos de la naturaleza sometidos á la ley de necesidad, y aquí se comprenden todas las artes; ó sobre lo que cae bajo el libre albedrío, y esto comprende el arreglo de nuestra conducta con respecto á nosotros mismos y á los demás; abarcando la moral, la urbanidad, la administración doméstica, y la política.

Lo dicho hasta aquí sobre el modo de pensar en todas materias, me ahorra el trabajo de extenderme sobre estos puntos, porque quien se haya penetrado de las reglas y observaciones precedentes, no ignorará cómo debe proponerse un fin, ni cómo ha de encontrar los medios más adaptados para alcanzarle. No obstante, creo que no será inútil añadir algunas reflexiones que, sin salir de los límites fijados por el género de esta obra, suministren luz para guiarse cada cual en sus diferentes operaciones.

§ II

Dificultad de proponerse el debido fin.

No hablo aquí del fin último: éste es la felicidad en la otra vida, y á él nos conduce la religión. Trato únicamente de los secundarios, como alcanzar la conveniente posición en la sociedad, llevar á buen término un negocio, salir airosamente de una situación difícil, granjearse la amistad de una persona, guardarse de los tiros de un adversario, deshacer una intriga que nos amenaza, construir un artefacto que nos acredite, plantear un sistema de política, de hacienda ó de administración, derribar alguna institución que se crea dañosa, y otras cosas semejantes.

Á primera vista parece que siempre que el hombre obra debe de tener presente el fin que se propone, y no como quiera, sino de un modo bien claro, determinado, fijo. Sin embargo, la observación enseña que no es así; y que son muchos, muchísimos, aun entre los activos y enérgicos, los que andan poco menos que al acaso.

Sucede mil veces que atribuímos á los hombres más plan del que han tenido. En viéndolos ocupar posición muy elevada, sea por reputación, sea por las funciones que ejercen, nos inclinamos naturalmente á suponerles en todo un objeto fijo, con premeditación detenida, con vasta combinación en los designios, con larga previsión de los obstáculos, con sagaz conocimiento de la verdadera naturaleza del fin, y de sus relaciones con los medios que á él conduzcan. ¡Oh! y ¡cuánto engaño! El hombre en todas las condiciones sociales, en todas las circunstancias de la vida, es siempre hombre, es decir, una cosa muy pequeña. Poco conocedor de sí mismo, sin formarse por lo común ideas bastante claras, ni de la cualidad ni del alcance de sus fuerzas, creyéndose á veces más poderoso, á veces más débil de lo que es en realidad, encuéntrase con mucha frecuencia dudoso, perplejo, sin saber ni á dónde va, ni á dónde ha de ir. Además, para él es á menudo un misterio qué es lo que le conviene; por manera que las dudas sobre sus fuerzas se aumentan con las dudas sobre su interés propio.

§ III

Examen del proverbio: cada cual es hijo de sus obras.

No es verdad lo que suele decirse de que el interés particular sea una guía segura, y que con respecto á él raras veces el hombre se equivoque. En esto, como en todo lo demás, andamos inciertos; y en prueba de ello tenemos la triste experiencia de que tantas y tantas veces nos labramos nuestro infortunio.

Lo que sí no admite duda es que, así por lo tocante á la dicha como á la desgracia, se verifica el proverbio de que el hombre es hijo de sus obras. En el mundc físico como en el moral, la casualidad no significa nada. Es cierto que en la instabilidad de las cosas humanas ocurren con frecuencia sucesos imprevistos que desbaratan los planes mejor concertados, que no dejan recoger el fruto de atinadas combinaciones y pesadas

fatigas, y que, por el contrario, favorecen á otros que, atendido lo que habían puesto de su parte, estaban lejos de merecerlo; pero tampoco cabe duda en que esto no es tan común como vulgarmente se dice y se cree. El trato de la sociedad, acompañado de la conveniente observación, rectifica muchos juicios que se habían formado ligeramente sobre las causas de la buena ó mala fortuna que cabe á diferentes personas.

¿Cuál es el desgraciado que lo sea por su culpa, si nos atenemos á lo que nos dice él? Ninguno ó casi ninguno. Y, no obstante, si nos es dable conocer á fondo su índole, su carácter, sus costumbres, su modo de ver las cosas, su sistema en el manejo de los negocios, su trato, su conversación, sus modales, sus relaciones de amistad ó de familia, raro será que no descubramos muchas de las causas, si no todas, de las que contribuyeron á hacerle infeliz.

Las equivocaciones sobre esta materia suelen nacer de que se fija la atención en un solo suceso que ha decidido de la suerte de la persona, sin reflexionar que aquel suceso, ó estaba ya preparado por muchos otros, ó que sólo ha podido tener tan funesta influencia á causa de la situación particular en que se hallaba la persona, por sus errores, defectos ó faltas.

La suerte, próspera ó adversa, rarísima vez depende de una causa sola; complícanse por lo común varias, y de orden muy diverso; pero, como no es fácil seguir el hilo de los acontecimientos al través de semejante complicación, se señala por causa principal, ó única, lo que quizás no es otra cosa que un suceso determinante, ó una simple ocasión.

§ IV

El aborrecido.

¿Veis á ese hombre á quien miran con desvío ó indiferencia sus antiguos amigos, á quien profesan odio sus allegados, y que no encuentra en la sociedad quién se interese por él? Si oís la explicación en que él se-

ñala las causas, éstas no son otras que la injusticia de los hombres, la envidia que no puede sufrir el resplandor del mérito ajeno, el egoísmo universal que no consiente el menor sacrificio ni aun á los que más obligación tenían de hacerle, por parentesco, por amistad, por gratitud; en una palabra, el infeliz es una víctima contra quien se ha conjurado el humano linaje, obstinado en no reconocer el alto mérito, las virtudes, la bella índole del infortunado. ¿Qué habrá de verdad en la relación? Quizás no será difícil descubrirlo en la misma apología; quizás no sea difícil notar la vanidad insufrible, el carácter áspero, la petulancia, la maledicencia, que le habrán atraído el odio de los unos, el desvío de los otros, y que habrán acabado por dejarle en el aislamiento de que injustamente se lamenta.

§ V

El arruinado.

¿Habéis oído á ese otro cuya fortuna han arruinado la excesiva bondad propia, ó la infidelidad de un amigo, ó una desgracia imprevista, echándole á perder combinaciones sumamente acertadas, proyectos llenos de previsión y sagacidad? Pues, si alcanzáis á procuraros noticias sobre su conducta, no será extraño que descubráis las verdaderas causas, por cierto muy distintas de lo que él se imagina.

En efecto, podrá suceder muy bien que haya mediado la infidelidad de un amigo, que haya ocurrido la desgracia imprevista; podrá ser mucha verdad que su corazón sea excesivamente bueno, es decir, que será muy posible que en su relación no haya mentido; pero no será extraño que en esa misma relación se os presenten de bulto las causas de su desgracia; que en su concepción tan superficial como rápida, en su juicio extremadamente ligero, en su discurrir especioso y sofístico, en su prurito de proyectar á la aventura, en la excesiva confianza de sí mismo, en el menosprecio de las observaciones ajenas, en la precipitación y osa-

día de su proceder, halléis más que suficiente causa para haberse arruinado, sin la bondad de su corazón, sin la infidelidad del amigo, sin la desgracia imprevista. Esta desgracia, lejos de ser puramente casual, habrá dependido quizás de un orden de cosas que estaban obrando hace largo tiempo, y la infidelidad del amigo no hubiera sido difícil preverla, y evitar sus tristes consecuencias, si el interesado hubiese procedido con más tiento en depositar su confianza, y en observar el uso que se hacía de ella.

§ VI

El instruido quebrado, y el ignorante rico.

¿Cómo es posible que ese hombre tan despejado, tan penetrante, tan instruído, no haya podido mejorar su fortuna, ó haya perdido la que tenía, cuando ese otro tan encogido, tan torpe, tan rudo, ha hecho inconcebibles progresos en la suya? ¿No debe eso atribuirse á la casualidad, á fatalidades, á mala estrella? Así se habla muchas veces, sin reflexionar que se confunden lastimosamente las ideas, y se quieren enlazar con íntima dependencia causas y efectos que no tienen ninguna relación.

En verdad que el uno es despejado y el otro encogido; que el uno parece penetrante y el otro torpe; que el uno es instruído y el otro rudo; pero, ¿de qué sirven ni ese despejo, ni esa aparente penetración, ni esa instrucción, para el efecto de que se trata? Es cierto que, si se ofrece figurar en sociedad, el primero se presentará con más garbo y soltura que el segundo; que, si es necesario sostener una conversación, aquél brillará mucho más que éste, que su palabra será más fácil, sus ideas más variadas, sus observaciones más picantes, sus réplicas más prontas y agudas; que el rico en cuestión, no entenderá quizás una palabra del mérito de tal ó cual novela, de tal ó cual drama; que conocerá poco la historia, y se quedará estupefacto al oir al comerciante quebrado explicarse como un portento de eru-

dición y de saber: es cierto que no sabrá tanto de política, ni de administración, ni de hacienda, que no poseerá tantos idiomas; pero, ¿se trataba, por ventura, de nada de eso cuando se ofrecía dar buena dirección á los negocios? No, ciertamente. Cuando, pues, se pondera el mérito del uno, y se manifiesta extrañeza porque la suerte no le ha sido favorable, se pasa de un orden á otro muy diferente, se quiere que ciertos efectos procedan de causas con las que nada tienen que ver.

Observad atentamente á estos dos hombres tan desiguales en su fortuna, reflexionad sobre las cualidades de ambos, ved sobre todo si podéis hacer la experiencia en vista de un negocio que incumba á los dos; y no os será difícil inferir que así la prosperidad del uno como la ruina del otro, nacen de causas sumamente naturales.

El uno habla, escribe, proyecta, calcula, da mil vueltas á los objetos, todo lo prueba, á todo contesta, se hace cargo de mil ventajas, inconvenientes, esperanzas, peligros; en una palabra, agota la materia, nada deja en ella ni qué decir ni qué pensar. ¿Y qué hace el otro? ¿Es capaz de sostener la disputa con su adversario? No. ¿Deshace todos los cálculos que el primero acaba de amontonar? No. ¿Satisface á todas las dificultades con que su dictamen se ve combatido por el contrincante? No. En pro de su opinión, ¿aduce tanta copia de razones como su adversario? No. Para lograr el objeto, ¿presenta proyectos tan varios é ingeniosos? No. ¿Qué hace, pues, el malaventurado ignorante, combatido, hostigado, acosado por su temible antagonista?

—¿Qué me contesta V. á esto? dice el hombre de los proyectos y del saber.

—Nada; pero, ¿qué sé yo?...

—Mas, ¿no le parecen á V concluyentes mis razones?

—No, del todo.

—Veamos. ¿Tiene V. algo que oponer á ese cálculo? Es cuestión de números; aquí no hay más.

—Ya se ve: lo que es en el papel sale bien; la difi

cultad que yo tengo es que en la práctica suceda lo mismo. Cuenta V. con muchas partidas de que no estoy bien seguro; estoy tan escarmentado...

—Pero, ¿duda V. de los datos que se nos han proporcionado? ¿Qué interés habrá habido en engañarnos? Si hay pérdida, no seremos solos nosotros, y participarán de ella los que nos suministran las noticias. Son personas entendidas, honradas, versadas en negocios; y, además, tienen interés en ello. ¿Qué más se quiere? ¿Qué motivo hay de duda?

— Yo no dudo de nada; yo creo lo que V. dice de estos señores; pero, ¿qué quiere V.? El negocio no me gusta. Además, hay tantas eventualidades que V. no lleva en cuenta...

—Pero, ¿qué eventualidades, señor? Si nos atenemos á un simple *puede ser*, nada llevaremos adelante; todos los negocios tienen sus riesgos; pero, repito que aquí no alcanzo á ver ninguno con visos de probabilidad.

—Usted lo entiende más que yo, dice el rudo encogiéndose de hombros; y luego, meneando cuerdamente la cabeza, añade: no, señor; repito que el negocio no me gusta; yo, por mi parte, no entro en él; usted se empeña en que ha de ser tan provechosa la especulación, enhorabuena; allá veremos. Yo no aventuro mis fondos.

La victoria en la discusión queda, sin duda, por el proyectista; pero, ¿quién acierta? La experiencia lo dirá. El rico, al parecer tan torpe, tiene la mirada menos vivaz que su antagonista; pero, en cambio, ve más claro, más hondo, de un modo más seguro, más perspicaz, más certero. No puede, es verdad, oponer datos á datos, reflexiones á reflexiones, cálculos á cálculos; pero, el discernimiento, el tacto que le caracteriza, desenvueltos por la observación y por la experiencia, le están diciendo con toda certeza que muchos datos son imaginarios, que el cálculo es inexacto, que no se llevan en cuenta muchas eventualidades desgraciadas, no sólo posibles, sino muy probables; su ojeada perspicaz ha descubierto indicios de mala fe en algunos

que intervienen en el negocio; su memoria, bien provista de noticias sobre el comportamiento en otros asuntos anteriores, le guía para apreciar en su justo valor la inteligencia y la probidad, que tanto le ponderaba el proyectista.

¿Qué le importa el no ver tanto, si ve mejor, con más claridad, distinción y exactitud? ¿Qué le importa el carecer de esa facilidad de pensar y hablar, muy á propósito para lucirse, pero muy estéril en buen resultado, como inconducente para el objeto de que se trata?

§ VII

Observaciones. La cavilación y el buen sentido

La vivacidad no es la penetración: la abundancia de ideas no siempre lleva consigo la claridad y la exactitud del pensamiento; la prontitud del juicio suele ser sospechosa de error; una larga serie de raciocinios demasiado ingeniosos, suele adolecer de sofismas, que rompen el hilo de la ilación, y extravían al que se fía en ellos.

No siempre es fácil tarea el señalar á punto fijo esos defectos; mayormente cuando el que los padece es un hablador fecundo y brillante, que desenvuelve sus ideas en un raudal de hermosas palabras. La razón humana es de suyo tan cavilosa, poseen ciertos hombres cualidades tan á propósito para deslumbrar, para presentar los objetos desde el punto de vista que les conviene ó les preocupa, que no es raro ver á la experiencia, al buen juicio, al tino, no poder contestar á una nube de argumentos especiosos, otra cosa que: «esto no irá bien; estos raciocinios no son concluyentes: aquí hay ilusión; el tiempo lo manifestará.»

Y es que hay cosas que más bien se sienten que no se conocen: las hay que se *ven*, pero no se prueban; porque hay relaciones delicadas, hay minuciosidades casi imperceptibles, que no es posible demostrar con el discurso á quien no las descubre á la primera ojeada;

hay puntos de vista sumamente fugaces, que en vano se buscan por quien no ha sabido colocarse en ellos en el momento oportuno.

§ VIII

Delicadeza de ciertos fenómenos intelectuales en sus relaciones con la práctica.

En el ejercicio de la inteligencia y demás facultades del hombre, hay muchos fenómenos que no se expresan con ninguna palabra, con ninguna frase, con ningún discurso: para comprender al que los experimenta, es necesario experimentarlos también; y, á veces, es tan perdido el tiempo que se emplea para darse á entender, como si un hombre con vista quisiese, á fuerza de explicación, dar idea de los colores á un ciego de nacimiento.

Esta delicadeza de fenómenos abunda en todos los actos de nuestra inteligencia; pero se nota de una manera particular en lo que tiene relación con la práctica. Entonces no puede abandonarse el espíritu á vanas abstracciones, no puede formarse sistemas fantásticos, puramente convencionales; preciso es que tome las cosas, no como él las imagina ó desea, sino como son, de lo contrario, cuando haga el tránsito de la idea á los objetos, se encontrará en desacuerdo con la realidad, y verá desconcertados todos sus planes.

Añádase á esto que, en tratándose de la práctica, sobre todo en las relaciones de unos hombres con otros, no influye sólo el entendimiento, sino que se desenvuelven momentáneamente las demás facultades. No hay tan sólo la comunicación de entendimiento con entendimiento, sino de corazón con corazón: á más de la influencia recíproca de las ideas, hay también la de los sentimientos.

§ IX

Los despropósitos.

El que está más ventajosamente dotado en las facultades del alma, si se encuentra con otros que carezcan

de alguna de ellas, ó las posean en grado inferior, se halla en el mismo caso que quien tiene completos los sentidos con respecto al que está privado de alguno.

Si se recuerdan estas observaciones, se ahorrarán mucho tiempo y trabajo, y aun disgustos, en el trato de los hombres. Risa causa á veces el observar cómo forcejean inútilmente ciertas personas para apartar á otras de un juicio errado, ó hacerles comprender alguna verdad. Óyese quizás en la conversación un solemne desatino dicho con la mayor serenidad y buena fe del mundo. Está presente una persona de buen sentido, y se escandaliza, y replica, y aguza su discurso, y esfuerza mil argumentos para que el desatinado comprenda su sinrazón, y éste, á pesar de todo, no se convence, y permanece tan satisfecho, tan contento: las reflexiones de su adversario no hacen mella en su ánimo impasible. Y esto ¿por qué? ¿le faltan noticias? No. Lo que le falta en aquel punto es sentido común. Su disposición natural, ó sus hábitos, le han formado así: y el que se empeña en convencerle, debiera reflexionar que quien ha sido capaz de verter un desatino tan completo, no es capaz de comprender la fuerza de la impugnación.

§ X

Entendimientos torcidos.

Hay ciertos entendimientos que parecen naturalmente defectuosos, pues tienen la desgracia de verlo todo desde un punto de vista falso, ó inexacto, ó extravagante. En tal caso no hay locura, ni monomanía: la razón no puede decirse trastornada, y el buen sentido no considera á dichos hombres como faltos de juicio. Suelen distinguirse por una insufrible locuacidad, efecto de la rapidez de percepción, y de la facilidad de hilvanar raciocinios. Apenas juzgan de nada con acierto: y, si alguna vez entran en el buen camino, bien pronto se apartan de él arrastrados por sus propios discursos. Sucede con frecuencia ver en sus razonamientos una hermosa perspectiva que ellos toman por un ver-

dadero y sólido edificio; el secreto está en que han dado por incontestable un hecho incierto, ó dudoso, ó inexacto, ó enteramente falso; ó han asentado como principio de eterna verdad una proposición gratuita, ó tomado por realidad una hipótesis; y así han levantado un castillo, que no tiene otro defecto que estar en el aire. Impetuosos, precipitados, no haciendo caso de las reflexiones de cuantos les oyen, sin más guía que su torcida razón, llevados por su prurito de discurrir y hablar, arrastrados, por decirlo así, en la turbia corriente de sus propias ideas y palabras, se olvidan completamente del punto de partida, no advirtiendo que todo cuanto edifican es puramente fantástico por carecer de cimiento

§ XI

Inhabilidad de dichos hombres para los negocios.

No hay peores hombres para los negocios: desgraciado el asunto en que ellos ponen la mano; y desgraciados muchas veces ellos mismos, si en sus cosas se hallan abandonados á su propia y exclusiva dirección. Las principales dotes de un buen entendimiento práctico son la madurez del juicio, el buen sentido, el tacto; y estas cualidades les faltan á ellos. Cuando se trata de llegar á la realidad, es preciso no fijarse sólo en las ideas, sino pensar en los objetos; y esos hombres se olvidan casi siempre de los objetos, y sólo se ocupan en sus ideas. En la práctica es necesario pensar, no en lo que las cosas debieran ó pudieran ser, sino en lo que son; y ellos suelen pararse menos en lo que son, que en lo que pudieran ó debieran ser.

Cuando un hombre de entendimiento claro y de juicio recto se encuentra tratando un asunto con uno que adolezca de los defectos que acabo de describir, se halla en la mayor perplejidad. Lo que aquél ve claro, éste lo encuentra obscuro; lo que el primero encuentra fuera de duda, el segundo lo mira muy disputable. El juicioso plantea la cuestión de un modo que le parece muy natural y sencillo, el caviloso la mira de una ma-

nera diferente; diríase que son dos hombres de los cuales el uno padece una especie de estrabismo intelectual que desconcierta y confunde al que ve y mira bien.

§ XII

Este defecto intelectual suele nacer de una causa moral,

Reflexionando sobre la causa de semejantes aberraciones, no es difícil advertir que el origen está más bien en el corazón que en la cabeza. Estos hombres suelen ser extremadamente vanos; un amor propio mal entendido les inspira el deseo de singularizarse en todo; y, al fin, llegan á contraer un hábito de apartarse de lo que piensan y dicen los demás, esto es, de ponerse en contradicción con el sentido común.

La prueba de que, entregados con naturalidad á su propio entendimiento, no verían tan erradamente los objetos, y de que el caer en ridículas aberraciones procede más bien de un deseo de singularizarse convertido en hábito, está en que suelen distinguirse por un espíritu de constante oposición. Si el defecto estuviese en la cabeza, no habría ninguna razón para que en casi todas las cuestiones sostuvieran el *no* cuando los demás sostienen el *sí*, y ellos estuviesen por el *sí* cuando los otros están por el *no;* siendo de notar que á veces hay un medio seguro para llevarlos á la verdad, y es el sostener el error.

Convengo en que á menudo ellos no advierten lo mismo que hacen; que no tienen una conciencia bien clara de esa inspiración de la vanidad que los dirige y sojuzga; pero la funesta inspiración no deja de existir, ni deja de ser remediable si hay quien se lo avise, mayormente si la edad, la posición social y las lisonjas no han llevado el mal hasta el último extremo. Y no es raro que se presenten ocasiones favorables para amonestar con algún fruto; porque esos hombres con su imprudencia suelen atraer sobre sí amargos disgustos, cuando no desgracias; y entonces, abatidos por la adversidad, y enseñados por experiencia dolorosa, suelen

tener lúcidos intervalos de que puede aprovecharse un amigo sincero para hacerles oir los consejos de una razón juiciosa.

Por lo demás, cuando una realidad cruel no ha venido todavía á desengañarlos, cuando en sus accesos de sinrazón se entregan sin medida á la vanidad de sus proyectos, no suele haber otro medio para resistirles que callar, y con los brazos cruzados, y meneando la cabeza, sufrir con estoica impasibilidad la impetuosa avenida de sus proposiciones aventuradas, de sus raciocinios incoherentes, de sus planes descabellados.

Y por cierto que esa impasibilidad no deja de producir de vez en cuando saludables efectos: porque el deseo de disputar cesa cuando no hay quien replique; no cabe oposición cuando nadie sostiene nada: no hay defensa cuando nadie ataca. Así no es raro ver á esos hombres volver en sí á poco rato de abrumar con su locuacidad á quien no les contesta, y, amonestados por la elocuencia del silencio, excusarse de su molesta petulancia. Son almas inquietas y ardientes que viven de contradecir, y que, á su vez, necesitan contradicción: cuando no la hay, cesa la pugna; y, si se empeñan en emprenderla, bien pronto se fastidian cuando notan que, lejos de habérselas con un enemigo resuelto á pelear, se ceban en quien se ha entregado, como víctima, en las aras de una verbosidad importuna.

§ XIII

La humildad cristiana en sus relaciones con los negocios mundanos.

La humildad cristiana, esa virtud que nos hace conocer el límite de nuestras fuerzas; que nos revela nuestros propios defectos; que no nos permite exagerar nuestro mérito, ni ensalzarnos sobre los demás; que no nos consiente despreciar á nadie; que nos inclina á aprovecharnos del consejo y ejemplo de todos, aun de los inferiores; que nos hace mirar como frivolidades indignas de un espíritu serio el andar en busca de

aplausos, el saborearse en el humo de la lisonja; que no nos deja creer jamás que hemos llegado á la cumbre de la perfección en ningún sentido, ni cegarnos hasta el punto de no ver lo mucho que nos queda por adelantar, y la ventaja que nos llevan otros; esa virtud que, bien entendida, es la verdad, pero la verdad aplicada al conocimiento de lo que somos, de nuestras relaciones con Dios y con los hombres; la verdad guiando nuestra conducta para que no se extravíe en las exageraciones del amor propio; esa virtud, repito, es de suma utilidad en todo cuanto concierne á la práctica, aun en las cosas puramente mundanas.

Sí, la humildad cristiana, en cambio de algunos sacrificios, produce grandes ventajas, hasta en los asuntos más distantes de la devoción. El soberbio compra muy cara su satisfacción propia; y no advierte que la víctima que inmola á ese ídolo que ha levantado en su corazón, son á veces sus intereses más caros, es la misma gloria en pos de la cual tan desalado corre.

§ XIV

Daños acarreados por la vanidad y la soberbia.

¡Cuántas reputaciones se ajan, cuando no se destruyen, por la miserable vanidad! ¡Cómo se disipa la ilusión que inspirara un gran hombre, si al acercársele os encontráis con una persona que sólo habla de sí misma! ¡Cuántos hombres, por otra parte recomendabilísimos, se deslustran, y hasta se hacen objeto de burla, por un tono de superioridad que choca é irrita, ó atrae los envenenados dardos de la sátira! ¡Cuántos se empeñan en negocios funestos, dan pasos desastrosos, se desacreditan ó se pierden, sólo por haberse entregado á su propio pensamiento de una manera exclusiva, sin dar ninguna importancia á los consejos, á las reflexiones ó indicaciones de los que veían más claro, pero que tenían la desgracia de ser mirados de arriba abajo, á una distancia inmensa, por ese dios mentido que, habitando allá en el fantástico empíreo fa-

bricado por su vanidad, no se dignaba descender á la ínfima región donde mora el vulgo de los modestos mortales!

¿Y para qué necesitaba él de consultar á nadie? La elevación de su entendimiento, la seguridad y acierto de su juicio, la fuerza de su penetración, el alcance de su previsión, la sagacidad de sus combinaciones, ¿no son ya cosas proverbiales? El buen resultado de todos los negocios en que ha intervenido, ¿á quién se debe sino á él? Si se han superado gravísimas dificultades, ¿quién las ha superado sino él? Si todo no lo han echado á perder sus compañeros, ¿quién lo ha evitado sino él? ¿Qué pensamiento se ha concebido de alguna importancia que no le haya concebido él? ¿Qué ocurrencia habrán tenido los otros que con mucha anticipación no la hubiese tenido él? ¿De qué hubiera servido cuanto hayan excogitado los demás, si no lo hubiese rectificado, enmendado, ilustrado, agrandado, dirigido él?

Contempladle: su frente altiva parece amenazar al cielo; su mirada imperiosa exige sumisión y acatamiento; en sus labios asoma el desdén hacia cuanto le rodea; en toda su fisonomía veréis que rebosa la complacencia en sí propio; la afectación de sus gestos y modales os presenta un hombre lleno de sí mismo, que procede con excesiva compostura, como si temiese derramarse. ¿Toma la palabra? Resignaos á callar. ¿Replicáis? No escucha vuestras réplicas y sigue su camino. ¿Insistís otra vez? El mismo desdén acompañado de una mirada que exige atención é impone silencio. Está fatigado de hablar, y descansa; entre tanto aprovecháis la ocasión de exponer lo que intentabais hace largo rato: ¡vanos esfuerzos! El semidiós no se digna prestaros atención, os interrumpe cuando se le antoja, dirigiendo á otros la palabra, si es que no estaba absorto en sus profundas meditaciones arqueando las cejas, y preparándose á desplegar nuevamente sus labios con la majestuosa solemnidad de un oráculo.

¿Cómo podía menos de cometer grandes yerros un

hombre tan fatuo? Y de esta clase hay muchos, por más que no siempre llegue la fatuidad á una exageración tan repugnante. Desgraciado el que desde sus primeros años no se acostumbra á rechazar la lisonja, á dar á los elogios que se le tributan, el debido valor; que no se concentra repetidas veces para preguntarse si el orgullo le ciega, si la vanidad le hace ridículo, si la excesiva confianza en su propio dictamen le extravía y le pierde. En llegando á la edad de los negocios, cuando ocupa ya en la sociedad una posición independiente, cuando ha adquirido cierta reputación, merecida ó inmerecida, cuando se ve rodeado de consideración, cuando ya tiene inferiores, las lisonjas se multiplican y agrandan, los amigos son menos francos y menos sinceros, y el hombre, abandonado á la vanidad que dejó desarrollarse en su corazón, sigue cada día con más ceguedad el peligroso sendero, hundiéndose más y más en ese ensimismamiento, en ese goce de sí mismo en que el amor propio se exagera hasta un punto lamentable, degenerando, por decirlo así, en *egolatría*.

§ XV

El orgullo.

La exageración del amor propio, la soberbia, no siempre se presenta con un mismo carácter. En los hombres de temple fuerte, y entendimiento sagaz, es orgullo, en los flojos y poco avisados, es vanidad. Ambos tienen un mismo objeto, pero emplean medios diferentes. El orgulloso sin vanidad tiene la hipocresía de la virtud; el vanidoso tiene la franqueza de su debilidad. Lisonjead al orgulloso, y rechazará la lisonja, temeroso de dañar á su reputación haciéndose ridículo; de él se ha dicho, con mucha verdad, que es demasiado orgulloso para ser vano. En el fondo de su corazón siente viva complacencia en la alabanza; pero sabe muy bien que éste es un incienso honroso mientras el ídolo no manifieste deleitarse en el perfume; por esto no os pondrá jamás el incensario en la mano, ni consentirá que

le hagáis ondular demasiado cerca. Es un dios á quien agrada un templo magnífico y un culto esplendoroso; pero manteniéndose el ídolo escondido en la misteriosa obscuridad del santuario.

Esto probablemente es más culpable á los ojos de Dios, pero no atrae con tanta frecuencia el ridículo de los hombres. Con tanta frecuencia, digo, porque difícilmente se alberga en el corazón el orgullo, sin que, á pesar de todas las precauciones, degenere en vanidad. Aquella violencia no puede ser duradera; la ficción no es para continuada por mucho tiempo. Saborearse en la alabanza y mostrar desdén hacia ella; proponerse por objeto principal el placer de la gloria, y aparentar que no se piensa en ella, es demasiado fingir para que al través de los más tupidos velos no se descubra la verdad. El orgulloso á quien he descrito más arriba no podía llamarse propiamente vano, y, no obstante, su conducta inspiraba algo peor que la vanidad misma: sobre la indignación provocaba también la burla.

§ XVI

La vanidad.

El simplemente vano no irrita, excita compasión, presta pábulo á la sátira. El infeliz no desprecia á los demás hombres: los respeta, quizás los admira y teme. Pero padece una verdadera sed de alabanza: y no como quiera, sino que necesita oirla él mismo, asegurarse de que en efecto se le alaba, complacerse en ella con delectación morosa, y corresponder á las buenas almas que le favorecen, expresando con una inocente sonrisita su íntimo goce, su dicha, su gratitud.

¿Ha hecho alguna cosa buena? ¡Ah! habladle de ella por piedad, no le hagáis padecer. ¿No veis que se muere por dirigir la conversación hacia sus glorias? ¡Cruel! que os desentendéis de sus indicaciones; que con vuestra distracción, con vuestra dureza, le obligaréis á aclararlas más y más hasta convertirlas en súplicas.

En efecto: ¿ha gustado lo que él ha dicho, ó escrito,

ó hecho? ¡Qué felicidad! Y es necesario que se advierta que fué sin preparación, que todo se debió á la fecundidad de su vena, á una de sus felices ocurrencias. ¿No habéis notado cuántas bellezas, cuántos golpes afortunados? Por piedad, no apartéis la vista de tantas maravillas, no introduzcáis en la conversación especies inconducentes: dejadle jozar de su beatitud.

Nada de la altivez satánica del orgulloso, nada de hipocresía: un inexplicable candor se retrata en su semblante; su fisonomía se dilata agradablemente; su mirada es afable, es dulce; sus modales, atentos; su conducta, complaciente; el desgraciado está en actitud de suplicante, teme que una imprudencia le arrebate su dicha suprema. No es duro, no es insultante, no es ni siquiera exclusivo, no se opone á que otros sean alabados: sólo quiere participar.

¡Con qué ingenua complacencia refiere sus trabajos y aventuras! En pudiendo hablar de sí mismo, su palabra es inextinguible. Á sus alucinados ojos, su vida es poco menos que una epopeya. Los hechos más insignificantes se convierten en episodios de sumo interés; las vulgaridades, en golpes de ingenio; los desenlaces más naturales, en resultado de combinaciones estupendas. Todo converge hacia él: la misma historia de su país no es más que un gran drama, cuyo héroe es él: todo es insípido, si no lleva su nombre.

§ XVII

La influencia del orgullo es peor para los negocios que la de la vanidad.

Este defecto, aunque más ridículo que el orgullo, no tiene, sin embargo, tantos inconvenientes para la práctica. Como es una complacencia en la alabanza, más bien que un sentimiento fuerte de superioridad, no ejerce sobre el entendimiento un influjo tan maléfico. Estos hombres son, por lo común, de un carácter flojo, como lo manifiesta la misma debilidad con que se dejan arrastrar por su inclinación. Así es que no suelen

desechar, como los orgullosos, el consejo ajeno, y aun muchas veces se adelantan á pedirle. No son tan altivos, que no quieran recibir nada de nadie; y, además, se reservan el derecho de explotar después el negocio para formar su pomito de olor de vanagloria en que se puedan deleitar. ¿Es poco, por ventura, si el asunto sale bien, el gusto de referir todo lo que pensó el que le condujo, y la sagacidad con que conoció las dificultades, y el tino con que procedió para vencerlas, y la prudencia con que tomó consejo de personas entendidas, y lo mucho que el aconsejado ilustró el juicio del consejero? No deja de haber en esto una mina abundante, que á su debido tiempo será explotada cual conviene.

§ XVIII

Cotejo entre el orgullo y la vanidad.

El orgullo tiene más malicia, la vanidad más flaqueza; el orgullo irrita, la vanidad inspira compasión; el orgullo concentra, la vanidad disipa; el orgullo sugiere quizás grandes crímenes, la vanidad ridículas miserias; el orgullo está acompañado de un fuerte sentimiento de superioridad é independencia, la vanidad se aviene con la desconfianza de sí mismo, hasta con la humillación; el orgullo tiende los resortes del alma, la vanidad los afloja; el orgullo es violento, la vanidad es blanda; el orgullo quiere la gloria, pero con cierta dignidad, con cierto predominio, con altivez, sin degradarse; la vanidad la quiere también, pero con lánguida pasión, con abandono, con molicie: podría llamarse la afeminación del orgullo. Así la vanidad es más propia de las mujeres, el orgullo de los hombres, y, por la misma razón, la infancia tiene más vanidad que orgullo, y éste no suele desarrollarse sino en la edad adulta.

Si bien es verdad que en teoría estos dos vicios se distinguen por las cualidades expresadas, no siempre se encuentran en la práctica con señales tan características. Lo más común es hallarse mezclados en el co-

razón humano, teniendo cada cual no sólo sus épocas, sino sus días, sus horas, sus momentos. No hay una línea divisoria que separe perfectamente los dos colores; hay una gradación de matices, hay irregularidad en los rasgos, hay ondas, aguas, que sólo descubre quien está acostumbrado á desenvolver y contemplar los complicados y delicados pliegues del humano corazón. Y aun, si bien se mira, el orgullo y la vanidad son una misma cosa en distintas formas, es un mismo fondo que ofrece diversos cambiantes según el modo con que le da la luz. Este fondo es la exageración del amor propio, el culto de sí mismo. El ídolo está cubierto con tupido velo, ó se presenta á los adoradores con faz atractiva y risueña; mas, por esto no varía: es el hombre que se ha levantado á sí propio un altar en su corazón, y se tributa incienso, y desea que se lo tributen los demás.

§ XIX

Cuán general es dicha pasión

Puede asegurarse, sin temor de errar, que ésta es la pasión más general, la que admite menos excepciones, quizás ninguna, aparte las almas privilegiadas sumergidas en la purísima llama de un amor celeste. La soberbia ciega al ignorante como al sabio, al pobre como al rico, al débil como al poderoso, al desventurado como al feliz, á la infancia como á la vejez; domina al libertino, no perdona al austero, campea en el gran mundo, y penetra en el retiro de los claustros; rebosa en el semblante de la altiva señora, que reina en los salones por la nobleza de su linaje, por sus talentos y hermosura; pero se trasluce también en la tímida palabra de la humilde religiosa, que, salida de familia obscura, se ha encerrado en el monasterio, desconocida de los hombres, sin más porvenir en la tierra que una sepultura ignorada.

Encuéntranse personas exentas de liviandad, de codicia, de envidia, de odio, de espíritu de venganza; pero, libre de esa exageración del amor propio, que,

según es su forma, se llama orgullo ó vanidad, no se halla casi nadie, bien podría decirse que nadie. El sabio se complace en la narración de los prodigios de su saber, el ignorante se saborea en sus necedades; el valiente cuenta sus hazañas, el galán sus aventuras; el avariento ensalza sus talentos económicos, el pródigo su generosidad; el ligero pondera su viveza, el tardío su aplomo; el libertino se envanece por sus desórdenes, y el austero se deleita en que su semblante muestre á los hombres la mortificación y el ayuno.

Éste es, sin duda, el defecto más general; ésta es la pasión más insaciable cuando se le da rienda suelta; la más insidiosa, más sagaz para sobreponerse, cuando se la intenta sujetar. Si se la domina un tanto á fuerza de elevación de ideas, de seriedad de espíritu y firmeza de carácter, bien pronto trabaja por explotar esas nobles cualidades, dirigiendo el ánimo hacia la contemplación de ellas; y, si se la resiste con el arma verdaderamente poderosa y única eficaz, que es la humildad cristiana, á ésta misma procura envanecerla, poniéndola asechanzas para hacerla perecer. Es un reptil que, si le arrojamos de nuestro pecho, se arrastra y enrosca á nuestros pies; cuando pisamos un extremo de su flexible cuerpo, se vuelve y nos hiere con emponzoñada picadura.

§ XX

Necesidad de una lucha continua.

Siendo ésta una de las miserias de la flaca humanidad, preciso es resignarse á luchar con ella toda la vida; pero es necesario tener siempre la vista fija sobre el mal, limitarle al menor círculo posible; y, ya que no sea dado á nuestra debilidad el remediarlo del todo, al menos no dejarle que progrese, evitar que cause los estragos que acostumbra. El hombre que en este punto sabe dominarse á sí mismo, tiene mucho adelantado para conducirse bien; posee una cualidad rara, que luego producirá sus buenos resultados, perfeccionando

y madurando el juicio, haciendo adelantar en el conocimiento de las cosas y de los hombres, y adquiriendo esa misma alabanza que tanto más se merece cuanto menos se busca.

Removido el óbice, es más fácil entrar en el buen camino; y, libre la vista de esa niebla que la ofusca, no es tan peligroso extraviarse.

§ XXI

No es sólo la soberbia lo que nos induce á error al proponernos un fin.

Para proponerse acertadamente un fin, es necesario comprender perfectamente la posición del que le ha de alcanzar. Y aquí repetiré lo que llevo indicado más arriba, y es, qúe son muchos los hombres que marchan á la aventura, ya sea no fijándose en un fin bien determinado, ya no calculando la relación que éste tiene con los medios de que se puede disponer. En la vida privada, como en la pública, es tarea harto difícil el comprender bien la posición propia: el hombre se forma mil ilusiones, que le hacen equivocar sobre el alcance de sus fuerzas y la oportunidad de desplegarlas. Sucede con mucha frecuencia que la vanidad las exagera; pero, como el corazón humano es un abismo de contradicciones, tampoco es raro el ver que la pusilanimidad las disminuye más de lo justo. Los hombres levantan con demasiada facilidad encumbradas torres de Babel, con la insensata esperanza de que la cima podrá tocar al cielo; pero también les acontece desistir pusilánimes, hasta de la construcción de una modesta vivienda. Verdaderos niños que, ora creen poder tocar al cielo con la mano en subiendo á una colina, ora toman por estrellas que brillan á inmensa distancia, en lo más elevado del firmamento, bajas y pasajeras exhalaciones de la atmósfera sublunar. Quizás se atreven á más de lo que pueden; pero á veces no pueden porque no se atreven.

¿Cuál será en estos casos el verdadero criterio? Pre-

gunta á que es difícil contestar, y sobre la cual sólo caben reflexiones muy vagas. El primer obstáculo que se encuentra es que el hombre se conoce poco á sí mismo; y, entonces, ¿cómo sabrá lo que puede y lo que no puede? Se dirá que con la experiencia: es cierto; pero el mal está en que esa experiencia es larga, y que á veces da su fruto cuando la vida toca á su término.

No digo que ese criterio sea imposible, muy al contrario; en varias partes de esta misma obra indico los medios para adquirirle. Señalo la dificultad, pero no afirmo la imposibilidad: la dificultad debe inspirarnos diligencia, mas no producirnos abatimiento.

§ XXII

Desarrollo de fuerzas latentes.

Hay en el espíritu humano muchas fuerzas que permanecen en estado de *latentes* hasta que la ocasión las despierta y aviva; el que las posee no lo sospecha siquiera, quizás baja al sepulcro sin haber tenido conciencia de aquel precioso tesoro, sin que un rayo de luz reflejara en aquel diamante, que hubiera podido embellecer la más esplendente diadema.

¡Cuántas veces una escena, una lectura, una palabra, una indicación, remueve el fondo del alma, y hace brotar de ella inspiraciones misteriosas! Fría, endurecida, inerte ahora, y un momento después surge de ella un raudal de fuego que nadie sospechara oculto en sus entrañas. ¿Qué ha sucedido? Se ha removido un pequeño obstáculo que impedía la comunicación con el aire libre. se ha presentado á la masa eléctrica un punto atrayente, y el flúido se ha comunicado y dilatado con la celeridad del pensamiento.

El espíritu se desenvuelve con el trato, con la lectura, con los viajes, con la presencia de grandes espectáculos: no tanto por lo que recibe de fuera, como por lo que descubre dentro de sí. ¿Qué le importa el haber olvidado lo visto ú oído ó leído, si se mantiene viva la

facultad que el afortunado encuentro le revelara? El uego prendió, arde sin extinguirse: poco importa que se haya perdido la tea.

Las facultades intelectuales y morales se excitan también como las pasiones. Á veces un corazón inexperto duerme tranquilamente el sueño de la inocencia: sus pensamientos son puros como los de un ángel, sus ilusiones cándidas como el copo de nieve que cubre de blanquísima alfombra la dilatada llanura; pasó un instante; se ha corrido un velo misterioso; el mundo de la inocencia y de la calma desapareció, y el horizonte se ha convertido en un mar de fuego y de borrascas. ¿Qué ha sucedido? Ha mediado una lectura, una conversación imprudente, la presencia de un objeto seductor. He aquí la historia del dispertar de muchas facultades del alma. Criada para estar unida con el cuerpo con lazo incomprensible, y para ponerse en relación con sus semejantes, tiene como ligadas algunas de sus facultades, hasta que una impresión exterior viene á desenvolverlas.

Si supiéramos de qué disposiciones nos ha dotado el Autor de la naturaleza, no sería difícil ponerlas en acción, ofreciéndoles el objeto que más se les adapta, y que, por lo mismo, las excita y desarrolla; pero como, al encontrarse el hombre engolfado en la carrera de la vida, ya le es muchas veces imposible volver atrás, deshaciendo todo el camino que la educación y la profesión escogida ó impuesta le han hecho andar, es necesario que acepte las cosas tales como son, aprovechándose de lo bueno, y evitando lo malo en lo que le sea posible.

§ XXIII

Al proponernos un fin, debemos guardarnos de la presunción y de la excesiva desconfianza.

Sea cual fuere su carrerra, su posición en la sociedad, sus talentos, inclinaciones ó índole, nunca el hombre debe prescindir de emplear su razón, ya sea

para prefijarse con acierto el fin, ya para echar mano de los medios más á propósito para llegar á él.

El fin ha de ser proporcionado á los medios, y éstos son las fuerzas intelectuales, morales y físicas y demás recursos de que se puede disponer. Proponerse un blanco fuera del alcance, es gastar inútilmente las fuerzas; así como es desperdiciarlas, exponiéndolas á disminuirse por falta de ejercicio, el no aspirar á lo que la razón y la experiencia dicen que se puede llegar.

§ XXIV

La pereza.

Si bien es verdad que la prudencia aconseja ser más bien desconfiado que presuntuoso, y que, por lo mismo, no conviene entregarse con facilidad á empresas arduas, también importa no olvidar que la resistencia á las sugestiones del orgullo ó de la vanidad, puede muy bien explotarla la pereza.

La soberbia es, sin duda, un mal consejero, no sólo por el objeto á que nos conduce, sino también por la dificultad que hay en guardarse de sus insidiosos amaños; pero es seguro que poco falta si no encuentra en la pereza una digna competidora. El hombre ama las riquezas, la gloria, los placeres, pero también ama mucho el no hacer nada; esto es para él un verdadero goce, al que sacrifica á menudo su reputación y bienestar. Dios conocía bien la naturaleza humana cuando la castigó con el trabajo; el comer el pan con el sudor de su rostro es para el hombre una pena continua, y frecuentemente muy dura.

§ XXV

Una ventaja de la pereza sobre las demás pasiones.

La pereza, es decir, la pasión de la inacción, tiene, para triunfar, una ventaja sobre las demás pasiones, y es el que no exige nada: su objeto es una pura nega-

ción. Para conquistar un alto puesto, es preciso mucha actividad, constancia, esfuerzos; para granjearse brillante nombradía, es necesario presentar títulos que la merezcan, y éstos no se adquieren sin largas y penosas fatigas; para acumular riquezas, es indispensable atinada combinación y perseverante trabajo; hasta los placeres más muelles no se disfrutan, si no se anda en busca de ellos, y no se emplean los medios conducentes. Todas las pasiones, para el logro de su objeto, exigen algo; sólo la pereza no exige nada. Mejor la contentáis sentado que en pie, mejor echado que sentado, mejor soñoliento que bien despierto. Parece ser la tendencia á la misma nada; la nada es al menos su solo límite; cuanto más se acerca á ella el perezoso, en su modo de ser, mejor está.

§ XXVI

Origen de la pereza.

El origen de la pereza se halla en nuestra misma organización, y en el modo con que se ejercen nuestras funciones. En todo acto hay un gasto de fuerza; hay, pues, un principio de cansancio, y, por consiguiente, de sufrimiento. Cuando la pérdida es insignificante, y sólo ha transcurrido el tiempo necesario para desplegar la acción de los órganos ó miembros, no hay sufrimiento todavía, y hasta puede sentirse placer; mas, bien pronto la pérdida se hace sensible y el cansancio empieza. Por esta causa no hay perezoso que no emprenda repetidas veces, y con gusto, algunos trabajos, y, quizás por la misma razón también, los más vivos no son los más laboriosos. La intensidad con que ponen en ejercicio sus fuerzas, debe de excitar en ellos más pronto que en otros la sensación del cansancio; por cuyo motivo se acostumbrarán más fácilmente á mirar el trabajo con aversión.

§ XXVII

Pereza del espíritu.

Como el ejercicio de las facultades intelectuales y morales necesita la concomitancia de ciertas funciones orgánicas, la pereza tiene lugar en los actos del espíritu como en los del cuerpo. No es el espíritu quien se cansa, sino los órganos corporales que le sirven; pero el resultado viene á ser el mismo. Así es que hay á veces una pereza de pensar y aun de querer, tan poderosa como la de hacer cualquier trabajo corpóreo Y es de notar que estas dos clases de pereza no siempre son simultáneas, pudiendo existir la una sin la otra. La experiencia atestigua que la fatiga puramente corporal, ó del sistema muscular, no siempre produce postración intelectual y moral; y no es raro estar sumamente fatigado de cuerpo y sentir muy activas las facultades del espíritu. Al contrario, después de largos é intensos trabajos mentales, á veces se experimenta un verdadero placer en ejercitar las fuerzas físicas, cuando las intelectuales han llegado ya á un estado de completa postración. Estos fenómenos son difíciles de explicar, si se advierte que las alteraciones del sistema muscular distan mucho de guardar proporción con las del sistema nervioso.

§ XXVIII

Razones que confirman lo dicho sobre el origen de la pereza.

En prueba de que la pereza es un instinto de precaución contra el sufrimiento que nace del ejercicio de las facultades, se puede observar: 1.°, que, cuando este ejercicio produce placer, no sólo no hay repugnancia á la acción, sino que hay inclinación hacia ella; 2.°, que la repugnancia al trabajo es más poderosa antes de empezarle, porque entonces es necesario un esfuerzo para poner en acción los órganos ó miembros; 3.°, que la repugnancia es nula cuando, desplegado ya

el movimiento, no ha transcurrido aún el tiempo suficiente para hacer sentir el cansancio que nace del quebranto de las fuerzas; 4.°, que la repugnancia renace y se aumenta á medida que este quebranto se verifica; 5.°, que los más vivos adolecen más de este mal porque experimentan antes el sufrimiento; 6.°, que los de índole versátil y ligera suelen tener el mismo defecto, por la sencilla razón de que, á más del esfuerzo que exige el trabajo, han menester otro para sujetarse á sí mismos, venciendo su propensión á variar de objeto.

§ XXIX

La inconstancia. Su naturaleza y origen.

La inconstancia, que en apariencia no es más que un exceso de actividad, pues que nos lleva continuamente á ocuparnos en cosas diferentes, no es más que la pereza bajo un velo hipócrita. El inconstante substituye un trabajo á otro, porque así se evita la molestia que experimenta con la necesidad de sujetar su atención y acción á un objeto determinado. Así es que todos los perezosos suelen ser grandes proyectistas; porque el excogitar proyectos es cosa que ofrece campo á vastas divagaciones, que no exigen esfuerzo para sujetar el espíritu; también suelen ser amigos de emprender muchas cosas, sucesiva ó simultáneamente, siempre con el bien entendido de no llevar á cabo ninguna.

§ XXX

Pruebas y aplicaciones.

Vemos á cada paso hombres cuyos intereses y deberes reclaman ciertos trabajos, no más pesados que los que ellos mismos se imponen; y, no obstante, dejan aquéllos por éstos, sacrificando á su gusto el interés y el deber. Han de despachar un expediente, y le dejan intacto, á pesar de que no habían de emplear en él ni la mitad del tiempo que han gastado en correspondencias insignificantes. Han de avistarse con una persona

para tratar un negocio; no lo hacen, y andan más camino, y consumen más tiempo y más palabras hablando de cosas indiferentes. Han de acudir á una reunión donde se han de ventilar asuntos de interés: no ignoran lo que se ha de tratar, y no habrían de hacer grande esfuerzo para enterarse de lo que ocurra, y dar con acierto su dictamen, pues, no importa: aquellas horas reclamadas por sus intereses las consumirán, quizás, disputando de política, de guerra, de ciencias, de literatura, de cualquier cosa, con tal que no sea aquello á que están obligados. El pasear, el hablar, el disputar, son sin duda ejercicio de facultades del espíritu y del cuerpo; y, no obstante, en el mundo abundan los amigos de pasear, los habladores y disputadores, y escasean los verdaderamente laboriosos. Y esto ¿por qué? Porque el pasear y hablar y disputar son compatibles con la inconstancia, no exigen esfuerzo, consienten variedad continua, llevan consigo naturales alternativas de trabajo y descanso, enteramente sujetas á la voluntad y al capricho.

§ XXXI

El justo medio entre dichos extremos.

Evitar la pusilanimidad sin fomentar la presunción, sostener y alentar la actividad sin inspirar vanidad, hacer sentir al espíritu sus fuerzas sin cegarle con el orgullo: he aquí una tarea difícil en la dirección de los hombres, y más todavía en la dirección de sí mismo. Esto es lo que el Evangelio enseña, esto es lo que la razón aplaude y admira. Entre dichos escollos debemos caminar siempre, no con la esperanza de no dar jamás en ninguno de ellos, pero sí con la mira, con el deseo, y la esperanza también, de no estrellarnos hasta el punto de perecer.

La virtud es difícil, mas no imposible: el hombre no la alcanza aquí en la tierra sin mezcla de muchas debilidades que la deslustran; pero no carece de los medios suficientes para poseerla y perfeccionarla. La ra-

zón es un monarca condenado á luchar de continuo con las pasiones sublevadas; pero Dios la ha provisto de lo necesario para pelear y vencer. Lucha terrible, lucha penosa, lucha llena de azares y peligros; mas, por lo mismo, tanto más digna de ser ansiada por las almas generosas.

En vano se intenta en nuestro siglo proclamar la omnipotencia de las pasiones, y lo irresistible de su fuerza para triunfar de la razón; el alma humana, sublime destello de la divinidad, no ha sido abandonada por su Hacedor. No hay fuerzas que basten á apagar la antorcha de la moral ni en el individuo ni en la sociedad: en el individuo sobrevive á todos los crímenes; en la sociedad resplandece aún después de los mayores trastornos: en el individuo culpable, reclama sus derechos con la voz del remordimiento; en la sociedad, por medio de elocuentes protestas, y de ejemplos heroicos.

§ XXXII

La moral es la mejor guía del entendimiento práctico.

La mejor guía del entendimiento práctico es la moral. El gobierno de las naciones, la política pequeña es la política de los intereses bastardos, de las intrigas, de la corrupción; la política grande es la política de la conveniencia pública, de la razón, del derecho. En la vida privada, la conducta pequeña es la de los manejos innobles, de las miras mezquinas, del vicio; la conducta grande es la que inspiran la generosidad y la virtud.

Lo recto y lo útil á veces parecen andar separados, pero no suelen estarlo sino por un corto trecho: llevan caminos opuestos en apariencia, y, sin embargo, el punto á que se dirigen es el mismo. Dios quiere por estos medios probar la fortaleza del hombre; y el premio de la constancia no siempre se hace esperar todo en la otra vida. Que si esto sucede una que otra vez, ¿es acaso ligera recompensa el descender al sepulcro con el alma tranquila, sin remordimiento, y con el corazón embriagado de esperanza?

No lo dudemos: el arte de gobernar no es más que la razón y la moral aplicadas al gobierno de las naciones; el arte de conducirse bien en la vida privada, no es más que el Evangelio en práctica.

Ni la sociedad ni el individuo olvidan impunemente los eternos principios de la moral; cuando lo intentan por el aliciente del interés, tarde ó temprano se pierden, perecen en sus propias combinaciones. El interés que se erigiera en ídolo, se convierte en víctima. La experiencia de todos los días es una prueba de esta verdad; en la historia de todos los tiempos la vemos escrita con caracteres de sangre.

§ XXXIII

La harmonía del universo defendida con el castigo.

No hay falta sin castigo; el universo está sujeto á una ley de harmonía; quien la perturba, sufre. Al abuso de nuestras facultades físicas sucede el dolor; á los extravíos del espíritu siguen el pesar y el remordimiento. Quien busca con excesivo afán la gloria, se atrae la burla; quien intenta exaltarse sobre los demás con orgullo destemplado, provoca contra sí la indignación, la resistencia, el insulto, las humillaciones. El perezoso goza en su inacción, pero bien pronto su desidia disminuye sus recursos, y la precisión de atender á sus necesidades le obliga á un exceso de actividad y de trabajo. El pródigo disipa sus riquezas en los placeres y en la ostentación; pero no tarda en encontrar un vengador de sus desvaríos en la pobreza andrajosa y hambrienta, que le impone, en vez de goce, privaciones; en vez de lujosa ostentación, escasez vergonzosa. El avaro acumula tesoros temiendo la pobreza; y en medio de sus riquezas sufre los rigores de esa misma pobreza que tanto le espanta: él se condena á sí mismo á todos ellos, con su alimento limitado y grosero, su traje sucio y raído, su habitación pequeña, incómoda y desaseada. No aventura nada por no perder nada; desconfía hasta de las personas que más le aman;

en el silencio y tinieblas de la noche visita sus arcas enterradas en lugares misteriosos, para asegurarse que el tesoro está allí, y aumentarle todavía más; y, entre tanto, le acecha uno de sus sirvientes ó vecinos, y el tesoro con tanto afán acumulado, con tanta precaución escondido, desaparece.

En el trato, en la literatura, en las artes, el excesivo deseo de agradar produce desagrado; el afán por ofrecer cosas demasiado exquisitas, fastidia; lo ridículo está junto á lo sublime; lo delicado no dista de lo empalagoso; el prurito de ofrecer cuadros simétricos, suele conducir á contrastes disparatados.

En el gobierno de la sociedad el abuso del poder acarrea su ruina; el abuso de la libertad da origen á la esclavitud. El pueblo que quiere extender demasiado sus fronteras, suele verse más estrechado de lo que exigen las naturales; el conquistador que se empeña en acumular coronas sobre su cabeza, acaba por perderlas todas; quien no se satisface con el dominio de vastos imperios, va á consumirse en una roca solitaria, en la inmensidad del Océano. De los que ambicionan el poder supremo, la mayor parte encuentran la proscripción ó el cadalso. Codician el alcázar de un monarca, y pierden el hogar doméstico; sueñan en un trono, y encuentran un patíbulo.

§ XXXIV

Observaciones sobre las ventajas y desventajas de la virtud en los negocios.

Dios no ha dejado indefensas sus leyes; á todas las ha escudado con el justo castigo; castigo que, por lo común, se experimenta ya en esta vida. Por esta razón los cálculos basados sobre el interés, en oposición con la moral, están muy expuestos á salir fallidos, encerrándose la inmoralidad en sus propios lazos. Mas no se crea que con esto quiera yo negar que el hombre virtuoso se halle muchas veces en posición sumamente desventajosa, para competir con un adversario inmo-

ral. No desconozco que, en un caso dado, tiene más probabilidad de alcanzar un fin el que puede emplear cualquier medio por no reparar en ninguno, como le sucede al hombre malo; y que no dejará de ser un obstáculo gravísimo el tener que valerse de muy pocos medios, ó quizás solamente de uno, como le acontece al virtuoso, á causa de que los inmorales son para él como si no existiesen; pero, si bien esto es verdad, considerando un negocio aislado, no lo es menos que, andando el tiempo, los inconvenientes de la virtud se compensan con las ventajas; así como las ventajas del vicio se compensan con los inconvenientes; y que, en último resultado, un hombre verdaderamente recto llegará á lograr el fruto de su rectitud, alcanzando el fin que discretamente se proponga; y que el inmoral expiará tarde ó temprano sus iniquidades, encontrando la perdición en la extremidad de sus malos y tortuosos caminos.

§ XXXV

Defensa de la virtud contra una inculpación injusta.

Los hombres virtuosos y desgraciados tienen cierta propensión á señalar sus virtudes como el origen de sus desgracias; pues que á esto los inclinan de consuno el deseo de ostentar su virtud, y el de ocultar sus imprudencias; que imprudencias muy grandes se cometen también con la intención más recta y más pura. La virtud no es responsable de los males acarreados por nuestra imprevisión ó ligereza; pero el hombre suele achacárselos á ella con demasiada facilidad. «Mi buena fe me ha perdido», exclama el hombre honrado, víctima de una impostura; cuando lo que le ha perdido no es su buena fe, sino su torpe confianza en quien le ofrecía demasiados motivos para prudentes sospechas. ¿Acaso los malos no son tambien con mucha frecuencia víctima de otros malos, y los pérfidos de otros pérfidos? La virtud nos enseña el camino que debemos seguir, mas no se encarga de descubrirnos todos los

lazos que en él podemos encontrar: esto es obra de la penetración, de la previsión, del buen juicio, es decir, de un entendimiento claro y atinado. Con estas dotes no está reñida la virtud, mas no siempre las lleva por compañeras. Como fiel amiga de la humanidad, se alberga sin repugnancia en el corazón de toda clase de hombres; ora brille en ellos esplendente y puro el sol de la inteligencia, ora esté obscurecido por espesa niebla.

§ XXXVI

Defensa de la sabiduría contra una inculpación infundada.

Creen algunos que los grandes talentos y el mucho saber propenden de suyo al mal; esto es una especie de blasfemia contra la bondad del Criador. ¿La virtud necesita acaso las tinieblas? Los conocimientos y las virtudes de la criatura, ¿no emanan acaso de un mismo origen, del piélago de luz y santidad, que es Dios? Si la elevación de la inteligencia condujese al mal, la maldad de los seres estaría en proporción con su altura: ¿adivináis la consecuencia? ¿por qué no sacarla? La sabiduría infinita sería la maldad infinita; y heos aquí en el error de los maniqueos, encontrando en la extremidad de la escala de los seres un principio malo. Pero, ¿qué digo? Peor fuera este error que el de Manes; pues que en él no se podría admitir un principio bueno. El genio del mal presidiría sin rival, enteramente solo, á los destinos del mundo; el rey del Averno debiera colocar su trono de negra lava en las esplendentes regiones del empíreo.

No, no debe el hombre huir de la luz por temor de caer en el mal; la verdad no teme la luz, y el bien moral es una gran verdad. Cuanto más ilustrado esté el entendimiento, mejor conocerá la inefable belleza de la virtud, y, conociéndola mejor, tendrá menos dificultades en practicarla. Rara vez hay mucha elevación en las ideas, sin que de ella participen los sentimientos, y los sentimientos elevados, ó nacen de la misma

virtud, ó son una disposición muy á propósito para alcanzarla.

Hasta hay en favor del talento y del saber una razón fundada en la naturaleza de las facultades del alma. Nadie ignora que por lo común el mucho desarrollo de la una es con algún perjuicio de la otra; por consiguiente, cuando en el hombre se desenvuelvan de una manera particular las facultades superiores, menguarán en su fuerza las pasiones groseras, origen de los vicios.

La historia del espíritu humano confirma esta verdad: generalmente hablando, los hombres de entendimiento muy elevado no han sido perversos; muchos se han distinguido por sus eminentes virtudes; otros han sido débiles como hombres, mas no malvados; y, si uno que otro ha llegado á este extremo, debe mirarse como excepción, no como regla.

¿Sabéis por qué un malvado de gran talento compromete, por decirlo así, la reputación de los demás, prestando ocasión á que de algunos casos particulares se saquen deducciones generales? Porque en un malvado de gran talento, todos piensan; de un malvado necio nadie se acuerda; porque forman un vivo contraste la iniquidad y el gran saber, y este contraste hace más notable el extremo feo, por la misma razón que se repara más en la relajación de un sacerdote que en la de un seglar. Nadie nota una mancha más en un cristal muy sucio; pero en otro muy limpio y brillante, se presenta desde luego á los ojos el más pequeño lunar.

§ XXXVII

Las pasiones son buenos instrumentos, pero malos consejeros.

Ya vimos (cap. XIX) cuán pernicioso era el influjo de las pasiones para impedirnos el conocimiento de la verdad, aun la especulativa; pero lo que allí se dijo en general, tiene muchísima más aplicación en refiriéndose á la práctica. Cuando tratamos de ejecutar alguna

cosa, las pasiones son á veces un auxiliar excelente; mas, para prepararla en nuestro entendimiento, son consejeros muy peligrosos.

El hombre sin pasiones sería frío, tendría algo de inerte, por carecer de uno de los principios más poderosos de acción que Dios ha concedido á la humana naturaleza; pero, en cambio, el hombre dominado por las pasiones es ciego, y se abalanza á los objetos á la manera de los brutos.

Examinando atentamente el modo de obrar de nuestras facultades, se echa de ver que la razón es á propósito para dirigir, y las pasiones para ejecutar; y así es que aquélla atiende, no sólo á lo presente, sino también á lo pasado y á lo venidero, cuando éstas miran el objeto sólo por lo que es en el momento actual, y por el modo con que nos afecta. Y es que la razón, como verdadera directora, se hace cargo de todo lo que puede dañar ó favorecer, no sólo ahora, sino también en el porvenir; pero las pasiones, como encargadas únicamente de ejecutar, sólo se cuidan del instante y de la impresión actuales. La razón no se para sólo en el placer, sino en la utilidad, en la moralidad, en el decoro; las pasiones prescinden del decoro, de la moralidad, de la utilidad, de todo lo que no sea la impresión agradable ó ingrata que en el acto se experimenta.

§ XXXVIII

La hipocresía de las pasiones.

Cuando hablo de pasiones, no me refiero únicamente á las inclinaciones fuertes, violentas, tempestuosas, que agitan nuestro corazón, como los vientos del Océano; trato también de aquellas más suaves, más espirituales, por decirlo así, porque al parecer están más cerca de las altas regiones del espíritu, y que suelen apellidarse *sentimientos*. Las pasiones son las mismas, sólo varían por su forma, ó más bien por la graduación de intensidad, ó por el modo de dirigirse á su objeto.

Son entonces más delicadas, pero no menos temibles; pues que esa misma delicadeza contribuye á que con más facilidad nos seduzcan y extravíen.

Cuando la pasión se presenta con toda su deformidad y violencia, sacudiendo brutalmente el espíritu, y empeñándose en arrastrarle por malos caminos, el espíritu se precave contra el adversario, se prepara á luchar; resultando tal vez que la misma impetuosidad del ataque provoca una heroica defensa. Pero, si la pasión depone sus maneras violentas; si se despoja, por decirlo así, de sus groseras vestiduras, cubriéndose con el manto de la razón; si sus sugestiones se llaman conocimiento, y sus inclinaciones voluntad ilustrada, pero decidida, entonces toma por traición una plaza que no hubiera tomado por asalto.

§ XXXIX

Ejemplo. La venganza bajo dos formas.

Un hombre que ha irrogado una ofensa, está con una pretensión en cuyo éxito puede influir decisivamente el ofendido. Tan pronto como éste lo sabe, recuerda la ofensa recibida, el resentimiento se despierta en su corazón, al resentimiento sucede la cólera, y la cólera engendra un vivo deseo de venganza. Y ¿por qué dejará de vengarse? ¿No se le ofrece ahora una excelente oportunidad? ¿No será para él un placer el presenciar la desesperación de su adversario, burlado en sus esperanzas, y quizás sumido en la obscuridad, en la desgracia, en la miseria? «Véngate, véngate, le dice en alta voz su corazón, véngate, y que él sepa que te has vengado; dáñale, ya que él te dañó; humíllale, ya que él te humilló; goza tú el cruel, pero vivo placer de su desgracia, ya que él se gozó en la tuya. La víctima está en tus manos; no la sueltes; cébate en ella; sacia en ella tu sed de venganza. Tiene hijos, y perecerán... no importa... que perezcan; tiene padres, y morirán de pesar... no importa... que mueran; así será herido en más puntos su infame corazón; así sangrará

con más abundancia; así no habrá consuelo para él; así se llenará la medida de su aflicción; así derramarás en su villano pecho toda la hiel y amargura que él un día derramaba en el tuyo. Véngate, véngate, ríete de una generosidad que él no practicó contigo; no tengas piedad de quien no la tuvo de ti; él es indigno de tus favores, indigno de compasión, indigno de perdón; véngate, véngate.»

Así habla el odio exaltado por la ira; pero este lenguaje es demasiado duro y cruel para no ofender á un corazón generoso. Tanta crueldad despierta un sentimiento contrario. «Este comportamiento sería innoble, sería infame, se dice el hombre á sí mismo: esto repugna hasta al amor propio. ¿Pues qué? ¿yo he de gozarme en el abatimiento, en el perpetuo infortunio de una familia? ¿No sería para mí un remordimiento inextinguible la memoria de que con mis manejos he sumido en la miseria á sus hijos inocentes, y hundido en el sepulcro á sus ancianos padres? Esto no lo puedo hacer; esto no lo haré; es más honroso no vengarme; sepa mi adversario que, si él fué bajo, yo soy noble; si él fué inhumano, yo soy generoso; no quiero buscar otra venganza que la de triunfar de él á fuerza de generosidad; cuando su mirada se encuentre con mi mirada, sus ojos se abatirán; el rubor encenderá sus mejillas; su corazón sentirá un remordimiento, y me hará justicia.»

El espíritu de venganza ha sucumbido por su imprudencia; lo quería todo, lo exigía todo, y con urgencia, con imperiosidad, sin consideraciones de ninguna clase; y el corazón se ha ofendido de semejante desmán; ha creído que se trataba de envilecerle; ha llamado en su auxilio á los sentimientos nobles, que han acudido presto y han decidido la victoria en favor de la razón. Otro quizás hubiera sido el resultado, si el espíritu de venganza hubiese tomado otra forma menos dura; si, cubriendo su faz con mentida máscara, no hubiese mostrado sus facciones feroces. No debía dar destemplados gritos, aullidos horribles; era menester que,

envuelto y replegado en el seno más oculto del corazón, hubiese destilado desde allí su veneno mortal. «Por cierto, debía decir, que el ofensor no es nada digno de obtener lo que pretende; y sólo por este motivo conviene oponerse á que lo obtenga. Hizo una injuria, es verdad; pero ahora no es ocasión de acordarse de ella. No ha de ser el resentimiento quien presida á tu conducta, sino la razón, el deseo de que una cosa de tanta entidad no vaya á parar en malas manos. El pretendiente no carece de algunas buenas disposiciones para el desempeño; ¿por qué no hacerle esta justicia? Pero, en cambio, adolece de defectos imperdonables. La ofensa que te hizo á ti lo manifiesta bien; de ella no debes acordarte para la venganza, pero sí para formar un juicio acertado. Sientes un secreto y vivo placer en contrariarle, en abatirle, en perderle; mas este sentimiento no te domina: sólo te impulsa el deseo del bien; y en verdad que, si no mediase otro motivo que el resentimiento, no pondrías ningún obstáculo á sus designios. Hasta quizás harías el sacrificio de favorecerle; y en verdad que sería doloroso, muy doloroso; pero, quizás te resignarías á ello. Mas no te hallas en este caso; afortunadamente la razón, la prudencia, la justicia están de acuerdo con las inclinaciones de tu corazón; y, bien considerado, ni las atiendes siquiera; experimentas un placer en dañar á tu enemigo, más este placer es una expansión natural que tú no alcanzas á destruir, pero que tienes bastante sujeta para no dejarla que te domine. No hay inconveniente, pues, en tomar las providencias oportunas. Lo que importa es proceder con calma, para que vean todos que no hay parcialidad, que no hay odio, que no hay espíritu de venganza, que usas de un derecho, y hasta obedeces á un deber.» La venganza impetuosa, violenta, francamente injusta, no había podido alcanzar un triunfo que ha obtenido sin dificultad la venganza pacífica, insidiosa, disfrazada hipócritamente con el velo de la razón, de la justicia, del deber.

Por este motivo es tan temible la venganza cuando

obra en nombre del celo por la justicia. Cuando el corazón poseído del odio llega á engañarse á sí mismo, creyendo obrar á impulsos del buen deseo, quizás de la misma caridad, se halla como sujeto á la fascinación de un reptil á quien no ve y cuya existencia ni aun sospecha. Entonces la envidia destroza las reputaciones más puras y esclarecidas, el rencor persigue inexorable, la venganza se goza en las convulsiones y congojas de la infortunada víctima, haciéndole agotar hasta las heces el dolor y la amargura. El insigne Protomártir brillaba por sus eminentes virtudes y aterraba á los judíos con su elocuencia divina; ¿qué nombre creéis que tomarán la envidia y la venganza, que les seca los corazones, y hace rechinar los dientes? ¿Creéis que se apellidarán con el nombre que les es propio? No, de ninguna manera. Aquellos hombres dan un grito como llenos de escándalo, se tapan los oídos, y sacrifican al inocente Diácono en nombre de Dios. El Salvador del mundo admira á cuantos le oyen, con la divina hermosura de su moral, con el maravilloso raudal de sabiduría y de amor que fluye de sus labios augustos; los pueblos se agolpan para verle, y Él pasa haciendo bien, afable con los pequeños, compasivo con los desgraciados, indulgente con los culpables; derrama á manos llenas los tesoros de su omnipotencia y de su amor; sólo pronuncia palabras de dulzura y perdón; diríase que reserva el lenguaje de una indignación santa y terrible para confundir á los hipócritas. Éstos han encontrado en Él una mirada majestuosa y severa, y ellos le han correspondido con una mirada de víbora. La envidia les destroza el corazón, sienten una abrasadora sed de venganza. Pero, ¿obrarán, hablarán como vengativos? No; este hombre es un blasfemo, dirán; seduce las turbas, es enemigo del César; la fidelidad, pues; la tranquilidad pública, la religión, exigen que se le quite de en medio. Y se aceptará la traición de un discípulo, y el inocente Cordero será llevado á los tribunales, y será interrogado, y, al responder palabras de verdad, el príncipe de los sacerdotes se sentirá de-

vorado de celo, y rasgará sus vestiduras, y dirá *«blasfemó»*, y los circunstantes dirán «es reo de muerte».

§ XL

Precauciones.

Jamás el hombre medita demasiado sobre los secretos de su corazón; jamás despliega demasiada vigilancia para guardar las mil puertas por donde se introduce la iniquidad; jamás se precave demasiado contra las innumerables asechanzas con que él se combate á sí propio. No son las pasiones tan temibles cuando se presentan como son en sí, dirigiéndose abiertamente á su objeto, y atropellando con impetuosidad cuanto se les pone delante. En tal caso, por poco que se conserve en el espíritu el amor de la virtud, si el hombre no ha llegado todavía hasta el fondo de la corrupción ó de la perversidad, siente levantarse en su alma un grito de espanto é indignación, tan pronto como se le ofrece el vicio con su aspecto asqueroso. Pero, ¿qué peligros no corre, si, trocados los nombres y cambiados los trajes, todo se le ofrece disfrazado, trastornado? ¿si sus ojos miran al través de engañosos prismas, que pintan con galanos colores y apacibles formas, la negrura y la monstruosidad?

Los mayores peligros de un corazón puro no están en el brutal aliciente de las pasiones groseras, sino en aquellos sentimientos que encantan por su delicadeza y seducen con su ternura: el miedo no entra en las almas nobles sino con el dictado de prudencia; la codicia no se introduce en los pechos generosos sino con el título de economía previsora; el orgullo se cobija bajo la sombra del amor de la propia dignidad, y del respeto debido á la posición que se ocupa; la vanidad se proporciona sus pequeños goces engañando al vanidoso con la urgente necesidad de conocer el juicio de los demás para aprovecharse de la crítica; la venganza se disfraza con el manto de la justicia; el furor se apellida santa indignación, la pereza invoca en su auxilio la

necesidad del descanso; y la roedora envidia, al destrozar reputaciones, al empeñarse en ofuscar con su aliento impuro los resplandores de un mérito eminente, habla de amor á la verdad, de imparcialidad, de lo mucho que conviene precaverse contra una admiración ignorante ó un entusiasmo infantil.

§ XLI

Hipocresía del hombre consigo mismo.

El hombre emplea la hipocresía para engañarse á sí mismo, acaso más que para engañar á los otros. Rara vez se da á sí propio exacta cuenta del móvil de sus acciones; y, por esto, aun en las virtudes más acendradas hay algo de escoria. El oro enteramente puro no se obtiene sino con el crisol de un perfecto amor divino; y este amor, en toda su perfección, está reservado para las regiones celestiales. Mientras vivimos aquí en la tierra, llevamos en nuestro corazón un germen maligno que, ó mata, ó enflaquece, ó deslustra las acciones virtuosas; y no es poco si se llega á evitar que ese germen se desarrolle y nos pierda. Pero, á pesar de tamaña debilidad, no deja de brillar en el fondo de nuestra alma aquella luz inextinguible encendida en ella por la mano del Criador; y esa luz nos hace distinguir entre el bien y el mal, sirviéndonos de guía en nuestros pasos, y de remordimiento en nuestros extravíos. Por esta causa nos esforzamos á engañarnos á nosotros mismos para no ponernos en contradicción demasiado patente con el dictamen de la conciencia; nos tapamos los oídos para no oir lo que ella nos dice, cerramos los ojos para no ver lo que ella nos muestra, procuramos hacernos la ilusión de que el principio que nos inculca no es aplicable al caso presente. Para eso sirven lastimosamente las pasiones, sugiriéndonos insidiosamente discursos sofísticos. Cuéstale mucho al hombre parecer malo, ni aun á sus propios ojos; no se atreve, se hace hipócrita.

§ XLII

El conocimiento de sí mismo

El defecto indicado en el párrafo anterior tiene diferente carácter en las diferentes personas; por cuyo motivo conviene sobremanera no perder jamás de vista aquella regla de los antiguos, tan profundamente sabia: *conócete á ti mismo*; *nosce te ipsum*. Si bien hay ciertas cualidades comunes á todos los hombres, éstas toman un carácter particular en cada uno de ellos; cada cual tiene, por decirlo así, un resorte que conviene conocer y saber manejar. Este resorte, es necesario descubrir cuál es en los demás, para acertar á conducirse bien con ellos; pero, es más necesario todavía descubrirle cada cuál en sí mismo. Porque allí suele estar el secreto de las grandes cosas, así buenas como malas, á causa de que ese resorte no es más que una propensión fuerte, que llega á dominar á las demás, subordinándolas todas á un objeto. De esta pasión dominante se resienten todas las otras; ella se mezcla en todos los actos de la vida; ella constituye lo que se llama carácter.

§ XLIII

El hombre huye de sí mismo.

Si no tuviésemos la funesta inclinación de huir de nosotros mismos, si la contemplación de nuestro interior no nos repugnase en tal grado, no nos sería difícil descubrir cuál es la pasión que en nosotros predomina. Desgraciadamente de nadie huimos tanto como de nosotros mismos, nada estudiamos menos que lo que tenemos más inmediato y que más nos interesa. La generalidad de los hombres desciende al sepulcro, no sólo sin haberse conocido á sí propios, sino también sin haberlo intentado. Debiéramos tener continuamente la vista fija sobre nuestro corazón para conocer sus inclinaciones, penetrar sus secretos, refrenar sus ím-

petus, corregir sus vicios, evitar sus extravíos; debiéramos vivir con esa vida íntima en que el hombre se da cuenta de sus pensamentos y afectos, y no se pone en relación con los objetos exteriores sino después de haber consultado su razón y dado á su voluntad la dirección conveniente. Mas esto no se hace; el hombre se abalanza, se pega á los objetos que le incitan, viviendo tan sólo con esa vida exterior que no le deja tiempo para pensar en sí mismo. Vense entendimientos claros, corazones bellísimos, que no guardan para sí ninguna de las preciosidades con que los ha enriquecido el Criador; que derraman, por decirlo así, en calles y plazas el aroma exquisito, que, guardado en el fondo de su interior, podría servirles de confortación y regalo.

Se refiere de Pascal que, habiéndose dedicado con grande ahinco á las matemáticas y ciencias naturales, se cansó de dicho estudio á causa de hallar pocas personas con quienes poder conversar sobre el objeto de sus ocupaciones favoritas. Deseoso de encontrar una materia que no tuviera este inconveniente, se dedicó al estudio del hombre; pero bien pronto conoció por experiencia que los que se ocupaban en estudiar al hombre eran todavía en menor número que los aficionados á las matemáticas. Esto se verifica ahora como en tiempo de Pascal: basta observar al común de los hombres, para echar de ver cuán pocos son los que gustan de semejante tarea, mayormente tratándose de sí mismos

§ XLIV

Buenos resultados del reflexionar sobre las pasiones.

Cuando se ha adquirido el hábito de reflexionar sobre las inclinaciones propias, distinguiendo el carácter y la intensidad de cada una de ellas, aun cuando arrastren una que otra vez al espíritu, no lo hacen sin que éste conozca la violencia. Ciegan quizás el entendimiento, pero esta ceguera no se oculta del todo al que

la padece, se dice á sí mismo: «Crees que ves; mas en realidad no ves: estás ciego.» Pero si el hombre no fija nunca su mirada en su interior, si obra según le impelen las pasiones, sin cuidarse de averiguar de dónde nace el impulso, para él llegan á ser una misma cosa pasión y voluntad, dictamen del entendimiento é instinto de las pasiones. Así la razón no es señora, sino esclava; en vez de dirigir, moderar y corregir con sus consejos y mandatos las inclinaciones del corazón, se ve reducida á vil instrumento de ellas, y obligada á emplear todos los recursos de su sagacidad para proporcionarles goces que les satisfagan.

§ XLV

Sabiduría de la religión cristiana en la dirección de la conducta.

La religión cristiana, al llevarnos á esa vida moral, íntima, reflexiva sobre nuestras inclinaciones, ha hecho una obra altamente conforme con la más sana filosofía, y que descubre un profundo conocimiento del corazón humano. La experiencia enseña que lo que le falta al hombre para obrar bien, no es conocimiento especulativo y general, sino práctico, detallado, con aplicación á todos los actos de la vida. ¿Quién no sabe y repite mil veces que las pasiones nos extravían y nos pierden? La dificultad no está en eso, sino en saber cuál es la pasión que influye en este ó aquel caso, cuál es la que por lo común predomina en las acciones, bajo qué forma, bajo qué disfraz se presenta al espíritu, y de qué modo se deben rechazar sus ataques, ó precaver sus estratagemas. Y todo esto, no como quiera, sino con un conocimiento claro, vivo, y que, por tanto, se ofrezca naturalmente al entendimiento, siempre que se haya de tomar alguna resolución, aun en los negocios más comunes.

La diferencia que en las ciencias especulativas media entre un hombre vulgar y otro sobresaliente, no consiste á menudo sino en que éste conoce con claridad, distinción y exactitud, lo que aquél sólo conoce

de una manera inexacta, confusa y obscura; no consiste en el número de las ideas, sino en la calidad; nada dice éste sobre un punto de que también no tenga noticia aquél; ambos miran el mismo objeto, sólo que la vista del uno es mucho más perfecta que la del otro. Lo propio sucede en lo relativo á la práctica. Hombres profundamente inmorales hablarán de la moral, de tal suerte, que manifiesten no desconocer sus reglas; pero estas reglas las saben ellos en general, sin haberse cuidado de hacer aplicaciones, sin haber reparado en los obstáculos que impiden el ponerlas en planta en tal ó cual ocasión, sin que se les ocurran de una manera clara y viva, cuando se ofrece oportunidad de hacer uso de ellas. Quien está en posesión de su entendimiento, de la voluntad, del hombre entero, son las pasiones; estas reglas morales las conservan, por decirlo así, archivadas en lo más recóndito de su conciencia; ni aun gustan de mirarlas como objeto de curiosidad, temerosos de encontrar en ellas el gusano del remordimiento. Por el contrario, cuando la virtud está arraigada en el alma, las reglas morales llegan á ser una idea familiar, que acompaña todos sus pensamientos y acciones, que se aviva y se agita al menor peligro, que impera y apremia antes de obrar, que remuerde incesantemente si se la ha desatendido. La virtud causa esa continua presencia intelectual de las reglas morales; y esta presencia, á su vez, contribuye á fortalecer la virtud; así es que la religión no cesa de inculcarlas, segura de que son preciosa semilla que tarde ó temprano dará algún fruto.

§ XLVI

Los sentimientos morales auxilian la virtud

En ayuda de las ideas morales vienen los sentimientos, que también los hay muy morales, y poderosos, y bellísimos; porque Dios, al permitir que sacudan y conturben nuestro espíritu violentas y aciagas tempestades, también ha querido proporcionarnos el blan-

do mecimiento de céfiros apacibles. El hábito de atender á las reglas morales y de obedecer sus prescripciones, desenvuelve y aviva estos sentimientos, y entonces el hombre, para seguir el camino de la virtud, combate las inclinaciones malas, con las inclinaciones buenas; las luchas no son de tanto peligro, y, sobre todo, no son tan dolorosas; porque un sentimiento lucha con otro sentimiento; lo que se padece con el sacrificio del uno se compensa con el placer causado por el triunfo del otro, y no hay aquellos sufrimientos desgarradores que se experimentan cuando la razón pelea con el corazón enteramente sola.

Ese desarrollo de los sentimientos morales, ese llamar en auxilio de la virtud las mismas pasiones, es un recurso poderoso para obrar bien é ilustrar el entendimiento cuando le ofuscan otras pasiones. Hay en esta oposición mucha variedad de combinaciones que dan excelentes resultados. El amor de los placeres se neutraliza con el amor de la propia dignidad; el exceso del orgullo se templa con el temor de hacerse aborrecible; la vanidad se modera con el miedo al ridículo; la pereza se estimula con el deseo de la gloria; la ira se enfrena por no parecer descompuesto; la sed de venganza se mitiga ó extingue, con la dicha y la honra que resultan de ser generosos. Con esta combinación, con la sagaz oposición de los sentimientos buenos á los sentimientos malos, se debilitan suave y eficazmente muchos de los gérmenes del mal que abriga el corazón humano; y el hombre es virtuoso, sin dejar de ser sensible.

§ XLVII

Una regla para los juicios prácticos.

Conocido el principal resorte del propio corazón, desarrollados tanto como sea posible los sentimientos generosos y morales, es necesario saber cómo se ha de dirigir el entendimiento para que acierte en sus juicios prácticos.

La primera regla que se ha de tener presente es no juzgar ni deliberar con respecto á ningún objeto, mientras el espíritu está bajo la influencia de una pasión relativa al mismo objeto. ¡Cuán ofensivo no parece un hecho, una palabra, un gesto que acaba de irritar! «La intención del ofensor, se dice á sí mismo el ofendido, no podía ser más maligna; se ha propuesto no sólo dañar, sino ultrajar; los circunstantes deben de estar escandalizados; si no se tomase una pronta y completa venganza, la sonrisa burlona que asomaba á los labios de todos, se convertiría irremisiblemente en profundo desprecio para quien ha tolerado que de tal modo se le cubriera de afrentosa ignominia. Es preciso no ser descompuesto, es verdad; pero, ¿hay acaso mayor descompostura que el abandono del honor? Es necesario tener prudencia; pero esta prudencia ¿debe llegar hasta el punto de dejarse pisotear por cualquiera?» ¿Quién hace este discurso? ¿es la razón? No, ciertamente; es la ira. Pero, la ira, se dirá, no discurre tanto. Sí, discurre; porque toma á su servicio el entendimiento, y éste le proporciona todo lo que necesita. Y en este servicio no deja de auxiliarle á su vez la misma ira; porque las pasiones en sus momentos de exaltación fecundizan admirablemente el ingenio con las inspiraciones que les convienen.

¿Queremos una prueba de que quien así discurría y hablaba no era la razón, sino la ira? Hela aquí evidente. Si en lo que piensa el hombre encolerizado hubiese algo de verdad, no la desconocerían del todo los circunstantes. Tampoco carecen ellos de sentimientos de honor, también estiman en mucho su propia dignidad, saben distinguir entre una palabra dicha con designio de zaherir, y otra escapada sin intención ofensiva; y, sin embargo, ellos no ven nada de lo que el encolerizado ve con tanta claridad; y, si se sonríen, esa sonrisa es causada, no por la humillación que él se imagina haber sufrido, sino por esa terrible explosión de furor, que no tiene motivo alguno. Más todavía: no es necesario acudir á los circunstantes para encontrar la ver-

dad; basta apelar al mismo encolerizado cuando haya desaparecido la ira. ¿Juzgará entonces como ahora? Es bien seguro que no; él será tal vez el primero que se reirá de su enojo, y que pedirá se le disimule su arrebato.

§ XLVIII

Otra regla.

De estas observaciones nace otra regla, y es que, al sentirnos bajo la influencia de una pasión, hemos de hacer un esfuerzo para suponernos, por un momento siquiera, en el estado en que su influencia no exista. Una reflexión semejante, por más rápida que sea, contribuye mucho á calmar la pasión, y á excitar en el ánimo ideas diferentes de las sugeridas por la inclinación ciega. La fuerza de las pasiones se quebranta desde el momento que se encuentra en oposición con un pensamiento que se agita en la cabeza; el secreto de su victoria suele consistir en apagar todos los contrarios á ellas, y avivar los favorables. Pero tan pronto como la atención se ha dirigido hacia otro orden de ideas, viene la comparación, y, por consiguiente, cesa el exclusivismo. Entre tanto, se desenvuelven otras fuerzas intelectuales y morales no subordinadas á la pasión, y ésta pierde de su primitiva energía por haber de compartir con otras facultades la vida que antes disfrutara sola.

Aconseja estos medios no sólo la experiencia de su buen resultado, sino también una razón fundada en la naturaleza de nuestra organización. Las facultades intelectuales y morales nunca se ejercitan sin que funcionen algunos de los órganos materiales Ahora bien: entre los órganos corpóreos está distribuída una cierta cantidad de fuerzas vitales de que disfrutan alternativamente, en mayor ó menor proporción, y, por consiguiente, con decremento en los unos cuando hay incremento en los otros De lo que resulta que ha de producir un efecto saludable el esforzarse en poner en

acción los órganos de la inteligencia en contraposición con los de las pasiones, y que la energía de éstas ha de menguar á medida que ejerzan sus funciones los órganos de la inteligencia.

Pero es de advertir que este fenómeno se verificará dirigiendo la atención de la inteligencia en un sentido contrario al de las pasiones, lo que se obtiene trasladándola por un momento al orden de ideas que tendrá cuando no esté bajo un influjo apasionado; pues que, si, por el contrario, la inteligencia se dirige á favorecer la pasión, entonces ésta se fomenta más y más con el auxilio; y lo que pudiese perder en energía, por decirlo así, puramente orgánica, lo recobra en energía moral, por la mayor abundancia de recursos para alcanzar el objeto, y en esa especie de bill de indemnidad con que se cree libre de acusaciones, cuando ve que el entendimiento, lejos de combatirla, la apoya.

Este trabajo sobre las pasiones no es una mera teoría; cualquiera puede convencerse por sí mismo de que es muy practicable, y de que se sienten sus buenes efectos tan pronto como se le aplica. Es verdad que no siempre se acierta en el medio más á propósito para ahogar, templar ó dirigir la pasión levantada; ó que, aun encontrado, no se le emplea como es debido; pero la sola costumbre de buscarle basta para que el hombre esté más sobre sí, no se abandone con demasiada facilidad á los primeros movimientos, y tenga en sus juicios prácticos un criterio que falta á los que proceden de otra manera.

§ XLIX

El hombre riéndose de sí mismo.

Cuando el hombre se acostumbra á observar mucho sus pasiones, hasta llega á emplear en su interior el ridículo contra sí mismo; el ridículo, esa sal que se encuentra en el corazón y en el labio de los mortales como uno de tantos preservativos contra la corrupción intelectual y moral; el ridículo, que no sólo se emplea

con fruto contra los demás, sino también contra nosotros mismos, viendo nuestros defectos por el lado que se prestan á la sátira. El hombre se dice entonces á sí propio lo que decirle pudieran los demás; asiste á la escena que se representaría, si el lance cayera en manos de un adversario de chiste y de buen humor. Que contra otro se emplea también en cierto modo la sátira, cuando la empleamos contra nosotros mismos; porque, si bien se observa, hay en nuestro interior dos hombres que disputan, que luchan, que no están nunca en paz, y, así como el hombre inteligente, moral, previsor, emplea contra el torpe, el inmoral, el ciego, la firmeza de la voluntad y el imperio de la razón, así también á veces le combate y le humilla con los punzantes dardos de la sátira. Sátira que puede ser tanto más graciosa y libre, cuanto carece de testigos, no hiere la reputación, nada hace perder en la opinión de los demás, pues que no llega á ser expresada con palabras, y la sonrisa burlona que hace asomar á los labios, se extingue en el momento de nacer.

Un pensamiento de esta clase, ocurriendo en la agitación causada por las pasiones, produce un efecto semejante al de una palabra juiciosa, incisiva y penetrante, lanzada en medio de una asamblea turbulenta. ¡Cuántas veces se nota que una mirada expresiva cambia el estado del espíritu de uno de los circunstantes, moderando ó ahogando una pasión enardecida! ¿Y qué ha expresado aquella mirada? Nada más que un recuerdo del decoro, una consideración al lugar ó á las personas, una reconvención amistosa, una delicada ironía; nada más que una apelación al buen sentido del mismo que era juguete de la pasión: y esto ha sido suficiente para que la pasión se amortiguase. El efecto que otro nos produce, ¿por qué no podríamos producírnoslo nosotros mismos, si no con igualdad, al menos con aproximación?

§ L

Perpetua niñez del hombre.

Poco basta para extraviar al hombre; pero tampoco se necesita mucho para corregirle algunos defectos. Es más débil que malo, dista mucho de aquella terquedad satánica que no se aparta jamás del mal una vez abrazado; por el contrario, tanto el bien como el mal los abraza y los abandona con suma facilidad. Es niño hasta la vejez; preséntase á los demás con toda la seriedad posible; mas en el fondo se encuentra á sí propio pueril en muchos cosas, y se avergüenza. Se ha dicho que ningún grande hombre le parecía grande á su ayuda de cámara; esto encierra mucha verdad. Y es que, visto el hombre de cerca, se descubren las pequeñeces que le rebajan. Pero más cosas sabe él de sí mismo que su ayuda de cámara, y por esto es todavía menos grande á sus propios ojos; por esto, aun en sus mejores años, necesita cubrir con un velo la puerilidad que se abriga en su corazón.

Los niños ríen y juguetean y retozan; y luego gimen y rabian y lloran, y sin saber muchas veces por qué: ¿no hace lo mismo á su modo el adulto? Los niños ceden á un impulso de su organización, al buen ó mal estado de su salud, á la disposición atmosférica que los afecta, agradable ó desagradablemente: en desapareciendo estas causas, se cambia el estado de sus espíritus; no se acuerdan del momento anterior, ni piensan en lo venidero; sólo se rigen por la impresión que actualmente experimentan. ¿No hace esto mismo millares de veces el hombre más serio, más grave y sesudo?

§ LI

Mudanza de D. Nicasio en breves horas.

D. Nicasio es un varón de edad provecta, de juicio sosegado y maduro, lleno de conocimientos, de experiencia, y que rara vez se deja llevar de la impresión

del momento. Todo lo pesa en la balanza de una sana razón, y en este peso no consiente que influyan por un adarme las pasiones de ningún género. Se le habla de una empresa de mucha gravedad, para la cual se cuenta con su práctica de mundo, y su inteligencia particular en aquella clase de negocios. D. Nicasio está á disposición del proponente: no tiene ninguna dificultad en entrar de lleno en la empresa, y hasta en comprometer en ella una parte de su fortuna. Está bien seguro de no perderla: si hay obstáculos, no le dan cuidado, él sabe el modo de removerlos; si hay rivales poderosos, á D. Nicasio no le hacen mella. Otras hazañas de más monta ha llevado á cabo; negocios mucho más espinosos ha tenido que manejar; más poderosos rivales ha tenido que vencer. Embebido en la idea que le halaga, se expresa con facilidad y rapidez, gesticula con viveza, su mirada es sumamente expresiva, su fisonomía, juvenil; diríase que ha vuelto á sus veinticinco abriles, si algunas canas, asomando por un lado del postizo, no revelasen traidoramente los trofeos de los años.

El negocio está concluído, faltan algunos pormenores; quedáis emplazado para redondearlos en otra entrevista: ¿mañana? No, señor; nada de dilaciones, no las consiente la actividad de D. Nicasio, es preciso acabar con todo hoy mismo, por la tarde. D. Nicasio se ha retirado á su casa, y ni en su persona, ni en su familia, ni en ninguna de sus cosas ha ocurrido ningún accidente desagradable.

En la hora señalada, acudís con puntualidad, y os halláis en presencia del héroe de la mañana. D. Nicasio está algo descompuesto en su vestido, merced á un calor que le ahoga. Medio tendido en el sofá, os devuelve el saludo con un esfuerzo afectuoso, pero con evidentes señales de fastidiosa lasitud.

— Vamos á ver, Sr. D. Nicasio, si quedamos convenidos definitivamente.

— Tiempo tenemos de hablar.. contesta D. Nicasio y su fisonomía se contrae con muestras de tedio.

—Como V. me ha citado para esta tarde...

—Sí, pero...

—Como V. guste.

—Ya se ve; pero es menester pensarlo mucho; qué sé yo!...

—Lo que es dificultades conozco que hay; sólo que, viéndole á V. tan animoso esta mañana, lo confieso, todo se me hacía ya camino llano.

—Animoso sí... y lo estoy aún... pero, sin embargo, sin embargo, conviene no llevar demasiada prisa... En fin, ya hablaremos, añade con expresión de quien desea que no le comprometan.

Don Nicasio es otro, expresa lo que siente: nada de la audacia, de la actividad de la mañana; nada de los proyectos tan fáciles de ejecutar; entonces los obstáculos importaban poco, ahora son casi insuperables; los rivales no significaban nada, ahora son invencibles. ¿Qué ha sucedido? ¿Le han dado á D. Nicasio otras noticias? No ha visto á nadie. ¿Ha meditado sobre el negocio? No se había acordado más de él. ¿Qué ha sucedido, pues, para causar tamaña revolución en su espíritu, alterando su modo de ver las cosas, y quebrantando tan lastimosamente sus ímpetus juveniles? Nada, la explicación del fenómeno es muy sencilla; no busquéis grandes causas, son muy pequeñas. En primer lugar, ahora hace un calor atroz, lo que por cierto dista mucho del oreo de una fresca brisa, como sucedía por la mañana; D. Nicasio está sumamente abatido, la hora es pesada, el cielo se encapota y parece amenazar tempestad. La comida era además algo indigesta: el sueño de la siesta ha sido demasiado breve, y no sin alguna pesadilla. ¿Se quiere más? ¿No son estos motivos bastante poderosos para trastornar el espíritu de un hombre grave y modificar sus opiniones? Á pesar de todas las citas, ¿quién os ha llevado á su casa bajo una constelación tan infausta?

Tal es el hombre; la menor cosa le desconcierta, le hace otro. Unido su espíritu á un cuerpo sujeto á mil impresiones diferentes, que se suceden con tanta ra-

pidez y se reciben con igual facilidad que los movimientos de la hoja de un árbol, participa en cierto modo de esa inconstancia y variedad, trasladando con harta frecuencia á los objetos las mudanzas que sólo él ha experimentado.

§ LII

Los sentimientos, por sí solos, son mala regla de conducta

Lo dicho manifiesta la imposibilidad de dirigir la conducta del hombre por sólo el sentimiento; y la literatura de nuestra época, que tan poco se ocupa en comunicar ideas de razón y de moral, y que al parecer no se propone sino excitar sentimientos, olvida la naturaleza del hombre, y causa un mal de inmensa transcendencia.

El entregar al hombre á merced del solo sentimiento, es arrojar un navío sin piloto en medio de las olas. Esto equivale á proclamar la infalibilidad de las pasiones, á decir: «obra siempre por instinto, obedeciendo ciegamente á todos los movimientos de tu corazón»; esto equivale á despojar al hombre de su entendimiento, de su libre albedrío, á convertirle en simple instrumento de sensibilidad.

Se ha dicho que los grandes pensamientos salen del corazón; también pudiera añadirse que del corazón salen grandes errores, grandes delirios, grandes extravagancias, grandes crímenes. Del corazón sale todo; es una arpa soberbia que despide toda clase de sonidos: desde el horrendo estrépito de las cavernas infernales, hasta la más delicada harmonía de las regiones celestes.

El hombre que no tiene más guía que su corazón, es el juguete de mil inclinaciones diversas, y á menudo contradictorias: una ligerísima pluma en medio de una campiña donde reinan los vientos, no lleva las direcciones más variadas é irregulares. ¿Quién es capaz de contar, ni clasificar, la infinidad de sentimientos que se suceden en nuestro pecho en brevísimas horas? ¿Quién no ha reparado en la asombrosa facilidad con

que se pasa de la viva afición á un trabajo, á una repugnancia casi insuperable? ¿Quién no ha sentido simpatía ó antipatía, á la simple presencia de una persona, sin que pueda señalarse ninguna razón de ello, y sin que los hechos ofrezcan en lo sucesivo motivo alguno que justifique aquella impresión? ¿Quién no se ha admirado repetidas veces de encontrarse transformado en pocos instantes, pasando del brío al abatimiento, de la osadía á la timidez, ó viceversa, sin que hubiese mediado ninguna causa ostensible? ¿Quién ignora las mudanzas que los sentimientos sufren con la edad, con la diferencia de estado, de posición social, de relaciones familiares, de salud, de clima, de estación, de atmósfera? Todo cuanto afecta nuestras ideas, nuestros sentidos, nuestro cuerpo, de cualquier modo que sea, todo modifica nuestros sentimientos; y de aquí la asombrosa inconstancia que se nota en los que se abandonan á todos los impulsos de las pasiones; de aquí esa volubilidad de las organizaciones demasiado sensibles, si no han hecho grandes esfuerzos para dominarse.

Las pasiones han sido dadas al hombre como medios para despertarle y ponerle en movimiento, como instrumentos para servirle en sus acciones; mas no como directoras de su espíritu, no como guías de su conducta. Se dice á veces que el corazón no engaña; ¡lamentable error! ¿qué es nuestra vida sino un tejido de ilusiones con que el corazón nos engaña? Si alguna vez acertamos, entregándonos ciegamente á lo que él nos inspira, ¡cuántas y cuántas nos hace extraviar! ¿Sabéis por qué se atribuye al corazón ese acierto instintivo? Porque nos llama extremadamente la atención uno de sus aciertos, cuando nos consta que son tantos sus desaciertos; porque nos causa extraña sorpresa el verle adivinar en medio de su ceguera, cuando son tantas las veces que le encontramos desatinado. Por esto recordamos su acierto excepcional; en gracia de éste, le perdonamos todos sus yerros, y le honramos con una previsión y un tino que no posee ni puede poseer

El fundar la moral sobre el sentimiento, es destruirla; el arreglar su conducta á las inspiraciones del sentimiento, es condenarse á no seguir ninguna fija, y á tenerla frecuentemente muy inmoral y funesta. La tendencia de la literatura que actualmente está en boga en Francia y que desgraciadamente se introduce también en nuestra España, es divinizar las pasiones: y las pasiones divinizadas son extravagancia, inmoralidad, corrupción, crimen.

§ LIII

No impresiones sensibles, sino moral y razón.

La conducta del hombre, así con respecto á lo moral como á lo útil, no debe gobernarse por impresiones, sino por reglas constantes: en lo moral, por las máximas de eterna verdad; en lo útil, por los consejos de la sana razón. El hombre no es un Dios en quien todo se santifique por sólo hallarse en él; las impresiones que recibe, son modificaciones de su naturaleza que en nada alteran las leyes eternas; una cosa justa no pierde la justicia, por serle desagradable; una cosa injusta, por serle agradable, no se lava de la injusticia. El enemigo implacable que hunde el puñal vengador en las entrañas de su víctima, siente en su corazón un placer feroz, y su acción no deja de ser un crimen; la hermana de la caridad que asiste al enfermo, que le alivia y consuela, sufre más de una vez tormentos atroces, mas por esto su acción no deja de ser heroicamente virtuosa.

Prescindiendo de lo moral, y atendiendo á lo útil, es necesario tratar las cosas con arreglo á lo que son, no á lo que nos afectan; la verdad no está esencialmente en nuestras impresiones, sino en los objetos; cuando aquéllas nos ponen en desacuerdo con éstos, nos extravían. El mundo real no es el mundo de los poetas y novelistas; es preciso considerarle y tratarle tal como es en sí; no sentimental, no fantástico, no soñador, sino positivo, práctico, prosaico.

§ LIV

Un sentimiento bueno, la exageración lo hace malo.

La religión no sofoca los sentimientos, sólo los modera y los dirige; la prudencia no desecha el auxilio de las pasiones templadas, sólo se guarda de su predominio. La harmonía no se ha de producir en el hombre con el simultáneo desarrollo de las pasiones, sino con su represión; el contrapeso de las que se dejen funcionando, no son sólo las otras pasiones, sino principalmente la razón y la moral. La oposición misma de las inclinaciones buenas á las malas deja de ser saludable cuando en ella no preside como señora la razón; porque las inclinaciones buenas no son buenas sino en cuanto la razón las dirige y modera; abandonadas á sí mismas, se exageran, se hacen malas.

Un valiente está encargado de un puesto peligroso: el riesgo crece por momentos; á su alrededor van cayendo sus camaradas; los enemigos se aproximan cada vez más; apenas hay esperanza de sostenerse, y la orden para retirarse no llega. El desaliento entra por un instante en el corazón del valiente; ¿á qué morir sin ningún fruto? ¿El deber de la disciplina y del honor se extenderá hasta un sacrificio inútil? ¿No sería mejor abandonar el puesto, excusarse á los ojos del jefe con lo imperioso de la necesidad? «No, responde su corazón generoso; esto es cobardía, que se cubre con el nombre de prudencia. ¿Qué dirían tus compañeros, qué tu jefe, qué cuantos te conocen? ¿la ignominia ó la muerte? Pues la muerte, sin vacilar, la muerte.»

¿Se puede culpar esta reflexión con que el bravo oficial ha procurado sostenerse á sí mismo contra la tentación de cobardía? Ese deseo del honor, ese horror á la ignominia de pasar por cobarde, ¿no ha sido en él un sentimiento? Sí; pero un sentimiento noble, generoso, con cuya fuerza y ascendiente se ha fortalecido contra las asechanzas del miedo, y ha cumplido su deber. Esa pasión, pues, dirigida á un objeto bueno, ha

producido un resultado excelente, que tal vez sin ella no se hubiera conseguido: en aquellos momentos críticos, terribles, en que el estruendo del cañón, la gritería del enemigo cercano, y los ayes de los camaradas moribundos, comenzaban á introducir el espanto en su pecho, la razón enteramente sola tal vez hubiera sucumbido; pero ha llamado en su ayuda á una pasión más poderosa que el temor de la muerte: el sentimiento del honor, la vergüenza de parecer cobarde; y la razón ha triunfado, el deber se ha cumplido.

Llegada la orden de replegarse, el oficial se reune á su cuerpo, habiendo perdido en el puesto fatal á casi todos sus soldados.—Ya le teníamos á V. por muerto, le dice chanceándose uno de sus amigos: no se habrá V. olvidado del parapeto.—El oficial se cree ultrajado, pide con calor una satisfacción, y á las pocas horas el burlón imprudente ha dejado de existir. El mismo sentimiento que poco antes impulsara á una acción heroica, acaba de causar un asesinato. El honor, la vergüenza de pasar por cobarde, habían sostenido al valiente hasta el punto de hacerle despreciar su vida; el honor, la vergüenza de pasar por cobarde, han teñido sus manos con la sangre de un amigo imprudente. La pasión dirigida por la razón se elevó hasta el heroísmo; entregada á un ímpetu ciego, se ha degradado hasta el crimen.

La emulación es un sentimiento poderoso, excelente preservativo contra la pereza, contra la cobardía y contra cuantas pasiones se oponen al ejercicio útil de nuestras facultades. De ella se aprovecha el maestro para estimular á los alumnos; de ella se sirve el padre de familia para refrenar las malas inclinaciones de alguno de sus hijos; de ella se vale el capitán para obtener de sus subordinados, constancia, valor, hazañas heroicas. El deseo de adelantar, de cumplir con el deber, de llevar á cabo grandes empresas; el doloroso pesar de no haber hecho de nuestra parte todo lo que podíamos y debíamos, el rubor de vernos excedidos por aquellos á quienes hubiéramos podido superar, son

sentimientos muy justos, muy nobles, excelentes para hacernos avanzar en el camino del bien. En ellos no hay nada reprensible: ellos son el manantial de muchas acciones virtuosas, de resoluciones sublimes, de hazañas sorprendentes.

Pero, si ese mismo sentimiento se exagera, el néctar aromático, dulce, confortador, se trueca en el humor mortífero que fluye de la boca de un reptil ponzoñoso: la emulación se hace envidia. El sentimiento en el fondo es el mismo, pero se ha llevado á un punto demasiado alto; el deseo de adelantar ha pasado á ser una sed abrasadora; el pesar de verse superado es ya un rencor contra el que supera; ya no hay aquella rivalidad que se hermanaba muy bien con la amistad más íntima, que procuraba suavizar la humillación del vencido procurándole muestras de cariño, y sinceras alabanzas por sus esfuerzos; que, contenta con haber conquistado el lauro, le escondía para no lastimar el amor propio de los demás; hay, sí, un verdadero despecho; hay una rabia, no por la falta de los adelantos propios, sino por la vista de los ajenos; hay un verdadero odio al que se aventaja; hay un vivo anhelo por rebajar el mérito de sus obras; hay maledicencia; hay el desdén con que se encubre un furor mal comprimido; hay la sonrisa sardónica, que apenas alcanza á disimular los tormentos del alma.

Nada más conforme á la razón que aquel sentimiento de la propia dignidad, que se exalta santamente cuando las pasiones brutales excitan á una acción vergonzosa; que recuerda al hombre lo sagrado de sus deberes, y no le consiente deshonrarse faltando á ellos; aquel sentimiento que le inspira la actitud que le conviene tomar, según la posición que ocupa; aquel sentimiento que llena de majestad el semblante y modales del monarca; que da al rostro y maneras de un pontífice santa gravedad y unción augusta; que brilla en la mirada de fuego de un gran capitán y en su ademán resuelto, osado, imponente; aquel sentimiento que á la dicha no le permite alegría descompuesta, ni

al infortunio abatimiento innoble; que señala la oportunidad de un prudente silencio, ó sugiere una palabra decorosa y firme; que deslinda la afabilidad de la nimia familiaridad, la franqueza del abandono, la naturalidad de los modales de una libertad grosera; aquel sentimiento, en fin, que vigoriza al hombre sin endurecerle; que le suaviza sin relajarle; que le hace flexible sin inconstancia, y constante sin terquedad. Pero ese mismo sentimiento, si no está moderado y dirigido por la razón, se hace orgullo, el orgullo que hincha el corazón, enhiesta la frente, da á la fisonomía un aspecto ofensivo, y á los modales una afectación entre irritante y ridícula; el orgullo que desvanece, que imposibilita para adelantar, que se suscita á sí propio obstáculos en la ejecución, que inspira grandes maldades, que provoca el aborrecimiento y el desprecio, que hace insufrible.

¿Qué sentimiento más razonable que el deseo de adquirir ó conservar lo necesario para las atenciones propias, y de aquellas personas de cuyo cuidado encargan el deber ó el afecto? Él previene contra la prodigalidad, aparta de los excesos, preserva de una vida licenciosa, inspira amor á la sobriedad, templanza en todos los deseos, afición al trabajo. Pero este mismo sentimiento, llevado á la exageración, impone ayunos que Dios no acepta, frío en el invierno, calor en el verano, mal cuidado de la salud, abandono en las enfermedades, mortifica con privaciones á la familia, niega todo favor á los amigos, cierra la mano para los pobres, endurece cruelmente el corazón para toda clase de infortunios, atormenta con sospechas, temores, zozobras; prolonga las vigilias, engendra el insomnio, persigue y agita con la aparición de los espectros robadores los breves momentos de sueño, haciendo que no pueda lograr descanso

El rico avaro en el angosto lecho,
Y que sudando con terror despierte

Véase, pues, con cuánta verdad he dicho que los mismos sentimientos buenos, la exageración los hace malos; que el sentimiento, por sí solo, es una guía mal segura y á menudo peligrosa. La razón es quien debe dirigirle conforme á los eternos principios de la moral; la razón es quien debe encaminarle, hasta en el terreno de la utilidad. Por esto jamás el hombre se ocupa demasiado en el conocimiento de sí mismo; ningún esfuerzo está de más para adquirir aquel criterio moral y acertado, que nos enseña la verdad práctica, la verdad que debe presidir á todos los actos de nuestra vida. Proceder á la aventura, abandonarse ciegamente á las inspiraciones del corazón, es exponerse á mancharse con la inmoralidad, y á cometer una serie de yerros que acaban por acarrear terribles infortunios.

§ LV

La ciencia es muy útil á la práctica.

En todo lo concerniente á objetos sometidos á leyes necesarias, claro es que el conocimiento de éstas ha de ser utilísimo, cuando no indispensable. De cuyo principio infiero que discurren muy mal los que, tratándose de ejecutar, descuidan la ciencia y sólo se atienen á la práctica. La ciencia, si es verdaderamente digna de este nombre, se ocupa en el descubrimiento de las leyes que rigen la naturaleza; y así su ayuda ha de ser de la mayor importancia. Tenemos de esta verdad una irrefragable prueba en lo que ha sucedido en Europa de tres siglos á esta parte. Desde que se han cultivado las matemáticas y las ciencias naturales, el progreso de las artes ha sido asombroso. En el siglo actual se están haciendo continuamente ingeniosos descubrimientos; y, ¿qué son éstos, sino otras tantas aplicaciones de la ciencia?

La rutina que desdeña la ciencia, muestra con semejante desdén un orgullo necio, hijo de la ignorancia. El hombre se distingue de los brutos animales por la razón con que le ha dotado el Autor de la naturaleza;

y no querer emplear las luces del entendimiento para la dirección de las operaciones, aun las más sencillas, es mostrarse ingrato á la bondad del Criador. ¿Para qué se nos ha dado esa antorcha, sino para aprovecharnos de ella en cuanto sea posible? Y si á ella se deben tan grandes concepciones científicas, ¿por qué no la hemos de consultar para que nos suministre reglas que nos guíen en la práctica?

Véase el atraso en que se encuentra la España en cuanto á desarrollo material, merced al descuido con que han sido miradas durante largo tiempo las ciencias naturales y exactas; comparémonos con las naciones que no han caído en este error, y nos será fácil palpar la diferencia. Verdad es que hay en las ciencias una parte meramente especulativa, y que difícilmente puede conducir á resultados prácticos; sin embargo, es preciso no olvidar que, aun esta parte, al parecer inútil y como si dijéramos de mero lujo, se liga muchas veces con otras que tienen inmediata relación con las artes. Por manera que su inutilidad es sólo aparente, pues andando el tiempo se descubren consecuencias en que no se había reparado. La historia de las ciencias naturales y exactas nos ofrece abundantes pruebas de esta verdad. ¿Qué cosa más puramente especulativa, y al parecer más estéril, que las fracciones continuas? Y, no obstante, ellas sirvieron á Huyghens para determinar las dimensiones de las ruedas dentadas en la construcción de su autómata planetario.

La práctica sin la teoría permanece estacionaria, ó no adelanta sino con muchísima lentitud; pero, á su vez, la teoría sin la práctica fuera también infructuosa. La teoría no progresa ni se solida sin la observación; y la observación estriba en la práctica. ¿Qué seria la ciencia agrícola sin la experiencia del labrador?

Los que se destinan á la profesión de un arte, deben, si es posible, estar preparados con los principios de la ciencia en que aquélla se funda. Los carpinteros, albañiles, maquinistas, saldrían sin duda más hábiles maestros si poseyesen los elementos de geometría y de me-

cánica; y los barnizadores, tintoreros y de otros oficios no andarían tan á tientas en sus operaciones, si no careciesen de las luces de la química. Si una gran parte del tiempo que se pierde miserablemente en la escuela y en casa, ocupándose en estudios inconducentes, se emplease en adquirir los conocimientos preparatorios acomodados á la carrera que se quiere emprender, los individuos, las familias y la sociedad reportarian, por cierto, mayor fruto de sus tareas y dispendios.

Bueno es que un joven sea literato; pero, ¿de qué le servirá un brillante trozo de Wálter Scott, ó de Víctor Hugo, cuando, colocado al frente de un establecimiento, sea preciso conocer los defectos de una máquina, las ventajas ó inconvenientes de un procedimiento, ó adivinar el secreto con que en los países extranjeros se ha llegado á la perfección de un tinte? ¿Al arquitecto, al ingeniero, serán los artículos de política los que les enseñarán á construir un edificio con solidez, elegancia, aptitud y buen gusto, á formar atinadamente el plan de una carretera ó canal, á dirigir las obras con inteligencia, á levantar una calzada, suspender un puente?

§ LVI

Inconvenientes de la universalidad.

El saber es muy costoso y la vida muy breve; y, sin embargo, vemos con dolor que se desparraman las facultades del hombre hacia mil objetos diferentes, halagando á un tiempo la vanidad y la pereza. La vanidad, porque de esta suerte se adquiere la reputación de sabio; la pereza, porque es harto más trabajoso el fijarse sobre una materia y dominarla, que no el adquirir cuatro nociones generales sobre todos los ramos.

Se ponderan de continuo las ventajos de la división del trabajo en la industria, y no se advierte que este principio es también aplicable á la ciencia. Son pocos los hombres nacidos con felices disposiciones para todo. Muchos que podrían ser una excelente *especialidad*, de-

dicándose principal ó exclusivamente á un ramo, se inutilizan miserablemente aspirando á la universalidad. Son incalculables los daños que de esto resultan á la sociedad y los individuos; pues que se consumen estérilmente muchas fuerzas que, bien aprovechadas y dirigidas, hubieran podido producir grandes bienes. Vaucansón y Watt hicieron prodigios en la mecánica; y es muy probable que se hubieran distinguido muy poco en las bellas artes y en la poesía; La Fontaine se inmortalizó con sus *Fábulas*, y, metido á hombre de negocios, hubiera sido de los más torpes. Sabido es que, en el trato de la sociedad, parecía á veces estar falto de sentido común.

No negaré que unos conocimientos presten á otros grande auxilio, ni las ventajas que reporta una ciencia de las luces que le suministran otras, quizás de un orden totalmente distinto; pero, repito que esto es para pocos, y que la generalidad de los hombres debe dedicarse especialmente á un ramo.

Así en las ciencias como en las artes, lo que conviene es elegir con acierto la profesión; pero, una vez escogida, es preciso aplicarse á ella, ó principal, ó exclusivamente.

La abundancia de libros, de periódicos, de manuales, de enciclopedias, convida á estudiar un poco de todo: esta abundancia indica el gran caudal de conocimientos atesorados con el curso de los siglos y de que disfruta la edad presente; pero, en cambio, acarrea un mal muy grave, y es que hace perder á muchos en intensidad lo que adquieren en extensión, y á no pocos les proporciona aparentar que saben de todo, cuando en realidad no saben nada.

Si la España ha de progresar de una manera real y positiva, es preciso que se acuda á remediar este abuso; que se encajonen, por decirlo así, los ingenios en sus respectivas carreras, y que, sin impedir la universalidad de conocimientos en los que de tanto sean capaces, se cuide que no falte en algunos la profundidad y en todos la suficiencia. La mayor parte de las profe-

siones demandan un hombre entero, para ser desempeñadas cual conviene; si se olvida esta verdad, las fuerzas intelectuales se consumen lastimosamente sin producir resultado: como en una máquina mal construída se pierde gran parte del impulso, por falta de buenos conductos que le dirijan y apliquen.

Á quien reflexione sobre el movimiento intelectual de nuestra patria en la época presente, se le ofrece de bulto la causa de esa esterilidad que nos aflige, á pesar de una actividad siempre creciente. Las fuerzas se disipan, se pierden, porque no hay dirección; los ingenios marchan á la aventura, sin pensar á dónde van, los que profesan con fruto una carrera, la abandonan á la vista de otra que brinda con más ventajas; y la revolución, trastornando todos los papeles, haciendo del abogado un diplomático, del militar un político, del comerciante un hombre de gobierno, del juez un economista, de nada todo, aumenta el vértigo de las ideas, y opone gravísimos obstáculos á todos los progresos

§ LVII

Fuerza de voluntad.

El hombre tiene siempre un gran caudal de fuerzas sin emplear; y el secreto de hacer mucho, es acertar á explotarse á sí mismo. Para convencerse de esta verdad, basta considerar cuánto se multiplican las fuerzas del hombre que se halla en aprieto: su entendimiento es más capaz y penetrante, su corazón más osado y emprendedor, su cuerpo más vigoroso: ¿y esto por qué? ¿se crean acaso nuevas fuerzas? No, ciertamente: sólo se despiertan, se ponen en acción, se aplican á un objeto determinado. ¿Y cómo se logra esto? El aprieto aguijonea la voluntad, y ésta despliega, por decirlo así, toda la plenitud de su poder: quiere al fin con intensidad y viveza, manda con energía á todas las facultades que trabajen por encontrar los medios á propósito, y por emplearlos, una vez encontrados; y el

hombre se asombra de sentirse otro, de ser capaz de llevar á cabo lo que en circunstancias ordinarias le pareciera del todo imposible.

Lo que sucede en extremos apurados, debe enseñarnos el modo de aprovechar y multiplicar nuestras fuerzas en el curso de los negocios comunes: regularmente, para lograr un fin, lo que se necesita es *voluntad*: volundad decidida, resuelta, firme, que marche á su objeto, sin arredrarse por obstáculos y fatigas. Las más de las veces no tenemos verdadera voluntad, sino veleidad; quisiéramos, más no queremos; quisiéramos, si no fuese preciso salir de nuestra habitual pereza, arrostrar tal trabajo, superar tales obstáculos; pero no queremos alcanzar el fin á tanta costa: empleamos con flojedad nuestras facultades, y desfallecemos á la mitad del camino.

§ LVIII

Firmeza de voluntad.

La firmeza de voluntad es el secreto de llevar á cabo las empresas más arduas; con esta firmeza comenzamos á dominarnos á nosotros mismos: primera condición para dominar los negocios. Todos experimentamos que en nosotros hay dos hombres: uno inteligente, activo, de pensamientos elevados, de deseos nobles, conformes á la razón, de proyectos arduos y grandiosos; otro, torpe, soñoliento, de miras mezquinas, que se arrastra por el polvo cual inmundo reptil, que suda de angustia al pensar que se le hace preciso levantar la cabeza del suelo. Para el segundo no hay el recuerdo de ayer, ni la previsión de mañana: no hay más que lo presente, el goce de ahora: lo demás no existe; para el primero hay la enseñanza de lo pasado y la vista del porvenir, hay otros intereses que los del momento, hay una vida demasiado anchurosa para limitarla á lo que afecta en este instante; para el segundo el hombre es un ser que siente y goza; para el primero el hombre es una criatura racional, á imagen y semejanza de

Dios, que se desdeña de hundir su frente en el polvo, que la levanta con generosa altivez hacia el firmamento, que conoce toda su dignidad, que se penetra de la nobleza de su origen y destino, que alza su pensamiento sobre la región de las sensaciones, que prefiere al goce el deber.

Para todo adelanto sólido y estable, conviene desarrollar al hombre noble, y sujetar y dirigir al innoble con la firmeza de la voluntad. Quien se ha dominado á sí mismo, domina fácilmente el negocio, y á los demás que en él toman parte. Porque es cierto que una voluntad firme y constante, ya por sí sola, y prescindiendo de las otras cualidades de quien la posea, ejerce poderoso ascendiente sobre los ánimos, y los sojuzga y avasalla.

La terquedad es, sin duda, un mal gravísimo, porque nos lleva á desechar los consejos ajenos, aferrándonos en nuestro dictamen y resolución, contra las consideraciones de prudencia y justicia. De ella debemos precavernos cuidadosamente, porque, teniendo su raíz en el orgullo, es planta que fácilmente se desarrolla. Sin embargo, tal vez podría asegurarse que la terquedad no es tan común, ni acarrea tantos daños como la inconstancia. Ésta nos hace incapaces de llevar á cabo las empresas arduas, y esteriliza nuestras facultades, dejándolas ociosas, ó aplicándolas sin cesar á objetos diferentes, y no permitiendo que llegue á sazón el fruto de las tareas; ella nos hace retroceder á la vista del primer obstáculo, y desfallecer al presentarse un riesgo ó fatiga; ella nos pone á la merced de todas nuestras pasiones, de todos los sucesos, de todas las personas que nos rodean; ella nos hace también tercos en el prurito de mudanza, y nos hace desoir los consejos de la justicia, de la prudencia, y hasta de nuestros más caros intereses.

Para lograr esta firmeza de voluntad, y precaverse contra la inconstancia, conviene formarse convicciones fijas, prescribirse un sistema de conducta, no obrar al acaso. Es cierto que la variedad de acontecimientos y

circunstancias, y la escasez de nuestra previsión nos obligan con frecuencia á modificar los planes concebidos; pero esto no impide que podamos formarlos, no autoriza para entregarse ciegamente al curso de las cosas, y marchar á la aventura. ¿Para qué se nos ha dado la razón sino para valernos de ella, y emplearla como guía en nuestras acciones?

Téngase por cierto que quien recuerde estas observaciones, quien proceda con sistema, quien obre con premeditado designio, llevará siempre notable ventaja sobre los que se conduzcan de otra manera: si son sus auxiliares, naturalmente se los hallará puestos bajo sus órdenes, y se verá constituído jefe sin que ellos lo piensen ni él mismo lo pretenda; si son sus adversarios ó enemigos, los desbaratará, aun contando con menos recursos.

Conciencia tranquila, designio premeditado, voluntad firme: he aquí las condiciones para llevar á cabo las empresas. Esto exige sacrificios, es verdad, esto demanda que el hombre se venza á sí mismo, es cierto; esto supone mucho trabajo interior, no cabe duda; pero en lo intelectual como en lo moral, como en lo físico, en lo temporal como en lo eterno, está ordenado que no alcanza la corona quien no arrostra la lucha.

§ LIX

Firmeza, energía, ímpetu.

Voluntad firme no es lo mismo que voluntad enérgica y mucho menos que voluntad impetuosa. Estas tres cualidades son muy diversas, no siempre se hallan reunidas, y no es raro que se excluyan recíprocamente. El ímpetu es producido por un exceso de pasión, es el movimiento de la voluntad arrastrada por la pasión, es casi la pasión misma. Para la energía no basta un acceso momentáneo: es necesaria una pasión fuerte, pero sostenida por algún tiempo. En el ímpetu hay explosión, el tiro sale, mas el proyectil cae á poca distancia; en la energía hay una explosión también,

quizás no tan ruidosa; pero, en cambio, el proyectil silba gran trecho por los aires, y alcanza un blanco muy distante. La firmeza no requiere ni uno ni otra; admite también pasión, frecuentemente la necesita; pero es una pasión constante, con dirección fija, sometida á regularidad. El ímpetu, ó destruye en un momento todos los obstáculos, ó se quebranta; la energía sostiene algo más la lucha, pero se quebranta tambien; la firmeza los remueve, si puede: cuando no, los salva, da un rodeo, y, si ni uno ni otro le es posible, se para y espera.

Mas no debe creerse que esta firmeza no puede tener en ciertos casos energía, ímpetu irresistible; después de esperar mucho, también se impacienta, y una resolución extrema es tanto más temible cuanto es más premeditada, más calculada. Esos hombres en apariencia fríos, pero que en realidad abrigan un fuego concentrado y comprimido, son formidables cuando llega el momento fatal y dicen «ahora»... Entonces clavan en el objeto su mirada encendida, y se lanzan á él rápidos como un rayo, certeros como una flecha.

Las fuerzas morales son como las físicas: necesitan ser economizadas; los que á cada paso las prodigan, las pierden; los que las reservan con prudente economía, las tienen mayores en el momento oportuno. No son las voluntades más firmes las que chocan continuamente con todo; por el contrario, los muy impetuosos ceden cuando se les resiste, atacan cuando se cede. Los hombres de voluntad más firme no suelen serlo para las cosas pequeñas; las miran con lástima, no las consideran dignas de un combate. Así en el trato común son condescendientes, flexibles, desisten con facilidad, se prestan á lo que se quiere. Pero, llegada la ocasión, sea por presentarse un negocio grande en que convenga desplegar las fuerzas, sea porque alguno de los pequeños haya sido llevado á un extremo tal, en que no se pueda condescender más y sea necesario decir *basta*, entonces no es más impetuoso ei león, si se trata de atacar; no es más firme la roca, ls se trata de resistir.

Esa fuerza de voluntad, que da valor en el combate y fortaleza en el sufrimiento; que triunfa de todas las resistencias, que no retrocede por ningún obstáculo, que no se desalienta con el mal éxito, ni se quebranta con los choques más rudos; esa voluntad, que, según la oportunidad del momento, es fuego abrasador, ó frialdad aterradora; que, según conviene, pinta en el rostro formidable tempestad, ó una serenidad todavía más formidable; esa gran fuerza de voluntad, que es hoy lo que ayer, que será mañana lo que es hoy; esa gran fuerza de voluntad, sin la que no es posible llevar á cabo arduas empresas que exijan dilatado tiempo; que es uno de los caracteres distintivos de los hombres que más se han señalado en los fastos de la humanidad, de los hombres que viven en los monumentos que han levantado, en las instituciones que han establecido, en las revoluciones que han hecho, ó en los diques con que las han contenido; esa gran fuerza de voluntad, que poseían los grandes conquistadores, los jefes de sectas, los descubridores de nuevos mundos, los inventores que consumieron su vida en busca de su invento, los políticos que, con mano de hierro, amoldaron la sociedad á una nueva forma, imprimiéndole un sello que después de largos siglos no se ha borrado aún; esa fuerza de voluntad, que hace de un humilde fraile un gran papa en Sixto V, un gran regente en Cisneros, esa fuerza de voluntad, que, cual muro de bronce, detiene el protestantismo en la cumbre del Pirineo, que arroja sobre la Inglaterra una armada gigantesca, y escucha impasible la nueva de su pérdida; que somete el Portugal, vence en San Quintín, levanta el Escorial, y que en el sombrío ángulo del monasterio contempla con ojos serenos la muerte cercana, mientras

Extraña agitación, tristes clamores
En el palacio de Felipe cunden,
Que por el claustro y población á un tiempo
Con angustiados ayes se difunden;

esa fuerza de voluntad, repito, necesita dos condiciones, ó más bien resulta de la acción combinada de dos

causas: una idea y un sentimiento. Una idea clara, viva, fija, poderosa, que absorba el entendimiento, ocupándole todo, llenándole todo. Un sentimiento fuerte, enérgico, dueño exclusivo del corazón y completamente subordinado á la idea. Si alguna de estas circunstancias falta, la voluntad flaquea, vacila.

Cuando la idea no tiene en su apoyo el sentimiento, la voluntad es floja; cuando el sentimiento no tiene en su apoyo la idea, la voluntad vacila, es inconstante. La idea es la luz que señala el camino; es más, es el punto luminoso que fascina, que atrae, que arrastra; el sentimiento es el impulso, es la fuerza que mueve, que lanza.

Cuando la idea no es viva, la atracción disminuye, la incertidumbre comienza, la voluntad es irresoluta; cuando la idea no es fija, cuando el punto luminoso muda de lugar, la voluntad anda mal segura; cuando la idea se deja ofuscar ó reemplazar por otras, la voluntad muda de objetos, es voluble; y cuando el sentimiento no es bastante poderoso, cuando no está en proporción con la idea, el entendimiento la contempla con placer, con amor, quizás con entusiasmo; pero el alma no se halla con fuerzas para tanto; el vuelo no puede llegar allá; la voluntad no intenta nada, y, si intenta, se desanima y desfallece.

Es increíble lo que pueden esas fuerzas reunidas; y lo extraño es que su poder no es sólo con respecto al que las tiene, sino que obra eficazmente sobre los que le rodean. El ascendiente que llega á ejercer sobre los demás un hombre de esta clase, es superior á todo encarecimiento. Esa fuerza de voluntad, sostenida y dirigida por la fuerza de una idea, tiene algo de misterioso que parece revestir al hombre de un carácter superior y le da derecho al mando de sus semejantes: inspira una confianza sin límites, una obediencia ciega á todos los mandatos del héroe. Aun cuando sean desacertados, no se les cree tales, se considera que hay un plan secreto que no se concibe: «él sabe bien lo que hace», decían los soldados de Napoleón, y se arrojaban á la muerte.

Para los usos comunes de la vida no se necesitan estas cualidades en grado tan eminente; pero el poseerlas de modo que se adapte al talento, índole y posición del individuo, es siempre muy útil, y en algunos casos necesario. De esto dependen, en gran parte, las ventajas que unos llevan á otros en la buena dirección y acertado manejo de los asuntos; pudiendo asegurarse que quien esté enteramente falto de dichas cualidades, será hombre de poco valer, incapaz de llevar á cabo ningún negocio importante. Para las grandes cosas es necesaria gran fuerza, para las pequeñas basta pequeña; pero todas han menester alguna. La diferencia está en la intensidad y en los objetos; mas no en la naturaleza de las facultades ni de su desarrollo. El hombre grande, como el vulgar, se dirigen por el pensamiento, y se mueven por la voluntad y las pasiones. En ambos, la fijeza de la idea y la fuerza del sentimiento son los dos principios que dan á la voluntad energía y firmeza. Las piedrezuelas que arrebata el viento, están sometidas á las mismas leyes que la masa de un planeta.

§ LX

Conclusión y resumen.

Criterio es un medio para conocer la verdad. La verdad en las cosas es la realidad. La verdad en el entendimiento es conocer las cosas tales como son. La verdad en la voluntad es quererlas como es debido, conforme á las reglas de la sana moral. La verdad en la conducta es obrar por impulso de esta buena voluntad. La verdad en proponerse un fin es proponerse un fin conveniente y debido, según las circunstancias. La verdad en la elección de los medios es elegir los que son conformes á la moral, y mejor conducen al fin. Hay verdades de muchas clases, porque hay realidad de muchas clases. Hay también muchos modos de conocer la verdad. No todas las cosas se han de mirar de la misma manera, sino del modo que cada una de ellas

se ve mejor. Al hombre le han sido dadas muchas facultades. Ninguna es inútil. Ninguna es intrínsecamente mala. La esterilidad ó la malicia les vienen de nosotros, que las empleamos mal. Una buena lógica debiera comprender al hombre entero: porque la verdad está en relación con todas las facultades del hombre. Cuidar de la una y no de la otra, es á veces esterilizar la segunda y malograr la primera. El hombre es un mundo pequeño; sus facultades son muchas y muy diversas; necesita harmonía, y no hay harmonía sin atinada combinación, y no hay combinación atinada si cada cosa no está en su lugar, si no ejerce sus funciones ó la suspende en el tiempo oportuno. Cuando el hombre deja sin acción alguna de sus facultades, es un instrumento al que le faltan cuerdas; cuando las emplea mal, es un instrumento destemplado. La razón es fría, pero ve claro: darle calor, y no ofuscar su claridad; las pasiones son ciegas, pero dan fuerza: darles dirección, y aprovecharse de su fuerza. El entendimiento sometido á la verdad; la voluntad sometida á la moral; las pasiones sometidas al entendimiento y á la voluntad, y todo ilustrado, dirigido, elevado por la religión: he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia. En él la razón da luz, la imaginación pinta, el corazón vivifica, la religión diviniza.

FIN

NOTAS

(1) Pág. 10. — *Verum est id quod est,* dice San Agustín (Lib. 2, Solil., cap. 5). Puede distinguirse entre la verdad de la cosa y la verdad del entendimiento: la primera, que es la cosa misma, se podrá llamar objetiva; la segunda, que es la conformidad del entendimiento con la cosa, se apellidará formal ó subjetiva. El oro es metal, independientemente de nuestro conocimiento: he aquí una verdad objetiva. El entendimiento conoce que el oro es metal: he aquí una verdad formal ó subjetiva.

Mucha presunción sería el despreciar las reglas para pensar bien. « Nullam dicere maximarum rerum esse artem, cum minimarum sine arte nulla sit, hominum est parum considerate loquentium.» «Es de hombres ligeros, decía Ciceron, el afirmar que para las grandes cosas no hay arte, cuando de él no carecen ni las más pequeñas.» (Lib. 2, De offic.) En la utilidad de las reglas han estado acordes los sabios antiguos y modernos: la dificultad, pues, está en saber cuáles son éstas, cuál es el mejor modo de enseñar á practicarlas. *Don de los dioses* llamó Sócrates á la lógica; mas, por desgracia, no nos aprovechamos lo bastante de este don precioso, y las cavilaciones de los hombres le hacen inútil para muchos. Los aristotélicos, han sido acusados de embrollar el entendimiento de los principiantes con la abundancia de las reglas y el fárrago de discusiones abstractas; en cambio, las escuelas que les han sucedido, y particularmente los ideólogos más modernos, no están libres del todo de un cargo semejante. Algunos reducen la lógica á un análisis de las operaciones del entendimiento, y de los medios con que se adquie-

ren las ideas; lo que encierra las más altas y difíciles cuestiones que ofrecerse puedan á la humana filosofía.

Quisiéramos un poco menos de ciencia y un poco más de práctica, recordando lo que dice Bacón de Verulamio sobre el arte de observación, cuando le llama una especie de sagacidad, de olfato cazador, más bien que ciencia. «Ars experimentalis sagacitas potius est et odoratio quaedam venatica quam scientia.» (De augm. scient., L. 5, c. 2.)

(2) Pág. 13.—Los hombres más insignes en el mundo científico se han distinguido por una gran fuerza de atención; y algunos de ellos por una abstracción que raya en lo increíble. Arquímedes, ocupado en sus meditaciones y operaciones geométricas, no advierte el estrépito de la ciudad tomada por los enemigos; Vieta pasa sin interrupción días y noches absorto en sus combinaciones algebraicas, y no se acuerda de sí propio, hasta que le arrancan de tamaña enajenación sus domésticos y amigos; Léibnitz malbarata lastimosamente su salud estando muchos días sin levantarse de la silla. Esta abstracción extraordinaria es respetable en hombres que de tal suerte han enriquecido las ciencias con admirables inventos; ellos tenían verdaderamente una misión que cumplir, y, en cierto modo, era excusable que á tan alto objeto sacrificaran su salud y su vida. Pero aun en los genios más eminentes no ha estado reñida la intensidad de la atención con su flexibilidad. Descartes estaba elaborando sus colosales concepciones entre el estruendo de los combates; y cuando, cansado de la vida militar, se retiró del servicio en que se había alistado voluntariamente, continuó viajando por los principales países de Europa. Con semejante tenor de vida, es muy probable que el ilustre filósofo había sabido enlazar la intensidad con la flexibilidad de la atención, y que no sería tan delicado en la materia como Kant, de quien se dice que el solo desarreglo ó cambio de un botón en uno de sus oyentes, era capaz de hacerle perder el hilo del discurso. Esto no es tan extraño si se considera que el filósofo alemán jamás salió de su patria y que, por tanto, no debió de acostumbrarse á meditar sino en el retiro de su gabinete. Pero, sea lo que fuere de las rarezas de algunos hombres célebres, importa sobremanera esforzarse en adquirir esa flexibilidad de atención que puede muy bien aliarse con su intensidad. En esto, como en todas las cosas, puede mucho el trabajo, la repetición de actos que llegan á engendrar un hábito que no se pierde en toda la vida. Acostumbrándose á pensar sobre cuantos objetos se ofrezcan, y á dar constantemente al espíritu una dirección seria, se consigue lentamente, y sin esfuerzo, la conveniente disposición de ánimo, ya sea para fijarse largas horas sobre un punto, ya para hacer suavemente la transición de unas ocupaciones á otras. Cuando no se posee esta flexibilidad, el espíritu se fatiga y enerva con la concentración excesiva ó se desvanece con cualquiera distracción: lo primero, á más de

ser nocivo á la salud, tampoco suele servir mucho para progresar en la ciencia; y lo segundo inutiliza el entendimiento para los estudios serios. El espíritu, como el cuerpo, ha menester un buen régimen; y en este régimen hay una condición indispensable: la templanza.

(3) Pág. 16.—Un hombre dedicado á una profesión para la cual no ha nacido, es una pieza dislocada: sirve de poco, y muchas veces no hace más que sufrir y embarazar. Quizás trabaja con celo, con ardor; pero sus esfuerzos, ó son impotentes, ó no corresponden ni con mucho á sus deseos. Quien haya observado algún tanto sobre este particular, habrá notado fácilmente los malos efectos de semejante dislocación. Hombres muy bien dotados para un objeto se muestran con una inferioridad lastimosa cuando se ocupan en otro. Uno de los talentos más sobresalientes que he conocido en lo tocante á ciencias morales y políticas, le considero mucho menos que mediano con respecto á las exactas; y, al contrario, he visto á otros de feliz disposición para adelantar en éstas, y muy poco capaces para aquéllas.

Y lo singular en la diferencia de los talentos es que, aun tratándose de una mismo ciencia, los unos son más á propósito que otros para determinadas partes. Así se puede experimentar en la enseñanza de las matemáticas que la disposición de un mismo alumno no es igual con respecto á la Aritmética, Algebra y Geometria. En el cálculo unos se adiestran con facilidad en la parte de aplicación, mientras no adelantan igualmente, ni con mucho, en la de generalización; unos adelantan en la Geometría más de lo que habían hecho esperar en el estudio del Algebra y Aritmética. En la demostración de los teoremas, en la resolución de los problemas, se echan de ver diferencias muy señaladas: unos se aventajan en la facilidad de aplicar, de construir, pero deteniéndose, por decirlo así, en la superficie, sin penetrar en el fondo de las cosas; al paso que otros, no tan diestros en lo primero, se distinguen por el talento de demostración, por la facilidad en generalizar, en ver resultados, en deducir consecuencias lejanas. Estos últimos son hombres de ciencia, los primeros son hombres de práctica; á aquéllos les conviene el estudio, á éstos el trabajo de aplicación.

Si estas diferencias se notan en los límites de una misma ciencia, ¿qué será cuando se trate de las que versan sobre objetos los más distantes entre sí? Y, sin embargo, ¿quién cuida de observarlas, y mucho menos de dirigir á los niños y á los jóvenes por el camino que les conviene? A todos se nos arroja, por decirlo así, en el mismo molde: para la elección de las profesiones suele atenderse á todo, menos á la disposición particular de los destinados á ellas. ¡Cuánto y cuánto falta que observar en materia de educación é instrucción!

En la acertada elección de la carrera, no sólo se interesa el adelanto del individuo, sino la felicidad de toda su vida. El hom-

bre que se dedica á la ocupación que se le adapta, disfruta mucho, aun entre las fatigas del trabajo; pero el infeliz que se halla condenado á tareas para las cuales no ha nacido, ha de estar violentándose continuamente, ya para contrariar sus inclinaciones, ya para suplir con esfuerzo lo que le falta en habilidad.

Algunos de los hombres que más se han distinguido en la respectiva profesión, habrían sido probablemente muy medianos si se hubiesen dedicado á otra que no les conviniera. Malebranche se ocupaba en el estudio de las lenguas y de la historia, cuando acertó á entrar en la tienda de un librero, donde le cayó en manos el *Tratado del hombre* de Descartes; causóle tanta impresión aquella lectura, que se cuenta haber tenido que interrumpirla más de una vez para calmar los fuertes latidos de su corazón. Desde aquel día Malebranche se dedicó al estudio que tan perfectamente se le adaptaba; y diez años después publicaba ya su famosa obra de la *Investigación de la verdad*. Y es que la palabra de Descartes dispertó el genio filosófico adormecido en el joven bajo la balumba de las lenguas y de la historia: sintióse otro, conoció que él era capaz de comprender aquellas altas doctrinas, y, como el poeta al leer á otro poeta, exclamó· «*también yo soy filósofo.*»

Una cosa semejante le sucedió á La Fontaine. Había cumplido veintidos años sin dar muestras de abrigar estro poético. No lo conoció él mismo hasta que leyó la oda de Malherbe sobre el asesinato de Enrique IV. Y este mismo La Fontaine, que tan alto rayó en la poesía, ¿qué hubiera sido como hombre de negocios? Sus inocentadas, que tanto daban que reir á sus amigos, no son muy buen indicio de felices disposiciones para este género.

He dicho que convenía observar el talento particular de cada niño, para dedicarle á la carrera que mejor se le adapta, y que sería bueno observar lo que dice ó hace cuando se encuentra con ciertos objetos. Madama Perier, en la *Vida* de su hermano Pascal, refiere que siendo niño le llamó un día la atención el fenómeno del diverso sonido de un plato herido con un cuchillo, según se le aplicaba el dedo ó se le retiraba; y que, después de reflexionar mucho sobre la causa de esta diferencia, escribió un pequeño tratado sobre ella. Este espíritu observador en tan tierna edad ¿no anunciaba ya al ilustre físico del experimento de Puy-de-Dôme confirmando las ideas de Torricelli y Galileo?

El padre de Pascal, deseoso de formar el espíritu de su hijo, fortaleciéndole con otra clase de estudios antes de pasar al de las Matemáticas, hasta evitaba el hablar de Geometría en presencia del niño; pero éste, encerrado en su cuarto, traza figuras y más figuras con un carbón, y desenvolviendo la definición de la Geometría que había oído, demuestra hasta la proposición 32 de Euclides. El genio del eminente geómetra se debatía bajo una inspiración poderosa, que todavía no era él capaz de comprender.

El célebre Vaucansón se ocupa en examinar atentamente la construcción de un reloj de una antesala donde estaba esperando á su madre: en vez de juguetear, acecha por las hendiduras de la caja, por si puede descubrir el mecanismo; y luego después se ensaya en construir uno de madera, que revela el asombroso genio del ilustre constructor del *flautista* y del *áspid de Cleopatra.*

(4) Pág. 25.—He dicho que la teoría de las probabilidades, auxiliada por la de las combinaciones, pone de manifiesto la imposibilidad que he llamado de sentido común, calculando, por decirlo así, la inmensa distancia que va de la posibilidad del hecho á su existencia, distancia que nos le hace considerar como poco menos que absolutamente imposible. Para dar una idea de esto, supondré que se tengan siete letras: e, s, p, a, ñ, o, l, y que, disponiéndolas á la aventura, se quiere que salga la palabra *español.* Es claro que no hay imposiblidad intrínseca, pues que lo vemos hecho todos los días, cuando á la combinación preside la inteligencia del cajista; pero, en faltando esta inteligencia, no hay más razón para que resulten combinadas de esta manera que de la otra. Ahora bien: teniendo presente que el número de combinaciones de diferentes cantidades es igual á $1 \times 2 \times 3 \times 4 \ldots. (n-1)\, n$, expresando n el número de los factores; siendo siete las letras en el caso presente, el número de combinaciones posibles será igual á $1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \times 7 = 5{,}040$.

Ahora, recordando que la probabilidad de un hecho es la relación del número de casos favorables al número de casos posibles, resulta que la probabilidad de salir por acaso las siete letras dispuestas de modo que formen la palabra *español*, es igual á $^{1}/_{5040}$. Por manera que estaría en el mismo caso que el salir una bola negra de una urna donde hubiese 5,039 bolas blancas.

Si es tanta la dificultad que hay en que resulte formada una sola palabra de siete letras, ¿qué será si tomamos, por ejemplo, un escrito en que hay muchas páginas, y, por tanto, gran número de palabras? La imaginación se asombra al considerar la inconcebible pequeñez de la probabilidad cuanto se atiende á lo siguiente: 1.° La formación casual de una sola palabra es poco menos que imposible; ¿qué será con respecto á millares de palabras? 2.° Las palabras sin el debido orden entre sí no dirían nada, y, por tanto, sería necesario que saliesen del modo correspondiente para expresar lo que se quería. Siete solas palabras nos costarían el mismo trabajo que las siete letras. 3.° Esto es verdad, aun no exigiendo disposición en líneas, y suponiéndolo todo en una sola; ¿qué será si se piden líneas? Sólo siete nos traerán la misma dificultad que las siete palabras y las siete letras. 4.° Para formarse una idea del punto á que llegaría el guarismo que expresase los casos posibles, adviértase que nos hemos limitado á un número de los más bajos, el *siete;* adviértase que hay muchas palabras de más letras; que todas las lí-

neas habrían de constar de algunas palabras, y todas las páginas de muchas líneas. 5.° Y, finalmente, reflexiónese á dónde va á parar un número que se forma con una ley tan aumentativa como ésta: $1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \times 7 \times 8 \ldots (n-1)\, n$. Sígase por breve rato la multiplicación, y se verá que el incremento es asombroso.

En la mayor parte de los casos en que el sentido común nos dice que hay imposibilidad, son muchas las cantidades por combinar: entiendo por cantidades todos los objetos que han de estar dispuestos de cierto modo para lograr el objeto que se desea. Por poco elevado que sea este número, el cálculo demuestra ser la probabilidad tan pequeña, que ese instinto con el cual desde luego sin reflexionar decimos: «esto no puede ser», es admirable, por lo fundado que está en la sana razón. Pondré otro ejemplo. Suponiendo que las cantidades son en número de 100, el de las combinaciones posibles será $1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 \ldots\ldots 99 \times 100$. Para concebir la increíble altura á que se elevaría ese producto, considérese que se han de sumar los logaritmos de todas estas cantidades, y que las solas *características*, procediendo de las *mantisas*, dan 92: lo que por sí solo da una cantidad igual á la unidad seguida de 92 ceros. Súmense las *mantisas*, y añádase el resultado de los enteros á las *características*, y se verá que este número crece todavía mucho más. Sin fatigarse con cálculos, se puede formar idea de esta clase de aumento. Así, suponiendo que el número de las cantidades combinadas sea diez mil, por la suma de las solas *características* de los factores se tendría una *característica* igual á 28.894; es decir, que, aun no llevando en cuenta lo muchísimo que subiría la suma de las *mantisas*, resultaría un número igual á la unidad seguida de 28.894 ceros. Concíbase, si se puede, lo que es un número que, por poco espesor que en la escritura se dé á los ceros, tendrá la longitud de algunas varas; y véase si no es muy certero el instinto que nos dice ser imposible una cosa cuya probabilidad es tan pequeña, que está representada por un quebrado cuyo numerador es la unidad, y cuyo denominador es un número tan colosal.

(5) Pág. 33.—He creído inútil ventilar en esta obra las muchas cuestiones que se agitan sobre los sentidos, en sus relaciones con los objetos externos, y la generación de las ideas. Esto me hubiera llevado fuera de mi propósito, y, además, no habría servido de nada para enseñar á hacer buen uso de los mismos sentidos. En otra obra, que tal vez no tarde en dar á luz, me propongo examinar estas cuestiones con la extensión que su importancia reclama. (*)

(*) Esto se escribía á principios de 1845. La obra á que se alude, es la que dió á luz con el título de *Filosofía Fundamental.*

(6) Pág. 42.—Lo que he dicho sobre las consecuencias que instintivamente sacamos de la coexistencia ó sucesión de los fenómenos, está íntimamente enlazado con lo explicado en la *Nota* 4, sobre la imposibilidad de sentido común. De esto puede sacarse una demostración incontrastable en favor de la existencia de Dios.

(7) Pág. 49.—Los que crean que la moral cristiana induce fácilmente á error por un exceso de caridad, conocen poco esta moral, y no han reflexionado mucho sobre los dogmas fundamentales de nuestra religión. Uno de ellos es la corrupción original del hombre, y los estragos que esta corrupción produce en el entendimiento y la voluntad. ¿Semejante doctrina es acaso muy á propósito para inspirar demasiada confianza? ¿Los Libros Sagrados no están llenos de narraciones en que resaltan la perfidia y la maldad de los hombres? La caridad nos hace amar á nuestros hermanos, pero no nos obliga á reputarlos por buenos si son malos, no nos prohibe el sospechar de ellos, cuando hay justos motivos, ni nos impide el tener la cautela prudente, que de suyo aconseja el conocer la miseria y la malicia del humano linaje.

(8) Pág. 58.—Para convencerse de que no he exagerado al ponderar el peligro de ser inducidos en error por los narradores, basta considerar que, aun con respecto á países muy conocidos, la historia se está *rehaciendo* continuamente, y tal vez en este siglo más que en los anteriores. Todos los días se están publicando obras en que se enmiendan errores, verdaderos ó imaginarios; pero lo cierto es que en muchos puntos gravísimos hay una completa discordancia en las opiniones. Esto no debe conducir al escepticismo, pero sí inspirar mucha cautela. La autoridad humana es una condición indispensable para el individuo y la sociedad; pero es preciso no fiarse demasiado en ella. Para engañarnos, basta mala fe ó error. Desgraciadamente, estas cosas no son raras.

(9) Pág. 62.—Es muy dudoso si el periodismo causará daño ó provecho á la historia de lo presente; pero no puede negarse que multiplicará el número de los historiadores con la mayor circulación de documentos. Antes, para proporcionarse algunos de ellos, era necesario recurrir á secretarías y archivos; mas ahora son pocos los que son tan reservados, que, ó desde luego, ó á la vuelta de algún tiempo, no caigan en manos de un periódico; y, por poco que valgan, pueden contar con infinitas reimpresiones en varias lenguas. For manera que ahora las colecciones de periódicos son excelentes memorias para escribir la historia. Esto aumenta el número de los hechos en que se pueda fundar el historiador, y de que puede aprovecharse con gran fruto, con tal que no confunda el texto con el comentario.

(10) Pág. 67.—Al leer algún libro de viajes, no debemos buscar el capítulo de países lejanos, sino de aquellos cuyos

pormenores nos sean muy conocidos: esto proporciona el juzgar con acierto de la obra, y á veces no escasa diversión. Entonces se palpa la ligereza con que se escriben ciertos viajes. Una población que yo tenía bien conocida, y cuyos alrededores secos y pedregosos había recorrido no pocas veces, la he visto en un libro de viajes cercada como por encanto de jardines y arroyos; y á otra en que se habla de las aguas de un río no lejano, como de un bello sueño que algún día se pudiera realizar, la he visto también en otro libro regalada ya con la ejecución del hermoso proyecto, ó, mejor diré, sin necesidad de él, pues que el cauce del río estaba junto á sus murallas.

(11) Pág. 76.—He manifestado mucha desconfianza de las obras póstumas, sobre todo si el autor no ha podido darles la última mano, dejándolas á persona de muy segura entereza, y que no haya de hacer más que publicarlas Entre los muchos ejemplos que se pudieran citar, en que la falsificación ha sido probada, ó en que se ha sospechado, no sin fuertes indicios, recordaré un hecho gravísimo, cual es lo que está sucediendo en Francia con respecto á una obra muy importante: *Los pensamientos de Pascal.* En el espacio de dos siglos se han publicado numerosas ediciones de esta obra, y ha sido traducida en diferentes lenguas, y todavía en 1845 están disputando M. Cousín y M. Faugère sobre pasajes de gran transcendencia. Monsieur Cousín pretendía haber restablecido el verdadero Pascal, haciendo desaparecer las enmiendas introducidas en la obra por la mano de Port-Royal, y ahora M. Faugère ha dado á luz otra edición, de la cual resulta que sólo él ha consultado el escrito autógrafo, y que M. Cousín, el mismo M. Cousín, se había limitado, por lo general, á las copias. Fiaos de editores.

(12) Pág. 86.—Lo dicho en la *Nota* 3 sobre la diferencia de los talentos, deja fuera de duda lo que acabo de asentar en el capítulo XII. Sin embargo, para hacer sentir que la escena de los *Sabios resucitados* no es una ficción exagerada, citaré un ejemplo, que equivale á muchos. ¡Quién hubiera pensado que un escritor tan fecundo, tan brillante, tan lozano y pintoresco como Buffón, no fuese poeta, ni capaz de hacer justicia á los poetas más eminentes? Tratándose de un hombre que sólo se hubiese distinguido en las ciencias exactas, esto no fuera extraño; pero en Buffón, en el magnífico pintor de la naturaleza, ¿cómo se concibe esta anomalía? Sin embargo, la anomalía existió, y esto basta á manifestar que, no sólo pueden encontrarse separados dos géneros de talento muy diversos, sino también los que, al parecer, sólo se distinguen por un ligero matiz. «Yo le he visto, dice La Harpe, al respetable anciano Buffón afirmar con mucha seguridad que los versos más hermosos estaban llenos de defectos, y que no alcanzaban ni con mucho á la perfección de una buena prosa. No vacilaba en tomar, por ejemplo, los versos de la *Atalía* y hacer una minuciosa crítica de los de

la primera escena. Todo lo que dijo era propio de un hombre tan extraño á las *primeras nociones de la poesía* y á los ordinarios procedimientos de la versificación, que no habría sido posible responderle sin *humillarle.*» Y adviértase que no se habla de un hombre que pensase menos en la forma del escrito que en el fondo: se habla de Buffón, que pulía con extremada escrupulosidad sus trabajos, y de quien se cuenta que hizo copiar once veces su manuscrito *Epocas de la naturaleza;* y, sin embargo, este hombre, que tanto cuidaba de la belleza, de la cultura, de la harmonía, no era capaz de comprender á Racine, y encontraba malos los versos de la *Atalía.*

(13) Pág. 96.—La confusión de ideas acarrea grandes perjuicios á las ciencias; pero el aislamiento de los objetos los causa también de mucha gravedad. Uno de los vicios radicales de la escuela enciclopédica fué el considerar al hombre aislado, y prescindir de las relaciones que le ligan con otros seres. El análisis llega á descomponer, pero es necesario no llevar la descomposición tan lejos, que se olvide la construcción de la máquina á que pertenecen las piezas. Algunos filósofos, á fuerza de analizar las sensaciones, se han quedado con las sensaciones solas; lo que en la ciencia ideológica y psicológica equivale á tomar el pórtico por el edificio.

(14) Pág 111.—La *duda* de Descartes fué una especie de revolución contra la autoridad científica, y, por tanto, fué llevada por muchos á una exageración indebida. Sin embargo, no es posible desconocer que había en las escuelas necesidad de un sacudimiento que las sacase del letargo en que se encontraban. La autoridad de algunos escritores se había levantado más alto de lo que convenía, y era menester un ímpetu como el de la filosofía de Descartes para derribar á los ídolos. El respeto debido á los grandes hombres no ha de rayar en culto, ni la consideración á su dictamen degenerar en ciega sumisión. Por ser grandes hombres, no dejan de ser hombres, y de manifestarlo así en los errores, olvidos y defectos de sus obras: *Summi enim sunt, homines tamen,* decía Quintiliano. Y San Agustín confiesa que la infalibilidad la atribuye á los Libros Sagrados; pero que, en cuanto á las obras de los hombres, por más alto que rayen en virtud y sabiduría, no por esto se cree obligado á tener por verdadero todo cuanto ellos han dicho ó escrito.

(15) Pág. 117.—Voy á compendiar en pocas palabras lo más útil que dicen los dialécticos sobre la percepción, juicio y raciocinio, término, proposición y argumentación.

Según los dialécticos, la percepción es el conocimiento de la cosa, sin afirmación ó negación; el juicio es la afirmación ó la negación; el raciocinio es el acto del entendimiento con el que de una cosa inferimos otra.

Pienso en la virtud, sin afirmar ó negar nada de ella: tengo una percepción. Interiormente afirmo que la virtud es loable:

formo un juicio. De aquí infiero que para merecer la verdadera alabanza es preciso ser virtuoso: esto es un raciocinio.

El objeto interior de la percepción se llama idea.

El término ó vocablo es la expresión de la cosa percibida. La palabra *América* no expresa la idea del nuevo Continente, sino el mismo Continente. Es cierto que no existiera el término si no existiese la idea, y que ésta sirve como de nudo para enlazar el término con la cosa; pero no lo es menos que, cuando expresamos *América*, entendemos la cosa misma, no la idea. Así decimos: la América es un país hermoso, y es evidente que esto no lo afirmamos de la idea.

Al pensar en los metales, conozco que el ser *metal* es común á muchas cosas que, por otra parte, son diferentes, como la plata, el oro, el plomo, etc.; al pensar en los brutos, veo que hay algo en que convienen el camello, el águila, la serpiente, la mariposa, y todos los demás, á saber, el *vivir y sentir,* ó el ser animales. Cuando expreso esto que conviene á muchos, diciendo *metal, animal, cuerpo, hombre, justo, malo,* etc., el término se denomina *común.*

El término común, tomado en general, es aquel cuyo significado conviene á muchos; pero, como puede suceder que convenga á muchos, ó bien tan sólo en cuanto se consideran reunidos, ó bien que se aplique á cualquiera de ellos por separado, suele decirse que en el primer caso el término es colectivo; en el segundo, distributivo. *Academia* es un término común colectivo, porque expresa la *colección* de los académicos; pero no de tal suerte que cada uno de éstos pueda llamarse *academia. Sabio* es término común distributivo, porque se aplica á muchos, de manera que cualquiera individuo que posea la sabiduría, puede llamarse sabio.

Término singular es el que expresa un solo individuo: como Pirineos, mar Negro, Madrid, etc.

Me parece que el término colectivo no debería contarse como una especie del común, porque entonces hay el inconveniente de que la división no está bien hecha. Decimos el término es común ó singular. El común se divide en colectivo y distributivo. Para que una división sea bien hecha, se requiere que de dos miembros opuestos el uno no pertenezca al otro, lo que se verifica si adoptamos la división expresada. En efecto, la palabra *nación* es común distributivamente, porque conviene á todas las naciones; y, colectivamente, porque se aplica á una reunión. Francia es común colectivo porque se aplica á un conjunto de hombres, y singular porque expresa una sola nación, un verdadero individuo de la especie de las naciones. Luego el término colectivo no debe contarse entre los comunes, como contrapuestos al singular, pues hay nombres colectivos comunes, y los hay singulares.

El término común se divide en unívoco, equívoco y análogo. Unívoco es el que tiene para todos un significado idéntico, como

hombre, animal, corpóreo. Equívoco es el que lo tiene diferente, como león, que expresa un animal y un signo celeste. Análogo el que lo tiene en parte idéntico y en parte diferente, como sano, que se aplica al alimento que conserva la salud, al medicamento que la restablece, al hombre que la posee; piadoso, que se aplica á la persona, á un libro, á una acción, á una imagen. *Amo* se dice de los monarcas; así esa fórmula: «el rey mi augusto amo»; se dice de los que tienen esclavos; se dice de los que tienen dependientes ó criados; se dice del dueño de la habitación.

De muchos términos se verifica que envuelven una idea general, susceptible de varias modificaciones, y el emplearlos sin hacer la competente distinción, da lugar á confusión de ideas y estériles disputas. Usamos á cada paso las palabras rey, monarca, soberano; hablamos sobre lo que ellas significan, asentando nuestros respectivos sistemas. Y, sin embargo, es imposible no desacertar gravísimamente, si en cada cuestión no se fija con exactitud lo que estas palabras expresan. Soberano es el sultán, soberano es el emperador de Rusia, soberano es el rey de Prusia, soberano es el rey de Francia, soberana es la reina de Inglaterra, y, no obstante, en ninguno de estos casos la soberanía expresa lo mismo.

La definición es la explicación de la cosa. Si explica la esencia, se llama esencial; si se contenta con darla á conocer, sin penetrar en su naturaleza, se apellida descriptiva.

Cuando la cosa explicada es la significación de una palabra, se llama definición del nombre, *difinitio nominis*. Conviene no confundir la definición del nombre con su etimología, porque, siendo esta última la explicación del origen de la palabra, acontece muchas veces que el sentido usual es muy diferente del etimológico. La etimología ilustra para conocer el verdadero significado, pero no lo determina. Así, por ejemplo, la palabra obispo, *episcopus*, que, atendida su etimología griega, significa vigilancia, y en su acepción latina, superintendente, nos indica en cierto modo las atribuciones pastorales; pero dista mucho de determinarlas en su verdadero sentido. Así, esta palabra significaba entre los latinos el magistrado á cuyo cargo corría el cuidado del pan y demás comestibles. Cicerón, escribiendo á Atico, le dice: «Vult enim Pompeius me esse quem tota haec Campania, et maritima ora habent episcopum ad quem delectus et negotii summa referatur.» (Lib. 7, Epist.)

Las calidades de una buena definición son claridad y exactitud. Será clara, si no puede menos de entenderla quien no ignore la significación de las palabras; será exacta, si explica de tal manera la cosa definida, que ni le añada ni le quite.

La mejor regla para asegurarse de la bondad de una definición, es aplicarla desde luego á las cosas definidas; y observar si las comprende á todas, y á ellas solas.

La división es la distribución de un todo en sus partes. Según

son éstas, toma distintos nombres; llamándose actual cuando existen en realidad, y potencial cuando no son más que posibles. La actual se subdivide en metafísica, física é integral. Metafísica es la que distribuye el todo en partes metafísicas, como el hombre en animal y racional; física, la que lo distribuye en partes físicas, como el hombre en cuerpo y alma; integral, la que le distribuye en partes que expresan cantidad, como el hombre en cabeza, pies, manos, etc. La potencial es la que distribuye un todo en aquellas partes que nosotros le podemos concebir. Así, considerando como un todo la idea abstracta *animal,* podemos dividirle en racional é irracional. Si lo expresado por la división potencial pertenece á la esencia de la cosa, se llama esencial; si no, accidental. Será esencial, si divido el animal en racional é irracional; será accidental, si le divido por sus colores, ú otras calidades semejantes.

La buena división debe: 1.°, agotar el todo, 2.°, no atribuirle partes que no tenga; 3.°, no incluir una parte en las otras; 4.°, proceder con orden, ya sea que éste se funde en la naturaleza de las cosas, ó en la generación ó distribución de las ideas.

Si afirmo una cosa de otra, formo un juicio; si lo enuncio con palabras, tengo una proposición. Afirmo interiormente que la tierra es un esferoide: he aquí un juicio; digo ó escribo: «La tierra es un esferoide»: he aquí la proposición.

En todo juicio hay relación de dos ideas, ó más bien de los objetos que ellas representan; lo mismo ha de suceder en la proposición: el término que expresa aquello de que afirmamos ó negamos, se llama sujeto; lo que afirmamos ó negamos, se denomina predicado; y el verbo *ser*, que expreso ó sobrentendido se halla siempre en la proposición, se apellida unión ó cópula, porque representa el enlace de las dos ideas. Así, en el ejemplo anterior, la *tierra* es el sujeto, *esferoide* el predicado, y *es* la cópula.

Si hay afirmación, la proposición se llama afirmativa; si hay negación, negativa. Pero, conviene advertir que, para que una proposición sea negativa, no basta que la partícula *no* afecte alguno de sus términos. sino que es preciso que afecte al verbo. «La ley *no* manda pagar.» «La ley manda *no* pagar.» La primera es negativa, la segunda afirmativa. El sentido es muy diferente con sólo mudar de lugar el *no*.

Las proposiciones se dividen en universales, indefinidas, particulares y singulares, según que el sujeto es singular, indefinido, particular ó universal. *Todo cuerpo* es grave: es proposición universal, á causa de la palabra *todo*. *El hombre* es inconstante: la proposición es indefinida, por no expresarse si son todos ó alguno. *Algunos axiomas* son engañosos; la proposición es particular, porque el sujeto está restringido por el adjunto *algunos*. Gonzalo de Córdoba fué insigne capitán: la proposición es singular por serlo el sujeto. Para ser singular la proposición no

es preciso que el nombre sea propio; basta una palabra cualquiera que lo determine; como si digo: «*esta* moneda es falsa.»

Tocante á las proposiciones indefinidas, puede preguntarse si el objeto se toma en sentido universal ó particular; y á esta cuestión dan origen los motivos: 1.°, el no estar aquél acompañado de término universal ni particular; 2.°, el observarse que el uso les señala á unas un sentido universal, y á otras, no.

La proposición indefinida equivale á la universal, en sentido absoluto, si se trata de materias pertenecientes á la esencia de las cosas, ó alguna de sus propiedades que pueda considerarse necesaria; equivale á universal moral, es decir, para la mayor parte de los casos, si versa sobre calidades que así lo demanden; y, por fin, á particular, si así lo indica la cosa de que se habla. Los cuerpos son pesados: equivale á decir todos los cuerpos son pesados. Los alemanes son meditabundos: no equivale á decir que todos lo sean, sino que éste es uno de los caracteres de aquella nación.

Las proposiciones son simples ó compuestas. Las simples son las que expresan la relación de un solo predicado á un solo sujeto: como todas las de los ejemplos anteriores. Las compuestas son las que tienen más de un sujeto ó predicado; y, por lo mismo, explícita ó implícitamente comprenden más de una proposición. Con la clasificación y los ejemplos, se comprenderá mejor en qué consiste una proposición compuesta. Los dialécticos suelen distribuirlas en varias clases: indicaré las principales.

Proposición copulativa es la que expresa el enlace de dos afirmaciones ó negaciones. El oro y la plata son metales. Equivale á estas dos reunidas: el oro es metal, y la plata es metal. El oro es amarillo y el oro es dúctil. Para que estas proposiciones sean verdaderas, se necesita que lo sean sus dos partes; porque la afirmación no se limita á la una, sino que se extiende á las dos. A la misma clase pueden reducirse estas negativas: ni la codicia ni la soberbia son virtudes; la templanza no es dañosa ni al alma ni al cuerpo, etc.

Disyuntiva es la proposición en que entre dos ó más extremos se afirma la existencia de uno. Las acciones humanas son buenas ó malas. A estas horas se habrá ejecutado el designio ó no se ejecutará nunca: Para la verdad de estas proposiciones se necesita que no haya medio entre los extremos señalados. Un papel ó es blanco ó es negro: la proposición es falsa, porque puede ser de otros colores.

Proposición condicional es la en que se afirma una cosa con condición. Si el viento sopla, el tiempo será frío. Si hiela, se echarán á perder los frutos. Para la verdad de estas proposiciones se necesita que en realidad la primera parte traiga consigo la segunda, porque esto es lo que se afirma; mas no que la segunda traiga la primera, porque de esto se prescinde. Así, en el último ejemplo, se dice que al hielo seguirá la perdición de los

frutos; pero no que, si se pierden los frutos, haya hielo; porque no se afirma que los frutos no puedan perderse por otras causas.

Poco diré sobre las formas de argumentación. Los dialécticos las han distribuído en muchas clases y señaládoles abundantes reglas, todo con mucho ingenio. Ya he indicado lo que pensaba de su utilidad. Para inventar, sirven poco ó nada; para exponer, mucho; y, en general, el acostumbrarse á ellas por algún tiempo, deja en el entendimiento una claridad y precisión que no se pierden fácilmente, y se hacen sentir en todos los estudios.

Silogismo es la argumentación en que se comparan dos términos con un tercero, para inferir la relación que ellos tienen entre sí. Lo simple es incorruptible, el alma es simple, luego es incorruptible. Los extremos son *alma* é *incorruptible;* el término medio es *simple.*

Entimema es un silogismo abreviado. El alma es simple, luego es incorruptible.

El dilema es una argumentación fundada en una proposición disyuntiva, qne por todos los extremos hiere al adversario. O el cristianismo se difundió con milagros ó sin ellos; si con milagros, el cristianismo es verdadero; si sin milagros, el cristianismo es verdadero también, pues se difundió con un gran milagro, que es el difundirse sin milagros.

(16) Pág. 126.—He recordado con elogio una doctrina de Santo Tomás; y no puedo menos de advertir lo muy útil que considero la lectura de las obras de aquel insigne Doctor á cuantos deseen entregarse á estudios profundos sobre el espíritu humano. Si bien es verdad que se halla en ellas el estilo de la época, también es cierto que más de una vez se asombra el lector de que en medio de la ignorancia, que todavía era mucha en el siglo XIII, hubiese un hombre que á tan vasta erudición reuniese un espíritu tan penetrante, tan profundo, tan exacto.

(17) Pág. 134.—La carrera de la enseñanza debiera ser una profesión en que se fijaran definitivamente los que la abrazasen. Desgraciadamente no sucede así, y una tarea de tanta gravedad y transcendencia se desempeña como á la aventura, y sólo mientras se espera otra colocación mejor. El origen del mal no está en los profesores, sino en las leyes, que no los protegen lo bastante, y no cuidan de brindarles con el aliciente y estímulo que el hombre necesita en todo. Un solo profesor bueno es capaz en algunos años de producir beneficios inmensos á un país: él trabaja en una modesta cátedra, sin más testigo que unos pocos jóvenes; pero estos jóvenes se renuevan con frecuencia, y á la vuelta de algunos años ocupan los destinos más importantes de la sociedad.

(18) Pág. 139.—Esa inclinación del hombre á seguir la autoridad de otro hombre, da lugar á elevadas consideraciones sobre la fe, sobre el principio de la autoridad de la Iglesia católica, y sobre el origen y carácter de las extraviadas sectas que han

perturbado y perturban el mundo. Como en otra obra traté extensamente esta materia, me basta referirme á lo que en ella dije. Véase *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea. Tomo* 1.°

(19) Pág. 165.—Podría escribirse una excelente obra con el título de *Moral literaria y artística*. El asunto es tan útil como fecundo. Si esta obra la ejecutase un escritor de crítica segura y delicada, y de moral pura, podría ser de gran provecho. El abuso, cada día mayor, que de las más bellas dotes del alma se está haciendo para extraviar y corromper, aumentaría la importancia de semejante trabajo. ¡Ojalá que esta indicación despierte la voluntad de alguno que se sienta con fuerzas para ello!

(20) Pág. 170.—La filosofía de la historia, si bien ha adelantado algo en los últimos tiempos, es, sin embargo, una ciencia muy atrasada. Probablemente sufrirá modificaciones no menos profundas que otra ciencia también nueva: la economía política. Para los católicos hay en esta clase de estudios el grave inconveniente de que varias de las obras principales que en esta materia se han escrito, han salido de manos de protestantes ó escépticos; así es que se las encuentra llenas de errores y equivocaciones en lo concerniente á la Iglesia. Verdad es que últimamente en Inglaterra, en Francia y en Alemania, se está rehaciendo la historia en un sentido favorable al catolicismo; pero ésta es una mina riquísima, de la cual no se ha explotado más que una pequeña parte. Los tesoros abundan; sólo se necesita trabajo.

(21) Pág. 184.—Figúranse algunos que la religiosidad es signo de espíritu apocado y de capacidad escasa; y que, por el contrario, la incredulidad es indicio de talento y grandeza de ánimo. Yo sostengo que con la historia en la mano se puede demostrar que en todos tiempos y países los hombres más eminentes han sido religiosos.

FIN DE LAS NOTAS

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA

CAPÍTULO PRIMERO

Consideraciones preliminares.

		PÁG.
§ I.	En qué consiste el pensar bien. Qué es la verdad.	5
II.	Diferentes modos de conocer la verdad. . .	6
III.	Variedad de ingenios.	7
IV.	La perfección de las profesiones depende de la perfección con que se conocen los objetos de ellas.	8
V.	Á todos interesa el pensar bien.	9
VI.	Cómo se debe enseñar á pensar bien. . . .	9

CAPÍTULO II

La atención.

§ I.	Definición de la atención. Su necesidad. . .	10
II.	Ventajas de la atención é inconvenientes de su falta.	11
III.	Cómo debe ser la atención. Atolondrados y ensimismados.	11
IV	Las interrupciones.	12

CAPÍTULO III

Elección de carrera.

§ I. Vago significado de la palabra talento.. . 13
II. Instinto que nos indica la carrera que mejor se nos adapta. 14
III. Experimento para discernir el talento particular de cada niño. 15

CAPÍTULO IV

Cuestiones de posibilidad.

§ I. Una clasificación de los actos de nuestro entendimiento, y de las cuestiones que se le pueden ofrecer. 16
II. Ideas de posibilidad é imposibilidad. Sus clasificaciones. 17
III. En qué consiste la imposibilidad metafísica ó absoluta. 18
IV. La imposibilidad absoluta y la omnipotencia divina. 18
V. La imposibilidad absoluta y los dogmas. . . 19
VI. Idea de la imposibilidad física ó natural. . . 19
VII. Modo de juzgar de la imposibilidad natural.. 20
VIII. Se deshace una dificultad sobre los milagros de Jesucristo.. 21
IX. La imposibilidad moral ú ordinaria. 23
X. Imposibilidad de sentido común, impropiamente contenida en la imposibilidad moral. 24

CAPÍTULO V

Cuestiones de existencia. Conocimiento adquirido por el testimonio inmediato de los sentidos.

§ I. Necesidad del testimonio de los sentidos, y los diferentes modos con que nos proporcionan el conocimiento de las cosas. . . . 25
II. Errores en que incurrimos por ocasión de los sentidos. Su remedio. Ejemplos. 27
III. Necesidad de emplear en algunos casos más de un sentido para la debida comparación. 28

§ IV. Los sanos de cuerpo y enfermos de espíritu. 29
V. Sensaciones reales, pero sin objeto externo. Explicación de este fenómeno. 31
VI Maniáticos y ensimismados. 32

CAPÍTULO VI

Conocimiento de la existencia de las cosas adquirido mediatamente por los sentidos.

§ I. Transicion de lo sentido á lo no sentido. . . 33
II. Coexistencia y sucesión. 34
III. Dos reglas sobre la coexistencia y la sucesión. 36
IV. Observaciones sobre la relación de causalidad. Una regla de los dialécticos. 38
V. Un ejemplo. 39
VI. Reflexiones sobre el ejemplo anterior. . . . 41
VII La razón de un acto que parece instintivo. . 41

CAPÍTULO VII

La lógica acorde con la caridad.

§ I. Sabiduría de la ley que prohibe los juicios temerarios.. 42
II Examen de la máxima «piensa mal y no errarás». 43
III. Algunas reglas para juzgar de la conducta de los hombres. 44

CAPÍTULO VIII

De la autoridad humana en general.

§ I Dos condiciones necesarias para que sea valedero un testimonio.. 50
II. Examen y aplicaciones de la primera condición. 50
III. Examen y aplicaciones de la segunda condición. 53
IV. Una observación sobre el interés en engañar. 56
V. Dificultades para alcanzar la verdad, en mediando mucha distancia de lugar ó tiempo. 57

PÁG.

CAPÍTULO IX

Los periódicos.

§ I. Una ilusión. 59
II. Los periódicos no lo dicen todo sobre las personas.. 59
III. Los periódicos no lo dicen todo sobre las cosas.. 62

CAPÍTULO X

Relaciones de viajes.

§ I. Dos partes muy diferentes en las relaciones de viajes. 62
II. Origen y formación de algunas relaciones de viajes.. 63
III. Modo de estudiar un país.. 66

CAPÍTULO XI

Historia.

§ I. Medio para ahorrar tiempo, ayudar la memoria y evitar errores en los estudios históricos. 67
II Distinción entre el fondo del hecho y sus circunstancias. Aplicaciones.. 68
III. Algunas reglas para el estudio de la historia. 70

CAPÍTULO XII

Consideraciones generales sobre el modo de conocer la naturaleza, propiedad y relación de los seres.

§ I. Una clasificación de las ciencias. 76
II. Prudencia científica y observaciones para alcanzarla. 77
III. Los sabios resucitados. 82

CAPÍTULO XIII

La buena percepción.

§ I. La idea.. 86
II. Regla para percibir bien. 88

§ III. Escollo del análisis. 92
IV. El tintorero y el filósofo. 93
V. Objetos vistos por una sola cara. 95
VI. Inconvenientes de una percepción demasiado rápida. 95

CAPÍTULO XIV

El juicio.

§ I. Qué es el juicio. Manantiales de error. . . . 96
II. Axiomas falsos. 97
III. Proposiciones demasiado generales. 98
IV. Las definiciones inexactas. 99
V. Palabras mal definidas. Examen de la palabra igualdad. 100
VI. Suposiciones gratuitas. El despeñado. . . . 105
VII. Preocupaciones en favor de una doctrina. . 108

CAPÍTULO XV

El raciocinio.

§ I Lo que valen los principios y las reglas de la dialéctica. 111
II El silogismo. Observaciones sobre este instrumento dialéctico. 112
III. El entimema. 114
IV. Reflexiones sobre el término medio. . . . 115
V. Utilidad de las formas dialecticas. 116

CAPÍTULO XVI

No todo lo hace el discurso.

§ I. La inspiración. 117
II. La meditación. 119
III. La invención y la enseñanza. 119
IV. La intuición. 121
V. No está la dificultad en comprender, sino en atinar. El jugador de ajedrez. Sobieski. Las víboras de Aníbal. 121
VI. Regla para meditar. 124
VII. Carácter de las inteligencias elevadas. Notable doctrina de Santo Tomás de Aquino. . 124
VIII. Necesidad del trabajo. 126

PÁG.

CAPÍTULO XVII

La enseñanza.

§ I Dos objetos de la enseñanza. Diferentes clases de profesores. 127
II. Genios ignorados de los demás y de sí mismos. 128
III. Medios para descubrir los talentos ocultos y apreciarlos en su valor. 129
IV. Necesidad de los estudios elementales. . . 132

CAPÍTULO XVIII

La invención.

§ I Lo que debe hacer quien carezca del talento de invención. 135
II. La autoridad científica. 135
III. Modificaciones que ha sufrido en nuestra época la autoridad científica. 137
IV. El talento de invención. Carrera del genio. . 138

CAPÍTULO XIX

El entendimiento, el corazón y la imaginacion.

§ I. Discreción en el uso de las facultades del alma. La reina Dido. Alejandro. 140
II. Influencia del corazón sobre la cabeza. Causas y efectos. 142
III. Eugenio. Sus transformaciones en veinticuatro horas. 144
IV. D. Marcelino. Sus cambios políticos. . . . 149
V. Anselmo. Sus variaciones sobre la pena de muerte. 152
VI. Algunas observaciones para precaverse del mal influjo del corazón. 153
VII. El amigo convertido en monstruo. 155
VIII. Cavilosas variaciones de los juicios políticos. 157
IX. Peligros de la mucha sensibilidad. Los grandes talentos. Los poetas. 159
X. El poeta y el monasterio. 160
XI. Necesidad de tener ideas fijas. 161

PAG.

§ XII. Deberes de la oratoria, de la poesía y de las bellas artes. 162
XIII. Ilusión causada por los pensamientos revestidos de imágenes. 164

CAPÍTULO XX

Filosofía de la historia.

§ I. En qué consiste la filosofía de la historia. Dificultad de adquirirla. 165
II. Se indica un medio para adelantar en la filosofía de la historia. 166
III. Aplicación á la historia del espíritu humano. 167
IV. Ejemplo sacado de las fisonomías, que aclara lo dicho sobre el modo de adelantar en la filosofía de la historia. 168

CAPÍTULO XXI

Religión.

§ I. Insensato discurrir de los indiferentes en materias de religión. 170
II. El indiferente y el género humano. 171
III. Tránsito del indiferentismo al examen. Existencia de Dios. 172
IV. No es posible que todas las religiones sean verdaderas. 173
V. Es imposible que todas las religiones sean igualmente agradables á Dios. 173
VI. Es imposible que todas las religiones sean una invención humana 174
VII. La revelación es posible. 175
VIII. Solución de una dificultad contra la revelación. 175
IX. Consecuencia de los párrafos anteriores. . . 176
X. Existencia de la revelación. 176
XI. Pruebas históricas de la existencia de la revelación. 178
XII. Los protestantes y la Iglesia Católica. . . . 180
XIII. Errado método de algunos impugnadores de la religión. 181
XIV. La más alta filosofía acorde con la fe. . . . 183
XV. Quien abandona la religión católica no sabe dónde refugiarse. 183

CAPÍTULO XXII

El entendimiento práctico.

§ I.	Una clasificación de acciones.	184
II.	Dificultad de proponerse el debido fin. . .	185
III.	Examen del proverbio: «cada cual es hijo de sus obras».	186
IV.	El aborrecido.	187
V.	El arruinado	188
VI.	El instruido quebrado y el ignorante rico. .	189
VII.	Observaciones. La cavilación y el buen sentido.	192
VIII.	Delicadeza de ciertos fenómenos intelectuales en sus relaciones con la práctica . . .	193
IX.	Los despropósitos.	193
X.	Entendimientos torcidos.	194
XI.	Inhabilidad de dichos hombres para los negocios	195
XII.	Este defecto intelectual suele nacer de una causa moral.	196
XIII.	La humildad cristiana en sus relaciones con los negocios mundanos.	197
XIV.	Daños acarreados por la vanidad y la soberbia.	198
XV	El orgullo.	200
XVI.	La vanidad	201
XVII.	La influencia del orgullo es peor para los negocios que la de la vanidad . . .	202
XVIII.	Cotejo entre el orgullo y la vanidad. . .	203
XIX.	Cuán general es dicha pasión.	204
XX.	Necesidad de una lucha continua . . .	205
XXI.	No es sólo la soberbia la que nos induce á error el proponernos un fin	206
XXII.	Desarrollo de las fuerzas latentes. . . .	207
XXIII.	Al proponernos un fin debemos guardarnos de la presunción y de la excesiva desconfianza	208
XXIV.	La pereza.	209
XXV.	Una ventaja de la pereza sobre las demás pasiones	209
XXVI.	Origen de la pereza.	210
XXVII.	Pereza del espíritu	211
XXVIII.	Razones que confirman lo dicho sobre el origen de la pereza	211

		PÁG.
XXIX.	La inconstancia. Su naturaleza y origen.	212
XXX.	Pruebas y aplicaciones.	212
XXXI.	El justo medio entre dichos extremos. .	213
XXXII.	La moral es la mejor guía del entendimiento práctico	214
XXXIII.	La harmonía del universo defendida con el castigo.	215
XXXIV.	Observaciones sobre las ventajas y desventajas de la virtud en los negocios.	216
XXXV.	Defensa de la virtud contra una inculpación injusta.	217
XXXVI.	Defensa de la sabiduría contra una inculpación infundada	218
XXXVII.	Las pasiones son buenos instrumentos, pero malos consejeros.	219
XXXVIII.	La hipocresía de las pasiones.	220
XXXIX.	Ejemplo. La venganza bajo dos formas.	221
XL.	Precauciones.	225
XLI.	Hipocresía del hombre consigo mismo.	226
XLII.	El conocimiento de sí mismo.	227
XLIII.	El hombre huye de sí mismo.	227
XLIV.	Buenos resultados del reflexionar sobre las pasiones.	228
XLV.	Sabiduría de la religión cristiana en la dirección de la conducta.	229
XLVI.	Los sentimientos morales auxilian la virtud.	230
XLVII.	Una regla para los juicios prácticos. . .	231
XLVIII.	Otra regla.	233
XLIX.	El hombre riéndose de sí mismo. . . .	234
L.	Perpetua niñez del hombre.	236
LI.	Mudanza de D. Nicasio en breves horas.	236
LII.	Los sentimientos por sí solos son mala regla de conducta.	239
LIII.	No impresiones sensibles, sino moral y razón..	241
LIV.	Un sentimiento bueno, la exageración lo hace malo	242
LV.	La ciencia es muy útil á la práctica. . .	246
LVI.	Inconvenientes de la universalidad. . .	248
LVII.	Fuerza de voluntad.	250
LVIII.	Firmeza de voluntad.	251
LIX.	Firmeza, energía, ímpetu.	253
LX.	Conclusión y resumen..	257

ÍNDICE DE LAS NOTAS

	PÁG.
(1)	259
(2).	260
(3).	261
(4).	263
(5).	264
(6).	265
(7).	265
(8).	265
(9).	265
(10).	265
(11).	266
(12).	266
(13).	267
(14).	267
(15).	267
(16).	272
(17).	272
(18).	272
(19).	273
(20).	273
(21).	273

FIN